

TENTACIÓN  
DE  
ÁNGELES

MICHELLE ZINK

Lectulandia

La lucha de ángeles y demonios ha vuelto a desatarse. El día que Helen Cartwright presencia la muerte de sus padres, se ve obligada a huir. Se adentra entonces en los submundos de Londres, donde una misteriosa organización controla el equilibrio entre el bien y el mal, y descubre que ella es uno de los veinte ángeles (o guardianes) que velan por la paz y la armonía terrestres, y que su vida corre peligro. Por si esto fuera poco, la joven deberá decidirse entre dos hombres. Ahora tendrá que ser más fuerte que nunca y resistir a la tentación. Es difícil incluso para un ángel.

**Un destino inmortal. Un amor prohibido. Una elección imposible.**

**Lectulandia**

Michelle Zink

# **Tentación de ángeles**

**Crónica de los olvidados**

ePub r1.1

macjaj 28.12.14

Título original: *A Temptation of Angels*  
Michelle Zink, 2012  
Traducción: María Teresa Marcos Bermejo

Editor digital: macjaj  
Corrección de erratas: Patolandia  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Steven Malk, que siempre ha creído en mí.*

## UNO

Si bien ya era tarde, no fue el ruido de la discusión lo que despertó a Helen en mitad de la noche.

Tras retirarse, estuvo largo rato echada en la cama escuchando el vaivén de voces provenientes de la biblioteca. Se trataba de un sonido familiar, más reconfortante que preocupante. Su madre y su padre a menudo se reunían con los otros, y las reuniones eran cada vez más frecuentes y últimamente más animadas. Sin embargo, algo había esa noche en la cadencia de aquellas voces —si bien conocidas— que alteraba los nervios de Helen, como si los tuviese bullendo casi a flor de piel.

Al principio trató de descifrar las palabras que se colaban por las rejillas de ventilación de su dormitorio, en especial cuando resonaban con el acostumbrado tono de barítono de su padre o con la voz firme y clara de su madre. Aunque después de un rato, Helen se dio por vencida, y optó por dejar vagar su mente mientras contemplaba el dosel que cubría su lecho.

Sus pensamientos regresaron a los ejercicios de esgrima de por la mañana y a la discusión con su padre. No era la primera vez que se rebelaba contra la nueva disciplina añadida a su currículo. Aún no acertaba a comprender en qué podría contribuir la esgrima a su formación, pero en lo tocante a su educación, la palabra de padre era la ley. Él sabía de sobra que la destreza de Helen residía en la estrategia del ajedrez, en los problemas de lógica y criptografía que era capaz de resolver con más rapidez que él mismo, no en la agilidad de movimientos que requería la práctica de la esgrima. Aun así, seguía insistiendo. El florete era la única concesión a su inexperiencia. De haberse entrenado con uno de sus contrincantes habituales, sin duda habría usado el sable. Ahora, en el silencio de su habitación, Helen apostaba a que pronto lo usaría también con ella.

No recordaba haberse deslizado en el vacío del sueño, y no despertó con suavidad. Fue el ruido de pasos apresurados abajo en el vestíbulo lo que la hizo incorporarse en la cama, con el corazón acelerado. No le dio tiempo ni a preguntarse qué estaba ocurriendo, la puerta se abrió de golpe y la luz de las velas de los apliques del pasillo arrojó extrañas sombras sobre las paredes y suelo de su dormitorio.

Arrimándose al cabecero, tiró de la colcha hasta su barbilla, demasiado asustada para avergonzarse de su infantil comportamiento.

—Tienes que levantarte ahora mismo, Helen.

Su madre penetró en la oscuridad de la habitación y se dirigió hacia el tocador. Se puso a revolver entre los tarros de cristal y frascos de perfume haciéndolos tintinear

ruidosamente.

—¡Pero... si es medianoche! —protestó la muchacha.

Entonces la mujer se dio la vuelta y un rayo de luz procedente del pasillo iluminó la bolsa de viaje que llevaba en la mano. Constatar que su madre le estaba haciendo el equipaje fue como el soplo de un huracán en su mente confusa. En cuestión de segundos su madre cruzó la habitación, se inclinó sobre la cama y le susurró al oído:

—Corres un grave peligro, hija. —Apartó la colcha del cuerpo tembloroso de Helen. La muchacha tenía el camisón retorcido alrededor de los muslos, y el aire frío le dio una dentellada en la piel mientras la mano de su madre la agarraba del brazo y la arrancaba del calor de su lecho—. ¡Venga, vamos!

Notó el frío de las alfombras bajo sus pies desnudos mientras era conducida hacia la pared en la que se encontraba el armario. Su madre se metió la mano bajo el corpiño y extrajo una cadena de la que colgaba algo. Cuando se la sacaba del cuello, la luz que se filtraba desde el pasillo le arranco un destello y el colgante brilló débilmente en la oscuridad. El miedo se enroscó como una serpiente en el estómago de Helen. La señora Cartwright apartó a un lado el gran espejo del rincón y se inclinó. Mientras manipulaba la pared de detrás con el misterioso colgante, continuó hablando.

—Sé que no lo entenderás. Aún no. Pero algún día lo harás, y hasta entonces tendrás que confiar en mí.

Curiosamente, Helen se había quedado muda. No es que no tuviese nada que decir, ni nada que preguntar. Simplemente eran tantas las preguntas que una tras otra iban solapándose como olas. No le daba tiempo a formular una cuando ya se le ocurría la siguiente. No podía entender qué hacía su madre, encorvada hacia delante en la oscuridad, con la cabeza pegada a la pared, y raspando el papel pintado.

Instantes después, la mujer se enderezó, y una puerta, hasta entonces invisible, se abrió ante ellas.

A pesar de estar a oscuras, Helen vio ternura en los ojos de su madre cuando esta estiró los brazos y la atrajo bruscamente hacia su cuerpo. Olió el aroma de las rosas del jardín en el cabello de su madre, y en su fina piel el de los libros sobre los cuales siempre tenía inclinada su cabeza.

—Helen... Helen —murmuró—. Recuerda una cosa. —Se echó hacia atrás, mirándola a los ojos—. Sabes más de lo que tú crees. Recuérdalo, descubras lo que descubras.

Se oyeron voces en el piso de abajo, y aunque las palabras eran ininteligibles, parecía evidente que quien hablaba lo hacía desde la ira o el miedo. Su madre se atrevió a echar un vistazo a la puerta antes de volverse hacia Helen con renovada vehemencia.

—Toma esto. —Le puso un trozo de papel arrugado en la mano—. Tómallo y quédate sentada sin hacer ruido, hasta que compruebes que se han ido. Hay una escalera que te llevará a un pasadizo que hay bajo la casa y que tiene la salida al otro

lado de la calle. Reúnete con Darius y Griffin. En el papel tienes la dirección. Ellos te llevarán con Galizur. Tienes cuanto necesitas. Mientras huyes no hagas el más mínimo ruido. Si te oyen, te encontrarán. Y si te encuentran... —Hizo una pausa, y levantó la barbilla de Helen para que la mirase directamente a los ojos—. Y esto es importante, hija: si te encuentran, te matarán.

—¡No voy a dejarte! —lloró Helen.

—Escúchame —la voz de su madre se tornó más firme, casi enfadada mientras la agarraba por los hombros—. Lo harás, Helen. Pase lo que pase, saldrás de aquí con vida. Si no, todo habrá sido en vano. ¿Lo entiendes?

Helen sacudió la cabeza.

—¡No! ¡Por favor, dime lo que está pasando!

Su madre se sacó la cadena que llevaba alrededor del cuello, y se la colocó a Helen. La llave cayó sobre la pechera de su camisón.

Sosteniendo el rostro de su hija entre sus manos, se inclinó para besarla en la frente.

—Cierra la puerta desde dentro. Para alumbrar el camino, usa el colgante que te regalamos, pero no te muevas hasta que estés segura de que no te oyen. Y ponte a salvo, cariño.

La empujó dentro del hueco de la pared y Helen no tuvo más remedio que apretar contra su pecho la bolsa de viaje. Se agachó y trastabilló al cruzar la pequeña entrada intentando no golpearse la cabeza. Su madre se detuvo una vez más, como si lo estuviese reconsiderando, y luego, sin añadir una palabra, comenzó a empujar la puerta para cerrarla. La rendija se fue haciendo más y más pequeña, desapareciendo poco a poco hasta desvanecerse completamente al encajarse la puerta.

—Echa la llave, Helen. Ahora —la voz de su madre no era más que un susurro desde el otro lado de la pared. Helen reprimió una oleada de pánico al oír cómo alisaba el papel de la pared sobre la cerradura secreta y arrastraba el espejo hasta dejarlo justo delante de su escondite.

El interior de la pared era peor que oscuro. Era como si se hubiese precipitado dentro de la nada. Depositó en el suelo la bolsa y tanteó el cierre en la oscuridad. El papel que le había dado su madre estaba húmedo a causa del sudor de la palma de su mano, ahora no podría leerlo aunque quisiera, así que lo metió dentro de la bolsa.

Agarró la llave con una mano y con la otra palpó la pared tratando de localizar la cerradura. Las manos le temblaban a causa de su creciente pánico. La puerta era prácticamente imperceptible, parecía casi imposible encontrarla en la oscuridad. Era la tercera vez que pasaba la mano cuando por fin encontró una fina línea en la escayola. Recorriéndola despacio con sus dedos, fue tanteando en busca de la cerradura. Cuando por fin llegó a ella parecía haber pasado una eternidad.

Estaba tratando de encajar la llave cuando le llegó un ruido de algún lugar más allá de la habitación. No podía saber exactamente de dónde, ya que se hallaba envuelta en el silencioso capullo de madera y yeso que conformaba su escondite.



Aguzó el oído. Le pareció escuchar gritos... lloros. Y luego un estrépito que la hizo sobrecogerse. La llave se le escurrió de la mano y cayó con un tintineo. Apenas vaciló un momento.

Fuera lo que fuese lo que estaba pasando iba a empeorar antes de que terminase la noche.

Tanteando el suelo en busca de la llave, Helen trató de ignorar los ruidos. Su escondite no era muy grande y en pocos segundos sus dedos tropezaron con ella. La agarró con cuidado con una mano y volvió a buscar a tientas la cerradura. Esta vez no tardó mucho.

Tras un par de tentativas encajó la llave y la giró rápidamente, luego se apartó de la puerta camuflada hasta que su espalda topó con un sólido bloque de madera. Apenas disfrutó de unos breves instantes, unos preciosos instantes de silencio, antes de escuchar los pasos sigilosos de unas botas.

Al principio las pisadas eran distantes. Helen pensó que pasarían de largo, pero no tardaron mucho en hacerse más y más fuertes, y supo que estaban dentro de su habitación. Sintió esperanza de pronto. Esperanza de que fuese padre quien venía a buscarla. A decirle que fuese cual fuese el peligro que había habido en la casa, ya había pasado. Pero supo que no era él cuando las botas aminoraron el paso. No se dirigieron directamente hacia la puerta secreta para liberarla de su oscuridad.

En lugar de eso, pasearon lentamente por su habitación antes de detenerse de pronto frente a su escondite.

Helen trató de ralentizar su respiración agitada mientras aguardaba a que las pisadas se alejasen de nuevo, pero no lo hicieron. Quien hubiese entrado en su habitación seguía estando allí. Se quedó todo lo quieta que pudo, tratando de calmar sus pensamientos. Al fin y al cabo ella había pasado muchas horas en su alcoba y jamás había notado la existencia de esa puerta secreta, ni siquiera en los momentos en los que entraba más luz del sol. Seguro que ese extraño sería incapaz de ver la abertura en plena noche y con el gran espejo colocado delante de ella.

Durante unos segundos funcionó. Comenzó a respirar algo más aliviada.

Pero eso fue antes de que se produjese un estallido infernal de ruidos. Antes de escuchar cómo despejaban el tocador de frascos y tarros, que cayeron al suelo y se hicieron añicos contra las tablas de madera. Antes de sentir cómo volcaban el escritorio y cómo hacían caer el armario, y sí, antes de escuchar cómo el pesado espejo tallado que guardaba su escondite caía al suelo y cómo el cristal se partía en mil pedazos.

## DOS

En su imaginación, Helen podía ver cómo su perseguidor inspeccionaba el cuarto que acababa de destrozar, cómo escudriñaba el suelo y las paredes en busca de su escondite. Oía la respiración, áspera pero pausada, incluso a través de la pared.

De algún modo, sabía que se trataba de un hombre, si bien no podría haber dicho por qué. Tal vez por las enérgicas pisadas de las botas, que ya no se escuchaban, o por la agresiva energía que flotaba entre su habitación y el hueco de la pared, donde ella estaba oculta, agazapada y en silencio.

Fuera lo que fuese, ella podía *sentir* al hombre que andaba husmeando al otro lado.

Maldijo su estupidez por no haber localizado las escaleras antes de que llegase él, aunque solo fuese por concederse la esperanza de poder huir. Ahora no le quedaba más remedio que mantener la calma. Esperar, tal como madre le había ordenado que hiciese.

Se acordó del juego que le enseñó padre cuando era pequeña. Se llamaba *encuentra la salida*, y en determinadas excursiones, ya fuese al parque, un museo, o un restaurante para tomar el té, el señor Cartwright la animaba a localizar la salida más cercana y también la menos obvia. Ella disfrutaba del desafío y se sentía a salvo junto a su padre.

Esa sensación de seguridad no existía en aquel agujero.

Algo rascó la parte exterior de la pared, y Helen alzó de golpe la cabeza en respuesta al sonido. Parecía imposible que el hombre al otro lado de la puerta no pudiese oír su respiración. Que no pudiese sentirla a ella encogida de miedo, tal como ella lo sentía a él.

El sonido se fue debilitando, el intruso seguía dando vueltas por la habitación, deslizándose sus manos por las paredes. Estaba completando el círculo, cuando las pisadas de otro interrumpieron su trabajo.

—¿Dónde está? —la voz no era muy clara, aunque Helen pudo entender las palabras. Trató de localizar su procedencia, y adivinó que quienquiera que las hubiese dicho se encontraba probablemente a la entrada de su dormitorio.

Contuvo la respiración durante la pausa que siguió, esperando a que respondiese su perseguidor. Los segundos se hacían interminables, y ella no pudo evitar pensar que quizás el hombre sabía exactamente dónde estaba escondida y simplemente estaba jugando con ella, para divertirse.

Su voz resultó ser más joven y clara de lo que Helen esperaba, aun amortiguada

como llegaba desde el exterior de su escondite.

—No está aquí. Tienen que haberla trasladado antes de que llegásemos. ¿Qué hay de los demás?

Ella contuvo la respiración, a la espera de escuchar la suerte que habían corrido sus padres y sus compañeros.

—Ya nos hemos ocupado de ellos. —El aire se le quedó atragantado mientras trataba desesperadamente de descifrar el significado de una frase tan simple. No dispuso de mucho tiempo para sopesar el asunto antes de que el otro hombre plantease a su vez una pregunta—. ¿Y qué hago ahora?

Toda la vida de Helen quedó suspendida en el aire durante la pausa que siguió. Y se estrelló contra el suelo con la respuesta.

—Quemarla.

Era prácticamente imposible entender lo que decían. Seguramente no se referían a quemar la casa entera. Seguro que ella no iba a quedarse atrapada dentro de la pared mientras a su alrededor el edificio se desmoronaba envuelto en llamas.

Agarró la bolsa de viaje con más fuerza aún contra su pecho mientras escuchaba cómo las pisadas se alejaban de su dormitorio. La casa quedó en silencio, y su cerebro se instaló en un inconsciente letargo. Se quedó muy quieta incluso después de que las primeras volutas de humo aparecieran por entre las tablas de madera del suelo y su frente se cubriese de gotas de sudor, mientras iba subiendo poco a poco la temperatura.

No salió de su estupor hasta que algo retumbó bajo sus pies e inmediatamente después comenzó a sentir un inconfundible crepitar de llamas al otro lado de la pared. El humo, que se filtraba por el suelo y las paredes, era cada vez más denso y arrastraba consigo las palabras de su madre.

—*Hay una escalera que te llevará a un pasadizo que hay bajo la casa y que tiene la salida al otro lado de la calle...*

Le había dicho que aguardase hasta que la casa se hubiese quedado en silencio, pero Helen sabía que ya no volvería a quedar en silencio. No hasta que quedase reducida a cenizas. Ya le estaba costando mucho no toser o jadear, y el humo estaba invadiendo el pequeño cuarto mientras el camisón se le pegaba a la piel a causa del calor.

Desprendiendo una mano de la bolsa, se la llevó al cuello para tocar aquel medallón que le pertenecía desde su décimo cumpleaños. Se le vino a la mente la imagen de sus padres, sus sonrisas teñidas de emoción cuando lo extrajo de un estuche de regalo primorosamente envuelto. Su madre se había arrodillado a su lado y se había inclinado para estrujarla con un abrazo.

—*Es una importante reliquia, Helen. No te la quites nunca. Nunca.*

Sus ojos brillaban a la luz de las velas que iluminaban la mesa primorosamente puesta para la ocasión, y Helen había asentido con un nudo en la garganta, aunque no sabía si por la preocupación o por la emoción. Y se había colgado del cuello ese

extraño objeto, una varilla con un prisma translúcido y brillante en un extremo y una corona metálica de filigrana en el otro.

Tal como su madre le había ordenado, desde entonces no se lo había quitado nunca.

Lo agarró, incapaz de contener las náuseas cuando la tos se abrió paso por su garganta. No tenía ni idea de cómo podría ayudarla el colgante. Hasta donde ella sabía, no era más que una joya exótica. Aunque su madre le había dicho que iluminara el camino con ella, y de lo único que podía fiarse era de aquellas instrucciones.

Sujetando el collar con su mano libre, Helen lo agitó en la oscuridad. No se iluminó, ella solo notó un escalofrío que se extendió desde su palma y subió por el brazo hasta alcanzar los extremos más alejados de su cuerpo, aliviando incluso el calor procedente del fuego que la estaba envolviendo rápidamente. Pero el calor no era lo único que la hostigaba. El humo hacía que le escociesen los ojos y la garganta, y no pudo reprimir una tos seca absolutamente estrepitosa. Cuando se recuperó unos instantes después creyó distinguir las tablas de madera bajo sus pies y hasta la pared que tenía delante. Entrecerrando los ojos en la oscuridad, se preguntaba si no sería cosa de su imaginación. Si simplemente se estaba empezando a acostumbrar a la oscuridad. Pero no, el cuarto estaba iluminándose, y cuando sus ojos siguieron la luz hasta su origen, comprendió por qué.

Lo había estado sosteniendo de forma equivocada. El colgante brillaba por el cristal translúcido que ella sostenía dentro de su puño. Una vez que le dio la vuelta, lo sujetó por la corona de metal, el otro extremo resplandecía como un diminuto faro, una fantasmagórica luz verdosa que iluminaba la pared que tenía enfrente y las de su derecha e izquierda. Ahora podía ver el humo que invadía el cuarto. Caía y formaba remolinos en la luz. Se alejó de inmediato de la pared de atrás, llena de náuseas y tosiendo mientras el humo llenaba sus pulmones. Sabía que el muro que quedaba a su espalda era el único camino posible hacia las escaleras que madre le había mencionado.

En principio no parecía más que una pared, un sólido panel de madera en el que se había apoyado mientras escuchaba las pisadas del hombre que la acechaba desde el dormitorio. Pero cuando lo recorrió con la vista hasta el lugar en el que debía encontrarse con la otra pared, se dio cuenta de que no encajaba del todo. Dirigirse a gatas hacia el hueco mientras sostenía su bolsa con una mano y su colgante con la otra no fue ni fácil ni silencioso, pero ya hacía rato que había renunciado a no hacer ruido, a pesar de la advertencia de su madre. En esos momentos, huir del fuego era su única preocupación.

En cuestión de segundos alcanzó la abertura. El hueco era más grande de lo que había pensado, así que se inclinó hacia delante y se asomó a la negrura del otro lado.

Las escaleras se hallaban justo donde madre había dicho que estaban. Descendían en una compacta espiral a la completa oscuridad del fondo, pero el escozor en sus

ojos y pulmones le recordaron que no le quedaba otra alternativa. Madre había dicho que vendrían y lo habían hecho. Había dicho que las escaleras estaban allí y ahí estaban. Había dicho que Helen escaparía, y lo haría.

Los crujidos de la casa aumentaron y la humareda se espesó. Eso la hizo dudar. Vio el miedo en los ojos de su madre momentos antes de que se separaran, y le dio una arcada, le ardían los pulmones, pero en ese instante se sintió firmemente decidida a regresar a por sus padres.

Le era imposible abandonarlos a un oscuro destino.

Comenzó a retroceder en dirección a la puerta que conducía a su escondite, pero se detuvo bruscamente al escuchar el eco de la voz de su madre en su cabeza.

*Saldrás de aquí con vida... Si no, todo habrá sido en vano.*

En algún lugar, allá abajo, cayó algo con estruendo, y las tablas de madera del suelo temblaron bajo los pies de Helen. No sabía qué estaba sucediendo o por qué, aunque una cosa era segura: sus padres la querían fuera de la casa y viva, y estaban dispuestos a sacrificar su propia vida con tal de conseguirlo. Si ahora regresaba y la mataban, su madre tendría razón, todo habría sido en vano.

Buscaría a Darius y a Griffin y conseguiría su ayuda. Luego regresaría a por sus padres.

Colocándose el asa de la bolsa por encima del hombro, volvió a toda prisa a la escalera, sosteniendo frente a ella el colgante para iluminar el camino. Apenas empleó unos segundos para buscar a tientas un pasamanos antes de percatarse de que era inútil. No había ninguno. Las escaleras estaban pegadas a las paredes de la casa, que tendrían que servirle de guía.

A donde fuera que la condujesen, eran la única salida, pues los crujidos iban en aumento a su alrededor, y estaba segura de que se estaba derrumbando el tejado. El calor y el humo eran ya insoportables, y a cada momento se preguntaba por cuánto tiempo aguantaría el techo que cubría el hueco de la escalera.

En mitad de toda aquella oscuridad, el tiempo no importaba, no existían ni el pasado ni el futuro. Solo cabía concentrarse en el siguiente escalón, y apartar de sí la sensación de estar descendiendo al mismísimo infierno. A un lugar en el que no había consuelo ni seguridad. A un lugar en el que se encontraría sola, si lograba sobrevivir después de todo.

Entonces, repentinamente, una superficie completamente llana apareció frente a ella. Avanzó unos pasos y se sintió aliviada al descubrir a un lado una pared de piedra y al otro un túnel semioculto. Quienquiera que hubiese concebido su ruta de escape, se había asegurado de que no hubiese duda alguna de qué camino tomar.

No se había percatado de que el humo y el calor habían disminuido durante su descenso por las escaleras, pero al iniciar la marcha por el túnel, empezó a despejarse la cabeza. El aire era frío y húmedo. Lo aspiró con codicia mientras parpadeaba tratando de librarse del hollín que se le había metido en los ojos. Durante un rato continuó adentrándose en la oscuridad sin pensar siquiera a dónde se dirigía,

aliviada por haberse alejado de la humareda de la casa.

Cuando paró un momento y se dejó caer contra el muro de piedra fue cuando se dio cuenta de lo exhausta que estaba. Era una fatiga repentina, que le llegaba hasta los huesos, que no solo se instaló en su cuerpo sino también en su consciencia, en su voluntad de seguir adelante. La luz verde del colgante parpadeó en la oscuridad, y ella se enderezó, preocupada de pronto por quedarse atrapada en el túnel a oscuras. No se le había ocurrido pensar que la luz del colgante fuese limitada, así que se apartó de la pared, y continuó a mayor velocidad de la que cabía esperar en su débil estado.

Casi se estrella.

El túnel terminaba abruptamente, y a ella le sobrevino una oleada de pánico claustrofóbico unos instantes antes de percatarse de la tosca puerta que había empotrada en el muro. A pesar de la escasa luz que emitía el colgante, consiguió distinguir el sencillo pomo de hierro, aunque de nada le sirvió tirar de él. La puerta estaba cerrada.

Se le doblaron las piernas y se dejó caer al suelo, con la espalda apoyada contra la fría piedra. La luz era cada vez más tenue y ella apretó el colgante entre los dedos con la esperanza de que no se apagara del todo. Al sentir el roce de la fría cadena en su cuello, recordó la llave.

Obligándose a ponerse en pie, se metió la mano dentro del camisón, y sacó la llave que su madre había usado para abrir el escondite de la pared, la misma llave que le había servido para cerrar la puerta que había dejado atrás.

Pese a la escasa luz de que disponía, pudo distinguir el ojo de la cerradura. Introdujo la llave y la giró. Enseguida notó cómo saltaba un engranaje en algún lugar en el interior de la puerta. Tras dejar caer de nuevo la llave sobre la pechera de su camisón, alargó la mano para agarrar el pomo, y entonces vaciló preguntándose qué habría al otro lado.

No le quedaba otra opción. Tenía que abrir la puerta y seguir adelante. Sabía que en el extremo opuesto del túnel solo encontraría las ruinas quemadas de la casa de su infancia y a los hombres que la estaban persiguiendo. Giró el pomo y empujó.

## TRES

Se quedó muy sorprendida cuando la puerta se abrió de par en par. Una nueva escalera apareció ante sus ojos. Esta ascendía en zigzag y en lo alto se adivinaba una tenue luz. Soltó el colgante, que volvió a caer sobre su pecho, era un alivio tener una mano libre para ayudarse a subir. No dejó de ascender hasta que los peldaños terminaron bruscamente. La escalera desembocaba en una calle empapada por la lluvia, iluminada por la débil luz amarilla de una farola.

Se atrevió a echar un vistazo atrás, observó la pared de la cual había salido. La puerta había desaparecido, el muro de ladrillo estaba intacto. Parpadeó un par de veces para asegurarse, y al final no tuvo más remedio que añadir la puerta desaparecida al catálogo de cosas inexplicables que habían sucedido aquella noche.

Volviendo su atención a la calle, miró a derecha e izquierda tratando de orientarse. El largo descenso desde la casa y el sinuoso trayecto a través del túnel la habían desorientado, pero un rótulo aclaró rápidamente la cuestión.

HOTEL CLARIDGE.

La fachada le resultaba familiar y había luz dentro. Aquello le proporcionaba una especie de extraño consuelo. No podía ser una coincidencia que su ruta de escape condujese al hotel al que tantas veces había acompañado a padre para merendar. Era como una especie de mensaje, una especie de indicio.

Se apoyó en la pared de ladrillo del hotel y abrió la bolsa de viaje. Fue apartando la ropa y demás objetos personales que su madre le había guardado hasta dar con el trozo de papel. La tinta ya estaba desvaída, lo acercó hacia la luz que se filtraba desde las ventanas y trató de descifrar la escritura.

Se trataba de un nombre. Dos nombres, para ser exactos, y una dirección.

DARIUS Y GRIFFIN CHANNING. 425 OXFORD.

Conocía bien las calles que había alrededor del Claridge. A menudo ella y su padre habían paseado por el vecindario después de tomar el té. Aun así, era bien distinto caminar completamente sola y sin compañía en la oscuridad de la noche. Recorrió las callejuelas lo más rápido que le permitían sus pies descalzos.

Las farolas de gas iluminaban su camino, y el humo formaba inquietantes volutas al lado de las llamas, lo mismo que antes había ocurrido con la luz del colgante. Sintió pudor al notar cómo el frío atravesaba la fina tela de su camisón, aunque el hollín y la suciedad de los brazos le resultaban extrañamente consoladores. Con un

poco de suerte, pasaría por una golfilla cualquiera con nada encima que mereciese ser robado. Nada que perder.

Desde luego, en ese momento aquello era más cierto de lo que estaba dispuesta a admitir.

En cualquier caso, las calles estaban vacías, salvo algún que otro borracho, y ella siguió caminando con cuidado sobre los adoquines húmedos hasta llegar a la dirección correcta. Levantó la vista para contemplar la imponente estructura. Se alzaba hacia el cielo nocturno, gárgolas e innumrables bestias talladas en mármol lanzaban pálidos destellos en la oscuridad que se cernía sobre su cabeza, mientras tras las ventanas cubiertas con cortinas bailaban unas luces. Se detuvo unos instantes a poner en orden sus pensamientos. ¿Quiénes eran Darius y Griffin Channing? ¿Y por qué la mandarían madre y padre buscar refugio con extraños? Estaba sola y no hallaba respuestas a los interrogantes. No fue el coraje sino la desesperación lo que finalmente la condujo escaleras arriba hasta la gran puerta de entrada.

Sencillamente no tenía otro sitio al que ir.

Estaba levantando la mano para llamar, cuando la puerta se abrió. Un joven, más o menos de su edad, se encontraba de pie bajo la luz de la lámpara del porche, entrecerrando los ojos, como sorprendido de hallarla allí, a pesar de haber abierto la puerta de inmediato. Incluso bajo la luz tenue pudo distinguir las motitas de color amarillo en sus ojos verdes.

—Bu... buenas noches, estoy buscando a... —Hizo ademán de bajar la vista al papel, para hacerle saber que alguien la había enviado—. Darius y Griffin Channing.

Le pareció ver una luz en sus ojos. Ella pensó que tal vez comprendiese la situación en la que se hallaba. Una situación que ni siquiera ella comprendía del todo.

—Eres más joven de lo que me imaginaba —dijo él.

Helen no supo qué contestar. La sola idea de que él se la hubiera imaginado con una edad determinada estaba tan fuera de su comprensión que ni siquiera se atrevió a preguntar por el particular.

—Soy Griffin —dijo, franqueando la entrada—. Tendrás frío. Pasa, por favor.

Vaciló un momento. Era de lo más indecoroso entrar en casa de un caballero en plena noche. Hasta ella, con su limitada experiencia social, era consciente de tales normas.

No obstante, madre y padre la habían enviado aquí. Y esta no era una noche corriente.

Pasó al interior de la casa.

—No sé quién eres o por qué mis padres me han enviado a ti, pero necesito tu ayuda. Se encuentran en grave peligro. Tenemos que...

—No puedes regresar —la interrumpió el joven—. Lo siento, pero eso es imposible.

Había amabilidad en su mirada, aunque eso no impidió que estallase de golpe su frustración.



—¡No lo entiendes! Si me dejaras explicar...

Él alzó una mano para hacerla callar.

—Desconozco los detalles, aunque me imagino que la vida de tus padres corría peligro, y que hicieron cuanto pudieron para asegurarse de que escaparas con vida, ¿no es así?

—Sí, sí. Pero ellos... es decir, nosotros... —Se atrancaba con las palabras, incapaz de concentrar todo lo sucedido en unas cuantas frases que captasen la atención del joven.

Ella se estremeció cuando él alargó la mano para tocarle el brazo con suavidad.

—Sé que estás afectada y asustada, pero tienes que confiar en mí; tus padres se han sacrificado para asegurarse de que tú escaparas. Si regresas ahora, de nada habrá servido su coraje. ¿Lo comprendes?

Sus palabras eran un eco de las de su madre. Helen se limitó a asentir con un nudo en la garganta.

—Bien. —Griffin cerró la puerta. Sus cabellos pelirrojos cayeron sobre su frente cuando volvió su rostro hacia ella—. ¿Te llevo la bolsa?

Sus palabras no parecían tener sentido, hasta que siguió su mirada hasta la bolsa de viaje que llevaba entre los brazos. Era todo cuanto le quedaba.

—No, gracias.

Él asintió con la cabeza.

—Por ahí. Tenemos que ir a ver a mi hermano Darius.

No tuvo más remedio que seguirlo. Caminó con paso cansado tras él, que cruzó el vestíbulo de mármol hacia una enorme puerta situada a la izquierda. Antes de entrar en la sala, se volvió hacia ella, había compasión en sus ojos.

—Escucha, seguro que querrías asearte y cambiarte, pero Darius no va a permitir que te instales hasta que no te lo haya explicado todo. ¿De acuerdo?

—Sí... No... No sé. —Su gesto afirmativo con la cabeza se convirtió en uno negativo.

Él sonrió.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

Se dio la vuelta sin esperar respuesta y ella lo siguió hasta el interior de una biblioteca revestida de madera oscura.

Al principio parecía que estaban solos. Helen aprovechó el momento para levantar la mano y arreglarse el cabello despeinado. Era la primera vez en toda la noche que se había acordado de su apariencia, pero de algún modo le pareció importante causarle buena impresión a Darius, fuera quien fuese, y eso sería toda una hazaña, ya que llevaba el camisón sucio, los pies descalzos y la piel manchada de hollín.

—No puede ser ella —la voz, grave, surgió de un sillón situado en un rincón casi a oscuras.

Griffin se detuvo en medio de la lujosa alfombra, era igual que las de su propia

casa. Se le vino una imagen de las alfombras de su habitación ardiendo, la cama de madera tallada en llamas, la pintura del retrato de su madre en el salón derritiéndose. Un espasmo de dolor por la pérdida casi la hace caer de rodillas.

—Sí que lo es —respondió Griffin—. Al menos eso creo.

—¿Y no has pensado siquiera en la posibilidad de que no lo fuera?

La pregunta tenía doble sentido, aunque Helen no tenía ni idea de a qué se refería el hombre.

Griffin suspiró.

—No es más que una chica, Darius. Y tiene frío y está cansada.

—Espero que no sea más que una chica. Aparte de eso, has dejado que entre en casa una extraña, con gran riesgo para nosotros dos. —La sombra que era Darius continuó sin esperar una respuesta—. No importa. Tráela aquí.

Captó las disculpas en la mirada de Griffin cuando le indicó, con un gesto de la cabeza, que siguiese adelante.

Helen se dirigió hacia el sillón irguiendo la barbilla. A pesar de su desaliño, no tenía intención de dejarse intimidar.

—No tengo ni idea de quién o qué crees que soy, pero te puedo asegurar que, a decir verdad, no soy *más que una chica* tal como afirma tu hermano. —Notó alivio al escuchar el enojo en su voz, al notar cómo le hervía la sangre en lugar del entumecimiento que había sentido desde que escapase de su casa en llamas.

La figura del sillón se puso en pie, su rostro aún en la sombra. Ella notó cómo la inspeccionaba en el silencio que se hizo a continuación.

—Es demasiado joven.

Aquella simple afirmación alimentó su enfado.

—Si tienes algo que decir sobre mí, ten la amabilidad de decírmelo a mí, por respeto, ¿lo harás?

Darius no respondió de inmediato, y Helen se preguntó si no habría ido demasiado lejos. Parecía brotar cólera de la sombra donde él se hallaba.

—Está bien —dijo, y giró el rostro hacia ella—. Eres demasiado joven.

Ella sacudió la cabeza, con la sensación de haber ido a parar a una especie de realidad alternativa.

—¿Demasiado joven para qué?

—Demasiado joven para ser quien se supone que eres y demasiado joven para servir de algo si eres tú.

—¿Y exactamente quién se supone que soy?

Incluso en las sombras, vio cómo él inclinaba la cabeza, como si estuviese calibrando su respuesta. Cuando avanzó un paso hacia la luz de la lámpara del escritorio, vio que era más alto que Griffin, con una fina cicatriz que se extendía desde su sien derecha hasta la barbilla. Le resultó atractivo, y no tan viejo como le había parecido cuando estaba envuelto en penumbra. Sus ojos, idénticos a los de Griffin, lanzaban destellos amarillos y verdes cuando respondió:

—Uno de los nuestros.

## CUATRO

—**Y**o no soy de los vuestros.

No tenía ni idea de a qué se refería Darius. Aun así, estaba segura de que ni de lejos era *uno de ellos*.

—Te estás adelantando demasiado, Darius. Vas a asustarla —la voz de Griffin llegaba desde su derecha, y la mirada que lanzó a Darius antes de dirigirse a ella evidenció su irritación—. Ven. Siéntate.

Helen dejó que Griffin la condujese al sofá, reprochándose a sí misma mientras tanto haberse acobardado frente a la cuestionable autoridad de Darius. Padre siempre decía que las personas solo tenían el poder que tú les dabas. Ella acababa de darle demasiado a Darius.

Lo contempló desde el sofá mientras él cruzaba la sala para ir hacia una vitrina situada en una de las paredes. Se sirvió un líquido claro dentro de un vaso de cristal, y ella se fijó en sus cabellos rubios, demasiado largos para un caballero. Observó el parecido entre los hermanos en los ojos y en sus firmes mandíbulas, aunque por lo demás Griffin parecía una versión más amable de su hermano. Estaba sentado al otro extremo del sofá, con el cuerpo inclinado hacia ella.

—¿Por qué no comienzas por decirnos tu nombre?

De pronto no estaba segura de que fuera buena idea divulgar su identidad, a pesar de la nota que la había conducido hasta ellos.

—¿Por qué no me lo decís vosotros? Al parecer, ya sabéis quién soy.

Le pareció captar un gesto de admiración en la sonrisa de Griffin.

—No funciona así. No nos dijeron cómo te llamabas. Y por un buen motivo. Nos han mantenido separados por una razón, aunque no parece haber servido de mucho.

Ella no entendía el significado que escondían sus palabras, pero era evidente que pasarían allí bastante tiempo si alguien no se decidía a hablar. Y por alguna razón, Helen sabía que no sería Darius.

Suspiró.

—Me llamo Helen Cartwright. Mis padres son Eleanor y Palmer Cartwright y se los llevaron... o lo que sea, hace un rato, esta noche.

—¿A qué te refieres con lo de que se los llevaron «o lo que sea»? —Darius entrecerró los ojos, como evaluando la verdad de lo que estaba diciendo.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. De momento yo estaba en la cama, y al minuto siguiente mi madre estaba empaquetando mis cosas y escondiéndome en la pared. Me... me parece que la

casa se estaba quemando.

—¿Y por qué iba a esconderte tu madre? —Griffin parecía saber la respuesta en el momento mismo de plantear la cuestión.

—Estaban con un grupo de colegas, un grupo de socios del negocio que vienen a menudo a casa a reunirse por la noche. —Helen bajó la mirada—. Acabaron discutiendo o... enfadados, y entonces mi madre me dijo que me escondiese y no hiciese ruido o me matarían. Me entregó esto. —Les mostró el papelito arrugado que aún llevaba en la mano.

—¿Me dejas? —preguntó Griffin.

Ella titubeó antes de entregárselo. Era la última cosa que había tocado su madre antes de cerrar la puerta que las separaba.

Él abrió el trozo de papel, y lo dirigió hacia la luz de la lámpara del escritorio antes de mirar a Darius.

—Pone nuestros nombres y dirección.

El rostro de su hermano no revelaba ninguna emoción. Cuando habló, sus palabras iban dirigidas a Griffin.

—Solo hay un modo de asegurarse de que es ella.

Griffin asintió, se metió la mano por el cuello de su camisa al mismo tiempo que Darius metía la suya en el bolsillo de su pantalón. Cuando las sacaron, cada cual sostenía un colgante.

—¿Esto te resulta familiar? —preguntó Darius.

No eran iguales al suyo. No exactamente. Pudo ver incluso de lejos que las coronas labradas en sus extremo tenían unos motivos diferentes a los de la suya.

—Son... casi iguales...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Griffin, aunque notó el alivio en su tono de voz, lo cual sugería que ya conocía la respuesta.

Helen tragó saliva, vacilando apenas un instante antes de extraer el colgante de debajo de su camisón. Se lo mostró sin sacárselo del cuello.

—Igual que este. Solo que los vuestros parecen distintos por un lado —dijo con suavidad.

Darius se puso en pie, sus ojos clavados en el colgante que ella sostenía en su mano, tan quieta como una de las estatuas de fuera de la casa. Finalmente se dio la vuelta para dirigirse a una de las estanterías. Había resignación en su voz:

—Acompáñala a una habitación. Luego iremos a ver a Galizur.

La casa era mayor de lo que parecía desde la calle. Siguió a Griffin por las escaleras primorosamente talladas y por una serie de pasillos ricamente enmoquetados.

Darius no los acompañaba. De hecho, ni siquiera se había dado la vuelta tras ordenar a Griffin que la guiase a la habitación, y aunque en un principio estuvo

tentada de rechazar el ofrecimiento, entró en razón rápidamente.

—Ya hemos llegado. —Griffin se detuvo ante una gran puerta de madera. Cuando se inclinó sobre ella para abrirla, su rostro se reflejó deforme en el bronce abrigado del pomo.

Al traspasar la entrada tras él, se sorprendió de ver un camisón limpio doblado encima de la cama y una bañera con agua humeante en medio de la habitación. No había visto un solo criado, pero parecía que alguien más, aparte de los hermanos, sabía que estaba allí.

—¿Helen? —la voz de Griffin la sacó de sus pensamientos.

—¿Sí?

Él estudió sus pies antes de mirarla a los ojos.

—Lo siento. Lo de tus padres, digo. Es... —Se quedó casi sin voz, haciéndose a un lado para recobrar la compostura antes de volverse—. No es nada fácil perder de ese modo a tus padres. De eso sabemos bastante Darius y yo.

Su dolor colisionó con el de ella, que entendió el mensaje tácito que encerraba aquella declaración. No estaba preparada para pensar que había perdido a sus padres. Todo cuanto le quedaba era la esperanza de que aún siguiesen con vida.

—¿También... también se llevaron a vuestros padres? ¿Sabes lo que les ocurrió?

Escuchó la desesperación de su voz y se lamentó de su propio egoísmo. Quería saber lo que le había sucedido a los padres de Griffin. Pero más que nada, tenía la esperanza de que lo que les hubiera sucedido a ellos le aclararía lo sucedido a los suyos.

A él se le tensó la garganta al tragar saliva.

—Deberías bañarte y descansar. Ya hablaremos más tarde.

Ella enrojeció de ira.

—¿Por qué no confías en mí? —Abrió los brazos—. Mírame. No soy más que una chica en camisón.

Él sacudió la cabeza con tristeza.

—Te lo explicaremos todo por la mañana, Helen. —Tras dar media vuelta para marcharse, se detuvo al llegar a la puerta. No se volvió al hablar de nuevo—. Por favor, siéntete como en tu casa. Si necesitas algo, hay una campanilla al lado de la cama.

Y luego se marchó.

A ella le llevó un rato calmarse. No estaba acostumbrada a sentirse indefensa y después de todo no le preocupaba esa sensación. Ahora, estando de pie en medio de la lujosa habitación con su camisón sucio, empezaba a darse cuenta de la inutilidad de estar enfadada. Obviamente había en juego mucho más de lo que ella entendía, pero echar chispas llena de mugre no serviría para obtener respuestas, por no hablar del agotamiento que había penetrado en sus huesos.

Primero un baño. Luego dormir. Mañana preguntas.

Estaba preparándose para quitarse el camisón cuando vio su imagen reflejada en el espejo del tocador. Se acercó a él y se quedó mirando a la chica que le devolvía la mirada. Su rostro manchado de hollín y sus oscuros cabellos despeinados. Estaba casi irreconocible. Únicamente sus ojos, de un azul tan intenso que a menudo le decían que eran violetas, le resultaban familiares.

Se alejó del espejo, deseando no ver el vacío en ellos, y comenzó a quitarse el camisón. Lo dejó en el suelo, y trató de no recordar cuándo se lo había puesto al principio de aquella noche, de no recordar sus últimos momentos en casa.

Estaba desnuda y tiritando en el centro de la alcoba. Era extraño estar sin ropa en la casa de otras personas. Se dirigió rápidamente hacia la bañera de cobre y se introdujo en el agua aún caliente. Se lavó de la cabeza a los pies utilizando una delicada pastilla de jabón. Una vez se hubo enjuagado la piel y el pelo, se reclinó sobre la bañera. Cerró los ojos y se permitió durante unos instantes olvidarse de cuanto había pasado, mientras el vapor desprendía un débil aroma a rosas.

Cuando sus pensamientos regresaban a sus padres, a los hombres que habían prendido fuego a su casa, simplemente los apartaba.

Entonces, olvidándose del vapor con olor a rosas, recordó algo que su madre le había dicho en los momentos frenéticos previos al cierre de la puerta del escondite de la pared.

*Reúnete con Darius y Griffin. Ellos te llevarán a Galizur.*

Al recordarlo, Helen abrió los ojos, y decidió que era el momento de empezar a aceptar la realidad.

## CINCO

Le llevó pocos minutos vestirse y encontrar la escalera que llevaba a la planta principal.

En la casa reinaba un inquietante silencio mientras ella caminaba por los pasillos. Estaba acostumbrada a las voces atropelladas de sus padres, al tictac del reloj de pie, a las riñas de los criados arriba y abajo. Incluso de noche, rara vez había silencio su casa.

No oyó nada hasta que llegó al vestíbulo. Un murmullo parecía salir de la biblioteca. Bajo sus pies el mármol se sentía frío, aunque se alegraba de haberse dejado los zapatos. Habrían hecho demasiado ruido.

Las voces subían de volumen según se iba acercando a la biblioteca. Se detuvo justo antes de llegar al umbral de la puerta. El vestíbulo, espacioso y sin muebles ni ornamentos, no procuraba muchos sitios donde esconderse. Tras mirar a su alrededor, se decidió por una profunda sombra en un rincón donde se encontraba la entrada de lo que parecía ser la cocina.

Con ayuda del silencio absoluto de la casa, pudo captar fragmentos de la conversación.

—Ella tiene el colgante. Es de los nuestros, Darius. ¿Por qué niegas lo que es obvio?

—Porque no quiero que sea verdad. No será más que un estorbo. Ni siquiera ha alcanzado el estado de Iluminación. —Se percibía la frustración en el tono de voz de Darius, incluso desde lejos.

—Eso no importa. Debemos protegerla.

—Además debemos protegernos a nosotros mismos, Griffin. Será mejor que permanezca oculta, hasta que averigüemos quién es el responsable. —Se escucharon pasos cansados en el interior de la sala y ella retrocedió aún más entre las sombras, aguzando el oído mientras Darius seguía hablando—. Vayamos a ver a Galizur. Probablemente ya lo sepa, aunque deberíamos asegurarnos.

Oyó pisadas sobre la alfombra y se acurrucó cuanto pudo, conteniendo la respiración.

Los hermanos traspasaron el umbral y pasaron ante ella sin mirar siquiera. No se dirigieron a la puerta principal sino a la parte trasera de la casa. Aguardó unos segundos antes de seguir sus pasos. Nunca antes había seguido a nadie, pero supuso que lo más prudente sería mantener cierta distancia.

Escuchó el chasquido de una puerta en algún lugar más allá de su campo de



visión, avanzó con prudencia. Efectivamente, había una puerta abierta. La cruzo y comprobó que conducía a una lóbrega cocina. No había más que una salida. Se dirigió a ella tan deprisa como pudo.

La puerta se abría hacia la parte trasera de la casa. Creyó ver un jardín o un solar más allá, pero estaba demasiado oscuro, solo podía distinguir unos cuantos escalones. Los bajó lo más sigilosamente que pudo y continuó caminando por un sendero pegado al edificio. No sabía si era la dirección que habían tomado Griffin y Darius, puesto que ya no los tenía a la vista. Pero la única alternativa era el jardín, y estaba bastante segura de que los hermanos no estarían *tomando el té* allí.

El camino la condujo a la fachada principal. Vio la farola bajo la que se había parado hacía ya un buen rato, tratando de decidir si llamar o no al timbre, y se detuvo a unos metros de ella, para evitar ser vista. Tuvo un momento de pánico al inspeccionar las calles, iluminadas apenas. ¿Y si se había demorado demasiado? ¿Y si ya los había perdido?

Pero no. Cuando miró a la derecha, alcanzó a ver cómo los hermanos avanzaban por el paseo envuelto en niebla, y sintió un repentino alivio. Los siguió calle abajo, tratando de mantener la suficiente distancia como para que no pudiesen ver su sombra o escuchar sus pasos, aunque aquella precaución era innecesaria: notó con satisfacción que sus pies descalzos no hacían el más mínimo ruido sobre las piedras.

No resultaba fácil mantener el ritmo de las largas zancadas de los dos hombres al tiempo que trataba de memorizar puntos de referencia para no perderse al regresar. Estaba evitando una farola cuando una figura oscura apareció de la nada, y se colocó bajo la luz.

—¡Oh, Dios mío! —Se llevó una mano a la boca incluso antes de haber dejado escapar las palabras.

—No puede ser.

El susto que se había llevado por la súbita aparición de la figura solo fue superado por su sorpresa ante la seca —y ya casi familiar— voz proveniente de aquella dirección.

Apenas se veía nada a través de la niebla.

—¿Darius?

Él suspiró e inclinó su cabeza para que ella pudiese ver sus facciones.

—No deberías estar tan sorprendida, dado que nos estabas siguiendo.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero tú... yo... Quiero decir, que sí que os estaba siguiendo, pero...

—Me parece que eso ha quedado bien claro —la voz venía de detrás de ella. Supo que pertenecía a Griffin sin necesidad de darse la vuelta.

Parpadeó un par de veces, intentando despejar la niebla que parecía haberse filtrado de la calle a su mente.

—Yo os estaba *siguiendo*. Eso significa que vosotros ibais delante de mí.

Darius cruzó los brazos por encima de su pecho, su expresión era tan sombría

como las calles que los rodeaban.

—Generalmente así es como suele funcionar. —Su mirada se posó en Griffin—. Qué lista, ¿verdad, hermano?

—No tienes por qué burlarte —soltó ella, bruscamente—. Ya sabes a lo que me refiero.

Miró hacia la calle, por donde ellos habían caminando hacía apenas unos instantes. Estaba segura de haberlos visto. Y sin embargo, ahora Darius estaba justo a su lado, como si hubiese aparecido de la nada.

Griffin suspiró.

—Escucha, te lo explicaremos todo más tarde. Lo cierto es que no deberías habernos seguido. No es seguro.

Ella puso los brazos en jarras y se mostró desafiante:

—No pienso volver. Sea lo que sea lo que vayáis a hacer o adónde vayáis, también me concierne a mí. No soy una cría y no quiero que me ignoréis como si lo fuera.

—En otro momento, me habría gustado discutir ese punto. —Darius se apartó de la luz de la farola—. El caso es que no disponemos de tiempo. Tendrás que venirte con nosotros, aunque dentro de un rato puede que desees no haberlo hecho.

Abrió la marcha sin añadir una palabra más, mientras Griffin le hacía señas para que los siguiera.

—Vamos, y mantente cerca. Son tiempos peligrosos para los de nuestra clase.

Según avanzaban por las oscuras calles, empezó a desorientarse. No sabía por qué tendría que confiar en los Channing, conociéndolos desde hacía tan poco tiempo, pero por lo menos ya no tendría que preocuparse de encontrar sola el camino de vuelta. Sabía que al final de la noche, regresaría con los hermanos a su casa grande y silenciosa.

Cruzaron el barrio de los ricos que rodeaba el Claridge y entraron en la parte más indeseable de la ciudad. No estaba asustada, aunque el rostro de Griffin estaba tenso y llevaba la mano en un extraño objeto que colgaba de su cinturón. No consiguió ver la expresión de Darius, ya que continuaba a su ritmo bastante por delante de ellos. En cualquier caso, seguro que mantenía su gesto airado.

Estaba empezando a preguntarse a dónde iban cuando Darius se detuvo. Ella levantó la cabeza y se fijó en el destartado almacén que tenían delante, segura de que el joven se había confundido. Pero cuando miró a Griffin, este no parecía sorprendido.

—¿Qué hacemos aquí? —la voz de Helen sonó demasiado fuerte en medio de la oscuridad.

Darius, que se dirigía hacia el portón metálico de la fachada del edificio, ni siquiera la miró cuando habló:

—Visitar a una de las pocas personas en Londres que puede ayudarnos.

## SEIS

Darius se paró en silencio ante la puerta, como esperando a que se abriese sola. Helen se tragó las ganas de preguntarle por qué no llamaba. Sabía que su sola existencia le fastidiaba, y estaba demasiado cansada y helada como para enfrentar la evidente aversión que él sentía por ella.

Un instante después, una bonita muchacha de inocente mirada abrió, y Helen se alegró de no haberle sugerido a Darius que llamase. Ya se sentía bastante idiota en su presencia, a pesar de que apenas lo conocía desde hacía un par de horas.

La chica que estaba en el umbral no parecía más sorprendida de encontrarlos allí de lo que ellos lo estaban de verla abrir la puerta sin haber llamado.

—Adelante. Padre está trabajando —dijo—. Últimamente ha estado muy ocupado, como os imaginaréis. —Echó una ojeada a Helen—. Si no te importa, dejaremos las presentaciones para más tarde, cuando estemos a salvo dentro.

Helen asintió mientras Darius entraba. Griffin le hizo señas para que pasara ella, luego la siguió y cerró la puerta. Fueron tras la chica por un pasillo angosto y destartalado. No había siquiera una vela para alumbrarlo, pero aun a oscuras el cabello de la muchacha lanzaba destellos dorados y cobrizos.

Helen se vio obligada a detenerse bruscamente cuando Darius se paró de pronto delante de ella. Mirando por encima de sus hombros, luchó contra la sensación de claustrofobia cuando vio que habían llegado a una gran puerta metálica. El pasillo parecía contraerse, y por primera vez se dio cuenta de que, además de la puerta cerrada que tenían delante y aquella por la cual habían entrado, no había ni ventanas ni ninguna puerta más. Helen miró a Griffin. Él parecía percibir su miedo, y sus dientes arrojaron un destello blanco a la oscuridad. Todo resultaba extraño aquella noche.

El tintineo de metal sobre metal desvió la atención de Helen del pasillo, y se puso de puntillas para ver más allá de los anchos hombros de Darius. La muchacha había sacado una argolla de la que colgaban una llaves muy extrañas y escogió una, casi sin mirar. La introdujo suavemente en una compleja abertura, que se curvaba y serpenteaba. Helen jamás había visto una cerradura semejante. La puerta se abrió de par en par y sin hacer ruido.

La muchacha les indicó con un ademán que se apresurasen a pasar delante de ella. —Toda precaución es poca, sobre todo ahora.

Cuando Darius pasó a su lado, se puso tieso, cuidándose de no tocarla. La chica no pareció darse cuenta y sonrió con cordialidad mientras Griffin y Helen seguían a

Darius dentro de una habitación de techo alto llena de cajas apiladas. Cerró la puerta, y se oyó como si un engranaje se encajara por sí solo.

—No has preguntado por la chica. —El tono de Darius era de reproche, y se dirigía a la joven que les iba indicando el camino.

Ella habló sin darse la vuelta, con cierta sorna en la voz.

—Darius Channing, ¿no crees que confío en ti, después de tanto tiempo?

De momento Darius no respondió, aunque cuando lo hizo, lo hizo con más calma.

—Aun así —gruñó—. Deberías tener más cuidado. Estoy seguro de que te habrás dado cuenta de que también tú corres peligro.

Entonces, la chica dejó de caminar y se volvió para mirarlo mientras posaba su pequeña mano sobre el brazo de él. Había ternura en su voz:

—Soy muy consciente de la situación, pero es responsabilidad mía manteneros a ti y a los de tu clase a salvo y bien. Esa intención tengo, algo sobre lo que tú y yo ya hemos discutido extensamente.

El tono de sus palabras sugería más de lo que decía, y de pronto Helen deseó disponer de más espacio para poder proporcionarles intimidad. Estaba claro que la discusión venía de tiempo atrás.

Los hombros de Darius apenas se relajaron un poco, y su pequeña inclinación de cabeza mostraba algo de arrepentimiento. Helen captó un destello de la sonrisa indulgente de la chica mientras se volvía de nuevo para encabezar la marcha.

Dieron rodeos por varias habitaciones, cada cual más anodina que la anterior. No había una sola vela. A Helen la guiaba únicamente el blanco de la camisa de Darius que iba delante de ella, y el ocasional sonido de la voz de la chica. Era un consuelo tener a Griffin a su espalda, aunque no lo conociese, al fin y al cabo. Él era un océano de paz en presencia del tornado de su hermano. Uno era capaz de arrullarte para dormir mientras el otro podía atacarte en cualquier momento.

Estaba a punto de marearse a causa de lo desorientada que estaba, cuando la muchacha se detuvo delante de otra puerta. Tras extraer una llave como las demás de entre los pliegues de su vestido, se inclinó sobre el gran portón de hierro. Se abrió tan repentina y silenciosamente como el de la entrada.

Esta vez, Helen no necesitó que la empujaran. Cuando atravesó el umbral, sintió alivio al ver luces parpadeantes provenientes de los apliques de las paredes. Había mesas dispersas por la habitación bien decorada y algunas lámparas colocadas encima de ellas proyectaban aún más luz.

La muchacha cerró la puerta tras de sí, y metió una de las llaves en otra sorprendente cerradura. Oyeron como si varios engranajes cobraran vida y crujieran en el interior de las paredes, seguidos de una serie de chasquidos que terminaron con un sólido estallido. Helen supuso que se trataba de un mecanismo de cierre complejo y de gran tamaño que precintaba el lugar.

La chica acababa de enderezarse cuando se escuchó un estridente silbido en una habitación contigua. Dirigió la vista hacia allí, sorprendida.

—¡Me he olvidado del agua! Esperad solo un momento y tomaremos el té con padre en su despacho.

Corrió en la dirección de donde venía el silbido de la tetera, y se esfumó por una puerta sin añadir ni una palabra más. Darius se relajó, y Helen se preguntaba por qué parecía tan incómodo en presencia de la otra muchacha.

Pero no perdió mucho tiempo observando a Darius. Era la primera vez que se hallaba a solas con los hermanos desde que habían llegado a la misteriosa residencia. Quería aprovecharlo bien.

Se volvió hacia Griffin.

—¿Dónde estamos?

—Estamos en el lab...

—¡Griffin! —Darius interrumpió a su hermano, pronunciando su nombre con los dientes apretados.

La voz de Griffin explotó en la sala.

—¡Ya nos ha enseñado el colgante! ¿Qué más necesitas?

Darius irradiaba tozudez cuando cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hay que confirmar su historia. *Luego* se lo diremos.

—¡Perfecto! —Griffin alzó las manos en señal de resignación. Helen supo que la batalla estaba perdida cuando él evitó mirarla.

No ganaba nada descargando su frustración sobre Griffin y Darius. Al parecer las respuestas ya vendrían de la mano del misterioso Galizur. Calmó su creciente mal humor echándole un vistazo a la habitación.

Si el sinuoso trayecto para adentrarse en el edificio parecía una fábrica abandonada, la estancia en la cual se hallaban ahora era un confortable y antiguo salón. Había dos sofás al lado del fuego chisporroteante de una chimenea y unos cuantos sillones orejeros colocados junto a mesas de lectura por toda la estancia. El suelo de madera, pese a estar desgastado hasta tener un ligero brillo, podía distinguirse entre alfombras no muy distintas de las de su casa, o de la que hasta entonces había sido su casa.

Sacudió la cabeza ante ese pensamiento, mientras la chica regresaba transportando una tetera y unas cuantas tazas sobre una bandeja de plata.

—¿Vamos? —Una sonrisa asomó a las comisuras de su boca, como si no fuera extraño que aún no las hubiesen presentado. Como si no fuera extraño que estuviesen encerrados y atrincherados en el interior de una fortaleza en plena noche.

Darius se dirigió a una puerta delante de ella, y la abrió para que la joven pudiese pasar con la bandeja. Helen notó cómo se alzaban las cejas de la muchacha ante esa demostración de galantería, aunque estaba bastante segura de que nadie se había percatado.

La joven anfitriona miró sonriente a Darius y algo sucedió entre ellos.

Helen reprimió su sorpresa.

Por lo poco que lo conocía, le parecía improbable que, con ese carácter suyo, le

pudiera gustar a alguien. Aunque no tan improbable como que alguien le gustase a él.

Griffin hizo un gesto con la cabeza indicando la puerta y Helen siguió a la muchacha por un corto pasillo, que de pronto desembocaba en una sala grande, escasamente iluminada. Era casi idéntica al salón del que acababan de salir, salvo por el enorme escritorio tallado que dominaba la estancia. La chica se dirigió hacia él, depositó la bandeja sobre su reluciente superficie y se volvió para exclamar:

—¿Padre? Han llegado nuestros invitados.

Una voz surgió de lo alto de unas escaleras a la derecha de la sala:

—Sí, eso supongo, Anna.

Un hombre de cabellos plateados apareció en el rellano y empezó a descender mientras limpiaba un par de anteojos con un paño. Los miró detenidamente, entrecerrando los ojos.

—¿Así que es ella? ¿Es esta la muchacha? —su tono de voz era agradable, y a Helen no le molestó que inquiriese sobre ella, a pesar de que no los habían presentado oficialmente.

Griffin asintió.

—Nos ha mostrado el colgante.

Helen se preparó para hacer frente a nuevas dudas planteadas por Darius, pero él no dijo ni una palabra mientras el hombre se encaminaba hacia ella. Cuando estuvo a una distancia de apenas dos pies, se inclinó y estudió su rostro. Había tristeza en aquellos ojos que la observaban.

—Helen. Hija de Palmer y Eleanor Cartwright.

El sonido de los nombres de sus padres pronunciados en aquella habitación extraña la cogió por sorpresa.

—Yo... Sí. ¿Pero cómo lo sabe?

Le pareció ver un atisbo de esperanza en los ojos del caballero, aunque eso no tuviese ningún sentido dadas las circunstancias del momento.

—Ven, sentémonos a tomar el té mientras te lo explico. Imagino que has tenido una noche bastante larga. —La tomó del brazo y la condujo a uno de los sofás próximos al fuego.

Su ternura por poco la desarma. Quizás fuese simplemente porque le recordaba a su padre. O quizás porque ella supiese lo que iba a decir. En cualquiera caso, se sentó en el sofá, que estaba, por lo que pudo ver tras una inspección más detallada, bastante andrajoso y desgastado. Pese a estar acostumbrada al siempre impecable mobiliario de los Cartwright, de algún modo ese lugar destartado le resultaba acogedor.

Anna sirvió el té mientras Griffin se ponía cómodo en el sofá y Darius se sentaba en uno de los sillones. Por la actitud relajada de los hermanos, era evidente que habían estado allí en muchas ocasiones.

A Helen le pareció aún más simpático el padre de Anna cuando él mismo llevó las

delicadas tazas, rebosantes de té recién hecho, y sostuvo la de su hija mientras ella se colocaba en una butaca cerca de Darius. Helen únicamente había visto hacer tal cosa a su padre, lo que hizo que lo echara verdaderamente de menos.

—Nos hemos visto obligados a tomar las mayores precauciones, como te darás cuenta enseguida, Helen. —El anciano se puso a hablar sin más—. Son necesarias, aunque dudo que hayan permitido hacer las presentaciones como es debido. Yo soy Galizur y esta es mi hija, Anna. ¿Puedo preguntarte cómo te las arreglaste para encontrar a Darius y Griffin?

—Mi madre me dio una nota con sus nombres y dirección justo antes de... antes de esconderme tras la pared de mi habitación.

Galizur asintió como si fuese de lo más natural del mundo que lo escondan a uno en el interior de la pared de una habitación.

—¿Eso ocurrió cuando fueron a buscarlos? ¿A tus padres y a los demás? —preguntó.

Ella se había quedado atónita y momentáneamente callada, incapaz de comprender cómo Galizur, un hombre al que jamás había visto, sabía tanto acerca de los acontecimientos que ella aún estaba tratando de asimilar.

Tragó saliva ante la repentina sequedad de su garganta, mientras la invadía una sensación de sofoco, como si hubiese tomado demasiado el sol.

—¿Cómo lo sabe?



## SIETE

Galizur cruzó la sala y se dirigió al enorme escritorio. Se colocó tras él frente a una de las estanterías que se levantaban desde el suelo hasta el altísimo techo. Extendió la mano hacia los estantes de caoba bruñida y extrajo un volumen con una encuadernación de color burdeos. Helen pensó que se lo entregaría, que contendría algún secreto que le explicaría lo sucedido a sus padres. Pero él se limitó a dejar el libro a un lado, y se metió la mano dentro del bolsillo del pantalón.

Sacó una argolla con llaves, idéntica a la que había usado Anna. El hueco dejado por el libro estaba en sombras, aunque Helen supuso que debía de esconder una cerradura, pues Galizur sacó una llave decorada con espirales y volutas de la argolla y la levantó hacia el hueco oscuro protegido de la vista por los libros que quedaban en el estante. Un instante después, el suelo tembló ligeramente y los flecos de las pantallas de las lámparas de mesa se balancearon, toda la estantería vibraba.

Debatiéndose entre la fascinación y un creciente pánico, contempló cómo la librería retrocedía, y se deslizaba detrás de los estantes contiguos hasta dejar a la vista un panel lleno de lengüetas metálicas empotrado en la pared. Notó cómo se precipitaba aún más en el abismo de la perplejidad más absoluta.

Galizur examinó detenidamente cada una de las lengüetas. Moviéndolas de una a otra hasta que por fin las posó en lo alto de la segunda fila. Extendiendo la mano, tiró de una de ellas y un largo cajón de madera emergió de la pared.

Se lo presentó a Helen con reverencia. Sus ojos oscuros hablaban de cosas que ella no deseaba saber.

Tomó la caja.

—Es tuya. —Las pupilas de Galizur se encontraron con las suyas—. Puedes abrirla cuando quieras.

Sostuvo su mirada hasta que ella bajó la vista hacia el cajón que descansaba sobre la falda de su vestido. La madera no tenía el mismo acabado de la estantería. Era áspera y de fresco aroma, como si la hubiesen cortado y trabajado apenas unas horas antes.

Llevó sus manos a la parte superior y trató de levantar la tapa, sin conseguirlo. Sus dedos le decían que carecía de juntas, que por ninguna parte la tapa podía separarse de la base. Cuando se puso el cajón a la altura de los ojos, se dio cuenta de por qué.

Usando sus pulgares, empujó la tapa hacia atrás. Esta se deslizó separándose de la base poco a poco, dejando al descubierto su contenido hasta que se abrió del todo y

pudo ver todo lo que guardaba.

Lo primero que vio fueron los billetes. Había montones, y a los pocos instantes se fijó en los pequeños objetos que descansaban entre los billetes. En una esquina del cajón había un camafeo que había pertenecido a su abuela, y en la otra, un sobre. Nada más verlo reconoció la estilizada caligrafía de su padre. Había algo en la forma en la que había sido escrito su nombre —*Helen*—, algo que la obligaba a enfrentarse a la realidad.

Levantó la vista hacia el rostro de Galizur.

—Mis padres están muertos, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo él, muy serio.

Ella volvió a posar la vista en el cajón. No comprendía cómo las cosas que contenía, que obviamente eran para ella, habían ido a para a Galizur.

—¿De dónde ha salido todo esto? —le preguntó.

—De tus padres, hija. Ellos sabían lo que les esperaba. Todos lo sabíamos. Querían asegurar tu porvenir, lo mismo que hicieron los padres de otros Guardianes. Lo que siento de verdad es que haya tantas cajas sin reclamar.

Ella sacudió la cabeza.

—No entiendo.

—Tendrás que enseñarle el orbe. —Griffin habló con suavidad, ella levantó la vista y lo miró parpadeando sorprendida. Se había olvidado por completo de que él estaba allí—. O no se creará nada de esto.

—Sí, tienes razón. —Galizur hizo un gesto afirmativo dirigiéndose a ella—. Vamos, pues. —Se encaminó hacia las escaleras, pero se detuvo para mirar atrás al darse cuenta de que no lo seguía.

Bajó la vista hacia la caja que tenía en la mano, dudaba si dejarla o no. No había examinado todo lo que contenía. Aún. Aunque sabía que lo habían preparado sus padres, sabía que era todo cuanto le quedaba de ellos.

Galizur se mostró comprensivo.

—Aquí estará tan a salvo como puede estarlo cualquier cosa en estos tiempos tan conflictivos. Podrás recogerlo a la vuelta, antes de que se haga de día.

Ella miró a Griffin, aunque no habría sabido decir por qué sentía que él podía darle el consuelo que buscaba.

El joven se levantó y cruzó la habitación para ponerse a su lado.

—La caja estará a salvo aquí hasta que regresemos.

Helen se puso en pie, y se dio la vuelta para colocar la caja en el sillón. Después, cogió el sobre de su interior. Si tuviera que abandonar la extraña casa con una sola cosa aquella noche, sería con la carta de su padre.

Galizur continuó avanzando por la sala, conduciéndolos hacia las escaleras por las que había aparecido cuando acababan de entrar en la estancia. Anna y Darius los siguieron escaleras abajo. Helen se agarró al extremo de la barandilla de hierro.

—Tranquila, no pasa nada. —La voz de Griffin llegaba desde su lado derecho, y

ella se estremeció al notar el contacto de su mano en la suya—. Confía en mí.

Su tono de voz era amable, y cuando lo miró a los ojos, instintivamente supo que podía confiar en él.

Respiró hondo para hacer frente al miedo que surgía en su interior mientras, una vez más, daba un paso hacia lo desconocido. Al principio no oía más que el sonido de las pisadas de los que iban delante, pero cuando la oscuridad se cerró a su alrededor, le pareció oler de nuevo a humo por todas partes. Luchando contra la necesidad de toser ante ese recuerdo, puso su mano sobre el liso pasamanos, y dejó que la guiase hacia abajo. Lo único que le impedía dar la vuelta y regresar escaleras arriba era el ruido de los pasos de las botas de Griffin.

Antes de llegar al final de la escalera ya se apercibió de la luz. De un tenue azul, llegaba hasta ella desde abajo. No era brillante, sino suave e insistente, incluso cuando por fin dejó atrás el último escalón para pisar el frío suelo de piedra. Se preguntó si se encontraban cerca de una ventana o una puerta, pues estaba segura de oír ráfagas de aire provenientes de algún lugar.

—Por aquí.

La mano de Griffin se posó con suavidad sobre su brazo mientras la conducía por un túnel no muy distinto del que ella había usado para escapar de su casa en llamas. Aunque este pasadizo, al menos, no estaba a oscuras. La luz de las antorchas parpadeaba sobre las húmedas paredes, arrojando sombras que las lamían en dirección al techo. No le molestaba caminar sobre la piedra con los pies descalzos, aquí el suelo estaba tan impoluto como en las salas de arriba.

Helen se sorprendió cuando una curva en el túnel se abrió a una gran sala donde aguardaban Galizur, Darius y Anna. Ahora el techo se levantaba muy por encima de ellos, y el espacio se expandía en todas direcciones. En cada esquina y pegadas a las paredes pudo ver unas maquinas descomunales cuyas siluetas metálicas emitían un leve zumbido.

Pero nada de esto, con todo lo extraño que era, fue lo que llamó su atención.

Fue el globo, enorme, que se elevaba hasta el techo, lo que la hizo detenerse en seco. Una réplica perfecta y descomunal de la Tierra, el orbe resplandeciente por dentro, que giraba despacio sobre un eje invisible. El viento no era tal, sino más bien una brisa, y no se desplazaba por el túnel debido a la corriente, sino que giraba suavemente *alrededor* del globo como mera consecuencia de su tamaño y movimiento. Los cabellos de Helen se levantaron con la corriente causada por esos giros. Retrocedió un paso porque su mirada casi no podía abarcarlo del todo.

—Es... eso... ¿Qué es eso? —Ni siquiera tenía la claridad mental suficiente como para preocuparse de no parecer una idiota en presencia de Darius.

Griffin la cogió del brazo con suavidad.

—Galizur te lo explicará.

Helen avanzó tambaleante, pero el miedo le hacía desear retroceder. Al final, venció la parte de ella que se sentía atraída hacia el objeto con tanta intensidad como

si estuviera llamándola por su nombre.

Era hermoso, los océanos penetraban en las costas verdes y doradas que se perdían hacia el interior de los continentes transformándose en escarpadas montañas. Mientras el globo daba vueltas, el agua parecía ondularse, las arenas del Sáhara desplazarse de un lado a otro. Percibió el olor del agua salada, de la tierra mojada, el viento y la lluvia.

—Es el Orbe Terrenius —la voz de Galizur interrumpió el trance en que la había sumergido el objeto que tenía frente a ella—. Es una reproducción de nuestro mundo y evalúa la seguridad de los que estamos en él. —Lo señaló con una mano—. Tal como puedes ver, en este momento las cosas no van muy bien.

## OCHO

Galizur fijó sus ojos grises en los de ella.

—Voy a empezar por contarte una historia, ¿de acuerdo?

—Si eso me sirve para entender todo esto —dijo Helen, asintiendo.

No creía que nada pudiese ayudarla a comprender lo que había ocurrido en las últimas horas, aunque estaba claro que Galizur tenía información. E informarse era su única esperanza de darle un sentido a todo aquello.

—Hace mucho tiempo, un grupo de ángeles menores fueron...

—¿Ángeles menores? —lo interrumpió Helen.

—No eran arcángeles —explicó Griffin—, aunque compartían la misma sangre.

—Exacto —asintió Galizur, y continuó—: En un principio, tres de los ángeles menores fueron designados para vigilar la Tierra. Para mantenerla en funcionamiento, por decirlo de algún modo. Por supuesto, muy pronto el mundo se volvió demasiado complejo como para que solo tres lo pudieran controlar, de modo que su número creció hasta que finalmente fueron veinte, los mismos que son hoy en día. Ahora se les conoce como Guardianes, son escogidos antes de nacer por un consejo de líderes espirituales a los que llaman los Dictata. La identidad de cada uno de los Guardianes es mantenida en secreto, incluso para ellos mismos, hasta que alcanzan la Iluminación.

—¿Iluminación? —Helen no pudo evitar repetir la palabra. Tenía demasiadas connotaciones místicas.

—A los diecisiete, el momento en el que los Guardianes conocen el lugar que les corresponde —dijo Galizur—. Después ya no envejecen, aunque hay determinados medios extraordinarios para matarlos.

—¿Qué medios extraordinarios?

Él hizo un ademán para dejar la cuestión aparte.

—Por ahora eso no debe preocuparte. Baste con decir que en las raras ocasiones en que eso sucede, otro Guardián, siempre descendiente de los primeros ángeles menores, es designado en su lugar. Durante siglos esto no ha supuesto una gran preocupación. No es habitual y además si hay una baja siempre quedan otros diecinueve Guardianes para vigilar que el mundo siga girando mientras el sustituto alcanza la edad adecuada.

Griffin habló con calma:

—Pero eso era antes.

Helen pasó de mirarlo a él a mirar a Galizur.

—¿Antes de qué?

Un suspiro escapó de labios del anciano.

—Antes de que alguien empezase a asesinarlos.

Helen pensó en sus padres. En los intrusos que los habían matado pese a que obviamente habían estado buscándola a ella.

Como si estuviese leyéndole la mente, los ojos de Galizur se toparon con los suyos.

—Tú eres uno de los últimos Guardianes, querida, lo mismo que Darius y Griffin. Los tres únicos que han sobrevivido a una serie de ejecuciones en masa que han tenido lugar en los últimos meses.

Las palabras quedaron suspendidas en la habitación, serpenteando a su alrededor como el humo que había amenazado con asfixiarla en el cuarto oculto de su casa en llamas. Deseaba que alguien dijese algo, se riese a carcajadas o incluso la acusara de ser demasiado joven, como había hecho Darius.

Pero nadie dijo una palabra. Permitió que el silencio se instalase entre ellos hasta que ya no pudo soportarlo más.

Se puso en pie y dio unos pasos para alejarse.

—Esto es..., bueno, es absurdo, eso es todo.

Esperaba que Galizur contestase. Que calmase sus preocupaciones, tal como había hecho desde su llegada. Pero no lo hizo. Hasta Griffin permanecía callado. Fue Darius quien se atrevió a decir la verdad que ella no podría negar.

—¿Así que crees que eres una chica normal? —continuó sin esperar su respuesta—: ¿Es normal que alguien entre en tu casa en plena noche, mate a tus padres y quemé tu hogar? ¿Te parece normal tener que huir y seguir las indicaciones de una nota de papel para buscar refugio?

Ella sintió la frialdad de su tono de voz. Él la miró fijamente e insistió:

—Y supongo que si vuelves la vista atrás a tu infancia, todo te parecerá normal también. ¿Tuviste una infancia como los demás? ¿No hubo juegos extraños? ¿Ni lecciones especiales? ¿Nada que te hiciese pensar que tendrías que escapar un día o quizás hasta luchar para protegerte a ti misma? —Sus ojos se posaron en el colgante que estaba a la vista encima de su vestido. Cuando volvió a hablar, su tono de voz era un tanto más suave, tal vez incluso amable—. ¿Ningún regalo inexplicable?

Ella tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta al pensar en sus padres. En la esgrima y el ajedrez. En el juego de *encuentra la salida* y en las meriendas en el Claridge seguidas de los paseos por aquel vecindario que había cruzado en camisón para ir en busca de Darius y Griffin.

Nada de aquello —*nada de aquello*— fue casual.

Los ojos de Darius se clavaron en los suyos justo antes de que ella bajase la mirada.

—Eso pensaba. —El tono del joven ya no era de satisfacción.

En esta ocasión, ella no dejó que el silencio se instalase mucho rato. Levantó la

cabeza para mirar a Galizur.

—Le escucho. —Se sintió agradecida de que su voz sonase con más firmeza de la que en realidad sentía.

Él asintió con la cabeza.

—En los últimos meses, los Guardianes, además de sus familias, han sido ejecutados uno por uno. Al principio causó bastante alarma, pues con la pérdida de cada Guardián, el futuro de la Tierra era cada vez más incierto. Primero, los Dictata designaron de inmediato a los sustitutos, pero a estos también los mataron, casi tan deprisa como iban siendo designados. Ahora, hasta que no se encuentre al ejecutor, se han suspendido los nuevos nombramientos. —Galizur gesticuló señalando el orbe—. Y como puedes ver, la desaparición de los Guardianes ha tenido un profundo efecto.

La mirada de Helen vagó por el descomunal globo rotatorio. Se sentía cautivada por su belleza, aunque de pronto su movimiento le pareció laborioso, incluso a ella. Sentía su lucha por mantenerse vivo. Por seguir en movimiento.

—Supongamos que le creo, ¿qué podemos hacer?

La voz de Darius le llegó desde su derecha.

—Mantenernos con vida, por ahora.

—¿Y cómo lo hacemos? Si lo que dices es verdad, yo ni siquiera soy consciente de mis... conocimientos.

Helen se sorprendió de oír la voz de Anna, calmada, aunque firme:

—Padre y yo os ayudaremos. Es tarea nuestra supervisar a los Guardianes. Garantizar su seguridad y continuidad. Cada vez es más difícil, desde luego, pero seguimos siendo responsables. Y moriremos en el empeño, si hace falta.

Darius se estremeció ante sus palabras, aunque no dijo nada.

—Hay una cosa más —dijo Griffin.

—¿De qué se trata? —Helen no podía imaginarse nada más extraño que lo que acababa de oír.

—Aquellos que nos persiguen, pretenden conseguir algo más.

—¿Qué?

—Quizás fuese más fácil mostrártelo. —Helen siguió a Galizur hasta el orbe. El anciano se detuvo frente a la esfera e hizo un gesto señalando el suelo justo debajo del orbe—. Aquí está la entrada a los registros akáshicos. Y solo existe una llave.

Helen bajó la mirada y fijó la vista en un diminuto resquicio en el suelo, del que manaba una luz azul. No entendía cómo se le había pasado por alto antes, pues la luz parecía pulsar con una energía que hacía vibrar el suelo bajo sus pies.

—Los registros akáshicos son un inventario de todo cuanto ha sucedido y sucederá en la historia y el futuro de la humanidad —explicó Griffin, su voz resonaba por la cavernosa estancia.

—Sé lo que son los registros akáshicos —dijo con calma Helen—. Aunque creía que eran un mito. Una leyenda.

Galizur asintió con la cabeza.

—Es el protocolo habitual que se aplica a asuntos de esta naturaleza para presentárselo de este modo a los jóvenes Guardianes.

Ella bajó la vista hacia la luz azul del suelo.

—Si son tan reales como dice, ¿cómo se accede a ellos desde aquí? ¿Y qué tiene esto que ver con los asesinos?

Galizur inclinó su cabeza hacia la luz.

—Esto no es más que la entrada. La entrada a todo.

Anna se aproximó, su mirada era amable.

—Para los mortales es peligroso tener acceso a los registros, Helen, por eso nadie sabe dónde se oculta la llave.

—Pero eso no quita que alguien esté tratando de encontrarla —añadió Darius. Había un deje de aburrimiento en su voz, aunque a ella le pareció notar tensión, como si le costase aparentar apatía.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Helen con voz firme.

Darius estudió las uñas de sus dedos y ella tuvo la extraña sensación de que estaba intentando serenarse antes de mirarla a los ojos.

—Porque nos están matando para encontrarla.

El eco de las palabras retumbó por la sala, rebotando sobre las paredes de hormigón del búnker subterráneo.

—Bueno, no me mires a mí —dijo por fin Helen, mirando el punto de luz que brillaba en la base del orbe—. Yo no la tengo.

—Tú no lo sabes —dijo Darius—. Ninguno de nosotros lo sabe, y ahí está el quid de la cuestión.

La mirada vacía de Helen debía decirlo todo, porque Darius continuó.

—Los Dictata siempre mantienen en secreto al Guardián de la llave. De ese modo es más seguro.

Helen trataba de encontrar el sentido a toda aquella información disparatada que acababan de arrojarle.

—¿Así que tenemos que encontrar la llave para ponerla a salvo de quien quiera que nos esté matando?

—No —Griffin sacudió la cabeza—. Siempre habrá quien quiera la llave. No importa quién la tenga. De hecho, es mejor no saberlo.

—¿Entonces, qué se supone que tenemos que hacer?

—Lo más importante es eliminar la amenaza inmediata —dijo Griffin.

Entonces Helen lo comprendió.

—Encontrarlos antes de que ellos nos encuentren a nosotros.

—¿Te apetece dar un salto? —preguntó Griffin a su hermano cuando salieron de casa de Galizur, un rato más tarde.

Darius sacudió la cabeza.



—Con la chica no. Aún no. Además, apagarán pronto las farolas. Deberíamos ponernos a salvo.

Griffin asintió. Para Helen aquel intercambio de palabras no tenía ningún sentido, pero estaba demasiado cansada y abrumada para preguntar sobre ello. En lugar de eso se concentró en mantener el paso mientras continuaban alejándose del edificio de Galizur.

El alba estaba empezando a iluminar el cielo a lo lejos, aunque por encima de ellos aún era de un profundo y misterioso color azul. Helen agradeció que los hermanos no trataran de hablar con ella durante el camino de regreso. Ya no resistiría otra conversación sobre ángeles, demonios y ejecuciones.

Avanzaban con rapidez por las calles de Londres, aunque el cansancio de Helen le hacía sentirse como si estuviese moviendo su cuerpo contra una corriente muy fuerte. Tenía que ir al trote para mantener el ritmo, agarrando todo el rato la larga caja de madera que Galizur le había entregado. Pero mientras Griffin de vez en cuando se volvía para mirarla con simpatía, Darius no se molestó en dedicarle ni una sola ojeada. Sin embargo, ella se negaba a darle la satisfacción de pedirle que aminorara el paso.

El instinto de Helen se puso alerta al darse cuenta de que eludían las calles iluminadas y optaban por aquellas oscuras como boca de lobo. Finalmente, en un callejón particularmente tenebroso, se atrevió a plantear la pregunta, jadeando.

—¿Por qué nos metemos por las calles menos iluminadas? Si corremos peligro, ¿no sería más lógico ir por donde hay luz?

Darius, a pocos pasos por delante de ellos, dio un resoplido ante su comentario. Ella lo ignoró, y esperó a que Griffin contestase.

—Ahora mismo no es seguro caminar bajo la luz —respondió él.

Helen sacudió la cabeza.

—¿No es más seguro que hacerlo por la oscuridad, donde alguien podría acercarse por sorpresa?

—No, no lo es —dijo él—. Para nosotros la luz es otra manera de viajar. Y no somos los únicos que la usamos.

Ella no sabía cómo tomarse esa respuesta, pero entonces recordó cómo Darius había aparecido de pronto bajo la luz de la farola cuando ella iba siguiéndolos camino de casa de Galizur. Se rio para sus adentros ante la idea que estaba tomando forma en su mente. Era imposible que Darius se transportase de una luz a otra. Quiso decírselo así a Griffin, para descartarlo por absurdo, pero se limitó únicamente a mantener su paso. Lo añadió a la lista de cuestiones para preguntar más tarde.

Llegaron al final del callejón. Darius se detuvo y echó una ojeada a la calle que tenían delante. Tampoco estaba bien iluminada, pero sus farolas arrojaban sus luces turbias sobre la calzada, y hacían que pareciese infinitamente más luminosa que el callejón del que acababan de salir.

Griffin se detuvo al lado de su hermano.

—Yo me ocuparé de ella.

Helen paseó la mirada de Griffin a Darius y de Darius a Griffin.

—¿Qué queréis decir? ¿Adónde vamos?

—A cruzar la calle —dijo Darius—. Ahora sé una buena chica y quédate con Griffin, ¿vale?

Ella estaba tan impresionada por su tono condescendiente que no le contestó de inmediato. Para cuando quiso reaccionar, Griffin la tenía firme, aunque amablemente, agarrada del brazo y Darius ya había puesto el pie en la calle.

—No le hagas caso. —Griffin siguió a su hermano llevando a Helen a remolque—. Ya te acostumbrarás a él.

—Lo dudo mucho —dijo ella—. Y para tu información, he cruzado una calle antes. Yo solita, además.

Griffin miró a su alrededor, y por cómo le habló, ella tuvo la impresión de que también estaba acabando con la paciencia del hermano amable.

—Ya te lo explicaré todo más tarde. Por ahora tendrás que confiar en mí. Si quieres seguir viva, tendrás que quedarte con nosotros y hacer lo que digamos.

Cruzaron a un paso más rápido incluso del que habían llevado en el callejón. Los ojos de los hermanos se movían constantemente, vigilantes, mientras se dirigían hacia la oscuridad al otro lado de la calle.

Al poner los pies sobre la acera de adoquines, Darius se agazapó entre las sombras de la fachada de un edificio destartado, mientras Griffin acompañaba a Helen en la misma dirección.

Se hallaban tan solo a unos pasos de la oscuridad cuando ella oyó el ruido.

Le recordó a aquella ocasión en que un murciélago se había colado en su habitación a través de la chimenea. La pobre criatura había estado revoloteando por la alcoba, buscando desesperadamente por dónde escapar mientras ella abría una ventana tras otra, para ayudarlo a salir. No le había dado miedo, aunque más tarde, recordaría el sonido sordo y algo siniestro de aquel aleteo.

Por eso, levantó la vista en busca de algo oscuro y que volara.

Pero Griffin no miraba arriba. Lo que atraía su mirada era la farola que estaba más próxima a ellos.

Un instante más tarde comprendió por qué.

Había un hombre en el haz de luz circular. Parecía haber surgido de la nada. No habían escuchado pisadas que les hubieran hecho sospechar que los seguían.

No pudo evitar fijarse en el intenso color rojo de sus ojos que perforaba la humeante luz de las farolas.

El hombre avanzó. Sus ropajes oscuros hacían que pareciese que su pálido rostro flotaba como una aparición por encima de su cuerpo. Un pequeño gruñido salió de su garganta justo antes de sonreír, dejando a la vista una dentadura casi enteramente cubierta de fundas de plata.

—Ya te dije que la luz era peligrosa —fue lo único que le dijo Griffin antes de

empujarla hacia las sombras—. Ahora no te muevas hasta que te lo digamos nosotros.

## NUEVE

Ella pegó su cuerpo contra el destartalado edificio en el momento en que Darius daba un paso adelante. En ese instante sintió una irracional seguridad que se impuso al miedo. Era evidente que aquel extraño pretendía hacerles daño a ella y a los hermanos, pero los hermanos eran dos y aquel ser, fuera lo que fuese, uno solo.

Entonces vio a otro hombre que salía del haz de luz que arrojaba otra farola.

—Estoy cansado, hermano, acabemos pronto con esto. —Darius sonaba casi como si estuviera aburrido, y eso hizo que Helen empezara a dudar de la capacidad de los Channing para ahuyentar a aquellos extraños. Tal vez Darius y Griffin fuesen más locos que competentes.

—Por mí, estupendo —dijo Griffin—. Yo me encargaré de este. ¿Te has traído tu *glaiive*?

—No. ¿Y tú?

Griffin negó con la cabeza.

—Pues entonces con la hoz.

Cuando Griffin dio un paso adelante, el demonio de los dientes de plata gruñó. El joven cogió el extraño objeto que llevaba colgado del cinturón. Aquello se abrió con un sonoro zumbido, y Helen vio que se trataba de una especie de hoz, parecida a un bumerán y lo bastante pequeña como para sostenerla con una mano. El reflejo de la luz dejó al descubierto la hoja afilada por un lado y las puntas de los dientes de sierra que sobresalían del otro. Sin duda podría destripar a un hombre.

—Escoria de Guardián. —El insulto lo soltó el segundo hombre mientras se sacaba una hoz del cinto.

Su compañero avanzó hacia Griffin, con su propia arma en la mano. Las dos parejas quedaron enfrentadas, y Darius replicó con indiferencia, como si estuviese tomando el té y hablase del tiempo:

—Viniendo de un espectro resulta algo ofensivo. Creo que voy a tener que defender mi honor.

Tras una pausa que duró apenas un abrir y cerrar de ojos, Darius alzó su hoz contra su oponente. El sonido metálico que siguió fue ensordecedor, y Helen, a cubierto entre las sombras, miraba a su alrededor, esperando a que asomase alguien de los sucios pisos para quejarse del ruido.

Pero no apareció nadie. Mientras contemplaba cómo los hermanos blandían sus hoces y enganchaban las de los otros hombres, tuvo la sensación de que toda su existencia era un sueño. De que ella, los hermanos y los dos seres contra los que

luchaban existían en otro mundo, en uno separado por un finísimo velo de ese otro en el que había vivido toda su vida.

Agarró la caja alargada de madera con fuerza. Griffin había enganchado con su hoz el arma del ser con el que estaba luchando. El espectro gruñó, y tiró de la hoz de Griffin hasta que este se halló demasiado cerca del cuerpo de su contrincante. Helen se encogió, y empezó a pensar en la forma de escapar en caso de que los hermanos acabasen muertos.

*Encuentra la salida* era un juego del que difícilmente podía olvidarse.

Instantes más tarde, Griffin parecía haber perdido el dominio de su hoz, y durante una décima de segundo Helen pensó que se daba por vencido. Pero era solo una estrategia para que el demonio se confiara. El joven aprovechó el momentáneo descuido para apartar el arma del otro, y dibujando un elegante arco, deslizó la hoja de su hoz por el vientre del demonio.

Ella reprimió un grito, esperaba que el hombre gritase. O al menos sangrase. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Simplemente continuó luchando incluso mientras Griffin le propinaba repetidamente patadas y cortes, hasta desgarrarle la carne por todas partes.

Y aun así, Helen no vio una sola gota de sangre.

Cuando por fin fue capaz de apartar sus ojos hacia Darius, se encontró con más de lo mismo. El oponente estaba en el suelo, y Darius hacía bajar su hoz una y otra vez, cortando con uno de los lados, rasgando y desgarrando con el otro.

No obstante, a pesar de que el hombre en el suelo parecía haberse dado por vencido, tampoco él sangraba.

Por fin, el adversario de Griffin se derrumbó y se desplomó contra el suelo, lo mismo que el otro hombre, ahora bajo la bota de Darius.

El joven habló con calma.

—Creí que íbamos a hacerlo con rapidez.

—Tú tienes más experiencia que yo —dijo Griffin dolido.

Helen quiso apartar la mirada cuando arrancaron sus hoces de los cuerpos. Ahora tendrían que abandonar a aquellas almas, almas al fin y al cabo, por malvadas que fueran, en mitad de la acera donde las despedazarían los perros muertos de hambre que rondaban por los suburbios.

Sin embargo, no podía dejar de mirar la escena embelesada y se estremeció cuando las afiladas hojas giraron bajo la humeante luz y seccionaron los cuellos de los hombres que estaban tendidos en el suelo. Se preparó mentalmente para ver los cuerpos decapitados, pero al instante desaparecieron en medio de una ráfaga de aire y un destello de luz de un intenso color azul.

Helen se quedó inmóvil y aturdida en el silencio que siguió. Poco a poco el mundo pareció regresar hasta que pudo sentir el viento que le alborotaba los cabellos y oler el aceite de las farolas que iluminaban la calle.

Griffin se acercó a ella mientras plegaba su hoz con un leve chasquido y se la

volvía a colgar del cinturón.

—¿Te encuentras bien? —preguntó secándose la frente.

Ella asintió, y se agarró a la caja de madera como a un salvavidas.

Él la sujetó del brazo. Ella se sorprendió al notar que lo hacía con suavidad.

—Vamos —le dijo él—. Ha sido una noche muy larga para ti.

Darius no abrió la boca de camino a casa. Caminaba delante de ellos tal como había hecho anteriormente, solo que esta vez, ella no cuestionó que escogiesen las calles más estrechas y oscuras.

Cuando por fin cruzaron la puerta trasera de la casa, Darius se fue derecho a las escaleras.

—Duerme cuanto puedas, Helen. —No se volvió para mirarla mientras hablaba—. Mañana tendremos que tomar decisiones con respecto a tu seguridad.

Para cuando ella y Griffin llegaron a la gran escalera, Darius ya había desaparecido en los pasillos de arriba.

—No deberías habernos seguido. —Griffin hablaba con calma mientras subían.

De haber hecho Darius esa misma observación, ella le hubiese replicado de inmediato antes de poder contenerse. Pero en el tono de Griffin no había acusación ni fastidio.

—Lo siento, pero recordé algo que me dijo mi madre. Me dijo que me llevaríais a casa de Galizur. Y entonces me acordé de que tú y Darius hablasteis de que ibais a ir a verlo. —Llegaron a lo alto de las escaleras—. No quería quedarme sola aquí esperando.

—Helen.

—¿Sí?

Sus ojos brillaban en la oscuridad.

—No pretendo desanimarte...

—¿Pero? —No pudo evitar interrumpirlo.

—Aún hay un montón de cosas que no entiendes. Un montón que pueden hacerte daño. Si quieres sobrevivir, tendrás que escucharnos hasta que seas capaz de defenderte tú sola.

Su tono amable la desarmaba. En lugar de la réplica acalorada que le hubiese gustado lanzar, se encontró con el escozor de las lágrimas. Apartó la mirada, pues no quería que él advirtiese su brillo a la luz de las velas alineadas en la pared.

—Sí, bueno, puede que en este momento no me importe seguir viva.

Esperaba que él protestase, pero simplemente se limitó a asentir.

—¿Y qué hay de la venganza? —preguntó—. ¿Eso si te importa?

Ella lo miró a los ojos.

—Sí, eso me interesa más.

—Entonces deberías procurar seguir con vida para poder llevarla a cabo.

El joven reemprendió de nuevo la marcha, y no le dejó otra opción que seguirlo. Los pasillos eran largos y sinuosos. Mientras caminaban, ella iba fijándose en las

vueltas —izquierda, izquierda, derecha— buscando un método más seguro para orientarse que el instinto del que se había servido para encontrar las escaleras aquella noche. Griffin se detuvo ante una puerta similar a todas las demás.

—Yo estoy dos cuartos más allá, a la derecha, por si necesitas algo, o puedes tocar la campanilla que tienes al lado de la cama.

Helen hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Gracias.

Ya casi se había dado media vuelta para marcharse cuando ella encontró el coraje para plantear la cuestión que llevaba inquietándola desde que aparecieron en el callejón aquellos dos hombres.

—¿Qué eran esas... cosas, en la calle?

Griffin vaciló. Ella se dio cuenta de que trataba de buscar las palabras adecuadas.

—Eran espectros.

—¿Espectros?

Él asintió.

—Demonios menores.

—¿Demonios *menores*? —Se sentía como una idiota repitiéndolo todo, aunque su cerebro estaba trabajando tan deprisa como podía, tratando de procesar todo lo que él le estaba diciendo—. ¿Eso existe?

—Sí —dijo Griffin—. Los Dictata están al frente de nuestro bando, la Alianza, y también existe un sistema de castas dentro de las filas de la Legión.

—¿Qué es la Legión?

Él se pensó lo que iba a decir.

—La Alianza se compone de los descendientes de los ángeles menores originales, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Bien, la Legión está compuesta por los ángeles *caídos*.

—Conocidos, además, como demonios —murmuró ella, comprendiendo por fin.

—Exacto —dijo él—. Hay un tratado que mantiene el orden con los demonios más poderosos, aunque los espectros no son más que un incordio. No poseen capacidad intelectual para la estrategia seria, por eso Darius y yo pudimos derrotarlos tan fácilmente.

—No parecía muy fácil —dijo ella.

—Es cuestión de práctica, y ya llevamos algún tiempo cuidando de nosotros mismos. —Esbozó una leve sonrisa.

Ella sintió una punzada de tristeza, por él, y también por sí misma, y por todos a los que habían perdido.

—¿Fueron ellos los responsables de...? —Las palabras le salían a duras penas, no había tenido ocasión para expresar su dolor desde que Galizur le confirmara la muerte de sus padres. Se obligó a decirlo en voz alta—. ¿Mataron ellos a mis padres?

Griffin sacudió la cabeza, un mechón de pelo le cayó sobre los ojos.

—No, no están preparados para un asunto así. Quien matase a tus padres y a los nuestros era mucho, mucho más peligroso.

Ya se había alejado de la puerta cuando a ella se le ocurrió la siguiente pregunta.

—¿Griffin?

Él se volvió para mirarla.

—¿Sí?

—¿Por qué matar a nuestras familias si es a nosotros a quienes quieren? ¿Si somos los únicos que tenemos la llave?

Él se encogió de hombros.

—¿No es evidente? —Ella no fue capaz de distinguir si era tristeza o ira lo que iluminaba los ojos del joven—. Nos tienen justo donde quieren. A la fuga y desprotegidos.



## DIEZ

Ya sola en la habitación, se desvistió, pero se dejó puesta la camisa a modo de camisón. Sus ojos, aún irritados por el humo y el hollín, le escocían a rabiar.

Pero no podía dormirse.

Aún no.

Se apoyó contra el gran cabecero de madera, con la caja de Galizur sobre su regazo. Pasó sus dedos por los bordes toscamente tallados, trataba de convencerse de que sería mejor, más prudente, esperar a mañana para ver detenidamente su contenido, para leer la carta que le había dejado su padre.

Era un argumento inútil. El amanecer ya estaba iluminando el mundo tras las ventanas cubiertas de cortinas, y había cosas que sencillamente no podían esperar.

Deslizó poco a poco la tapa, contemplando cómo el contenido de la caja iba haciéndose visible.

Primero sacó el camafeo de su abuela. Lo examinó, preguntándose si la llave de la que hablaba Galizur estaría escondida dentro del guardapelo. Lo abrió y lo cerró, lo giró en su mano y lo miró desde todos los ángulos posibles. Pero no. No era más que un recuerdo de familia, y lo depositó con cuidado sobre la cama.

No contó el dinero al sacarlo de la caja, aunque en el fondo de su mente, estaba agradecida. Tenerlo significaba que no tendría que depender para siempre de Griffin y Darius. Aunque ahora mismo, mientras aún trataba de comprender las pérdidas de las últimas horas, el dinero carecía de importancia.

Al mirar de nuevo dentro de la caja, solo se veía la carta, pero cuando sacó el voluminoso sobre, descubrió que debajo había algo: una fotografía. La reconoció de inmediato. Había sido tomada durante las vacaciones en la casa de campo. Padre las había sorprendido con la visita del fotógrafo, y ella y su madre se habían puesto sus mejores vestidos de verano para sentarse con él en el césped, mientras el fotógrafo desaparecía bajo una cortina de terciopelo pegada a su máquina. Desde entonces la fotografía siempre había estado en el salón. Helen no sabía que se hubiera hecho un duplicado, pero ahora, contemplando la vívida sonrisa de su padre, la luz en los ojos de su madre, visible incluso en los tonos blanco y negro de la foto, Helen se alegró de ello. La puso junto al camafeo y cogió la carta.

Vio un abrecartas plateado encima del escritorio que estaba bajo la ventana, pero no le apetecía abandonar la comodidad del colchón. Notaba cada vez más pesados los párpados. Deslizó un dedo bajo la solapa del sobre, y titubeó un instante antes de romper el familiar sello de lacre.

La carta no era extensa. Solo una página. Una página con la letra estilizada de su padre. Incluyó su cabeza sobre ella y leyó.

*Mi queridísima Helen.*

*A estas horas ya habrás visto a Galizur. Si estás leyendo esto, es que él te ha dado la caja, y con ella todo lo que nos atrevimos a guardar. No me imagino lo perdida que debes de sentirte en un lugar extraño, con tan pocas pertenencias, pero dado el poco espacio disponible, pensamos que el dinero sería la herencia más provechosa. Siempre supimos que tendrías que huir, que habría poco tiempo para reunir tus cosas.*

*Galizur y los Guardianes que quedan te habrán contado mucho de cuanto necesitas saber. Estoy seguro de que habrá sido una sorpresa, pero si vuelves la vista al pasado, te darás cuenta de que estás mejor preparada de lo que puedas pensar para los desafíos que te esperan. Va en contra de los decretos de los Dictata hablarle a un Guardián sobre su función en el mundo hasta que no haya llegado a la edad de la Iluminación, aunque todos y cada uno de nosotros veíamos venir esto. Es por eso por lo que aumenté la frecuencia e intensidad de nuestras lecciones en los últimos meses. Necesitarás de todos tus recursos para enfrentarte a lo que te espera. Revisa en tu memoria cada juego, cada explicación. Ahí encontrarás las lecciones que necesitas.*

*Voy a pedirte una sola cosa más. Será la más difícil de todas.*

*No llores por tu madre y por mí. Hemos vivido mucho tiempo y plenamente. Ha sido un honor y un privilegio tenerte como hija. Más que eso, ha sido una alegría para nosotros ver cómo te convertías en la joven fuerte que eres hoy y quererte como lo hemos hecho. El tiempo —y todos los acontecimientos que en él se suceden— pasa, como debe pasar. No podemos imponerle nuestra voluntad. La verdadera medida de nuestra fuerza está en nuestra capacidad de sobrellevar lo que el tiempo nos demande. Y no eres nadie si no eres fuerte.*

*No debes mirar atrás. Solo debes mirar hacia delante. Mirar hacia delante y poner de nuevo a salvo al mundo y a sus Guardianes.*

*Te paso a ti el cometido. Sé que te harás cargo de él con gusto y honor.*

*Te quiere,  
Padre*

Helen sostuvo el grueso papel entre sus dedos. En ese momento sintió como si su padre estuviera allí, sentado a su lado, diciéndole con voz firme que todo saldría bien.

Pero pronto la voz de su padre se desvaneció. Le pesaban los párpados. Colocó de vuelta en la caja el camafeo y la carta. Solo dejó fuera la fotografía. La mantuvo sobre su pecho mientras dejaba que su cabeza se hundiese entre las almohadas. Quiso llorar, pues ¿no es eso lo que cualquier persona normal haría? ¿No lloraría una chica

normal por la pérdida de sus padres? ¿De su hogar? ¿De todo cuanto conocía hasta ahora?

Al final daba lo mismo. Ya había quedado claro que ella estaba muy lejos de ser normal. La ausencia de lágrimas solo parecía probar ese hecho. Agarró firmemente la fotografía y se quedó dormida.

## ONCE

Helen se despertó al día siguiente con la mente y las ideas claras. Tras poner la fotografía en la mesilla de noche, cogió algo de dinero de la caja y volvió a colocarle la tapa. La deslizó bajo la cama. Era un escondite ridículo, pero eso carecía de importancia en aquellas circunstancias.

Era el único efecto secundario positivo de perderlo todo: ya no podían arrebatarse nada valioso. Eso la hacía sentirse temeraria y libre. Sin embargo una voz seguía alertándola en el fondo de su mente:

*Siempre hay algo que perder.*

Para cuando se hubo vestido y estuvo lista para salir de su habitación, ya era pasado mediodía. Pensó en posponer el plan hasta la mañana siguiente. Sería más fácil escabullirse de la casa antes de que saliera el sol. Pero enseguida descartó la idea. Cada segundo contaba, y no podría prepararse para lo que estaba por venir hasta que no llevase a buen término lo que había decidido.

Abrió la puerta con cautela y echó un vistazo al pasillo antes de salir de su cuarto. Llegar hasta la escalera no era difícil.

Recordó el recorrido: *Izquierda, derecha, derecha.*

Llegó sin problemas. No resultaba fácil pasar inadvertida en mitad del rellano. Si hubiese habido alguien en la entrada, la habrían pillado. Pero el recibidor estaba vacío, silencioso como una tumba. Bajó las escaleras con ligereza, afortunadamente la madera estaba cuidada y los escalones no crujían.

Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando escuchó a alguien aclararse la garganta a sus espaldas.

—¿Vas a alguna parte?

Dejando escapar un suspiro, se dio la vuelta para encontrar a Griffin apoyado contra la barandilla. La contemplaba con una sonrisa cansada.

Ella se enderezó un poco.

—Lo cierto es que tengo que hacer un recado.

—¿Un recado?

—Sí. Un recado *personal*.

Él se incorporó y fue tranquilamente hacia ella.

—Se acabaron los *recados* personales. Ya no más. No para ti.

Se puso pálida de la impresión.

—Solo porque ambos nos encontremos en esta... esta situación poco corriente, eso no te da derecho a actuar como mi padre.

Él inclinó la cabeza, una débil sonrisa jugueteaba en sus labios.

—No estoy tratando de intimidarte, Helen. De verdad.

Ella asintió ante su tono de disculpa.

Él continuó.

—Es por tu propia seguridad. Anoche ya viste en la calle a los espectros. Ellos son la menor de las amenazas que nos acechan.

Helen no pudo rebatir su razonamiento, aunque eso no variaba sus planes.

—Pero tengo que hacer un recado.

—Y yo estaré encantado de acompañarte.

Había cierta terquedad en su tono. Algo que la hizo pensar si Griffin era realmente tan dócil como aparentaba.

Ella sonrió.

—Aún no sabes de qué se trata. Cuando lo averigües, puede que cambies de opinión.

—¿No me puedes dar más detalles sobre nuestro destino? —preguntó Griffin.

Helen sabía a dónde iba, y lo conducía entre las mujeres adineradas que salían a tomar el té y las jóvenes damas que paseaban con sus pretendientes.

—Bueno, si tienes que saberlo, necesito ropa.

Él la agarró del brazo y la obligó a detenerse.

—¿Vamos de compras?

—No exactamente —dijo ella—. Vamos a la modista. Y si te avergüenza hacer este recado, eres libre de volverte a casa.

—No me avergüenza. —Se restregó la barbilla con una mano, frunciendo el ceño pensativo—. Pero no es muy aconsejable que frecuentes las tiendas a las que solías ir.

—¿Por qué no?

Él la tomó del brazo y la apartó de la multitud que se abría paso por la calle.

—Porque fueran quienes fuesen los que mataron a tus padres, tienen planeado terminar su trabajo y te buscarán en los sitios a los que acostumbrabas a ir.

Ella no pudo evitar la sonrisa de incredulidad que asomó a sus labios.

—¿Me estás diciendo que conocen lo bastante de mí como para saber dónde me he hecho mis vestidos?

—Sabén mucho más que eso, Helen. Apenas estamos empezando a unir las piezas, pero quien mató a tus padres, y a los nuestros, no es más que un asesino a sueldo. Detrás de esos sicarios se esconde alguien muy poderoso. Y saben mucho más de lo que puedas imaginarte.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Entonces, qué se supone que debo hacer? Tengo que tener ropa, y me la tienen que hacer pronto y según mis indicaciones.

—Y así será.

Él colocó la mano de ella en su brazo, y dio media vuelta. Cuando llegaron a la altura de la casa, pasaron de largo.

—¿Griffin? —preguntó ella mientras caminaban.

—¿Mmmm?

—¿Por qué Darius y tú seguís en la casa de vuestra familia? ¿Quedaros allí no es ponérselo fácil a los asesinos? —Era algo que no podía quitarse de la cabeza desde que Galizur le hablara de los asesinatos.

—De eso se trata, precisamente —contestó sin dejar de mirar al frente.

—¿A qué te refieres?

—A nuestros padres no los mataron en casa como a los tuyos. Los mataron en la calle, como animales.

Ella bajó la mirada, apenada por el sufrimiento que percibía en su voz.

—¿Cómo supisteis que aquello estaba relacionado con las... ejecuciones?

—El bastardo dejó una señal. Siempre deja algo. —Sus palabras estaban envueltas en amargura—. Darius y yo llevamos esperando desde entonces para poder vengarnos.

—Lo siento mucho, Griffin. —Él se estremeció cuando ella le tocó el brazo.

Caminaron en silencio un momento mientras Helen se armaba de valor para hacerle la siguiente pregunta.

—¿Quién crees que está detrás de los asesinatos? —Resultaba difícil decirlo en voz alta. Sus padres también habían muerto.

—No lo sé —respondió Griffin. Habían llegado a una zona peligrosa de la ciudad, y la guio para esquivar una pelea entre peones que incluía empujones y lenguaje soez—. Galizur aún está juntando las piezas. Iremos a verlo esta noche otra vez, después de que nuestra gente regrese de inspeccionar los restos del fuego.

—¿El fuego? —murmuró ella—. ¿El que quemó mi casa?

Él asintió con la cabeza.

—Hasta ahora, el asesino siempre deja una pista, aunque no hemos conseguido averiguar lo que significa.

—¿Qué clase de pista?

Él titubeó antes de contestar.

—Sería demasiado difícil de explicar. Te lo enseñaré más tarde, esta noche.

Cruzaron la calle, sorteando los carruajes que pasaban veloces, y Helen trató de imaginar a un asesino lo bastante desalmado y morboso como para dejar una pista en la escena de sus crímenes. Por fin, Griffin se detuvo frente a un escaparate anticuado.

—Ya hemos llegado.

Ella miró dubitativa el rótulo, tan desvaído que ni siquiera pudo descifrar sus letras.

Él soltó una carcajada. Ella se rio al oírlo, y se dio cuenta de que el joven tenía una risa maravillosa. Sincera, aunque ligeramente tímida.

—Sé que no parece gran cosa —dijo él—. Pero, al igual que Galizur, Andrew

trabaja en nombre de los Dictata. No anuncia sus servicios. Un sitio como este es menos probable que atraiga a clientes ocasionales. Confía en mí, Andrew es capaz de hacer cualquier cosa que necesites.

Ella vaciló ante la mención del nombre masculino. Únicamente había tenido costureras. Le resultaría extraño que un hombre le pusiera alfileres y le tomara medidas. Pero las reservas se esfumaron enseguida.

Asintió, extendiendo una mano hacia la puerta.

—Pues estupendo, entonces.

Él detuvo su mano y se adelantó.

—No te conoce. No contestará a menos que me vea a mí.

Griffin se acercó a la puerta de cristal, cubierta con una cortina por el otro lado, y llamó. Un momento más tarde Helen consiguió ver un ojo que se asomaba por una rendija de la cortina, segundos antes de oír cómo descorrían los cerrojos. La puerta se abrió.

—¡Señor Channing! ¡Qué agradable sorpresa! Pase.

El hombre, pequeño y ágil, dio un paso atrás, permitiéndoles pasar.

—¿Y esta es...? —Gesticuló nerviosamente, mirándola.

—Sí, efectivamente. —Griffin esperó a que el hombre cerrara la puerta y volviera a correr la cortina sobre el cristal, antes de continuar—. Helen Cartwright, Andrew Lancaster. Andrew, Helen.

El hombre tendió una mano. Ella le tendió la suya para saludarlo, y se quedó atónita cuando él se encorvó para rozarle con sus labios el dorso de la mano.

—Siento lo sucedido a sus padres. Eran personas maravillosas.

Helen no pudo reprimir su sorpresa.

—¿Usted los conocía?

—Vagamente. Tenían fama de buenos y justos.

Ella asintió, y se fijó en la franqueza de sus marchitos ojos azules.

—¿Cómo se ha enterado de su...? Ocurrió anoche.

—En nuestro círculo las palabras viajan deprisa, señorita Cartwright. Y, últimamente, hemos acabado acostumbrándonos a las malas noticias.

El silencio, saturado de oscura realidad, se instaló entre ellos.

Por fin Griffin se decidió a hablar.

—Helen necesita con urgencia algunas cosas. ¿Nos puede ayudar?

Andrew se frotó las manos y se dirigió de inmediato hacia la trastienda.

—Por supuesto, por supuesto. Vengan. Llamaré a Lawrence.

Helen miró a Griffin inquisitiva, pero él se limitó a extender una mano indicándole que siguiera al señor Lancaster. Este ya se había adelantado bastante y era casi invisible en la semipenumbra. La joven echó a andar a toda prisa, siguiendo el sonido de su voz que resonaba a través de las estancias débilmente iluminadas.

—Lawrence, tenemos compañía. Trae la cinta y tijeras, ¿quieres?

El almacén estaba abarrotado de rollos de tela y hojas de papel que representaban

trajes diversos. Estaban encima de las mesas y prendidas a las paredes en lugares extraños. Cuando llegaron a la trastienda, el señor Lancaster sacó una silla de debajo de una mesa y le indicó que se sentara. Cuando lo hizo, le entregó una hoja de papel y una pluma.

—Escriba todo lo que necesite. Especifíquelo bien, porque nunca se sabe lo que se puede uno encontrar después. —Sus ojos brillaron con picardía.

Bajando la vista hacia el papel, ella comenzó a reflexionar sobre cómo expresar con palabras su pedido. Griffin, que estaba de pie cerca de su hombro, arrojaba una sombra sobre la hoja, y ella levantó la vista, de pronto se sentía cohibida. Arqueando las cejas, buscó su mirada.

—¿Qué? —preguntó él, mirando alrededor como si la respuesta a su gesto se hallase en la habitación abarrotada—. ¿Quieres que me vaya?

—No tienes que *irte*. Bastaría con que... te alejaras hacia la entrada del almacén o más al fondo.

Él suspiró, pasándose una mano por el pelo alborotado.

—Está bien.

Se dirigió hacia la parte delantera de la tienda mientras Helen se giraba de nuevo hacia la mesa e inclinaba su cabeza sobre el papel para escribir. Ya había estado pensando en las cosas que iba a necesitar. Una vez se hubo marchado Griffin, escribió sin parar, citando todo lo que necesitaba reponer y detallando instrucciones especiales para su ropa nueva.

Por fin, con la mano agarrotada de tanto escribir, le pasó la lista al señor Lancaster.

Este la supervisó concentrado antes de levantar la vista hacia ella.

—Mi querida niña, ¿está usted bien segura?

Ella asintió.

—Sé que suena extraño, pero es necesario para que pueda defenderme yo sola. Y si hay algo que mi padre me enseñó, es a depender solo de mí misma, siempre que fuese posible.

La mirada del señor Lancaster se dulcificó.

—Su padre parecía una persona muy sabia. —Se inclinó, hablando en voz baja—. Aunque, si permite que se lo diga, a la hora de la verdad los hermanos Channing son una buena opción. Si hay alguien que pueda protegerla, son ellos.

Ella sonrió.

—Gracias. Pero me gustaría estar preparada cuanto antes para defenderme yo sola.

—Por supuesto —asintió él, que comprendió el significado profundo de sus palabras.

Ella se puso en pie.

—¿Puedo preguntarle cuánto tardará en entregarme las prendas?

El señor Lancaster miró a su alrededor y la lámpara de aceite que estaba en la



mesa hizo brillar su calva.

—¡Lawrence! —Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—: ¿Dónde demonios se ha metido?

Un hombre alto y robusto apareció momentos después como si lo hubiese conjurado la voz del señor Lancaster.

—Estaba buscando las tijeras buenas y la cinta que dejó usted en la máquina de arriba —refunfuñó.

El señor Lancaster lo miró.

—¿Están disponibles los refuerzos esta noche?

—Creo que podemos contar con ellos.

El señor Lancaster sonrió satisfecho y se volvió para mirar a Helen.

—Le haremos la entrega mañana por la tarde. Supongo que estará usted en casa de los Channing, ¿no es así?

—Sí, ¿pero está usted seguro? ¿Cómo piensa tenerlo todo hecho? A la costurera de mi madre le llevaba al menos una semana tener lista la primera prueba para un vestido.

El señor Lancaster inclinó la cabeza.

—Señorita Cartwright, Lawrence y yo tenemos cierto número de... esto... recursos a los que acudimos en situaciones como esta. Situaciones desesperadas, ¿no es así?

Ella asintió despacio.

—Supongo que sí.

—Tendrá sus cosas mañana —le dijo él, mirándola a los ojos.

Ella sonrió.

—Gracias.

—Y ahora, necesitamos que se ponga detrás del biombo para tomarle algunas medidas —dijo él, incorporándose.

La condujo a la parte trasera de la tienda hasta un gran biombo forrado de tela. Con ambos, Lawrence y el señor Lancaster, midiéndola por todas partes, no hubo lugar para inhibiciones. Una hora más tarde, cuando salió de la tienda, le parecía que conocía a ambos de toda la vida. Nada más llegar ella y Griffin a la puerta de salida, el señor Lancaster y Lawrence ya estaban empezando a trabajar en la trastienda, y ella se dio cuenta de que no le habían entregado la factura. Tuvo la sensación de que no se trataba de algo accidental. Antes de salir, deslizó un grueso fajo de billetes debajo de un jarrón que había junto a la puerta y luego la cerró tras de sí, sin apenas hacer ruido.

## DOCE

El sol se estaba poniendo sobre un siniestro cielo gris cuando emprendieron el regreso a casa. Atravesaron Londres a toda prisa envueltos en un silencio cómplice, y Helen se maravilló de lo cómoda que se sentía con alguien a quien acababa de conocer el día anterior.

Darius estaba esperando en la biblioteca, sentado tras el escritorio y jugando con algo en la palma de su mano. La cicatriz de su mejilla le hacía tener un aspecto amenazador en las sombras de la incipiente noche.

—Vaya, vaya —dijo—. Vuelve el hermano pródigo.

Griffin parecía algo tenso cuando entró en la habitación y se sentó en una silla frente a su hermano. Helen empezó a echar chispas hasta que ya no pudo contener la lengua:

—¡Sí, y viene acompañado! A menos que... —Miró a su alrededor con fingida confusión—. A menos que yo sea invisible.

Darius levantó la mirada hacia ella.

—No me divierte el sarcasmo.

Ella tomó asiento al lado de Griffin.

—Pero sí te divierte usarlo contra los demás.

Él la inspeccionó con frialdad. Helen se preguntó cómo alguien a quien apenas conocía era capaz de sacar lo peor de ella.

Unos instantes después, él deslizó algo sobre la superficie de la mesa. Griffin lo recogió.

—Otra más —dijo en voz baja.

—¿Otra qué? —Helen se inclinó hacia delante para poder ver mejor.

—Otra llave. —Y se la entregó.

Ella contempló el objeto en su mano, y al pasar los dedos por sus bordes, atisbó algo en los laberintos de su memoria.

—¿Qué pasa? —le preguntó Griffin.

—No lo sé. —Le dio la vuelta a la llave en la palma de su mano—. Siento como si la hubiese visto antes.

—Y así es —dijo Darius—. Se parece a una de las que cierran el recinto de seguridad de Galizur. Con una diferencia.

Ella levantó la vista hacia él.

—¿Cuál?

—No está troquelada. No la han cortado para que encaje en nada.

—¿Qué quieres decir?

Griffin habló a su lado.

—Funcionan como cualquier llave tradicional, aunque están más elaboradas y son más difíciles de copiar. Hay que cortarlas para que se ajusten a su cerradura. Todas las que hemos encontrado después de los asesinatos estaban sin cortar.

—¿Habéis encontrado otras? —preguntó ella.

—Una en cada uno de los lugares de los asesinatos —dijo Darius.

Entonces lo entendió.

—Esta la han encontrado en la casa. En mi casa. —Se sorprendió de escuchar su propia voz calmada y firme.

—Así es —confirmó Darius.

—De modo que es cierto que están muertos. —Levantó la vista para mirar a Griffin. Ella conocía la respuesta, aunque no habría resistido que se la confirmase Darius con su característica frialdad—. Es cierto que mis padres han muerto.

Griffin asintió.

—Lo siento, Helen.

Ella apartó la mirada, y trató de dar rienda suelta a la pena que acechaba y oprimía su corazón, pero no tenía lágrimas. Lo había sabido todo el tiempo, aunque había alimentado una secreta esperanza de que de alguna manera sus padres hubiesen logrado escapar del incendio.

—¿Qué pasa con sus... restos? —Trató de no tartamudear al hacer la pregunta.

—Estarán bajo el cuidado de los Dictata hasta que tú puedas hacerte cargo de los preparativos —la voz de Darius sonó sorprendentemente amable—. No hay prisa.

Helen asintió, respiró hondo y se obligó a no pensar en el pasado. Ahora solo debía mirar adelante si quería encontrar a los asesinos de sus padres. Volvió su atención hacia la extraña llave.

—¿Qué significará? —preguntó—. ¿Para qué dejaría alguien algo como esto tras asesinar a cada uno de los Guardianes?

Darius se puso en pie y dio unos pasos hacia la ventana. Se tomó unos instantes antes de comenzar a hablar.

—Hace tres años, una de las familias más poderosas de la Alianza, los Baranova, fue descubierta vendiendo información clasificada al Sindicato.

Helen recordó algo de repente. Ella y su padre estaban desayunando en la gran mesa de caoba del comedor, el periódico doblado al lado del plato de él mientras explicaba el estado de los asuntos de la compañía en Inglaterra y en el mundo. Ella se fijó en cómo se le tensaba el rostro al mencionar al Sindicato, y cómo se oscurecía su mirada al explicar el papel de este en el mercado mundial.

—No es muy sensato concentrar demasiado poder en las manos de unas pocas personas, Helen.

—¿Pero el Sindicato es una organización industrial, no? —le había preguntado ella—. ¿No es un grupo de dirigentes empresariales?

—Cuatro, para ser exactos —dijo su padre—, que representan a las compañías más poderosas de transporte, comunicación, gobierno y finanzas. Cuatro áreas que les proporcionan un completo y total control sobre todo el mundo del comercio.

Dejó a un lado los recuerdos cuando la voz de Griffin la devolvió al presente.

—¿Para qué iba a querer el Sindicato información sobre la Alianza?

—Creemos que trataban de averiguar qué Guardián tenía la llave de los registros. Andrei Baranova poseía una habilidad que le permitía el acceso a esa clase de información —respondió Griffin.

—¿Qué clase de habilidad? —preguntó Helen.

—Fabricaba llaves para los Dictata. —Griffin recogió la llave de la palma de la mano de Helen, y la acercó a la luz—. Esta es una de sus llaves.

—Recién cortada, y con la misma máquina que las demás —añadió Darius.

Helen sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Solo existen dos máquinas capaces de hacer una llave así —dijo él—. Una de ellas la tienen los Dictata, quienes ahora hacen las llaves fuera del mundo mortal para asegurarse de que no vuelva a producirse una traición así.

—¿Y la otra? —preguntó Helen.

—Suponemos que sigue estando en la fábrica abandonada que dirigieron en su día los Baranova —contestó Griffin—. Después de su traición, todo fue readaptado por los Dictata usando máquinas nuevas. Las viejas nunca fueron reclamadas. En el mundo mortal nadie sabría lo que eran, y como de todos modos no se usaban... —Se encogió de hombros—. Dejaron que se oxidaran.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó Helen—. ¿Con los Baranova?

—Se suicidaron poco después de ser desterrados por la Alianza. —El tono de Darius dejaba claro que no albergaba compasión por los traidores.

—¿Entonces quién está asesinando a los Guardianes y dejando las llaves?

Griffin miró a su hermano como buscando su aprobación. Darius asintió levemente y Griffin se giró para mirar de nuevo a Helen.

—No estamos seguros. Pero puede que sepamos por dónde empezar a buscar.

Después de discutir mucho, por fin los hermanos permitieron a Helen que los acompañara. Aunque no fue un «permiso» propiamente dicho, ya que Helen se cruzó de brazos y rechazó de llano quedarse en la casa. Cuando amenazó con seguirlos, con o sin su aprobación, ellos cedieron.

Descendieron juntos las escaleras de la fachada, pero una vez que llegaron abajo, ninguno de los dos hermanos se movió.

—¿No nos vamos? —les preguntó ella.

—Ya lo estamos haciendo —dijo Darius con una sonrisa de suficiencia.

Ella hizo un esfuerzo por controlar su enfado. Tenía la sensación de que se estaba

divirtiéndolo a su costa.

—Bueno, ¿entonces no tenemos que caminar?

—No necesariamente. —Darius cruzó la acera, sosteniendo el objeto largo y delgado que él y Griffin llamaban glaive—. Hay otras formas de atravesar la ciudad. Y eso harás con Griffin.

—¿Nos vamos a separar?

—Por decirlo de alguna manera —el tono de Darius era irónico.

Ella miró a Griffin.

—¿Te importaría ponerme al corriente?

Griffin abrió la boca para explicárselo justo cuando Darius dio un paso hacia la luz que salía de una de las farolas de la calle.

—Que te diviertas, hermano —dijo, sonriendo abiertamente.

Y luego desapareció.

—¿Darius? Yo... Dónde... —Se volvió para mirar a Griffin—. ¿Está viajando del mismo modo que lo hicieron anoche los espectros?

Griffin hizo un gesto afirmativo y envainó su propio glaive en el cinturón. Ella no entendía cómo el objeto, que parecía una caña, podía ser un arma, pero no quedaba tiempo para hacer preguntas.

Griffin dio un paso hacia el haz de luz y le tendió una mano a Helen.

—Puedes viajar conmigo. Será más seguro que ir caminando.

Ella miró la mano tendida, con un nudo de ansiedad en el estómago.

—¿A esto te referías anoche? ¿A viajar con la luz?

Él suavizó su gesto.

—Sé que parece extraño, pero científicamente tiene todo el sentido. Y no me quiero arriesgar llevándote por las calles de Londres. No después de lo de anoche.

Sus palabras confirmaron lo que ella ya sospechaba: las prisas de su madre por hacer el equipaje habían sido el principio del fin. Desde ese momento, a cada instante se alejaba más de la realidad que había conocido hasta entonces. Ahora su mundo lo conformaban los dos hermanos, tan extrañamente aislados en la gran casa, y Galizur y el búnker subterráneo que contenía aquel orbe, que parecía susurrar su nombre. Un mundo donde los demonios salían de la luz a la calle y donde ella tenía que plantearse si introducirse en la misma luz, sabiendo que la transportaría a través del tiempo y del espacio.

Ya nada volvería a ser lo mismo. Tenía que aceptarlo.

Avanzó hacia Griffin y tomó su mano. La tenía caliente y seca.

—Si es tan peligroso, ¿por qué volvimos anoche de casa de Galizur andando?

—Viajar de este modo también es peligroso. Es imposible saber qué puede esperarte al otro lado. Es un riesgo, pero, dada la aparición de los espectros anoche, tenemos que asumirlo.

—Magnífico —dijo ella, apretando los dientes.

Notó que se le escapaba una risita tonta cuando él le rodeó la cintura con su

brazo. Era sorprendentemente fuerte y olía a menta y a ropa limpia.

—No te preocupes. De momento este es uno de los medios de transporte más seguros para nosotros. Y la luz, nuestros cuerpos... —Notó un cosquilleo en el estómago cuando él pronunció aquella palabra. Respiró hondo mientras él la atraía hacia su musculoso pecho—. Todo es energía. Simplemente nos fusionamos uno en otro con el fin de aprovechar esa energía para viajar.

—¿Entonces, cualquiera podría hacerlo si supiese cómo? —preguntó ella.

—No exactamente. Los colgantes nos permiten tener esta capacidad, entre otras.

—Suenan extraños. Y aterrador —añadió ella, tratando de no pensar en su proximidad.

—Confía en mí, Helen. —Su voz era como una caricia cerca de su oreja. A ella le costaba trabajo mantenerse quieta mientras un escalofrío recorría su columna—. Sé lo que estoy haciendo. Darius es un excelente saltador, y yo he aprendido de él.

Ella trató de calmar su respiración.

—¿Saltador?

—Saltador de luz —dijo él—. Al menos así es como lo llamamos. —La estrechó aún más entre sus brazos—. Agárrate a mí. Y no te preocupes; yo te tengo sujeta.

Ella bajó las manos, y agarró los brazos del joven, que la sostenía por la cintura.

—¿Dolerá?

Él vaciló, como si le hubiese sorprendido la pregunta. Cuando contestó, había ternura en su voz.

—No dejaré que nada te haga daño.

Ella esperaba oír las palabras mágicas que conjuraran aquel poder, pero en un instante y sin que nadie dijera nada, todo desapareció en un cegador fogonazo. Durante una décima de segundo, notó cómo se disolvía, rompiéndose en un millón de minúsculas partículas de luz. Y luego, de repente, sintió cómo volvía a recomponerse otra vez. Puntos oscuros danzaban frente a sus ojos cuando el fogonazo se desvaneció. Cuando se aclaró su visión, aún seguía envuelta en los brazos de Griffin, pero ahora se encontraban bajo una farola en medio de lo que parecía un barrio poco recomendable.

—Ya era hora. —Darius estaba de pie, apoyado en la entrada de un edificio cochambroso.

—Dale un respiro. —Griffin se apartó de ella—. Pensé que era buena idea explicárselo antes de hacerla desaparecer en el aire.

—Vaya, supongo entonces que la caballerosidad sigue estando en boga, ¿no? —Darius empezó a cruzar la calle.

Griffin miró a Helen a la cara.

—¿Todo bien?

Ella asintió.

—Me siento como si me hubiesen hecho trizas y vuelto a recomponer un poco torcida, pero aparte de eso, creo que estoy bien.

Él sonrió.

—Ya te acostumbrarás. Más adelante te enseñaremos para que lo hagas por tu cuenta, así no tendrás que depender de nosotros para desplazarte con seguridad de un sitio a otro.

Helen no estaba muy segura de querer desaparecer sola en la luz, esperando aparecer un instante después en el lugar adecuado. Pero no tuvo ocasión de decirlo en voz alta. Un segundo más tarde, Griffin la sorprendió cogiéndola de la mano para cruzar la calle detrás de Darius.

## TRECE

Se dirigieron a un enorme edificio de ladrillo deteriorado. Dos noches antes, Helen no podía imaginar que sería huérfana, que viviría en la casa de dos hermanos a los que apenas conocía, que cruzaría calles desiertas en mitad de la noche y que se sentiría más segura entre la sombras que a la luz.

Verdaderamente, las cosas se habían vuelto muy extrañas.

Griffin se agachó y susurró:

—Quédate cerca de mí.

Helen asintió.

Los ojos de él buscaron los de ella.

—Lo digo en serio, Helen.

—¡Lo sé! —susurró ella tajante, preguntándose si pensaba que era idiota perdida.

Cuando alcanzaron el otro lado de la calle, alzó la vista y se percató de la oscuridad que los rodeaba. Había cuatro farolas apagadas delante del edificio. Tenían las pantallas de cristal rotas. Helen pensó que no era casualidad.

Tal vez la calle estuviese descuidada, pero las del otro lado funcionaban bastante bien.

Tocó el brazo de Griffin para llamar su atención. Él se detuvo y ella señaló hacia las farolas. Él siguió con la mirada la dirección que ella le indicaba.

Darius se detuvo y se volvió hacia ellos, enarcando las cejas a modo de interrogante. Griffin señaló las farolas y Darius asintió.

Siguieron avanzando. Helen no tuvo que preguntar por qué se dirigían al lateral del edificio en lugar de entrar por la fachada principal. Estaba claro que quien residía allí dentro esperaba pasar inadvertido, tal como sugerían las farolas rotas.

Estaban dando la vuelta a la esquina para entrar en un callejón lateral cuando notó que algo frío le rozaba las manos. A punto estuvo de chillar pero se dio cuenta de que se trataba de Griffin, que trataba de mantenerla pegada a él. Ella se agarró, agradecida, sin importarle que en cualquier otra situación aquello se habría considerado indecoroso.

Después de todo, no era una situación normal.

Continuaron por el callejón con Darius en cabeza.

Helen sintió cómo el sucio dobladillo de su falda le rozaba las piernas, y pensó en las ratas que correteaban alrededor. Qué ganas tenía de disponer de sus nuevas ropas, que probablemente en aquel mismo momento estaban siendo confeccionadas en la pequeña tienda de Andrew Lancaster.



Se estiró para asomarse por encima del hombro de Griffin, pero no podía ver nada. Él debió de percatarse de su decepción, y la dejó pasar delante, entre él y su hermano.

Se encontraban ante una gran ventana. Se alzaba varios pies del suelo y llegaba casi hasta el tejado. Incluso a oscuras Helen pudo ver que los cristales estaban rotos.

—Aquí hay cajones para embalaje —dijo Darius en un susurro. Sus ojos refulgían en la oscuridad casi total del callejón—. Podemos usarlos para entrar.

Griffin le hizo un gesto afirmativo a su hermano.

—Yo iré primero. Tú puedes ayudar a Helen a subir, y yo la cogeré desde el otro lado.

—Estoy aquí —susurró Helen airada—. Y estoy segura de que sabré arreglármelas para pasar por la ventana.

A pesar de haber dicho aquello, estaba agradecida por tenerlos cerca. Lo cierto era que *no* podría pasar por la ventana sin su *colaboración*. Trepar con esas voluminosas faldas por encima del alféizar no resultaría fácil. Si no fuera por ellos, tendría que quedarse en el callejón con las ratas.

—Deja que te ayudemos, Helen —dijo Griffin, siguiéndole la corriente—. Será más fácil y rápido.

Sin añadir una palabra más, se levantó, se agarró a la repisa con ambas manos y se izó aparentemente sin esfuerzo. Sus piernas desaparecieron por la abertura en cuestión de segundos.

—Está bien. —Darius se acercó, se inclinó y entrelazó sus dedos a modo de estribo—. Voy a levantarte hasta a esa repisa y desde allí subirás a pulso. ¿Entendido?

Ella asintió. La adrenalina le corría por las venas según iba acercándose a él. Se limpió las manos sudadas en la falda y puso su bota sobre las manos del joven.

—Espera —dijo ella—. ¿Dónde me agarro?

—¿Nunca has saltado una verja? —Continuó sin esperar respuesta—: Apóyate en mis hombros hasta que estés lo bastante arriba como para agarrarte a la repisa. Luego me sueltas y te impulsas desde ella.

—De acuerdo —murmuró—. Me suelto y me impulso.

Se agarró tal y como le había dicho, pero antes de poder apoyar debidamente su pierna temblorosa sobre las manos entrelazadas de él, fue lanzada al aire. Su estómago casi rozó el rostro de Darius que aguantaba el peso ligeramente agachado. Enseguida tuvo la repisa a la altura de los ojos. No se atrevía a soltar aquellos hombros tan sólidos, tan seguros, pero tenía que darse impulso y salvar el espacio que la separaba de la ventana abierta.

—¡Vamos! —gruñó Darius debajo de ella.

Obligándose a sí misma a soltarse, se lanzó hacia la repisa y se agarró firmemente al ladrillo mientras Darius la empujaba sin ninguna gentileza. Durante una fracción de segundo pensó que iba a caerse de cabeza al suelo, pero consiguió mantener el equilibrio. Después, se impulsó hacia arriba con los brazos. Era más difícil de lo que

Griffin pretendía, pero consiguió sentarse en el alféizar con las piernas colgando hacia dentro del edificio.

La voz de Griffin le llegó desde abajo.

—Salta. Yo te cogeré.

Ella escudriñó la oscuridad, tratando de calcular la distancia hasta el suelo y la posición de Griffin debajo de ella.

—¿Dónde estás?

—No te preocupes. Yo puedo verte. Relájate Yo te cogeré.

Hacía que sonara tan fácil. Como si lanzarse a la oscuridad con la esperanza de que alguien te recogiera fuese perfectamente normal. Pero lo cierto era que no tenía otra alternativa. Darius le estaba dando órdenes por un lado, Griffin por el otro. No había otra manera de hacerlo.

—De acuerdo —dijo—. Voy a soltarme.

Al final fue así de sencillo. Se soltó de la repisa y sintió un vértigo en el estómago justo antes de que los brazos de Griffin se cerrasen alrededor de su cintura.

—Ya está. —Su voz era apenas un susurro y ella sintió un cálido aliento sobre la piel de su pecho—. ¿No ha sido tan malo, no?

La bajó con delicadeza hasta el suelo, los cuerpos rozándose en todo momento. Por el calor que sentía en las mejillas se dio cuenta de que se estaba ruborizando, aunque esperaba que Griffin no pudiera verlo en la oscuridad.

Darius habló en voz baja por encima de ellos.

—Haceos a un lado.

Griffin tiró de ella hacia una pila de cajas mientras Darius aterrizaba con un ruido sordo tan solo a un par de pies de distancia. La facilidad con la que saltó la hizo sentirse torpe.

Darius tomó de nuevo el mando:

—Seguiremos juntos, a menos que convengamos lo contrario.

Ellos asintieron y lo siguieron para internarse en las sombras del edificio abandonado.

Las máquinas parecían bestias descomunales en la oscuridad. Algunas de ellas estaban cubiertas por telas fantasmagóricas, en su día blancas, aunque ahora de un sucio marrón. Otras aparecían descubiertas y sus engranajes brillaban como dientes bajo la poca luz que entraba por las ventanas. Aquellos artefactos metálicos tenían botones y controles por todas partes y también unas pequeñas pantallas oscuras.

Helen caminaba entre los hermanos, Darius delante, Griffin a su espalda. Se sentía segura entre ellos. Eso la desconcertó, pero decidió ocuparse más tarde de analizar ese sentimiento, ahora tenían que seguir avanzando con cuidado de no ser descubiertos. Por fin, un tenue resplandor amarillo comenzó a iluminarles el camino.

Cuando se acercaron lo suficiente para descubrir su origen, Helen se sorprendió al ver que se trataba de una vieja mesa de trabajo metálica, iluminada con una lámpara de cristal verde como las que alumbraban la biblioteca de su padre. Había muchos

papeles esparcidos por encima. Distinguió en uno el contorno de unas pinceladas apenas visibles y pensó que tal vez podrían ser una especie de bocetos, aunque desde donde ella se encontraba era imposible distinguir las imágenes dibujadas sobre el fondo crema.

Un tintineo metálico surgió por encima de sus cabezas y ellos retrocedieron hacia las sombras. Miraron hacia el lugar del que provenía el sonido, y soltaron un suspiro colectivo de alivio al ver a un gato negro encaramado a la barandilla.

Entonces Helen se dio cuenta de que había un altillo justo encima de la mesa de trabajo. Pudo distinguir al menos una habitación separada del resto del edificio por ventanas de cristales esmerilados.

Darius tocó a su hermano en el hombro al tiempo que señalaba hacia una escalera de mano que había a su derecha. Griffin hizo un gesto afirmativo antes de inclinarse hacia Helen y susurrar:

—Quédate aquí. En la zona oscura. Nosotros...

Ella comenzó a protestar, pero él le puso un dedo sobre los labios. El gesto la dejó estupefacta, aunque sabía que únicamente trataba de mantenerla callada.

—Haremos demasiado ruido si subimos todos por la escalera. Y tardaremos demasiado en bajar si tenemos que escapar. Aquí, entre las sombras, estarás a salvo hasta que regresemos. —La miró a los ojos, con sus dedos aún sobre los labios de ella—. ¿De acuerdo?

No le entusiasmaba la idea de quedarse sola en la planta baja del viejo edificio, pero reconoció lo sensato de su argumento. Asintió con la cabeza.

Tras bajar su mano, él se volvió hacia Darius. Los hermanos avanzaron sin decir ni una palabra, resguardándose en lugares donde las máquinas o el mismo edificio arrojaban sombras lo bastante oscuras como para ocultarlos.

Ella observó cómo sus siluetas ascendían por la escalera. En el momento en que desaparecieron en los misteriosos huecos de la parte de arriba, Helen volvió su atención hacia la mesa de trabajo.

Observaba desde lejos los papeles esparcidos sobre ella. Las líneas y curvas de los dibujos despertaban su curiosidad. Empezó a autoconvencerse de lo peligroso que era acercarse un poco más, incluso antes de ser consciente de estar considerándolo siquiera.

*No, se dijo a sí misma, no puedes ir a mirar. Es peligroso. Y además hay luz, lo que lo hace aún más peligroso. Por otro lado, dijo la vocecilla dentro de su cabeza, Darius y Griffin volverán enseguida, y no les hará muy felices ver que has ignorado sus instrucciones.*

Solo que ellos no regresaron. No enseguida. Helen esperó, buscándolos en la oscuridad más allá de donde estaba. Probablemente habrían encontrado algo importante, pensó. Su impaciencia aumentaba a cada minuto que pasaba.

Finalmente, tras mirar a su alrededor una vez más, dejó a un lado su indecisión y salió con sigilo de entre las sombras.

No sucedió nada. Nadie bajó. Nadie la perseguía. Avanzó despacio al principio, reuniendo coraje mientras se ponía en marcha hasta que remató en tres grandes zancadas la distancia que quedaba entre ella y la mesa. Solo le llevó unos instantes comprobar que se hallaban en el lugar adecuado. Los bocetos eran llaves. Llaves con bucles, curvas y volutas, como las de las argollas de Galizur y Anna. Al principio todas parecían iguales, pero tras mirarlas más de cerca, fue capaz de distinguir las pequeñas diferencias que había entre ellas. A pesar de su conexión con el macabro misterio que tenían entre manos, le parecieron dignas de admiración. Qué difícil debía de ser fabricar algo tan delicado. Diseñar y cortarlo así y luego hacer lo mismo con un cerrojo en el que la llave encajaría perfectamente.

Tomó uno de los papeles con intención de inspeccionarlo más de cerca.

—No toques eso —la voz de un hombre, grave y amenazadora, surgió detrás de ella.

Se quedó paralizada, con el brazo en alto, y el pánico la invadió de pronto. No conocía esa voz, pero sabía que no era ni la de Griffin ni la de Darius.

—Qué regalo tan inesperado —dijo la voz—, que aparezcáis los tres delante de mi puerta.

—No estamos aquí para facilitarle las cosas —Helen hablaba de espaldas a la voz. No sabía por qué había contestado, pero aprovechó para recorrer la mesa con la mirada, buscando algo con lo que defenderse.

Fue en vano. Esa mesa la utilizaban para dibujar y hacer diseños, no para trabajar con herramientas. Por allí no había nada más que papeles, plumas y algunos tinteros.

—Date la vuelta —ordenó el hombre.

Helen tragó saliva, tratando de componer un gesto que no reflejase el terror que la invadía. Pensó en Darius y Griffin, aún arriba, tenía la esperanza de que bajasen a tiempo para ayudarla. No sabía si tenían poder para vencer a quien había asesinado a sus familias, pero al menos serían tres. Se dio la vuelta despacio.

Esperaba verle la cara, pero cuando por fin se quedó de espaldas a la mesa, tan solo vio oscuridad.

Él le habló desde las sombras.

—Normalmente no soy yo quien comete los asesinatos, es una cuestión de principios.

Ella reconoció la voz que había escuchado aquella noche en su habitación: *Quémala*.

Se preguntaba si sería su imaginación, pero a pesar de que era la misma voz, notaba algo distinto, como un deje de remordimiento.

—Podría dejarnos marchar —dijo ella con calma—. Nadie se enteraría.

—No. —Le pareció ver que el hombre sacudía la cabeza—. Aunque no es que yo *quiera* destruirte. Eso es algo que debes comprender.

Por su tono, percibió que deseaba que ella lo entendiese.

—¿Entonces qué? ¿Por qué? —Ya no se trataba simplemente de entretenerlo.

Quería respuestas. Ahí estaba el hombre que había ordenado el asesinato de sus padres. Poco importaba que fuera o no la mano ejecutora.

Tardó en contestar, como si estuviese buscando las palabras apropiadas para explicarse.

—Hay algo que quiero. Algo que necesito. Solo puedo conseguirlo asegurándome de que todos sois destruidos.

—¿Así que nos está matando, tras asesinar a nuestras familias, porque *quiere* algo?

—No es así. Tú no lo entiendes. —Había frustración en su voz—. Se trata de algo que *debo* tener. Hará que todo vuelva a ser como fue. Además, ya te lo he dicho; no soy yo quien mata. Eso fue parte del acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—No importa. —La voz del hombre sonó más grave, dejando patente el enfado en su tono mientras avanzaba hacia ella. Hacia la luz que iluminaría su rostro—. No tengo por qué darte explicaciones. Me has hecho un favor viniendo aquí, y pienso esmerarme destruyéndote cuanto antes a ti y a tus amigos.

Ella sacudió la cabeza mientras él se hacía visible, más alto de lo que esperaba y los hombros tan anchos como los de Darius. Con la mano ya puesta sobre el glaiive en su cinto, su sola presencia imponía.

—No, por favor...

—No tengas miedo. —Sus cabellos eran negros como las plumas de un cuervo y casi le llegaban a los hombros—. Te reunirás con tus padres. Estarás mejor en el otro mundo. Este no sirve más que para sufrir. Seguro que hasta tú lo sabes.

Había cierto tono de desesperación en su amargura. Como si estuviese tratando de convencerse más a sí mismo que a ella.

Por fin, se expuso completamente a la luz, su aspecto era mucho más juvenil de lo que ella esperaba. Vestía pantalones ajustados y una camisa negra suelta. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, detuvo su avance.

—Qué... Cómo... —Se inclinó y se acercó más, mirándola como si pudiese leer en sus ojos la respuesta a todos los misterios de la vida.

Y entonces ella vio la respuesta a sus propios enigmas en el profundo azul de los ojos de él.

Conocía a aquel hombre.

Trató de buscar la manera de decirlo. De explicarle la conexión que apenas empezaba a comprender. Pero no se le ocurrió nada.

Todo cuanto pudo hacer fue mirar fijamente la confusión que también se adivinaba en el rostro de él y escuchar las palabras que pronunció. Palabras que le robaron el aliento.

—Tus ojos... Solo he visto una vez ese mismo color, pero... no puede ser. —Retrocedió hacia las sombras, sacudiendo la cabeza, y algo se le cayó de las manos—. Eres tú.

Se dio media vuelta y echó a correr.

## CATORCE

—¿Helen? —Cuando la vio agazapada en el suelo Griffin bajó de un salto la escalera y llegó hasta ella en pocos segundos—. ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

—Yo... Ha sido... —Helen sacudió la cabeza.

—¿Qué ha sucedido? —Darius miró a su alrededor, percibía algo extraño en la escena—. ¿Quién ha estado aquí?

—Era él. —Abrió la mano para mostrarles una llave.

Era la llave lo que le hacía estar tan segura. Nada más desaparecer el hombre, se había precipitado a coger el objeto que se le había caído. Al recogerla, al igual que cuando había visto la llave que encontraron entre los escombros de su casa, sintió una punzada de reconocimiento. En esta ocasión esa punzada fue mucho más fuerte. La transportó a un día soleado en que estaba tomando el té con las muñecas. Estaba sentada con su amigo Raum ante una mesita. Con ellos estaban las muñecas, cada una en su asiento. Raum había aceptado el té y le había comunicado tímidamente que tenía un regalo para ella.

*No es nada de comer, como sándwiches para el té, ni nada de beber, le había dicho. Es algo brillante y bonito para que lo mires.*

Cuando le entregó el extraño objeto, ella lo había contemplado asombrada, mucho más que ahora. No era la misma llave, desde luego, pero estaba claro que era del mismo fabricante. Como también estaba claro que, después de todo, su amigo imaginario resultó no ser tan *imaginario*.

Oyó cómo su madre la llamaba para que entrase en casa: *¡Helen! ¡Raum! ¡Venid adentro niños! ¡Empieza a refrescar!*

Eran los recuerdos borrosos de su niñez.

—¿Helen? ¡Escúchame, Helen! —Griffin tenía las manos puestas sobre sus hombros. Ella, dio un respingo y se dio cuenta de que llevaba ya un rato hablándole.

Pestañeó y levantó la vista hacia él.

—¿Sí?

Él le cogió la llave de su mano y se la mostró.

—¿De dónde has sacado esto?

—Él me la dejó. —Lo miró directo a los ojos—. Me la ha dejado Raum.

—No entiendo. —Griffin se paseaba de un lado a otro de la biblioteca mientras Helen estaba sentada en el sofá, aún conmovida—. ¿Cómo es posible que lo conozcas?

—No lo conozco —dijo ella, bajando la vista hacia sus manos—. Ya no.

—Pero lo conocías. —Darius habló desde un sillón cerca del fuego. Resultaba extraño verlo tan quieto mientras Griffin se paseaba con energía felina por la biblioteca.

—Sí. —Se quedó mirando el fuego que chisporroteaba en la chimenea—. Yo pensaba que... Bueno, yo pensaba que no era real. Cuando era pequeña jugaba mucho con él. Ni siquiera recuerdo cuando dejó de venir a vernos. —Levantó la vista para mirar a Griffin—. Se lo mencioné a mi madre hace un par de años. Me dijo que mucha gente tiene amigos imaginarios.

—Me extraña que Raum Baranova sea amigo de nadie. —El tono de Darius era mordaz—. Probablemente la llave que tienes en la mano era la que pensaba dejar en la escena de nuestro asesinato.

Las palabras tardaron unos instantes en hacer su efecto. Cuando lo hicieron, Ella lo miró impresionada.

—¿Raum... Baranova? —Se puso en pie y comenzó a pasearse por la habitación tratando de recuperar el aliento.

Griffin asintió.

—El hijo único de Andrei Baranova. No tenía más que dieciséis años cuando murieron sus padres. Ni siquiera había alcanzado la Iluminación.

—¿Iluminación? —Helen se irguió. Su garganta amenazaba con cerrarse, en tanto que su mente conectaba las cosas que estaban diciendo Griffin y Darius con las que habían sucedido tan atrás en el tiempo, la llave extrañamente familiar, el niño de ojos azules de su jardín—. El hijo de Andrei Baranova era un Guardián.

Griffin asintió con la cabeza.

—¿Es él, verdad? —preguntó ella—. Es Raum quien está dejando las llaves.

—Eso parece —dijo Griffin en voz baja.

—¿Por qué no me hablasteis de él? —exigió ella—. Está claro que sabíais que era una posibilidad.

Griffin se encogió de hombros.

—No estábamos seguros. Raum desapareció después del suicidio de sus padres. La Alianza intentó encontrarlo. Para ellos era inconcebible volverle la espalda a un Guardián, ni siquiera a alguien que aún no había alcanzado la Iluminación. Pero Raum se esfumó sin más. Un año más tarde, bueno... hubo que poner a otro Guardián en su lugar.

Helen luchaba contra la incipiente compasión que empezaba a sentir por el chico que lo había perdido todo. Ella sabía bien lo que era tal pérdida.

—¿Pero por qué iba a querer vernos muertos habiendo sido él uno de los nuestros?

—Creo que la venganza es una apuesta segura —dijo Darius.

Helen no fue capaz de ocultar su sorpresa.

—¿Por qué iba a vengarse de nosotros? ¿De nuestras familias? ¡Nadie obligó a



sus padres a vender llaves al Sindicato! ¡Nadie los obligó a suicidarse!

—Nadie ha dicho que tenga que tener sentido, Helen —dijo Darius.

Ella sacudió la cabeza, caminando de un lado a otro.

—Tiene que haber alguna explicación.

—¿Existe alguna explicación que pueda exculparlo? —dijo Griffin con tono duro—. Él asesinó a nuestros padres.

—Ya os he dicho que él no cometió los asesinatos. —Se arrepintió de decirlo en cuanto las palabras hubieron salido de su boca, aunque su remordimiento no era equiparable al enfado de Griffin.

—¿Y eso qué importa? —Bajó la vista para mirarla, sus ojos brillaban de furia—. Él ordenó las ejecuciones. *Él puso una de sus llaves en la mano de mi madre muerta.* El hecho de que no fuese él mismo quien le quitase la vida no le hace merecedor del perdón.

Ella tragó saliva, preguntándose por qué le costaba tanto hablar.

—Lo sé. Solo estoy diciendo que puede que haya algo más detrás de lo que parece a simple vista.

—En realidad, lo que dice Helen tiene sentido —dijo Darius, muy calmado, para sorpresa de Helen.

—¿De verdad? —El tono de voz de Griffin destilaba sarcasmo—. Por favor, hermano ilumíname, porque yo soy incapaz de encontrárselo.

Helen se estremeció con el sonido de su voz. Solo conocía a los Channing desde hacía dos días, pero ya era bastante difícil aceptar a Griffin como la persona furiosa e imprevisible que tenía delante, mientras Darius estaba sentado en el sillón, analizando la situación con calma.

—Afirmó que no cometer los asesinatos él mismo era «parte del acuerdo» —recordó Darius a su hermano. Helen les había narrado, palabra por palabra, todo lo que Raum había dicho durante su breve encuentro.

—Vale, está trabajando para otra persona. —Griffin dejó de pasearse y se dejó caer en un sillón al lado del sofá en el que estaba sentada Helen—. Lo mismo da. Si es él quien mató a nuestros padres, quien planea asesinarlos, tenemos que detenerlo.

Darius asintió.

—Estoy de acuerdo. ¿Pero no te parece que sería más sensato aprovecharse antes de él?

Helen miró a Darius.

—¿Qué quieres decir?

—Si le dejamos, puede que nos conduzca hasta quien está detrás de las ejecuciones —dijo—. Si Raum no es más que un sicario, sería una locura deshacerse de él sin llegar hasta su jefe. —Darius hizo un gesto con la mano, distraído—. Encontrarían rápidamente un sustituto.

Durante un minuto permanecieron en silencio. Hasta que Griffin suspiró cansado y dijo:

—Supongo que tienes razón.

—Además —dijo Darius— tenemos una nueva pista. Deberíamos aprovecharla.

—¿Qué pista? —Griffin miró a su hermano.

Darius extrajo un gran sobre amarillo de su chaqueta.

—Esta.

Se lo entregó a Griffin. Tras abrir la solapa, este sacó de su interior un montón de hojas de papel dobladas. Helen reprimió su impaciencia mientras él extendía los papeles sobre sus rodillas y los sostenía bajo la luz de la lámpara. Frunció el ceño concentrado mientras leía cada vez más rápido.

Cuando hubo terminado, miró a su hermano.

—¿Dónde has encontrado esto?

Darius se encogió de hombros.

—En la habitación del altillo.

—No me dijiste nada. —El tono grave de Griffin era tremendamente acusatorio.

—Sí, bueno... Fue justo antes de escuchar ruidos abajo. —Miró a Helen, como si ella fuese la responsable del ruido, en lugar de Raum, quien había dejado caer la llave al suelo de cemento justo antes de salir corriendo.

—¿Me dejas? —Helen tendió una mano hacia Griffin.

Él se los pasó.

—Son direcciones. —Helen echó una rápida ojeada a los papeles. Griffin tenía razón. Se trataba de direcciones.

Las de ellos.

—Contienen las direcciones de todos los Guardianes que han sido asesinados. Incluida la nuestra —explicó Darius.

—Éramos los próximos. —Toda la furia de Griffin pareció esfumarse en cuanto dijo aquello.

Darius asintió.

Helen leyó su dirección entre las otras, todas ellas reducidas a números y nombres de calles. Notó como si una soga estuviese enroscándose alrededor de su corazón, hasta que fue tal la opresión en su pecho que no estaba segura de si podría seguir respirando. Se esforzó para que el aire entrase en sus pulmones. Si se dejaba llevar por el dolor, aquello acabaría con ella lo mismo que si hubiese muerto junto a sus padres.

Miró a Darius.

—No comprendo cómo estas direcciones pueden ayudarnos a encontrar al que contrató a Raum.

—No pueden —dijo él—. Pero el papel puede que sí.

Helen revisó las hojas que tenía en su regazo en busca de pistas. Un instante después levantó la vista y sacudió la cabeza.

—Yo no veo nada.

—Eso es porque no tienes la luz adecuada. —Darius le hizo señas para que se

acercase hasta su asiento, cerca del fuego.

Ella se puso en pie y salvó los pocos pies de distancia que los separaban con Griffin pegado a sus talones. Darius se irguió, le cogió los papeles de las manos y sostuvo una de las páginas frente al fuego. El papel era de buena calidad y consistencia. «Como el de padre», pensó Helen.

Aun así, el fuego destacaba la silueta de la marca de agua, apenas visible en el papel.

—Qué diablos es... —Griffin se inclinó hacia delante hasta colocar su rostro a escasas pulgadas de la hoja. Helen se preguntó si no necesitaría lentes—. Me parece que hay unas letras.

Se enderezó y miró primero a su hermano y luego a Helen.

Ella distinguía el contorno de las letras, pero no con nitidez. En lugar de acercarse más, como había hecho Griffin, se echó hacia atrás, para tratar de ver los trazos que se escondían en la marca de agua formando parte de un todo, y relajó la mente con la esperanza de que de ese modo la imagen se le revelaría.

Y al poco rato, así fue.

—Son iniciales —dijo, paseando la mirada de Darius a Griffin—. Estoy casi segura.

—Creo que tienes razón. —Darius echó un vistazo a su hermano—. Y me da la impresión de que mi hermano necesita lentes.

Griffin le dedicó una mirada fulminante antes de volverse hacia Helen.

—¿Eres capaz de identificarlas?

Helen sostuvo el papel a contraluz una vez más, tratando de ver la imagen que se traslucía. Por un momento se preguntó si no estaría equivocada. De pronto le pareció que en lugar de letras eran triángulos, pero se echó hacia atrás para apreciar la totalidad del conjunto y entonces lo vio.

—Es una V, creo. Y una A. Detrás hay un emblema. —Sacudió la cabeza como si tratase de distinguir la imagen—. Parece alguna clase de animal. ¿Un toro, tal vez? —Bajó el papel, y se giró hacia los hermanos.

—Uve, A... —murmuró Griffin. Miró a Darius—. Uve, A, con un toro detrás. ¿A ti te suena de algo?

Este sacudió la cabeza.

—No, pero la noche ha sido larga. A lo mejor se nos ocurre algo mañana.

—¿Guardo esto, por ahora? —preguntó Helen, señalando el sobre.

Darius asintió.

—Si crees que puede sernos útil.

—Puede. —Los ojos le picaban a causa del esfuerzo de mirar fijamente el papel. Decidió seguir pensando en ello al día siguiente—. Estoy tan cansada. Aunque...

—¿Qué pasa? —preguntó Griffin.

—¿No creéis que será peligroso irnos a dormir? —Estaba pensando en el sobre que contenía la dirección de los Channing.

—Si hubiese querido matarnos esta noche —dijo Darius—, lo habría hecho hace dos horas.

Helen se percató de la pregunta implícita en esa afirmación. Era la misma que se había estado haciendo ella desde que Raum había huido del almacén.

¿Por qué no la había matado cuando tuvo ocasión?

Había subido ya la mitad de las escaleras cuando Griffin le dio alcance.

—Siento haber sido tan duro en la biblioteca. —Bajó la voz—. Pero cuando te vi en el suelo de la fábrica, pensé que te había pasado algo.

Ella se daba cuenta de lo mucho que le costaba decir aquello. Lo miró, un mechón de pelo le caía sobre los ojos y tenía la expresión de un niño pequeño preocupado.

—Lo entiendo —dijo ella—. Todo esto es demasiado.

Continuaron caminando por los pasillos en sombras y Helen se maravilló de que ya le resultasen tan familiares. Trató de recordar cómo se sentía al recorrer los pasillos de su propia casa, pero los recuerdos estaban bloqueados.

—Él te... —Griffin hizo una pausa cuando llegaron a la puerta del cuarto de ella—. ¿Te hizo daño?

La miró de frente, apartándose de la luz de la hilera de lámparas de la pared. En la oscuridad el brillo de sus ojos era de color verde y oro.

Ella sacudió la cabeza.

—Me puse a gatas para buscar la llave. Al principio no sabía lo que era. Solo oí el ruido y vi que algo se le caía de la mano.

Él pareció aliviado, pero cuando habló, no fue alivio sino determinación lo que ella percibió en su tono.

—Mañana pasaremos el día practicando con la hoz. Espero que no tengas que usarla, pero no me gusta la idea de que puedas estar indefensa si Raum viene a por nosotros.

Por un momento se sintió molesta, pero la expresión protectora en sus ojos la desarmó. Además, después de ver a los hermanos luchando en la calle contra los espectros, tenía que admitir que no estaba preparada para hacer frente a las más que posibles amenazas.

—De acuerdo. —Lo miró sonriente a los ojos. Algo indefinido, aunque peligrosamente cercano al cariño, surgió entre ellos. Por fin apartó la mirada y puso una mano en el pomo de la puerta de su habitación—. Buenas noches, Griffin.

—¿Helen? —su voz la detuvo cuando estaba a punto de entrar.

—¿Sí?

—¿Por qué no te mató? —El rostro de Griffin era una máscara de perplejidad—. Me refiero a Raum. ¿Por qué no te ha matado esta noche, si ha tenido ocasión de hacerlo?

Ella quiso darle una respuesta razonable, y pensó en varias posibilidades:

«Fuimos amigos en la infancia»; «Él se acuerda de mí lo mismo que yo lo recuerdo a él»; «El recuerdo le pilló por sorpresa».

Pero ninguna de ellas explicaba la abrupta huida de Raum de la fábrica cuando la más vulnerable era ella.

Todo cuanto pudo hacer fue mirar a Griffin a los ojos y decir la verdad:

—No lo sé.

Era un alivio estar en la intimidad de su habitación, donde no se las tenía que ver con tantas preguntas que no parecían tener respuesta. Era como si estuviese en la cubierta de un barco, en un mar encrespado. Cada vez que creía recuperar el equilibrio, se le presentaba algo y la hacía caer de nuevo. La mayor parte de lo que había ocurrido no se lo podía explicar ni a sí misma, menos aún a los hermanos.

Su cama estaba recién hecha, y en el aguamanil habían dejado una palangana de agua caliente. Inspeccionó la habitación con cierto recelo, preguntándose de nuevo quién se ocuparía de las tareas en la casa de los Channing. Ella aún no había visto a nadie, aparte de Griffin y Darius.

Dejó el misterio de lado, para lavarse la cara y cambiarse rápidamente. Se puso la camisa que había usado la noche anterior. El reloj de encima de la chimenea dio la hora con dos toques mientras ella se metía en la cama.

Le escocían los ojos a causa del cansancio, pero su cabeza no paraba de dar vueltas a todo lo sucedido. Cogió la llave que estaba en la mesilla de noche. Bajo la luz presentaba un brillo apagado, la levantó y le dio la vuelta para inspeccionarla, como si contuviese la respuesta a la reacción de Raum en la fábrica. Se la imaginó abandonada entre los escombros de la casa en la que ahora dormía. El hogar de los dos jóvenes que se habían convertido en sus amigos. La idea le dolió, y volvió a dejar la llave encima de la mesilla. No acertaba a entender lo que le había provocado el hombre que la había dejado marchar en la fábrica. Enfado, desde luego. E ira, sí, porque él había permitido —mejor dicho, ordenado— aquellos horribles actos.

Aunque había algo más. Ella deseaba llamarlo gratitud por perdonarle la vida, fuera cual fuese la razón. Aunque en el fondo, sabía que se trataba de algo mucho más complejo.

## QUINCE

Estaban terminando de desayunar en la biblioteca cuando llamaron a la puerta de la casa.

Ambos hermanos se pusieron en pie de un salto, las tostadas estuvieron a punto de caerse al suelo cuando depositaron precipitadamente sus platos sobre la mesa de té.

Griffin miró a Helen.

—Quédate aquí.

Sin esperar su respuesta, salió de la habitación detrás de su hermano, con la mano puesta en la hoz que colgaba a un lado de su cintura.

Helen esperó en el silencio de la biblioteca tal como le habían dicho, aunque se acercó con sigilo hasta la puerta, aguzando el oído para enterarse de lo que ocurría en la entrada.

Retrocedió de un salto casi de inmediato al ver que Darius y Griffin regresaban por el recibidor.

—No finjas que no estabas espiando. —Griffin fue el primero en entrar en la habitación, cargando en sus brazos con cuatro paquetes grandes embalados con papel marrón y cuerda—. Te he visto.

—Me he quedado en la habitación, tal como me dijiste —insistió ella.

—Tu interpretación de las instrucciones es de lo más libre. —Darius se sentó, recogió su plato y continuó con su desayuno.

Helen ignoró el comentario mientras Griffin colocaba los paquetes en el pequeño sofá donde ella había estado comiendo.

—Son para ti —dijo.

Se agachó, y vio su nombre escrito con letras inclinadas en la parte superior.

—¿Mi ropa? —Trató de no parecer nerviosa. Resultaba difícil ser la única chica entre tanto hombre.

—Eso parece. —Griffin sonrió abiertamente, al percatarse de su fingida despreocupación—. ¿Por qué no te cambias y así podemos empezar a entrenar en la sala de baile?

Un rato después ella fue a buscarlo a la biblioteca. La tela de su extraña falda nueva le rozaba las piernas al caminar. Como no lo encontró allí, buscó en las habitaciones restantes de la planta baja hasta hallarlo finalmente en la cocina. Estaba

agachado junto a la puerta trasera y murmuraba algo ininteligible a alguien a quien ella no veía.

Se aproximó con sigilo para no sobresaltarlo.

—¿Griffin?

—¿Eh? ¿Qué? —Se dio la vuelta, claramente sobresaltado, a pesar de los esfuerzos de ella—. ¡Ah, Helen! Sí que te has dado prisa.

Cerró la puerta rápidamente a sus espaldas.

Ella hizo un ademán señalándola.

—¿Con quién estabas hablando?

Él fingió sorpresa.

—Con nadie. Ahí no hay nadie.

Ella ladeó la cabeza, intentando descifrar su extraña conducta.

—Pero si estabas hablando con alguien.

Él sacudió la cabeza y se apoyó en la puerta como si con eso pudiese impedir que ella la abriera.

Helen se le acercó dando un par de largas zancadas, y tendió la mano hacia el pomo.

—No seas ridículo. Te he oído hablar con alguien. —Tiró del pomo, tratando de abrir, pero él no se movía—. ¡Griffin! ¿Por qué actúas de un modo tan extraño? —Y continuó sin esperar respuesta—. Me doy cuenta de que aún no nos conocemos bien, aunque seguro que me conoces ya lo bastante como para saber que no me voy a marchar hasta que no abras esa puerta y vea yo misma lo que hay al otro lado.

Él se la quedó mirando fijamente durante un segundo antes de apartarse con un suspiro.

—Muy bien. Pues entonces échale un vistazo a mi pequeño compañero.

Ella sostuvo su mirada un momento más, intrigada con lo que acababa de decir, y abrió la puerta.

No había nadie allí. Se quedó parada en el mismo porche en el que había estado cuando escapó de la casa y siguió a Griffin y a Darius la primera noche, pero estaba vacío.

Al menos eso fue lo que pensó antes de escuchar el inconfundible maullido a sus pies.

Bajó la mirada y vio a un gatito negro y blanco lamiendo crema de leche de un fino plato de estampado floral. Entonces comprendió.

Levantó la vista hacia Griffin, apoyado en el marco de la puerta, ligeramente ruborizado ante la mirada de ella.

Él hizo un ademán como para quitarle importancia, antes de que ella pudiese hablar.

—No hay por qué armar escándalo por esto. El pobre bicho estaba hecho unos zorros la primera vez que vino hasta la puerta. Cualquiera en mi lugar le habría ofrecido un poco de leche.

—¿Estás alimentando al gato? —dijo Helen. Una sonrisa asomó a las comisuras de su boca—. ¿Y estabas hablando con él?

—Bueno, técnicamente, hay más de uno. No me parece bien darle la espalda a los amigos de Ratonero. —Se agachó para coger al gatito, ahora ocupado con su plato de leche—. ¿Verdad que sí, Ratonero?

—¿Ratonero? —dijo Helen, tratando de reprimir su sonrisa.

Él cogió en brazos la bola de pelusa, como había hecho miles de veces antes.

—Necesitaba un nombre. —En su voz se notaba cierto tono defensivo—. Y la primera noche que apareció en los escalones, me traía un ratón, como si quisiera intercambiarlo por algo de comida.

—Es un nombre perfecto. —Tendió la mano con cuidado hacia el gatito y dejó que se la olisqueara antes de tocarlo con suavidad—. Y, para que conste, me gusta la gente que adopta gatos callejeros. —Miró sonriente a Griffin, y notó que algo fuerte y cálido la invadía al acariciar la sedosa piel del animal, rozando la mano de Griffin mientras él hacía lo mismo.

—Supongo que deberíamos entrenar en la sala de baile antes de que anochezca —dijo él, volviendo a poner en el suelo al gato, muy a su pesar—. Vas a necesitar buena luz para entrenarte con la hoz.

Ella tuvo que reprimir las ganas de protestar. No quería entrenar con algo tan afilado y peligroso. Y ahora, mientras salían de la cocina, pretendía disculparse de antemano por el fiasco en que se convertiría seguramente su entrenamiento con la hoz.

—No se me dan nada bien los ejercicios físicos... —comenzó a decir mientras enfilaban un pasillo que no había visto nunca.

Él sonrió de oreja a oreja mientras caminaban.

—Pues a mí me cuesta creerlo.

Ella se percató de su tono insinuante y sintió cómo se ruborizaban sus mejillas.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Su carcajada fue algo más espontánea incluso de lo que había sido el día anterior.

—Sí, pero no tienes por qué preocuparte. He encontrado las hoces de entrenamiento que Darius y yo usábamos cuando éramos más jóvenes. Están hechas de madera.

Helen no pudo evitar dejar escapar un suspiro de alivio. Pensó que Griffin se reiría otra vez de ella, pero en lugar de eso, él le tocó el brazo. Ella se paró a su lado en la oscuridad del pasillo.

—Helen. —Hablaba en voz baja, para enfatizar la confidencialidad de sus palabras—. No tienes de qué tener miedo mientras estés conmigo. ¿Lo sabes, verdad?

Ella asintió, con las palabras atrapadas en su garganta.

—Bien —dijo él, reanudando la marcha—. Aun así, es mejor estar preparado para cualquier cosa.

Recorrieron un largo corredor. Estaba suntuosamente alfombrado y a cada pocos



pasos había brillantes apliques de bronce que lo iluminaban.

Helen miró a Griffin mientras caminaban.

—¿Puedo preguntarte algo?

Él pareció sobresaltarse.

—Claro.

Ella vaciló, ligeramente avergonzada por la cuestión que tenía en mente.

—¿La casa está... encantada?

—¿Encantada?

—Sí. Todo está tan perfectamente cuidado y atendido, pero aún no he visto a nadie salvo a ti y a Darius. Pensaba que igual era... mágica o algo así.

Él se echó a reír, mirándola con ternura.

—Tenemos un chico, en realidad es huérfano, que se ocupa de la casa. Es bastante asustadizo. Nosotros mismos lo vemos rara vez, aunque me alegro de que esté atendiéndote con tanta eficiencia.

Ella asintió, sintiéndose estúpida e ingenua. Un instante después dieron la vuelta a una esquina para entrar en una enorme habitación casi vacía. La luz del sol entraba por las ventanas que se alzaban hasta el techo y motas de polvo danzaban en el aire como un velo cuando Helen pisó el suelo de tarima.

—Es preciosa. —Se giró en redondo, admirando las lámparas de araña del techo, y las obras de arte con marcos dorados en las paredes.

—Hace bastante tiempo que no se usa. —Griffin se dirigió hacia una mesita—. Yo ni siquiera era lo bastante mayor para asistir al último baile que se celebró aquí.

Helen asintió, pensando en sus propias experiencias, recuerdos que atesoraría para siempre, antes del asesinato de su familia y la destrucción de su casa.

—Apuesto a que estaba maravilloso. —Ella le sonrió cuando él regresó a su lado sosteniendo algo entre sus manos—. Con todas las luces encendidas, quiero decir.

Él asintió. Cuando sus miradas se encontraron, en ambas se reflejaba el dolor de la pérdida.

Él le ofreció algo. Helen lo cogió, cerrando su mano alrededor de la suave madera de la hoz de entrenamiento.

—Mientras estés aprendiendo, no te harás daño, pero podrás experimentar las ventajas y los peligros de un arma con una forma tan extraña. Supongo que habrás practicado esgrima, ¿no?

Helen no pudo contener su sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros.

—Para la mayoría de nosotros ha sido parte de nuestra educación. Además de latín, historia religiosa, estrategia defensiva...

—¿Estrategia defensiva? —Recordaba las clases de latín e historia religiosa, y las más recientes de esgrima, pero no recordaba nada parecido a estrategia defensiva.

—Puede que no la hayamos recibido en forma de lecciones. A nuestros padres los

mataron antes de que pudiésemos estudiarla abiertamente. Pero cuando éramos pequeños, nos enseñaban las lecciones en forma de juegos.

—¿Qué clase de juegos? —Aunque Helen ya sabía qué diría.

—Juegos como *encuentra la salida o qué harías si...* —Ladeó la cabeza—. ¿Tú jugabas a eso, verdad?

Ella asintió, estaba colocando mentalmente en su sitio las piezas del rompecabezas.

—No me di cuenta de que eran algo más que juegos hasta que escapé por el túnel subterráneo de mi casa, la noche del incendio. Salí a la altura del Claridge.

Griffin enarcó las cejas.

—¿Eso quiere decir que lo conocías?

—Mi padre me llevaba allí a merendar una vez a la semana. Luego, a menudo nos paseábamos por las calles de los alrededores. Pasábamos por delante de esta misma casa, estoy segura.

—Debía de ser difícil prepararnos sin decirnos realmente nada. Seguro que no era nada fácil enseñar esas cuestiones a unos niños —dijo él—. Según vaya pasando el tiempo, irás descubriendo un montón de cosas que ni siquiera imaginabas que sabías.

Ella recordó la voz desesperada de su madre la noche del incendio. *Sabes más de lo que tú crees, Helen.*

—Ahora, cuando sostengas la hoz... —Griffin se echó hacia atrás y la observó con más detenimiento, fijando sus ojos en el dobladillo de su falda—. Me gusta tu ropa nueva, Helen, aunque... bueno, tu falda parece más corta de lo normal.

Ella se había preguntado si acaso Griffin se daría cuenta de las excentricidades de su indumentaria.

Suspirando, bajó la mano que tenía libre y levantó la tela que cubría sus piernas, para que él pudiera apreciar el corte del diseño.

—En realidad no es una falda.

Su desconcierto se transformó en un susto.

—¿Llevas pantalones?

—¡No son pantalones! —protestó ella—. Es una falda un poco más corta cosida por el centro para que me pueda mover con mayor libertad.

—Sí —admitió Griffin, riéndose—. ¡Pantalones! Ya decía yo.

Ella le dio una palmadita en el hombro.

—Los vestidos están hechos para pasarse y bordar. No creo poder defenderme con toda esa tela extra sobre mis piernas. Esto puede pasar por una falda ligeramente corta, y al mismo tiempo me permite alguna libertad de movimientos. Además —bajó la vista para mirarse, sintiendo cierto orgullo—, creo que lo diseñé bastante bien en un momento, y Andrew lo ha confeccionado estupendamente.

—Vale. —Griffin se restregó la barba incipiente, apenas visible en su barbilla—. Entiendo lo que quieres decir.

Retrocedió unos cuantos pasos más, y empezó a explicar el uso de la hoz. Helen

escuchaba atentamente, pues aunque estuviesen practicando con madera, en cualquier momento podría tener que sostener la afilada hoja de una hoz auténtica, y su vida dependería de su habilidad para usarla.

No era muy distinto a las posturas de la esgrima, según le explicó Griffin. Le recordó que tenía que desplazar el peso sobre el pie de atrás para calcular la situación y llevarlo luego al de delante al comenzar la ofensiva.

—Es más engañoso que la esgrima, porque el largo de la hoja no se interpone entre tú y tu adversario. —Se lo demostró acercándose más a ella. Empuñó la hoz de entrenamiento como si la estuviese atacando con la parte afilada—. Tienes que acercarte lo suficiente como para hacer daño, aunque eso también te coloca a ti lo bastante cerca como para que te hieran.

—¿Y cómo lo evitas? —preguntó Helen, trabajando ya mentalmente para encontrar una solución.

Él sonrió.

—Manteniéndolos muy ocupados con su ofensiva o quitándoles de las manos su propia arma.

Ella asintió, guardándose la información para después, mientras él se adelantaba y golpeaba su hoz contra la de ella.

—Otra cosa con la que tienes que tener cuidado es con el bloqueo. —Deslizó la hoja de su arma dentro de la de ella, de manera que se quedaron enganchadas en el centro de la V—. Si alguien te hace un bloqueo, es difícil que puedas zafarte sin hacerte daño. Esa es la mala noticia.

—¿Y cuál es la buena? —preguntó ella, con su hoz aún enganchada a la suya.

—Que tú les puedes hacer lo mismo a ellos. —Dio un buen tirón a su hoz, y la pieza de madera que ella tenía en la mano cayó y repiqueteó contra el suelo de la sala.

Ella se agachó a recogerla.

—Me parece que empiezo a entenderlo —dijo—. No se trata de un problema físico. Bueno, en realidad no. Lo parece, porque nos movemos dando vueltas. Pero en realidad es más matemático. Más científico.

Él alzó las cejas.

¿Científico?

A ella le gustaba la forma en que él la miraba a los ojos cuando hablaba. Como si de verdad quisiera oír lo que tenía que decir, y no se limitara simplemente a ser cortés.

—Sí. Probabilidad, causa y efecto, esa clase de cosas.

—Sigue —dijo él, frunciendo un poco el ceño.

Ella estudió la hoz.

—Usando esto como ejemplo, si mi adversario se acerca a menos de dos pies de distancia, la probabilidad de que haga uso de su mayor fuerza para hacerme daño es grande. Pero si consigo enganchar mi hoz en la suya antes de ese punto, o en el mismo momento en el que llegue a él, tengo más posibilidades de dejarlo totalmente

desarmado.

Griffin sacudió la cabeza.

—No tendrías fuerza para desarmarlo.

—La fuerza no es un requisito imprescindible.

—No estoy seguro de estar de acuerdo con eso.

Ella levantó su hoz.

—Te lo demostraré.

Él levantó su brazo, empuñando en alto la hoz de madera, y esperó a ver qué hacía Helen. Una décima de segundo después, ella hizo restallar su arma contra la de él, y la atrapó en la V.

—A esto me refiero, Helen. Ahora estás atrapada.

Ella notó la fuerza con la que él tiraba desde su lado. Sus hoces estaban tirantes, y Helen reunió todas sus fuerzas para no moverse del sitio. Dejó pasar un par de segundos mientras Griffin se iba haciendo a la idea de desarmarla.

Entonces relajó la tensión de su brazo lo bastante como para que él retrocediese tambaleándose. Antes de poder recuperar el equilibrio, ella golpeó con fuerza la hoz de él, arrojándola al suelo de tarima, por el cual se deslizó.

Él asintió, mudando su expresión de sorpresa en admiración.

—Muy bien hecho.

Ella sonrió, le ardían las mejillas.

—Gracias.

Él se agachó a recoger su hoz antes de enfrentarse de nuevo a ella.

—Otra vez —dijo.

Estuvieron practicando el resto de la hora, y Helen se convirtió poco a poco en una experta con la hoz de madera. Su mente comenzó a imaginar soluciones prácticas para compensar su debilidad. Era más baja que Griffin, más baja que la mayoría de los hombres. Eso le permitía agacharse y esquivar golpes cuando no le quedaba otra salida. Si era paciente y no se dejaba llevar por el miedo, ya encontraría una oportunidad para que la suerte y la lógica jugasen a su favor frente a la fuerza y la experiencia.

Con una hoz real sería diferente, por supuesto, pero empezaba a pensar que con mucha cabeza, y un poquito de suerte, estaría lista para defenderse si fuera necesario.

## DIECISÉIS

Se dirigieron hacia la entrada de la casa, haciendo planes para quedar más tarde para cenar con Darius. Mientras tanto, Griffin tenía que atender unos asuntos, y ya casi había salido por la puerta cuando a Helen se le ocurrió algo.

—¿Griffin?

Él se giró para mirarla, con el sol a su espalda iluminando sus cabellos dorados.

—¿Sí?

—¿Qué pasa con la hoz? —preguntó ella—. ¿Puedo tener una ya? Para defenderme, por si fuera necesario.

Él se quedó callado, mirándola fijamente a los ojos. Por fin hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Hablaré con Darius.

Cerró la puerta despacio tras él. Helen se quedó parada a los pies de la escalera. Preguntándose si las dudas de Griffin se debían a la preocupación que sentía por su seguridad o al miedo a su incompetencia con la hoz. Suspiró. Quizás diese igual.

Se paseó por el vestíbulo, deslizándose la mano por la lustrosa barandilla y por la mesa de caoba pulida. Resultaba casi imposible resignarse a un mundo en el que la casa desconocida donde estaba ahora fuera lo más parecido que tenía a un hogar. Un mundo, en el que su propia casa, imponente y sólida sobre el cielo londinense, ya no se llenaría de luz y risas y animadas discusiones casi todas las noches.

Notó un leve escozor en los ojos, un agotamiento que venía de lejos, aunque solo pensar en irse a su habitación le crispaba los nervios. Su mente jamás le permitiría descansar.

No hasta que lo viese por sí misma.

Lo dudó un momento antes de abrir la puerta. Luego salió al fresco aire de la tarde, el viento fustigaba sus cabellos, los ruidos de la ciudad la rodeaban.

Se encaminó primero al Claridge, volviendo sobre sus pasos de la noche que escapó, tratando de no recordar los espantosos acontecimientos que la habían obligado a hacerlo. En cuanto pasó delante del hotel, no le resultó difícil encontrar el camino a casa. Menos de veinte minutos después de haber salido del hogar de los Channing, pasó de largo ante la botica de la esquina y continuó por la tienda de dulces al final del bloque. Todo le era dolorosamente familiar, y aun así, parecía distinto a través de la lente de cuanto había sucedido desde la última vez que recorrió aquellas calles.

La velocidad de sus pasos se redujo cuando Helen comenzó a cuestionarse la

conveniencia de llegar a su destino. Ella sabía lo que había sucedido. Y cómo había acabado.

¿No era así?

O tal vez no le bastase con que le hubiesen dicho que sus padres habían muerto. Que su casa había ardido hasta los cimientos con su madre y su padre dentro. Tal vez tenía que verlo por sí misma, por horrendo que fuese el descubrimiento. Continuó caminando despacio por la calle, firmemente decidida.

Lo primero que le llegó fue el olor. No se trataba más que de un vago recuerdo del tiempo que pasó entre las paredes de su habitación, algo más acre que el permanente humo residual de las farolas londinenses. El olor fue acentuándose a medida que se adentraba en la calle.

Percibió el paisaje alterado que le esperaba incluso antes de verlo, como si todo el aire de los alrededores de la casa hubiese cambiado a causa de la desintegración de la madera, la pintura y los muebles que un día la ocuparon.

A pesar de estar preparada, Helen tuvo que inspirar hondo cuando por fin la casa apareció ante sus ojos. Su inconsciente rechazaba la imagen; el esqueleto ennegrecido de piedra y ladrillo, las ventanas que miraban como ojos vacíos según iba acercándose.

Esa no era su casa. No podía serlo.

Nada de suelos lujosamente alfombrados en los que había aprendido a gatear y a caminar, o del comedor, en el que ella y padre —con aquellos ojos que brillaban juguetones tras sus anteojos— habían discutido de política. Ese paisaje desolado no podía haber sido la casa que daba al exuberante jardín donde había tomado el té con *Raum* siendo niña. Ni el lugar donde se arrodillaba su madre, con un sombrero de ala ancha protegiendo su piel delicada del sol, para cortar las extravagantes rosas con sus tallos.

Sin embargo lo era. Ella lo sabía. Lo reconocía, del mismo modo que en su día había podido intuir los singulares trazos del rostro de su madre en aquellos daguerrotipos en los que una irreconocible señora Cartwright aparecía de niña.

Se aproximó a la casa con cautela, resistiéndose a la necesidad de taparse la nariz y la boca a causa del hedor. Resistiendo a imaginar qué era lo que lo producía.

Finalmente, se detuvo ante la puerta de hierro, que se sostenía torcida sobre sus goznes. Al levantar la vista para mirar la fachada manchada de hollín, a Helen le pareció casi posible creer que el incendio no había sido grave. Aparte de los ladrillos ennegrecidos que rodeaban los marcos de las ventanas y la puerta de entrada, la fachada de la casa estaba intacta. Únicamente al dejar vagar su mirada fue cuando descubrió la extensión del daño.

La biblioteca, en su día protegida por el ladrillo en uno de los laterales de la casa, ahora se hallaba expuesta al mundo. Apenas consiguió distinguir las estanterías tras un montón de escombros que al parecer pertenecían al segundo piso. Los libros de padre —libros de los que ella había aprendido— ya no eran más que cenizas.

Resultaba obsceno que los transeúntes levantasen la mirada para ver las habitaciones que le habían proporcionado cobijo desde que nació. De pronto se sentía vulnerable, como si estuviese en la calle llevando únicamente puesto el corsé.

De los escombros salía humo, una niebla amarga que limaba las asperezas de la destrucción. Apenas se percató del chirrido de la puerta cuando la empujó para abrirla. Cruzarla fue algo instintivo. Tenía que verlo por sí misma. Demasiadas cosas habían quedado pendientes la noche del incendio, que ya no era más que una huella borrosa en su memoria. Había sucedido todo tan deprisa. Necesitaba conciliar sus recuerdos con lo que realmente había ocurrido mientras estuvo escondida en las paredes de su cuarto, mientras huía por los túneles del subsuelo de la casa.

*Como una cobarde*, le susurraba una voz airada en su cabeza. Hizo cuanto pudo por ignorarla. Al recorrer el sendero, levantó la cabeza para contemplar el tejado. Se había derrumbado hacia un lado, dejando un enorme agujero abierto al cielo. A través de él, Helen podía distinguir el yeso ennegrecido, el espejo aún colgado de la pared de la habitación de su madre.

Continuó avanzando, sorprendida de ver aún intactos los peldaños que conducían a la puerta principal de la casa. Alguien debería detenerla, decirle que no era seguro.

Nadie lo hizo.

La gente que pasaba por la acera parecía muy lejana, y los ruidos de la calle y sus ocupantes, de otro mundo. Se detuvo en el umbral, recordando la puerta de madera tallada que una vez contuvo el marco. No había rastro de ella, ni restos quemados a sus pies. Era como si se hubiese desvanecido en el aire o nunca hubiese existido siquiera.

La traspasó para entrar en la oscuridad, poniendo a prueba las tablas de madera del suelo con su peso, mientras se abría paso hacia el recibidor. La escalera, antes magnífica y curvada a ambos lados para encontrarse en el centro, ahora estaba impracticable. Helen supuso que la pila de maderas humeantes que tenía delante era lo que quedaba de ella, aunque no había forma de saberlo con seguridad. Sea como fuere, no podría echar un último vistazo a su dormitorio. Ni escarbar en busca de recuerdos salvables. Al menos no en los pisos de arriba.

Continuando por el pasillo, giró hacia el salón. Sabía que se trataba del salón por su ubicación, pero estaba tan calcinado y que no lo habría reconocido. El suelo era un río turbio de hollín, en el que extraños objetos flotaban en el agua que debieron usar para apagar las llamas. Por los agujeros que aparecían intermitentemente entre los listones de madera y el yeso, se veían los árboles y enredaderas del exterior, que también estaba renegrido por el humo.

En aquel lugar todo estaba irreconocible. Habían desaparecido los muebles, como si hubiese venido un contingente de hombres de mudanza a llevárselos. No lo habían hecho, por supuesto. El fuego se había encargado de todo.

Estaba sopesando si sería prudente ir a la cocina cuando una tabla del suelo crujió a sus espaldas. El ruido hizo que detuviese sus pasos. Por un momento se quedó

demasiado paralizada por el miedo como para hacer otra cosa que quedarse absolutamente quieta en medio de la habitación, esperando haberse equivocado. Cuando volvió a escucharlo, se giró en redondo, y retrocedió instintivamente hacia la pared.

Durante un instante se encontró en otra habitación y en otro tiempo. Una concurrida fiesta en la que ella era al menos un par de pies más baja que todos lo presentes. Gente con vestidos de fiesta, con copas en las manos y riéndose a carcajadas. Escuchaba la voz de su padre en su oído.

—Imagina que ahora mismo ves a alguien, Helen. Alguien para quien querrías permanecer invisible. ¿Qué es lo primero que tendrías que hacer?

Ella había respondido sin dudar. En sus recuerdos hablaba en voz baja.

—Pasar inadvertida.

Vio la solemne mirada de su padre contemplándola.

—¿Y eso por qué?

—Porque tendré menos probabilidades de escapar si alguien me ve primero —había dicho ella.

—Muy bien, hija mía. —Su padre había asentido con la cabeza, dibujándose una triste sonrisa en su boca—. Muy bien.

En su mente su voz sonaba con la claridad de una campana, y retrocedió hacia las sombras, con cuidado de que las tablas del suelo no crujiesen al posar en ellas todo su peso.

Cuando la figura ensombreció el umbral de la puerta del salón, ella se obligó a respirar despacio y regularmente. Sus ojos encontraron las salidas en menos de cinco segundos.

La pared que tenía detrás, que era lo bastante inestable como para poder atravesarla dándole un buen empujón.

Las vidrieras sin cristales de la fachada de la casa, que podría alcanzar en apenas cuatro zancadas.

Y el umbral de la puerta, en el cual estaba parada ahora la misteriosa y alta figura. Obviamente, un último recurso.

No sabía si la estaría viendo o no, pero antes de considerar la conveniencia de correr, mejor que quedarse quieta y esperar a que no la hubiese visto, la figura habló.

—Imagino que ya habrás buscado por dónde escapar. —Era una voz familiar y masculina—. Os han entrenado bien a todos.

*Raum.*

Pensó en permanecer escondida, para darse el mayor tiempo posible e idear un plan de huida. Pero aquellas palabras la irritaron y salió de entre las sombras sin pensárselo, roja de furia y echando humo.

—Nos han entrenado bien. —Escupió las palabras—. Tú fuiste uno de nosotros.

Él avanzó un paso, arrojando una sombra espeluznante bajo la escasa luz que entraba del exterior. Cuando habló, la cólera de su voz era un reflejo de la de ella



misma.

—Ha pasado mucho tiempo desde que fui uno de vosotros.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo bastante como para justificar tu traición.

—Tú no estás en posición de juzgarme. —Rugió las palabras, y ella empezó a sentir cómo los primeros efectos del miedo se abrían paso por su estómago—. No sabes nada acerca de mi vida.

—¿Que no estoy en posición de juzgar? —dijo ella con incredulidad—. Tengo todo el derecho a hacerlo. Has asesinado a mi familia, y me habrías asesinado también a mí, si no hubiese escapado.

Él pareció estremecerse antes de esconderse bajo un gesto impasible.

—Ya te dije que yo no lo hice.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Tú solo *ordenaste* los asesinatos. —Sus dedos ansiaban tener un arma. Una espada, o una hoz—. Y eso lo justifica todo, ¿no?

Él bajó la vista al suelo antes de mirarla a los ojos. Sus cabellos brillaban como la caoba pulida, incluso en la penumbra.

—No sabía que eras tú.

—¿Cómo no ibas a saberlo? No creo que tus esbirros seleccionen al azar. Habéis estado matando a los Guardianes uno a uno.

Se estremeció cuando él avanzó hacia ella pisando fuerte. Al retroceder, calculó qué posibilidades tenía de escapar. Se encontraba demasiado cerca de la pared para coger suficiente impulso y atravesarla. La ventana seguía siendo una posibilidad, aunque Raum parecía en forma y rápido. Era mucho más alto que ella, y sus piernas bastante más largas. Era arriesgado.

Y entonces lo tuvo justo delante de ella, y la agarró de tal modo del brazo que ya no tuvo duda de que la superaba en fuerza.

—A mí no me daban los nombres de los Guardianes —dijo a la defensiva—. Solo me daban los apellidos de la familia. Cartwright y una dirección. Y de todos modos, no recuerdo el nombre que te pusieron. Solo me acuerdo de una niña seria, de manos suaves, que me invitaba a merendar en un jardín repleto de rosas. Fueron tus ojos... esos ojos de color violeta, los que me confirmaron que eras tú.

El tono de su voz se había ido suavizando y entristeciendo de tal modo, que Helen tuvo que recuperar su ira ante aquella inoportuna sensación de familiaridad con el hombre que había ordenado el asesinato de sus padres. Y el de ella.

—No me importa lo que recuerdes o no. Tú asesinaste a mi madre y a mi padre. Tú asesinaste a los demás Guardianes y a sus familias. —Titubeó, tragando saliva y levantó la barbilla—. Y supongo que ahora me matarás a mí también.

No tenía intención de darse por vencida sin oponer resistencia, pero necesitaba ganar algo de tiempo. Tiempo para zafarse y decidir el plan de huida.

Pero Raum no se movió para coger un arma. No hizo el más mínimo movimiento. Simplemente la miró de arriba abajo, sus ojos encendidos en llamas. Los segundos se

hicieron eternos entre ambos, solo se oían en la sala sus respiraciones, la mano de él firmemente asida alrededor de su brazo.

Por fin la soltó. Tras retroceder, dejó caer sus manos a ambos lados.

—Puede que estés pensando en que esta no es ni la primera ni la última vez que te equivocas —dijo, bajando la voz.

Se encaminó hacia la puerta.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —exclamó ella a sus espaldas.

Él no respondió. Se limitó a seguir andando.

Justo antes de desaparecer en el vestíbulo, se dio la vuelta.

—Tus amigos se llevaron algo de mi estudio. Ahora ya tenéis lo que necesitáis.

—¿A qué te refieres?

—Te he dejado con vida. Por ahora. —Sus palabras le cayeron como una piedra en el estómago—. La respuesta está a la vista de todos. Ya no puedo darte más.

Y luego desapareció.

## DIECISIETE

Un rato después de que Raum se marchara, ella se sentó en los escalones de piedra de la entrada de la casa. Al principio, su instinto le gritaba que fuese tras él, que lo siguiese. Que lo matase igual que él había matado a sus padres. U ordenado matarlos, como a él le gustaba afirmar.

Pero la habían entrenado demasiado bien. Pronto se impuso la razón. Para cuando ella se hubiese recuperado del susto y salido de la casa, Raum ya se habría ido hacía rato. Además, no tenía ningún arma.

Pensaba en su aparición con una mezcla de rabia y curiosidad. ¿Cómo se atrevía a regresar aquí, a la escena de uno de sus horribles crímenes?

Por otra parte ¿porqué la había dejado otra vez con vida?

Cuando por fin se dio por vencida, el sol ya se estaba poniendo. Recorrió el sendero, y cerró con un chirrido la puerta de hierro tras ella. Las farolas de la calle ya estaban encendidas, salía humo de sus llamas. Por encima de su cabeza oscuras nubes grises se movían veloces. Ocultaron por completo el sol, y Helen no pudo sino preguntarse si sería una señal del fin. Si la atmósfera misma sabría que el orbe —y el mundo que representaba— estaba agonizando. Cruzó los brazos para combatir el frío, y se los frotó preguntándose lo que Darius y Griffin dirían acerca de su larga ausencia.

Pensar en Griffin llevó un calor bienvenido a su cuerpo helado. No era tan temerario o seguro de sí mismo como Darius, pero él le inspiraba una confianza que la tranquilizaba. A pesar de la natural fuerza de Darius, era Griffin quien la hacía sentirse a salvo.

Lo cual no era poca cosa, en esos momentos.

Se había detenido en una esquina de la calle, esperando a que pasaran de largo una fila de carruajes, cuando vio el periódico.

El repartidor estaba parado en la esquina, voceando a los transeúntes para que adquiriesen un ejemplar. Y aunque no se trataba más que de un periódico como cualquier otro, de un día como cualquier otro, algo captó su atención al pasar por delante.

Volvió sobre sus pasos, hurgando en su bolso en busca de una moneda que darle al chico a cambio de un periódico.

—Gracias, señorita —le dijo él, tendiéndole un ejemplar.

Ella asintió, habiendo reanudado ya la marcha, la vista fija en el artículo que ocupaba la primera página.

*¡El Sindicato, propietario ya del 92% de la empresa y la industria!*, rezaba el titular.

Aunque no fue aquello lo que captó su atención, sino la borrosa fotografía que acompañaba el artículo. Se acercó el periódico para verlo mejor con la escasa luz que quedaba. Una fuerte sacudida en su hombro izquierdo la hizo levantar la vista.

—¡A ver si mira por dónde va! —Un viejo jornalero se giró, y la miró enfurecido mientras seguía su camino.

Ella se echó a un lado, extrañamente alterada. Un momento más tarde, apoyándose en la pared de ladrillos de una sombrerería, no muy lejos de la casa de los Channing, lo intentó de nuevo. Ahora, sin la distracción de los empujones de los transeúntes, consiguió ver la imagen de un caballero que salía de un extraño carruaje sin caballos. Los detalles del rostro del hombre se perdían en la foto borrosa, aunque había algo al lado del carruaje. Algo familiar.

Inclinó el periódico hacia la luz de la siguiente farola. Cuando por fin enfocó la imagen, fue la voz de Raum lo que escuchó.

*... la respuesta está a la vista de todos.*

Y aunque no se acordaba de la última vez que había echado a correr, se metió el periódico debajo del brazo y se abrió paso por las calles de Londres lo más rápido que sus pies le permitían.

Apenas consciente del estrépito que estaba armando, Helen cerró la puerta con un sonoro golpe y echó a correr por el vestíbulo. Encontró a los hermanos en la biblioteca, boquiabiertos por la sorpresa al verla entrar de pronto por la puerta.

—Qué demonios... —empezó a decir Darius.

Helen levantó una mano, tratando de recuperar su aliento, mientras hablaba con esfuerzo al mismo tiempo.

—Ya sé... lo que... son... las iniciales de... la nota.

Griffin sacudió la cabeza.

—¿Qué iniciales?

Ella se adentró en la habitación, mostrándole bruscamente el periódico.

—Las del papel de Raum.

Él la observó durante un instante, tratando de encontrar la respuesta en sus ojos.

—¡Mira! —exclamó ella.

Él bajó la vista hacia el periódico. Ella vio cómo sus ojos lo recorrían, y se adelantó para señalar la imagen.

—El artículo no —dijo—. La fotografía.

Él inclinó el diario hacia la luz de la lámpara, en tanto que Darius observaba e intentaba cubrir la expresión de curiosidad con su habitual gesto de ensayado aburrimiento.

Parecía haber pasado una eternidad hasta que Griffin levantó la vista, con un

horrorizado gesto de comprensión en sus ojos cuando miró a Helen.

—¿Victor Alsorta? —fue todo cuanto dijo.

Helen asintió, tratando de ignorar la quemazón de sus pulmones.

—¿No es la misma? ¿La insignia del carruaje?

Griffin le pasó el periódico a su hermano.

—Échale un vistazo.

Darius lo observó menos de un minuto y arrojó el periódico sobre la mesa. Se puso en pie de un salto y comenzó a pasearse por la biblioteca.

—¿Por qué iba a ordenar Victor Alsorta la ejecución de los Guardianes? —murmuró—. ¿Y cómo sabe quiénes somos? Tiene que haber otra explicación.

Helen sabía que debería hablarles a Darius y a Griffin de su encontronazo con Raum. De su velada insinuación de que encontrarían las piezas del puzle solo con mirar detenidamente.

Sin embargo, cuando abrió la boca para hablar, las palabras no acudieron. Su rostro se ruborizó al recordar la proximidad de Raum en el salón quemado. Su aliento sobre su cara. Su mano sobre su brazo.

No era la atracción que sentía lo que la sonrojaba. De eso sí que estaba segura. Era la vergüenza. Vergüenza de haberse quedado sin hacer nada, de haber mantenido una conversación civilizada con el hombre responsable de la muerte de sus padres. Vergüenza por no haber encontrado un modo —cualquier modo— de matarlo cuando tuvo oportunidad.

No podía contárselo ahora a los hermanos. Solo los haría enfadar aún más, en un momento en que todos ellos necesitaban ser juiciosos. Esperaría. Raum podría aparecer de nuevo, y la próxima vez, estaría preparada.

Su mente le susurraba que estaba justificándose. Buscando pretextos para evitar hacer lo que sabía que debía hacer. Pero no importaba. Un momento después, Griffin habló, y ella se encontró con la excusa que necesitaba para dejar marchar sus pensamientos sobre Raum y su extraño encuentro.

—Parece inverosímil, pero de todo lo que hemos encontrado, es lo más parecido a una pista —le dijo Griffin a Darius—. Quienquiera que esté detrás de las muertes, ha conseguido asesinar a diecisiete de los nuestros, a pesar de estar bien ocultos por la Alianza y de tener no pocos poderes. Eso requeriría una tremenda influencia. Una clase de influencia que tiene alguien como Victor Alsorta. Deberíamos al menos explorar la posibilidad de que él esté implicado.

Helen asintió.

—Las iniciales son las mismas. El logotipo que tiene detrás está borroso, pero podría muy bien ser el mismo. Sería una insensatez no considerar que pueda haber una conexión.

Darius se frotó la barba incipiente de la barbilla.

—De acuerdo. Iremos a ver a Galizur esta noche. Si hay alguien que tenga información sobre Alsorta, es él.

Griffin miró a Helen.

—Bien hecho, Helen. Empezábamos a estar preocupados por ti, pero parece que has empleado bien el tiempo que has pasado fuera de la casa. —Su afirmación llevaba implícita un sutil interrogante.

El rostro de Raum apareció como un destello ante sus ojos, como un silencioso reproche a la mentira por omisión que estaba a punto de contar.

—Fui a la casa. Yo... tenía que verlo por mí misma.

—¿La casa? —Darius levantó la vista para mirarla desde su sitio, cerca de la ventana—. ¿Tu casa?

Ella asintió.

—Deberías haberme dicho que querías ir —le dijo Griffin con calma—. Habría ido contigo.

Ella no pudo mantenerle la mirada y se entretuvo en frotar una mancha del impecable escritorio.

—Fue impulsivo. Y tú ya te habías ido.

—Aun así —dijo él—. No me gusta la idea de que andes sola por ahí. Es demasiado peligroso.

—Gracias. De verdad. Lo tendré en cuenta. —No quería ni imaginar lo que Griffin diría si se enteraba del peligro que había corrido realmente, sin mencionar el hecho de que había dejado marchar a Raum sin protestar siquiera—. Creo que me echaré un rato antes de que vayamos a ver a Galizur.

Salió de la habitación sin decir nada más. Griffin parecía dolido por su rechazo, pero a ella no le apetecía tener compañía. Había demasiadas cosas dando vueltas en su cabeza. Demasiados remordimientos y confusión. No soportaría la presión de tratar de ponerle un nombre a todo eso. Ni siquiera por Griffin.

De vuelta en su cuarto, tumbada en el confortable colchón de lo que se había convertido en su cama, a Helen le escocían los ojos a causa del cansancio. Sabía que necesitaba dormir, que aquello que estuviera por venir requeriría de su atención y vigilancia. Pero su mente no iba a dejar de darle vueltas a todo lo sucedido.

Se había enfrentado a una innegable verdad.

Su casa había desaparecido por completo, y sus padres no volverían jamás.

Cogió la fotografía que tenía sobre la mesilla de noche. Notaba el papel satinado y grueso al tacto, y las esquinas empezaban a doblarse. Se quedó mirando a los ojos de su madre, tratando de ver más allá de ellos. ¿Sabrían sus padres, incluso aquel caluroso día de verano, que iban a acabar así? ¿Que perecerían a manos de un asesino? ¿Que Helen se quedaría sola en el mundo e incapaz de derramar una lágrima siquiera por lo sucedido?

Cuando todo estaba dicho y hecho, lo último era lo que más angustia le causaba. Sabía de las cosas horribles que estaban sucediendo en el mundo. En lo más profundo

de su ser, incluso sabía que sus padres debieron de prever esto como una posibilidad.

Pero su propia incapacidad para llorar por su muerte como era debido era algo que no conseguía entender, y aún menos perdonar. Las buenas personas se entristecían cuando sucedían cosas malas, ¿no? Sentían la pérdida y tristeza de un modo transparente de cara a los demás.

Y si bien era cierto que se sentía vacía en su interior, que había un dolor sordo e incesante en el lugar que ocupaba su corazón, no experimentaba un pesar auténtico teniendo en cuenta todo lo que había perdido. Su alma era tan fría como el aire frío de Londres en invierno, y su dolor una sombra apenas ante el deseo de venganza que también se había ido atenuando desde la aparición de Raum.

Raum. Pensar en él hacía salir de nuevo a flote su rabia. Sus padres habían desaparecido por culpa de Raum. Por su culpa Helen no solo se veía obligada a sufrir la pérdida de ellos, sino la de sí misma. La pérdida de todo aquello que pensaba que era ella, por aquella época en la que se creía buena persona y compasiva y, si no fuerte físicamente, al menos valiente y decidida para defender las cosas que amaba.

Conservaba su cólera creciente y la nutría como la chispa solitaria necesaria para prender un fuego.

Y todo el tiempo se repetía que lo que Raum había hecho la obligaba a verse a sí misma no como ella se imaginaba que era, sino como realmente era.

## DIECIOCHO

Un rato más tarde, Helen se incorporó en la cama, preguntándose cuánto tiempo habría dormido. Había sido un descanso irregular. Solo esperaba que le bastase para aguantar las próximas horas.

Tras las cortinas había oscurecido, aunque Griffin no había venido a buscarla para ir a visitar a Galizur. Se vistió rápidamente, añadiendo un chaleco abotonado a su ajustada blusa, demasiado entallado para ser realmente apropiado, pero eso era lo de menos. Le facilitaba el movimiento, que era lo que ella buscaba y la tela no se le engancharía, en caso de que tuviese que escalar otra valla. Era masculino y con muchos botones, recordaba a un abrigo militar, una extravagancia más de su vestuario.

De camino hacia la puerta, Helen sacó sus guantes de la capa. Fabricados con suave cuero de color marfil, le cubrían los nudillos, dejando los dedos al descubierto.

Lo mejor para agarrar una hoz. O mejor aún, un glaive.

Por supuesto, nada garantizaba que Darius estuviese de acuerdo en que fuera armada, así que tendría que insistir. Su inesperado encuentro con Raum la había pillado con la guardia bajada. Si hubiese estado preparada —si hubiese estado armada— no lo habría dejado salir vivo de entre los escombros de su casa.

Eso era lo que se estaba diciendo mientras se encaminaba por el oscuro pasillo hacia la escalera. El descanso, a pesar de haber sido corto, le había sentado bien. Era la primera vez desde el incendio, que le parecía tenerlo todo bajo control.

La casa estaba en silencio, solo se oía el tictac del reloj de pie en el vestíbulo mientras bajaba por las escaleras. Comenzó a preocuparse por que Darius y Griffin la hubiesen dejado allí, pero un instante más tarde, escuchó sus voces que salían de la biblioteca. Continuó hasta la parte posterior de la casa. La agitación de las voces fue creciendo según se aproximaba a la puerta, se detuvo justo delante, y captó retazos de la conversación.

—... por mucho que lo justifiques —concluyó Darius—. Es una imprudencia entablar una relación.

—¿Y qué hay de tu relación con Anna? —El tono de Griffin era desafiante—. ¿También es una imprudencia?

—Eso no es... y tú lo sabes. —Pudo apreciar el tono acerado en las palabras de Darius.

—Sí lo es. Y que seas mi hermano mayor, no significa que puedas decirme lo que debo hacer con mi vida personal.



Helen retrocedió un paso hasta la pared, tratando de comprender de qué estaban hablando. ¿Estarían hablando de ella?

—Tú eres el único responsable de los errores que cometes —dijo Darius con calma—. Solo trato de ahorrarte el sufrimiento de cometerlos.

—Referirte a mi afecto por ella como un «error» solo prueba lo poco que sabes. Y ahora ¿querrás hacer el favor de mantenerte alejado de mis asuntos? —preguntó Griffin, aunque Helen sabía que en realidad no era una pregunta. Nunca lo había oído pronunciarse de aquel modo con su hermano. El hecho de que se debiese a ella la incomodaba extraordinariamente, y sus mejillas se ruborizaron entre las sombras de la entrada.

Se dio media vuelta y regresó con sigilo hasta las escaleras. Desde allí, se acercó de nuevo. Esta vez anunció su llegada.

—¿Griffin? ¿Darius? —llamó, acercándose a la puerta de la biblioteca.

—En la biblioteca. —Se preguntó si serían imaginaciones suyas o el tono de Darius era cortante.

Volviendo sobre sus pasos, compuso en su rostro una expresión de calma y trató de olvidar la conversación que acababa de oír unos minutos antes. No le funcionó del todo. Cuando se topó con los ojos de Griffin, apenas pudo sostener su mirada unos segundos.

—¿Qué hora es? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Cerca de tres horas. —Griffin se levantó del sofá—. Se ve que te hacía falta. ¿Te encuentras mejor?

Ella asintió.

—Mucho mejor. Aunque estaba preocupada pensando que os habríais ido a ver a Galizur sin mí. —Sin proponérselo, echó un vistazo a Darius.

Este se echó a reír.

—Me parece que no te equivocas mucho pensando que soy yo quien sugeriría dejarte aquí, aunque probablemente no por las razones que te imaginas.

—Por favor —dijo ella—. Ilústrame.

Él rodeó el escritorio y cogió un chaleco del respaldo de la silla mientras contestaba.

—No se trata más que de una cuestión de seguridad. La tuya y la nuestra. No estás preparada para enfrentarte a los espectros y demonios que nos persiguen, y tu presencia es más bien una distracción. —Sus ojos se posaron en el rostro de su hermano—. Para unos más que para otros.

Helen vio cómo las mejillas de Griffin se ruborizaban justo antes de darse la vuelta. Ella detestaba ser utilizada como un títere en el juego que Darius insistía en jugar, para quedar siempre por encima. Y sobre todo odiaba que la usase contra Griffin.

Levantando la barbilla, trató de parecer despreocupada.

—Quizás no fuese tal distracción si me dices un arma para defenderme yo sola.

La risotada de Darius sonó como un ladrido.

—Al contrario. Tenerte empuñando un arma para la que nunca has sido entrenada sería una distracción incluso mayor. Un desliz y estaríamos muertos.

Su pecho se tensó de rabia, una sensación a la que estaba acostumbrándose en presencia de Darius.

—Sí, pero...

No le dio tiempo a interponer su protesta antes de que Darius la detuviese, levantando su mano.

—Griffin ya ha expuesto tu caso, Helen. No pienso darte armas. Por ahora no. Y eso es todo. —Ya estaba encaminándose a la puerta, cuando dirigió sus siguientes palabras a nadie en concreto—. ¿Nos vamos?

Helen estaba ya a punto de estallar cuando Griffin tiró de ella bajo la luz de una farola.

—No entiendo por qué tiene que tomar él todas las decisiones —despotricó.

—No lo hace —dijo Griffin—. A veces es más efectivo dejar que madure poco a poco una idea.

El tacto de su mano sobre la suya le resultó extrañamente íntimo. Se olvidó de inmediato de su filípica, a pesar de que apenas recordaba el momento en que Griffin la había agarrado la primera vez cuando fueron a ver a Galizur. Ahora, mientras los dedos del joven rozaban su cintura y sus brazos la atraían estrechamente hacia él hasta sentir la fuerza de su cuerpo a su espalda, comenzó a notar un cosquilleo desde la barriga, cada vez más intenso. Sus mejillas se ruborizaron.

Se puso a hablar para disimular su nerviosismo.

—Creo que debería aprender a saltar yo sola cuanto antes, ¿no crees?

—¿Y privarme a mí de la oportunidad de estar cerca de ti? —Su voz sonaba ronca en su oído, su aliento le cosquilleaba en la piel sensible del cuello—. A mí me parece una tontería, pero si quieres aprender, yo te enseñaré.

Ella asintió, con la voz atragantada.

—Muy bien —dijo él—. Pero esta noche no. Esta noche te quedarás conmigo.

En su tono de voz había algo de posesivo y audaz. Algo que nunca antes había escuchado. Pero no le dio tiempo a ponerle nombre. Un instante después, él se la acercó aún más a su cuerpo y ella volvió a sentir la extraña sensación que había sentido la vez anterior. Su ser físico resquebrajándose, desapareciendo como humo en el aire de Londres.

Y después, regresó otra vez bajo la luz de una farola frente a la casa de Galizur, con los brazos de Griffin rodeándola aún.

—Ya os podéis soltar. —Helen buscó la procedencia del comentario sarcástico de Darius, quien estaba apostado en un peldaño esperando su llegada.

Griffin se apartó, y Helen se sorprendió al percatarse de que echaba de menos el calor de su cuerpo junto al suyo.

Se encaminaron hacia Darius y lo siguieron hasta la puerta. Anna respondió

enseguida a su corta llamada, y después de unos saludos breves y apresurados, los guio por los oscuros corredores tal como había hecho en la anterior ocasión. Helen ya se había acostumbrado al silencio. El trayecto hasta el salón parecía una travesía hacia otro mundo, el silencio no hacía sino aumentar la sensación de estar dejando atrás un universo para entrar en otro, como si los laberínticos pasillos fuesen lugares de transición y hablar pudiese romper su hechizo.

Por fin Anna cerró tras ellos la última puerta y se dio la vuelta para cerrarla con una de las extrañas llaves. Se volvió hacia ellos con una sonrisa.

—Padre está en el laboratorio. Está un poco decepcionado con los avances de uno de sus últimos inventos. —Miró a Darius—. ¿Quieres llevarte a Griffin abajo mientras Helen y yo preparamos té?

Darius asintió, con ternura en su mirada, y Helen estaba maravillada de cómo podía transformarse de ese modo solo por el hecho de mirar a Anna. El cariño que sentía por ella cambiaba por completo sus facciones. O mejor dicho, estas parecían cobrar vida, como si su semblante diario, aquel enfadado, engreído y sarcástico, fuese una máscara que solo dejase caer estando en compañía de Anna.

—¿Estarás bien? —preguntó Griffin, volviéndose hacia Helen.

—Claro que sí —respondió ella sonriendo.

Él asintió levemente con la cabeza. Cuando Helen lo vio bajar por las escaleras detrás de su hermano, no pudo evitar extrañarse por el gesto de su mirada. Ella apreciaba su protección, por supuesto, pero no estaba segura de querer que la mirara del mismo modo que Darius lo hacía con Anna. Como si ella fuera frágil. Algo que hubiese que agarrar con cuidado, como cuando se coge una rosa delicada, con cuidado de no sacudir sus pétalos sedosos no fueran a desparramarse por el suelo.

—¡Bueno! —La voz de Anna interrumpió sus pensamientos—. ¡Me temo que pronto te darás cuenta de cómo me siento yo!

Las mejillas de Helen se ruborizaron.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que no. —Anna sonrió burlona y a Helen le pareció ver en ella un fugaz destello de inteligencia y picardía. Enganchó su brazo en el de Helen—. Ven. Podemos hablar de todo mientras hacemos el té.

Aparte de sus padres, Helen apenas había disfrutado de alguna compañía en muchos años. Únicamente ahora empezaba a darse cuenta de lo sola que había estado. La oferta de amistad de Anna era un cabo de salvación, y aunque Helen no estaba acostumbrada a que la tocaran extraños, consintió que la llevase fuera de la habitación, incapaz de detener la sonrisa que se extendía en su rostro mientras Anna le hablaba de las dificultades que había debido sufrir a causa del carácter sobreprotector de Darius.

—¡Es simplemente exasperante! —dijo, soltándose del brazo de Helen para entrar en la cocina. Se fue a buscar la tetera, que echaba vapor con furia encima del fuego—. Por el modo en que se comporta, cualquiera diría que estoy a punto de caer

muerta en cualquier momento.

—¿Por qué se preocupa tanto? —preguntó Helen.

Anna suspiró.

—Tengo una pequeña lesión cardíaca —dijo—. El corazón se aburre de latir al mismo ritmo día tras día, sabes.

Helen sacudió la cabeza.

—No comprendo.

—Bueno —vaciló Anna, levantando la mano hacia uno de los armarios superiores en busca de una lata de té, antes de proseguir—, de vez en cuando se salta un latido, y a veces se acelera tanto que me cuesta respirar.

—¿Duele? —preguntó Helen, dirigiéndose a la encimera donde Anna estaba poniendo el té en las tazas.

Anna se detuvo un instante, mirando a lo lejos, como si la respuesta a la pregunta de Helen se hallase en el desvaído papel de la pared más alejada.

—No exactamente. —Soltó una risita y se giró para mirar a Helen—. Es más bien como si hubiese corrido demasiado deprisa. Noto cómo me late dentro del pecho y luego se me calienta la cara como si me estuviese poniendo colorada de vergüenza. Pero no. —Sacudió la cabeza—. No duele.

—¿Es...? —Helen hizo una pausa, buscando las palabras apropiadas—. ¿Es peligroso?

Anna se dio la vuelta hacia Helen, posando una mano sobre el brazo de esta con delicadeza.

—Te preguntas si moriré de eso.

No era una pregunta, y Helen se sorprendió del dolor que sintió en su propio corazón ante la idea de que algo le sucediese a Anna. Sin embargo, Anna se merecía la misma verdad que ella brindaba a los demás.

Helen asintió.

—Supongo que sí.

Anna sonrió amable.

—No tienes de qué preocuparte. Los médicos aún están estudiando mi caso, pero lo tengo desde que nací y lo he controlado bastante bien. —Vertió el agua hirviendo en las tazas que estaban preparadas y se volvió para depositar la tetera en la cocina. Al retomar la palabra, lo hizo en voz baja—. Darius tiene que entender que lo mismo que lo amo a él, tengo obligaciones.

Helen trató de disimular su sorpresa ante la osadía de su confesión.

—¿Le preocupa que pueda pasarte algo? —preguntó—. ¿Por lo de tu corazón?

—Entre otras cosas. Y lo entiendo. De verdad que sí. —Anna colocó un azucarero y un platito con limón encima de una bandeja de plata—. Pero mi familia lleva siglos al servicio de los Dictata. Sufrieron toda clase de privaciones, y aun así cumplieron con su deber, lo mismo que hago yo.

Helen la ayudó a colocar las tazas en la bandeja.

—¿Y qué hacéis exactamente tu padre y tú? ¿Qué hicieron vuestros antepasados por los Dictata?

—Somos una especie de intermediarios —dijo—. Intercedemos ante los Dictata a favor de los Guardianes, representándoos en aquellos asuntos que os conciernen. Y os proporcionamos ayuda para combatir a quienes os persiguen.

—Helen sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. Yo pensaba que las ejecuciones eran recientes.

—Estas lo son —dijo Anna con solemnidad.

—¿A qué te refieres?

—A lo largo de la historia, de cuando en cuando, los Guardianes han sufrido persecuciones. Esta amenaza es reciente, y a decir verdad, es lo más cerca que ha estado alguien de extinguir a los de vuestra especie. Pero siempre habéis estado en peligro. —Anna levantó la bandeja de plata de la encimera—. Ábreme la puerta, ¿quieres?

Helen sostuvo la puerta abierta.

—¿Te ayudo?

—No hace falta. Estoy acostumbrada a llevarle el té a padre mientras está trabajando.

Helen siguió a Anna por el salón hasta las escaleras, maravillándose de la firmeza de las manos de la muchacha. Las tazas, cuenco, plato y cucharas no tintinearón lo más mínimo mientras bajaba por las escaleras seguida de cerca por Helen.

—No lo entiendo. —Helen retomó la conversación mientras llegaban a los pies de la escalera—. ¿Aparte del Sindicato, quién querría hacernos daño?

—¿Y quién no? —dijo Anna con calma. Sus pasos resonaban en las paredes de piedra del túnel mientras se encaminaban hacia la tenue luz azul del orbe que se veía en la distancia—. Uno de vosotros siempre ha tenido en su poder la llave de los registros. Del pasado, el presente y el futuro. Siempre ha habido quien, con suficiente poder, por simple ambición, ha intentado apropiarse de ella.

—¿Entonces, por qué tanta alarma ahora? —preguntó Helen.

Observó preocupación en los tranquilos ojos castaños de Anna.

—Porque jamás nadie ha estado tan cerca de lograr la extinción de los Guardianes.

## DIECINUEVE

Entraron en la gran sala abierta que Helen recordaba de dos noches atrás. El orbe giraba penosamente en el aire, las azules aguas del Atlántico se rizaban al pasar ante ellos. Darius y Griffin estaban observando a Galizur trabajar con varios instrumentos y herramientas encima de una gran mesa. Curiosamente, había una fila de melones alineada cuidadosamente en uno de los bordes.

Galizur se volvió al oír el ruido de sus pisadas.

—¡Ah! Sois vosotras. Llegáis justo a tiempo para la demostración.

—¿Qué demostración? —preguntó Helen mientras Anna se dedicaba a servir té.

—He estado trabajando en una solución para el tamaño del glaive. —Galizur bajó la vista hasta las armas con forma de cayado que pendían de los cintos de los hermanos. Tendió una mano—. ¿Me dejáis?

Darius se volvió a mirar a Griffin, quien suspiró y cogió su glaive. Se lo entregó a Galizur tras un breve vistazo a su hermano.

Galizur le dio la vuelta en su mano.

—Habría que modernizarlo. —Lo depositó sobre su mesa de trabajo, cogiendo de esta una delgada varilla—. Prueba con este.

Era significativamente más corto que el glaive que Griffin había entregado a Galizur.

—No tengo muy claro cómo me voy a poder defender con esto —dijo Griffin, cogiéndolo.

—Ábrelo con tu mente —dijo Galizur—, lo mismo que haces para atraer tu glaive. Griffin la contempló un momento antes de apartarla de su cuerpo. Su rostro se relajó por completo y el colgante que llevaba al cuello empezó a brillar. Un segundo después la varilla que tenía en la mano se abrió hasta tener el mismo tamaño que el glaive que se había traído de casa. Los ojos de Griffin se iluminaron asombrados, mientras lo levantaba, inspeccionando el extremo, puntiagudo y afilado.

Darius le cogió el glaive a su hermano y deslizó su mano por la empuñadura antes de devolvérselo a Galizur.

—¿Cómo lo has hecho?

Una sonrisa asomó a los labios del anciano.

—Creé piezas plegables para la carcasa exterior y las mecanicé de manera que baste con vuestro poder para abrirlas, lo mismo que ahora sois capaces de desplegar con vuestro poder las cuchillas interiores de vuestro glaive.

—¿Y qué hay de las cuchillas del interior? —preguntó Darius.

Galizur cogió uno de los melones que tenía detrás, encima de la mesa.

Lo puso en el suelo, cogiendo el nuevo glaive de manos de Darius y levantando una mano en señal de advertencia.

—Echaos atrás.

Estaban retrocediendo cuando Galizur clavó la punta del glaive en el melón. Un segundo más tarde, reventó en pedazos, y una metralla de jugo anaranjado salpicó suelo y paredes.

Griffin apartó rápidamente la vista del espectáculo, mirando a Galizur con admiración.

—¡Increíble! ¿Activa por sí solo las cuchillas internas?

—Es sensible a la presión —explicó Galizur—. Una vez alojado en la carne del enemigo, las cuchillas se pliegan solas.

—Espere un minuto. —Helen estaba contemplando el melón, que ahora estaba desprendiéndose de la pared—. ¿Quiere decir que eso es lo que el glaive le hará a aquel contra quien se use? ¿Que lo... despedazará? —Volvió la vista hacia Griffin.

—Puede que parezca brutal, pero el glaive es lo único capaz de matar a los miembros de la Alianza o de la Legión.

—¿Y qué hay de los espectros que había en la calle la otra noche? No necesitasteis un glaive para matarlos.

Galizur enarcó las cejas ante la mención de los espectros.

—No están muertos. Con la hoz los debilitamos. Regresan al lugar de donde vinieron, pero podrían aparecer de nuevo en cualquier momento.

—Y seguirán intentando volver hasta que se les despache para siempre con el glaive —añadió Darius—. No pierdas tiempo sintiendo lástima por ellos. A ti te harían lo mismo sin pestañear siquiera. —Se dio la vuelta y se encaminó al orbe—. Harías bien en recordar eso, princesa.

Dicho así, con el sarcasmo propio de Darius, el término no era una expresión de cariño. La rabia empezaba a bullir en su interior y avanzó hacia él. Se detuvo cuando lo tuvo delante y le puso las puntas de los dedos encima del pecho.

Él bajó la vista hacia su mano, medio sorprendido. Un creciente enfado nublaba sus ojos, pero ella ya no podía parar. Ahora no. Había demasiado en juego.

—Puede que no esté familiarizada con la hoz y el glaive. Puede que hasta ahora no me haya visto obligada a defenderme yo sola. Pero no soy tan débil ni tan mimada como supones. —Levantó la vista para mirarlo fijamente—. No soy una princesa. Y quizás deberías buscarte un insulto más ingenioso, si es así como te gusta jugar.

El silencio se había impuesto en la sala. Demasiado silencio. En alguna parte, detrás de Darius, Griffin permanecía junto a Anna y Galizur, pero lo mismo hubiera dado que no estuviesen allí. Darius la miraba fijamente, sus ojos se oscurecían gradualmente. Ella quiso apartar la mirada, pero sabía que hacerlo significaría darse por vencida.

Casi de inmediato Darius estalló en carcajadas. A diferencia de la suave y ya

familiar risita entre dientes de Griffin, la risa de Darius era escandalosa y denotaba admiración.

—Bien —dijo por fin—. Después de todo tienes carácter. Lo vas a necesitar.

Dio unos pasos, rodeándola, para coger la taza de té que le estaba ofreciendo Anna. Sus dedos tocaron los de la muchacha unos segundos más de lo necesario.

Anna continuó sirviendo, y Galizur se sentó en un sillón frente a una gran caja negra.

—Al parecer tenemos que hacer ciertas investigaciones —dijo.

Helen le explicó:

—Hemos encontrado, bueno, lo cierto es que lo encontraron Griffin y Darius, una hoja de papel en la vieja fábrica de llaves de los Baranova. El papel tiene un logo poco corriente, con las iniciales VA. Yo creo que se refieren a Victor Alsorta.

—Eso me han dicho los muchachos. —Galizur posó sus ojos en los de ella—. También me han dicho que conoces a Raum, el hijo de Baranova.

Helen se ruborizó, recordando la proximidad de Raum en las ruinas de la casa donde pasó su infancia. Aunque, desde luego, no era aquello a lo que se estaba refiriendo Galizur.

—No sé si conocer es la palabra adecuada —lo dijo tratando de no alterar su tono de voz—. Lo conocía de pequeña.

—¿Y no lo recordaste hasta la pasada noche?

Ella sacudió la cabeza.

—Pensaba que era un amigo imaginario de la infancia. Es decir, que recuerdo vagamente haber jugado con él en el jardín. Mi madre siempre me dijo que no era real, y yo la creí. Decía que era un fenómeno común en los hijos únicos. Creo que no tenía más de cuatro o cinco años cuando dejó de ir por casa.

Galizur suspiró, reclinándose en su asiento.

—Es comprensible que tus padres trataran de distanciarte de los Baranova incluso antes de su traición. Sus alianzas al margen de los Dictata ya eran... cuestionables años antes de que se probara que habían proporcionado al Sindicato llaves de nuestros lugares más sagrados y nuestros tesoros. Tus padres no fueron los únicos de la Alianza que creyeron que era más prudente cortar lazos con la familia.

—¿Entonces a los Baranova los aislaron antes de que sus padres fuesen descubiertos y tratados como traidores? —Griffin hablaba desde el sofá.

—Esa es una apreciación de lo más certera —confirmó Galizur.

—Lo cual significa que probablemente esté amargado y furioso —dijo Darius.

Una áspera carcajada escapó de labios de Helen.

—Creo que eso es más que evidente.

Se quedó sorprendida cuando Darius le dedicó una mirada de disgusto sin el comentario cortante que solía acompañarla. Ella se dedicó a exprimir un poco más de limón en su té, extrañamente incómoda por la conversación. Una traidora compasión nublaba la rabia que sentía contra Raum.



Y no le gustaba lo más mínimo.

Galizur se enderezó en su asiento.

—Bueno, al parecer sí que hay cierta conexión entre Raum y Victor Alsorta. Veamos qué podemos encontrar.

Se acercó a la caja negra, y giró un par de botones colocados en la parte inferior, hasta que un zumbido surgió de su interior. Un instante después, se produjo un destello en la superficie justo antes de que un objeto, formado por círculos entrelazados y que le resultaba vagamente familiar, fuera tomando forma en la pantalla que tenían delante.

Con gesto de incredulidad, Helen se inclinó hacia la máquina.

—¿Qué es eso?

—No es más que un sencillo sistema de suministro de datos —dijo Galizur—. Los Dictata introducen información y este artefacto la registra para que más tarde se pueda disponer de ella. Una biblioteca visual, por así decirlo.

Helen tenía la vista clavada en el símbolo de la pantalla. Giraba y se retorció, transformándose en un ocho, en unos largos filamentos trenzados, en un hexágono, en un poliedro de múltiples caras... y al final, en una especie de puerta.

—¿Y eso qué es? —preguntó.

—Es la flor de la vida —explicó Galizur.

—Es... es preciosa. —Lo dijo porque era cierto, y porque el símbolo la conmovía y asustaba al mismo tiempo de una forma que era incapaz de explicar—. Creo que lo he visto antes.

—Probablemente. Dicen que contiene todos los misterios de la humanidad. También es el símbolo de la Alianza. De nuestra conectividad con el mundo mortal que nos han encomendado proteger —dijo Galizur, inclinándose hacia delante para poner sus manos sobre un rectángulo cubierto de botones en orden alfabético. La flor desapareció cuando las manos de Galizur se deslizaron por las llaves—. Veamos qué sabemos del Sindicato.

Helen se quedó petrificada cuando series de letras y números aparecieron por toda la pantalla, a demasiada velocidad como para que ella pudiera registrarlos debidamente.

—Ya lo tenemos. —Galizur, ajeno a su perplejidad, volvió a reclinarsse en su asiento. Se sacó unos anteojos del bolsillo y se los puso—. Victor Alsorta. Director del Sindicato, asociación entre cuatro de los empresarios más poderosos del mundo.

Galizur pulsó un botón, y la imagen granulosa de un hombre mayor, de sienes plateadas, apareció en la pantalla. Era el mismo que Helen había visto en el periódico. Incluso desde la pantalla Helen podía distinguir su porte aristocrático, sentir la intensidad de su mirada. Como si ahora mismo la estuviese mirando desde algún lugar distante. No le sorprendería que sus ojos fuesen de color azul claro, aunque en la pantalla no se distinguía el tono.

—Nacido en Rumanía, Victor tiene cincuenta y cuatro años y no tiene parientes

vivos. Al menos eso nos han hecho creer —añadió Galizur.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Darius.

—Toda la información que he podido encontrar sobre Victor procede de fuentes de segunda mano. Publicaciones de prensa, biografías de empresa, artículos recientes. Esa clase de cosas.

Helen se giró hacia Galizur.

—¿De dónde suele... sacar su información?

—Generalmente buscamos en registros de nacimientos, de fallecimientos, certificados de matrimonio. Fuentes de naturaleza más oficial —dijo—. Pero Victor Alsorta lo mismo podría ser un fantasma. Lo poco que hemos podido encontrar, bien podría estar manipulado. Y de no ser por su asociación con el Sindicato y los volúmenes que se han escrito sobre ellos en todo el mundo, habría bastante menos.

Por la expresión apenada de Galizur, Helen se dio cuenta de que no estaba acostumbrado a esa escasez de resultados. Se quedó mirando la imagen de la pantalla, considerando lo poco que sabían acerca de Victor Alsorta y cómo podrían usarlo para seguir con su búsqueda de información.

—¿Qué hay de su relación con el Sindicato? —le preguntó a Galizur—. ¿Podría tener eso algo que ver con las ejecuciones y con Raum?

—Sabemos algo sobre los otros miembros del Sindicato. —Galizur tecleó en los botones y la imagen de Victor fue reemplazada por un hombre más joven, de pelo negro como el ébano—. Este es Clarence Thurston, jefe de una corporación tecnológica multinacional, que posee más de doscientas patentes con los mayores avances tecnológicos de nuestro tiempo.

—¿No estuvo envuelto en un escándalo? —preguntó Griffin—. ¿Acusado de vender a nuestros enemigos tecnología que había sido desarrollada exclusivamente para uso militar británico?

Galizur asintió.

—El mismo.

Helen quiso preguntar acerca del escándalo, acerca de qué clase de poder permitiría a un hombre cometer traición y seguir en libertad en lugar de ir a la cárcel, pero Galizur ya se había puesto con la labor.

En pantalla apareció el rostro contundente de una mujer. Parecía de la edad de la madre de Helen, aunque sus ojos acerados no transmitían nada de la calidez que habían poseído los de Eleanor Cartwright.

—Margaret Latimor —recitó Galizur—. Está al frente del Consejo de Finanzas, además del mayor banco mundial, el Western United. —Pulsó unos cuantos botones más—. Por último tenemos a William Reinmann, presidente del Simposium sobre Seguridad Multinacional, que se celebra una vez al año. Es dueño de una consultora, especializada en asesorar a figuras políticas en control de daños.

Helen apartó los ojos de la pantalla y miró a Galizur.

—¿Control de daños?

Pero fue Griffin quien contestó.

—Escándalo personal y profesional. Gente como esa engaña, roba y miente. Cuando los pillan, necesitan recurrir a alguien que les diga cómo comportarse. Cómo manipular al público para que no arruine sus carreras.

Galizur asintió.

—Griffin tiene razón. Y debido a esa disposición del señor Reinmann a lo selecto y a su posición en el Simposium, se cree que políticos de todas partes le deben a él más favores que a ninguna otra persona del mundo.

—Lo cual le convierte en una de las figuras más poderosas que existen —añadió Griffin.

—Muy cierto —dijo Galizur—. Aunque, aparte de la asombrosa falta de documentación escrita sobre el señor Alsorta, quizás lo más importante de todo tenga que ver, no con esos individuos, sino con el mismo Sindicato.

—¿Y de qué se trataría? —Helen ya estaba dándole vueltas en su cabeza a todas las posibilidades.

—Al parecer hay agitación en sus filas —dijo Galizur—. Los demás quieren a Victor fuera, y corre el rumor de que planean obligarlo a abandonar la cumbre dentro de tres días.

Griffin se echó hacia delante en su silla.

—¿Una destitución?

—Algo parecido. —Galizur asintió—. Y tiene sentido, dada las recientes prisas de los asesinos.

Helen se volvió a mirarlo.

—¿Qué prisas?

—Las ejecuciones se vienen sucediendo últimamente con mayor frecuencia —explicó Galizur—. Al principio, perdíamos un Guardián cada pocas semanas, pero los últimos dos meses hemos llegado a perder hasta a más de uno por semana.

—Como si el responsable tuviese prisa —murmuró Helen.

—¿Cómo funciona la jerarquía dentro del Sindicato, padre? —preguntó Anna—. ¿No les bastaría votar en contra para sacar a Victor de la dirección?

—Desconozco los procedimientos internos y la política del Sindicato —dijo Galizur—. Pero hay una cosa cierta.

Helen dejó de pasearse, y remató la reflexión de Galizur:

—Quien controla el pasado, el presente y el futuro, lo controla todo.

Galizur asintió.

—Si Victor accede a los registros antes de la cumbre, poco importará lo que tengan planeado hacer con él los otros. Tan solo habría que cambiarlo y sería suyo el poder supremo. Al cambiar el pasado, podría dejar al Sindicato desamparado, borrar por completo la Alianza e incluso eliminaros a todos y cada uno de vosotros de la faz de la Tierra con tan solo impedir vuestro nacimiento. Los cambios que podría hacer son ilimitados.

—Incentivo más que suficiente para asesinar a los Guardianes en busca de la llave —añadió Griffin—. Alsorta estaría preparado para alterar el curso no solo del futuro, sino de la misma historia. Todo ello le daría el control de todo lo imaginable.

Las palabras resonaron en la mente de Helen. Había otra persona más que llevaba todas las de ganar al alterar el curso de la historia.

Raum.

Estaba empezando a entender su alianza con Victor, pero de momento decidió aparcar el tema, aún no estaba preparada para seguir el hilo de tal pensamiento.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. Suponiendo que todo eso sea cierto ¿qué podemos hacer?

—Matar a ese bastardo —afirmó Darius.

Cuando por fin Galizur tomó la palabra, lo hizo en voz baja.

—Sería un crimen contra la humanidad. Los Dictata no lo aprobarían.

Darius se puso en pie, separando su mano de la de Anna y paseó por la sala dando largas y rabiosas zancadas.

—De momento, me traen sin cuidado los Dictata —dijo—. ¿Dónde estaban ellos cuando asesinaron a nuestros padres? ¿Cuando nos dejaron huérfanos a causa de nuestro trabajo para mantener el equilibrio en el mundo? ¿Un trabajo que nos asignaron *ellos*?

—Madre y padre no querrían eso —dijo Griffin con calma.

—¿Tienes miedo, hermanito? —la voz de Darius adoptó un desagradable matiz.

Griffin se levantó, su rostro ruborizado por la ira. Helen se sorprendió de ver que era igual de alto que Darius, que las diferencias de peso —de fuerza— no eran sino una ilusión que proyectaba la buena voluntad de Griffin al permitir que su hermano tomase el mando en todo. No por miedo o inseguridad, sino por amor.

Pero ahora estaban frente a frente.

—No es a los Dictata a quienes temo, Darius. Sino a la vergüenza de nuestros padres, dondequiera que estén. A ensuciar su legado. —Sacudió la cabeza—. No pienso hacerlo.

El silencio se instaló entre ellos, el aire se fue enrareciendo y espesando antes de que Darius se volviese hacia la pared. Helen se quedó horrorizada cuando, un instante más tarde, el mayor de los Channing levantó la mano y le dio un puñetazo al hormigón con todas sus fuerzas. Anna corrió a su lado, y cogió su mano entre las suyas.

—Darius. —El tono de su voz era amable, aunque firme—. No.

Helen se preguntaba si Galizur reprendería a Darius por su arrebato, pero se limitó simplemente a carraspear antes de ponerse a hablar.

—Si bien comprendo tu deseo de venganza, Darius, tu hermano tiene razón. Eso deshonoraría la memoria de vuestros padres y a todos los que han sido asesinados.

—¿No pueden los Dictata mandar a alguien tras él? —preguntó Helen—. ¿No cuentan entre sus filas con algún tipo de fuerzas del orden?

Galizur asintió.

—Existen... recursos que se emplean para mantener la paz, si es necesario. Pero lleva su tiempo desplegarlos. Hay que atenerse a un procedimiento y me temo que ninguno de ellos estaría listo para antes de la cumbre.

—¿Entonces, qué? —Darius seguía de cara a la pared, pero Helen percibió angustia en su voz—. ¿Qué podemos hacer? Alsorta no puede quedar impune sin más. Ni ese traidor de Raum.

Un escalofrío recorrió la espalda de Helen ante la mención de Raum.

La respuesta no vino de Galizur, sino de Griffin.

—Iremos a por ellos. Primero por Alsorta, antes de la cumbre, y luego por Raum.

Una risa sarcástica escapó de la garganta de Darius cuando se dio la vuelta para encararse con ellos.

—¿Y entregárselos a la Policía? —Se respondió a su propia pregunta antes de que pudiese hacerlo otro—. Un hombre como Alsorta quedaría en libertad en una hora.

*Alsorta, pero no Raum*, pensó Helen. Dejarían que se pudriera.

—A la Policía no —dijo Griffin—. A los Dictata.

Un silencio de sorpresa se apoderó de la sala. Helen no tenía ni idea de cómo trabajaban los Dictata, pero la propuesta de Griffin parecía la más sensata de todas. Se volvió hacia Galizur.

—¿Los Dictata se encargarían de castigar a alguien como Victor? ¿Alguien que no es uno de los suyos ni de los nuestros?

—Bueno, es un poco irregular. Normalmente los Dictata ponen orden solo entre sus propias filas. Los mortales hace mucho tiempo que se administran con sus propias leyes. —Galizur se restregó la mandíbula—. No obstante, según las leyes de los Dictata el asesinato de un Guardián es un crimen capital. Aunque Victor sea un mortal, yo diría que los Dictata querrían verlo castigado en caso de que se lo llevaran.

—Victor Alsorta es un hombre poderoso. —Anna habló desde su lugar al lado de Darius—. Traerlo podría ser peligroso. ¿Padre, no deberíamos hablar primero con los Dictata para asegurarnos de que están dispuestos a que se haga justicia?

Helen sintió un repentino respeto por su nueva amiga. Incluso estando en peligro la seguridad de Darius, Anna no buscaba protegerlos. Sabía que había que sacrificarse y estaba dispuesta.

Todos debían estarlo.

—Muy bien, Anna. Es lo más sensato. —Por su tono de voz, Helen se percató del orgullo de Galizur. Este prosiguió—. Mejor no arriesgar la seguridad de nadie solo por conducir a Victor ante los Dictata, hasta que no sepamos con seguridad si estarán dispuestos a aplicar sus leyes en este caso.

Galizur tecléo los botones unas cuantas veces más hasta que volvió a aparecer el rostro de Victor en la pantalla. Helen no podía apartar sus ojos de aquel hombre. A pesar de tener el aspecto de un caballero normal, Victor Alsorta era cualquier cosa menos corriente. Él era la clave. La clave que conducía hasta la muerte de sus padres

y la extraña misión que Raum se había comprometido a cumplir, a pesar de sus aparentes dudas.

—Esperaré veinticuatro horas. —La voz acerada de Darius rompió el silencio—. No más. Cada minuto que pasa nos acerca más a la cumbre. Y cuanto más cerca estemos, más nos arriesgamos. Si estamos en lo cierto, Victor multiplicará sus intentos por encontrar la llave y eliminarnos a todos.

*Pero Raum no quiere matarnos. Ahora no.* Helen no pronunció las palabras en voz alta. Ni siquiera sabía por qué estaba tan segura de que fueran ciertas. Se trataba de algo más que del hecho de que Raum la hubiese dejado marchar en dos ocasiones. Incluso de que le hubiese proporcionado una pista —por enigmática que fuera— para identificar al hombre que había encargado sus muertes.

Había algo en sus ojos cuando la miró en las ruinas de su casa. Algo que le hablaba de su historia olvidada. De unos lazos que compartían, más allá del tiempo y de la razón.

Como si le hubiese leído los pensamientos, Griffin miró en su dirección antes de hablar.

—Hace tiempo que Raum tiene nuestra dirección. Sabe quiénes somos, qué aspecto tenemos incluso. Aun así, no ha venido a por nosotros.

—Lo cual no es razón para descuidarse —dijo Darius con brusquedad. Buscó la mirada de Galizur y Helen notó cómo se le helaba la sangre—. Veinticuatro horas. Después pienso ir a buscarlos, con o sin la aprobación de los Dictata.

## VEINTE

—Saltemos —dijo Darius, bajando por la escalinata de casa de Galizur—. No estoy ahora para que nos ataquen los espectros.

Helen hizo acopio de valor antes de hablar.

—Esta vez me gustaría hacerlo yo sola. —Disparó las palabras a su espalda, tratando de proyectar su voz de modo que no revelase el miedo que corría por sus venas.

Darius se dio la vuelta.

—¿Que te gustaría hacer qué? —dijo, entrecerrando los ojos—. ¿Saltar?

Ella asintió.

—Sí, pero... Bueno, nunca lo has hecho —objetó Griffin.

Helen sonrió.

—Está claro que no. Aunque creo que puedo hacerlo.

—Saltar es complicado —dijo Griffin—. Complicado y peligroso.

Helen cruzó los brazos por delante del pecho.

—Tú puedes hacerlo y no eres mucho mayor que yo. Tienes que haber aprendido recientemente.

Él se enderezó un poco.

—La verdad es que lo hice más pronto que la mayoría. Las circunstancias me obligaron a aprender muchas cosas antes de la edad de la Iluminación.

—Cierto. —La risa de Darius estalló en el aire de la noche. Le dio una palmadita a su hermano en el hombro—. Llevas saltando nueve meses, hermano.

Ella alzó las cejas en dirección a Griffin, tratando de reprimir una sonrisa triunfante.

—Si tú puedes hacerlo, yo también.

—Tiene razón. —Darius avanzó para ponerse bajo la luz antes de que Griffin pudiera responder—. Enséñale. Os veré a los dos en la casa.

Un instante después, desapareció.

Griffin se volvió hacia ella, refunfuñando.

—No me importa saltar contigo. Y es mucho más seguro que tratar de enseñarte en estas circunstancias.

Ella se dio cuenta de pronto de por qué Griffin no quería que saltase sola. Se preocupaba por su seguridad, como acababa de decir, pero había algo más, y ahora sabía de qué se trataba.

—Solo estoy tratando de cumplir con mi parte. No quiero ser un lastre. —Le

tendió las manos, sonriendo—. E imagino que aún tendré que mantener el contacto contigo mientras esté aprendiendo. Al menos al principio.

Él contempló sus manos unidas antes de volver la vista hacia ella y sonrió.

—Durante el aprendizaje sería, ejem..., prudente mantener contacto físico, eso es cierto. Y la atrajo bajo la luz de la farola.

A Helen le parecía que no era fruto de su imaginación el que él se hubiera acercado más de lo necesario para darle las explicaciones.

—Lo más importante a la hora de saltar —dijo él—, es saber que puedes hacerlo. No pensar o esperar que puedes hacerlo, sino *saber* que puedes. Has nacido con esa habilidad, lo mismo que todos nosotros, y en cualquier caso tendrías que aprender dentro de poco.

—Exacto. —Ella asintió, murmurando para sí misma—. Puedo hacerlo. He nacido para hacer esto.

—Te ayudará cerrar los ojos, pero no lo hagas aún. Solo escucha —la instruyó—. Debes ver la luz como la fuente de energía que es y luego imaginarte a ti misma rompiéndote en los pedazos minúsculos de los que se compone tu materia.

Ella arrugó la cara, tratando de imaginarse a sí misma como millones de puntos minúsculos que podían separarse y volver a unirse a voluntad. No funcionó. Las preguntas inundaban su mente, ahogando toda posibilidad de entender el proceso.

—¿Pero y si mi cuerpo no vuelve a recomponerse otra vez como debiera? —preguntó, levantando la vista hacia Griffin.

—Lo hará —respondió él—. Sabe la forma que debe tomar.

—¿Pero cómo?

—Simplemente lo hace. Ahora —continuó—, después de que tú...

—¿Y si mis piezas... se pierden por el camino? —lo interrumpió—. ¿Qué pasa si no están todas cuando llegue el momento de recomponerme?

Él suspiró y le regaló una sonrisa indulgente.

—Es una pregunta razonable, pero no tienes de qué preocuparte. Todas viajan juntas, tanto si vas caminando por las calles de Londres como si te proyectas por el espacio por medio de la energía de la luz.

—Pero cuando camino por las calles de Londres no lo hago en pedazos minúsculos —dijo ella—. Si lo hiciera, algunos podrían retrasarse fácilmente mientras estoy esperando a que pase un carruaje, o perderse cuando me paro a mirar un escaparate.

Él suspiró dándole un apretón en la mano.

—Tendrás que confiar en mí. Cuando aprendí a saltar, yo tenía los mismos temores, pero aquí estoy. Tú solo sigue mis instrucciones, no te sueltes de mi mano, y antes de que te des cuenta estaremos delante de la casa.

Ella asintió.

—De acuerdo.

—Ahora —dijo él—. Cierra los ojos.



Todo se volvió oscuro cuando lo hizo.

—Inspira y espira. Con cuidado. —Ella hizo lo que le decía, su voz era un murmullo aterciopelado—. Tu cuerpo se compone de millones de partes. La mayoría de ellas son invisibles para nosotros, pero están ahí. Saben a dónde pertenecen y son capaces de armarse y desarmarse a voluntad. Voy a contar hasta tres. Cuando lo haga, quiero ver cómo tu forma física se libera de los límites del cuerpo. Visualiza cómo desaparece en la luz y viaja a toda velocidad, como a través de un túnel, hasta la luz de la farola que hay fuera de la casa. El resto ya lo hará sola. —Hizo una pausa, y su voz quedó reducida a un frío punto en la oscuridad de su mente—. ¿Estás preparada?

Él debía de tener los ojos abiertos, pues en cuanto ella asintió con la cabeza, empezó a contar.

—Uno...

Helen visualizó su cuerpo, tan completo y real como era para ella cada día de su vida, preparado para disgregarse.

—Dos... —Griffin le apretó la mano y ella vio cómo la luz se extendía. Túneles y túneles de luz que conectaban unas partes de Londres con otras. Y un túnel que unía el haz de esa farola con el de la farola que había enfrente de la casa de los Channing.

—Tres.

Algo tiró de su estómago y la arrastró como si estuviese atada a una cuerda. Durante una décima de segundo se sintió ingravida, como si no tuviese un cuerpo. Se preguntó si estaría muerta. Si era así como te sentías al morir. Y pensó que no estaba mal sentirse tan ligera y tan libre.

Entonces oyó hablar a Griffin en voz baja en su oído.

—Ya puedes abrir los ojos.

La invadió un miedo inexplicable. Como si al hacerlo fuera a encontrarse el mundo cambiado. Pero la lógica le decía que solo había dos posibilidades: o bien no lo había conseguido y seguían estando frente al hogar de Galizur, o bien sí lo había logrado y ya estaban en casa.

Abrió los ojos y los obligó a dar sentido a lo que estaban viendo. Sintió un gran alivio al descubrir que, efectivamente, estaban cerca de la casa de los Channing. Aunque no justo enfrente, sino cuatro farolas más allá.

—Bien hecho. —La voz de Griffin llegaba desde su derecha—. Y bastante cerca, para tu primer intento.

Ella levantó la vista para mirarlo.

—¿He... fallado?

Él soltó una carcajada y ella acabó sonriendo.

—Has estado cerca. Al principio nos pasa a todos y a algunos bastante más. La primera vez yo me quedé a dos manzanas de aquí.

Ella se sintió orgullosa.

—¿De verdad?

Él asintió. Su expresión se volvió más seria y ella vio algo en el fondo de sus

ojos.

—De verdad.

De pronto la invadió la timidez.

—Gracias por enseñarme.

Él dio un paso fuera de la luz y, sin soltarla aún de la mano, tiró de ella para dirigirse hacia la casa.

—De nada, eres una buena alumna. Aunque...

—¿Sí? —preguntó ella, mientras caminaban.

Él bajó la vista para sonreírle.

—Debo confesar que voy a echar de menos tu... proximidad, cuando no saltemos juntos.

—Bueno —dijo ella, correspondiendo a su sonrisa con la suya—. Siempre podremos entrenarnos con la hoz en la sala de baile.

—Es lo que hay.

Y esta vez, cuando él se echó a reír, algo más que *amistad* corrió por las venas de ella.

El cansancio se instaló sobre los hombros de Helen casi en cuanto cerró la puerta de su habitación. Bien fuera por la visita a Galizur, con todo lo que habían averiguado mientras estaban allí, o bien por saltar, estaba completamente exhausta.

Se agachó para desatarse las botas, agradecida por el trabajo de Andrew. El cuero era tan flexible como un pétalo de rosa. Los pies no le dolían lo más mínimo.

Desvestirse era más fácil sin el engorro de un vestido y las voluminosas enaguas. No pudo evitar sentirse orgullosa mientras se desabrochaba, *por delante*, su corsé recién diseñado. No comprendía por qué no se diseñaban todos de aquella manera. No tenía sentido ser prisionera de una prenda hasta que alguien pudiese librarte de ella. La que ella había diseñado quedó desabrochada y tirada en el suelo en menos de un minuto, junto con la blusa y la falda pantalón.

Soltó un profundo suspiro de alivio y estiró su cuerpo desnudo en dirección al techo antes de acercarse a la cómoda y sacar un camisón del segundo cajón. La tela era más fina de lo que estaba acostumbrada, pero eso ya no tenía remedio. Únicamente había especificado color y forma, no peso. Claramente, Andrew y su equipo de sastres habían pensado que ya era demasiado mayor como para usar camisones de niña. Aun así, sintió cierto pudor cuando se volvió hacia el espejo para soltarse el pelo. A la luz del fuego el camisón se veía casi transparente. Aunque supuso que aquello carecía de importancia estando ella sola en la habitación.

Deslizó los dedos entre el pelo suelto, sentía los ojos cada vez más pesados según iba acercándose a la cama. Mañana recibirían las instrucciones de los Dictata. No quería ni imaginarse la reacción de Darius en caso de que les ordenaran no detener a Victor Alsorta. Helen estaba segura de que Darius iría tras él de todos modos.

Y seguramente Griffin lo seguiría, por lealtad.

Tras apartar la colcha, se metió entre las sábanas limpias, y tiró de ellas mientras pensaba en él. Vio sus ojos amables, mirándola con algo demasiado parecido al cariño como para llamarlo de otra manera. Su sonrisa, de pronto desenfadada, mientras recorrían a pie el resto del camino de vuelta después de haber dado el salto desde la casa de Galizur. ¿Sentiría él el mismo golpe de calor cuando ella lo miraba que el que ella acostumbraba a sentir cuando él la miraba a los ojos?

Sacudió la cabeza para quitarse de encima esa idea. Era demasiado tarde para pensar en un asunto tan complicado. Únicamente la conducía a cuestionarse muchas cosas. Cosas sobre el futuro. Sobre su propia capacidad para amar a alguien por completo, si ni siquiera era capaz de llorar debidamente la muerte de sus padres.

Estaba claro que no era capaz de sentir un apego profundo hacia nadie.

Se dio la vuelta y extendió el brazo para coger la fotografía colocada sobre la mesilla de noche. Lo que vio la dejó helada. No era que la imagen hubiera cambiado. Sus padres seguían mirándola desde otro tiempo y lugar, lo mismo que una Helen más joven de rostro redondeado, pero ahora la fotografía estaba cuidadosamente protegida por un marco de plata.

La alcanzó vacilante, como si escondiese algún misterioso tipo de magia. Una vez la tuvo en su mano, observó la delicada filigrana, con incrustaciones de pequeñas perlas en las esquinas. Nunca había visto un marco así. Ninguno que le perteneciese a ella, eso seguro. Solo había una explicación; alguien se había colado en su habitación y había colocado la fotografía en el marco.

Recordó la última vez que la había mirado, que la había tenido en sus manos.

Pensó en el huérfano que se encargaba de cuidar de la casa. ¿Lo habría puesto él? No, estaba casi segura de que no haría eso sin pedir permiso. Además, era un marco magnífico. Demasiado para estar en manos de un huérfano.

Debía de haber sido Griffin.

Levantó la colcha, puso los pies sobre la fría alfombra, con la fotografía enmarcada aún en su mano. No pensó en las consecuencias de aparecer en la habitación de Griffin. Él le había dicho que podía ir si necesitaba alguna cosa, y si la actual situación no les colocaba fuera de las normas sociales, no se le ocurría qué otra cosa podría hacerlo.

Se detuvo ante la segunda puerta de la derecha y le sorprendió hallarla entreabierta. Una débil luz amarillenta asomaba por el marco. Tras echar un vistazo primero a la izquierda y luego a la derecha del pasillo, constató que estaba vacío, como siempre. Se inclinó hacia la puerta y llamó por la rendija a Griffin en voz baja, esperando no despertar a Darius, si es que su habitación estaba cerca.

Pasaron unos instantes y no hubo respuesta. Dentro se escuchaba como si alguien arrastrara los pies. Decidió abrir la puerta despacio.

Una vez dentro, sus ojos inspeccionaron la alcoba en busca de Griffin. La distribución se parecía bastante a la de su propio cuarto. Contempló la gran cama con

dosel y las sábanas revueltas, como si no la hubiesen hecho desde la noche anterior. La chimenea estaba ubicada en el mismo sitio que la suya, y el escritorio era considerablemente más pequeño.

Pero todo eso desapareció cuando por fin vio a Griffin. Estaba sin camisa y con la cabeza inclinada sobre un cuenco con agua humeante. Los músculos de su espalda se tensaron cuando fue a coger a ciegas una toalla del lavabo. Cuando se incorporó, sus anchos hombros y su espalda quedaron iluminados por el fuego, y ella notó cómo en su interior algo se liberaba y se expandía, corriendo por sus venas como un cálido vendaval.

Casi no era capaz ni de tragar saliva mientras trataba de asimilar la imagen que él tenía tatuada en su piel. No solo estaba fascinada por aquella marca. Era una combinación de todo; el calor de la habitación, la piel desnuda de Griffin, su cercanía, y la repentina constatación de que ella podría acercarse a él y tocarlo en cuestión de segundos.

Estaba tratando de quitarse esa idea de la cabeza cuando él se dio la vuelta para mirarla.

—¿Helen? —Ella se preguntaba si se enfadaría con ella por haber sido tan atrevida como para entrar en su habitación sin permiso, pero en sus ojos solo había preocupación—. ¿Va todo bien?

—Sí, yo... —tenía la voz quebrada, así que carraspeó antes de proseguir—. Solo quería preguntarte... —Las palabras se esfumaron de su mente como vapor. No podía pensar teniéndolo delante, tan cerca, viendo la piel tensa sobre los músculos de su pecho y brazos.

—¿Sí? —apuntó él—. ¿Qué querías preguntarme?

Ella se ruborizó y apartó la vista, tratando de mantener la compostura.

—No debería haber venido. Puedo esperar hasta mañana. —Se dio media vuelta para marcharse, deseando salir de esa habitación. Ya no era capaz de pensar con claridad—. Siento haberte molestado.

—Helen. —Notó cómo su mano se aferraba a la de ella, cómo la atraía hacia él. Cuando él posó su mirada sobre su cuerpo, ella recordó que llevaba puesto aquel camisón transparente. Y estaba justo delante del fuego... Él retomó la palabra y susurró—. No me molestas, Helen.

Clavó sus ojos en los de ella, un océano de silencio se mecía entre ellos. A ella le entraron unos deseos casi incontrolables de levantar las manos y enroscar sus dedos en el cabello que a él le caía por la nuca. De deslizar las palmas de sus manos sobre su pecho desnudo.

En lugar de eso, sacó el marco de plata para ponerlo entre ambos, lo apretaba con tal firmeza que le dolían los dedos.

—¿Has sido tú quien ha hecho esto?

Él bajó la vista hacia el marco y asintió despacio.

Al mirarlo, a ella le invadió la emoción como una ola. Cuando habló, lo hizo en

un tono más suave del que pretendía.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Nuestros padres fueron asesinados mientras regresaban a Londres desde nuestra casa de campo. Nosotros, al menos, aún tenemos nuestra casa y todo lo que contiene. Es cierto que es un triste consuelo, pero sirve para recordarnos cómo eran las cosas. —Titubeó, mirándola a los ojos antes de proseguir—. Tú has perdido tanto. Quería que tuvieses algo sólido a lo que aferrarte. Algo que te recordara el tiempo en el que convivías con tu familia.

Apartó la mirada como avergonzado, para evitar los ojos de ella.

—Griffin. —Alzó una mano sin pensárselo y se la puso en la mejilla. Él se volvió para mirarla—. Gracias.

Se quedó inmobilizada sintiendo la piel caliente de Griffin bajo la palma de su mano. Entonces se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Luego, volvió corriendo a su habitación, no fuera a cometer una locura aún mayor.

## VEINTIUNO

Estaban terminando un desayuno tardío, cuando sonó el timbre de la puerta principal de la casa. Griffin se levantó para atender la llamada, y tomó un último sorbo de té antes de dirigirse al recibidor.

Helen permaneció sentada en silencio con Darius, ocupada en untarle mermelada a su tostada y tratando de mitigar la sensación de que él lo sabía todo acerca de su incursión de medianoche en la habitación de su hermano. No podía evitar leer algo en su ojos, pese a que se decía a sí misma que se estaba volviendo paranoica.

—Es de Galizur —anunció Griffin, al regresar a la biblioteca con un sobre en su mano extendida.

—¿Estás seguro? —Darius se puso en pie, y se lo arrebató—. Solo han pasado unas horas.

Griffin suspiró.

—Seguro. Lo ha dejado Wills, ese golfillo que Galizur utiliza para los recados.

Darius rasgó el sobre para abrirlo y extrajo una rígida hoja de papel del interior. Griffin y Helen lo miraban e intentaban averiguar algo acerca del contenido basándose en los gestos de Darius.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Helen al fin.

—Los Dictata están de acuerdo en que se haga justicia con el asunto de Victor Alsorta y Raum Baranova. —Darius continuó con tono distraído, sin levantar la vista—. Dice que la complicidad en el asesinato de un Guardián es una ofensa capital, que excede las leyes mortales. Aún más, técnicamente Raum es uno de nosotros y por consiguiente sigue estando bajo la autoridad de los Dictata.

Darius bajó el papel. Se encaminó hacia la ventana y se quedó de pie, mirando el jardín del otro lado.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Helen.

Se sorprendió de que fuese Griffin quien respondiera.

—Ahora iremos a por ellos.

Las palabras cayeron como un plomo sobre su corazón. Trató de contener su alarma concentrándose en asuntos prácticos.

—Hay una cosa que no entiendo —empezó a decir Helen—. ¿Exactamente, cómo va a ser posible llevar a Alsorta ante la justicia de los Dictata? No creo que él se limite a venir sin más cuando se lo pidan.

—Se doblará ante la hoz, como cualquier otro —prometió Darius—. Si basta para amedrentar a espectros y demonios desalmados, será suficiente para Alsorta.

Helen pensó en la hoz. En su extremo dentado y en la hoja afilada como una cuchilla de afeitar. No resultaba difícil de creer que hasta un hombre como Alsorta sucumbiese de miedo al enfrentarse a semejante arma.

—Muy bien —dijo ella—. ¿Cómo sabremos nosotros dónde buscarlos?

—Nosotros no vamos a ir a buscarlos a ninguna parte —dijo Griffin, con tono brusco—. Iremos Darius y yo, mientras tú te quedas con Galizur y Anna.

Helen se levantó de la silla, sin pensárselo.

—No pienso quedarme allí mientras vosotros estáis arriesgando vuestras vidas. —Sacudió la cabeza—. Y no hay más que hablar. ¡También se trata de mi lucha!

Griffin se le acercó, y de espaldas a su hermano bajó la voz hasta un nivel que solo ella pudiera oír.

—No te precipites, Helen. Será peligroso.

Ella puso los brazos en jarras, lanzándole una mirada fulminante.

—Puede que no lo fuera si yo fuese armada.

Él la taladró con su mirada.

—No vas a ir.

—Trata de detenerme —dijo, levantando la barbilla—. Os seguiré, si me obligáis. Solo espero acordarme de hacer el salto y no terminar en algún lugar aún más peligroso. —Esta última parte la añadió solo a modo de advertencia. Iría, con o sin su consentimiento—. ¿Y bien, cómo sabremos dónde encontrar a Victor Alsorta?

La voz de Darius sonó desde la ventana.

—La nota de Galizur dice que está preparando unos planos esquemáticos de la casa que Alsorta posee a las afueras de Londres. Al parecer es allí donde se encuentra ahora.

—Entonces recogeremos los planos de Galizur e iremos a por Alsorta esta noche —asintió Griffin despacio.

Helen se percató del tono preocupado de su voz, y deseó no haber sido ella la causa, pero ya no había solución. No había llorado a sus padres como era debido. Ni siquiera había tenido tiempo de ver sus restos. Ahora al menos podría hacer algo.

Y lo haría, a pesar del miedo que la atenazaba.

—Hay una cosa que tenemos que arreglar antes de ir a casa de Galizur —añadió Darius.

Griffin se volvió hacia él.

—¿De qué se trata?

—Helen tiene razón —dijo Darius—. Si va a acompañarnos, ha de ir armada.

Helen ni se molestó en ocultar su sorpresa.

—Y si tiene que ir armada —prosiguió Darius—, tendrá que demostrar, como mínimo, que es capaz de manejar una hoz. Vamos Helen. Vayamos a la sala de baile ¿te parece?

—¡Yo me entrenaré con ella! —Helen notó la desesperación de Griffin y se dio cuenta de que estaba tratando de protegerla.

Darius sacudió la cabeza y una sonrisa de complicidad levantó las comisuras de su boca.

—Me parece que no. Eso no sería una prueba. Helen tiene que demostrar su capacidad de resistencia. —Levantó la vista hacia su hermano—. Y tiene que demostrarlo con alguien a quien el afecto no lo obligue a ser amable.

Marcharon en silencio de la biblioteca a la sala de baile. Una vez allí, Darius se sacó la hoz del cinturón. Ella sintió una morbosa sensación de satisfacción al saber que Darius tenía pensado entrenar con armas reales y no con las hoces de madera que había usado con Griffin.

Bien. Se vería obligada a ponerse a prueba de verdad, como era de justicia.

Pero cuando Darius ordenó a Griffin que le diera su hoz a Helen, Griffin se negó, sacudiendo la cabeza.

—Esto es ridículo —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho y fulminando a su hermano con la mirada—. No pienso tolerarlo. Helen no tiene que demostrar nada. Ni a ti ni a nadie.

Helen ya no pudo negar que en su corazón guardaba un cálido lugar para Griffin, cada vez más amplio, abarcando los huecos más vacíos hasta sentir como si siempre hubiese formado parte de ella.

Se encaminó hacia él, le puso una mano en el brazo y lo miró a los ojos.

—Sí que tengo que hacerlo. Tengo que demostrároslo a ti y a Darius, y también a mí misma.

Él apartó la vista, como si al hacerlo pudiera evitar la mirada sincera de ella.

—Por favor, Griffin. —Le apretó el brazo hasta que él se volvió a mirarla—. Dame tu hoz.

Casi le llevó un minuto entero ponerse en marcha, pero cuando lo hizo fue para coger la hoz con un movimiento oscilante de su cinturón. Sus ojos no se apartaron de los de ella cuando se la entregó.

—Te va a pesar más que la hoz de entrenamiento —dijo—, y es difícil de manejar al principio por el borde afilado de un extremo y el filo dentado del otro.

Ella asintió, tragando saliva con esfuerzo mientras contemplaba el objeto en su palma. Una pieza lisa de metal curvado que desde luego no parecía una hoz.

—¿Cómo la abro?

—La abrirás —dijo él— del mismo modo que te concentras para viajar en la luz.

Apenas hubo asimilado sus instrucciones cuando la hoz se abrió con un chasquido. Cuando Helen la dejó caer, sorprendida, hizo un ruido estrepitoso.

—Empezamos bien —dijo Darius a su espalda, en un tono repleto de sarcasmo.

Ella se agachó para recogerla, cuidando de no rozar ninguno de los extremos afilados. Se dio la vuelta hacia Darius.

—Al menos podrías tratar de ser más comprensivo —dijo.



La expresión de Darius se tornó seria.

—Los espectros que nos persiguen no van a ser *comprendidos* —dijo con tono despectivo—. Victor Alsorta no va a ser comprensivo. Ni siquiera tu querido Raum va a serlo. No cuando se trata de una batalla como esta.

En su visión periférica, Helen vio cómo Griffin se ponía tenso ante la mención de Raum. Obligándose a no pensar en nada excepto en Darius y la prueba que debía superar, enfocó la vista sobre él.

—Tienes razón —dijo—. Mejor que seas lo más repelente posible. Así, morir a manos de Victor Alsorta no resultará más que un pequeño trastorno, en comparación.

Darius soltó una carcajada.

—Qué graciosa eres cuando estás aterrorizada.

—No creas que estoy tan aterrorizada. Y menos de ti o de que me puedas herir. —Se sorprendió de que lo que decía era cierto. De que había cosas peores que ser ridiculizada o incluso herida—. Ya lo he perdido todo. Ahora mi único miedo es que no se me permita buscar la venganza que me corresponde.

No se esperaba ese silencio de él. La ausencia de una réplica sarcástica de su parte. En sus ojos había un brillo de algo que no era capaz de definir.

—Vamos, empecemos ya con esto —dijo por fin, dirigiéndose hacia ella ya con su hoz en ristre—. Y no pienses que te lo voy a poner fácil solo porque no estés entrenada.

—Ni en sueños se me ocurriría. —Tuvo que obligarse a no retroceder mientras él se le acercaba. Era instintivo asustarse de alguien que va armado. Especialmente sabiendo que uno está en inferioridad de condiciones.

Mientras él se iba acercando cada vez más, ella inspiró hondo, visualizando a su padre en una de sus últimas sesiones de esgrima. Escuchando su voz.

—Tómate tu tiempo al inicio de cada asalto, Helen, para sopesar lo puntos fuertes y las debilidades de tus adversarios. Calcular su altura y peso, la velocidad con la que se mueven, todo lo que puedas usar en provecho propio. Perder unos cuantos segundos puede resultar más valioso para triunfar con la estrategia.

—Si, padre. —Se vio a sí misma, como contemplando una escena que se desarrolla en un sueño, de pie y llevando pantalones, sosteniendo un florete.

—¿Qué ves? —le preguntaba él, dando vueltas en círculo alrededor de ella.

—Eres más alto que yo. Y más pesado.

Él asentía.

—Continúa.

—Pero también más lento, creo. —Vaciló, pues no quería ofenderlo—. Y parece que no sujetas el florete con fuerza, como si tuvieras una herida y no pudieses agarrarlo demasiado bien.

Él asintió.

—Bien, bien. Esta mañana me hice una herida con las tijeras de podar. Por eso me cuesta más trabajo de lo normal sujetar el florete. Puedes usarlo en tu provecho.

—Sí, padre —había respondido ella, asintiendo.

Y entonces regresó a la sala de baile de la casa de los Channing, y vio a Darius dar vueltas a su alrededor mientras ella no paraba de tomar notas mentalmente. Se dio cuenta de la posición defensiva que él mantenía en todo momento. Preparado, sí, pero también rígido, inflexible. La agilidad de ella podría ser un desafío a superar para él. Y para ella una de sus únicas ventajas. Poco más había de provechoso, salvo quizás que ella era más baja, algo que podría ser lo mismo una desventaja que una ventaja, dependiendo de las circunstancias.

—¿Preparada? —preguntó Darius, mirándola a los ojos mientras daba otra vuelta por segunda o tercera vez.

Helen asintió.

Él se abalanzó sobre ella con la rapidez de un rayo, y se enganchó de su hoz. A ella le asustaban tanto los extremos dentados, que echó el brazo hacia atrás, dejando caer su propia hoz, que se deslizó por el suelo con un ruido metálico.

—Recógela. —Darius retrocedió, concediéndole tiempo—. Me temo que mi hermano ha sido demasiado indulgente contigo en la sesión de entrenamiento. Regla número uno —recitó—. El miedo te matará.

Ella se agachó, recogió la hoz y se la colocó en la mano con firmeza antes de volver con Darius.

—El miedo me matará —repitió.

Darius avanzó sobre ella, y enganchó de nuevo su arma. Esta vez ella estaba preparada. Liberó su hoz y puso el brazo fuera de su alcance.

Él sonrió sin decir nada, abalanzándose sobre una pierna. Esta vez, enganchó con más fuerza la hoz de ella. El ímpetu con que lo realizó hizo que todo el brazo de Helen vibrara, aunque ella consiguió mantener el equilibrio. Instintivamente, aflojó, reconociendo como un riesgo potencial aquel amarre. Cuando Darius la golpeó de nuevo, su brazo se desplazó algo con el contacto, se permitió ceder un poco para prevenir que el impacto le sacudiese los huesos.

Él asintió a modo de aprobación y se acercó un par de pasos más. Helen procuró no retroceder. Hacerlo siempre conducía a la derrota, sin importar la lucha. Eso lo había aprendido de su padre.

Esta vez Darius la sorprendió abalanzándose en cuatro rápidos movimientos, retorciéndose y girando, hasta que tocó con su hoz la suya por el filo, por un extremo y finalmente formando una «V» con el cruce de las hojas lisas y las dentadas. Por un instante sus armas quedaron enganchadas, pero en cuanto Darius aflojó la presión, Helen retrocedió un par de pasos tambaleándose.

Debería haberse fijado mejor. Se trataba de la misma táctica que ella había usado con Griffin.

Recuperó el equilibrio y esperó otra vez a que viniera hacia ella.

—Regla número dos —dijo Darius—. Estar a la defensiva hará que te maten. Tienes que tomar la iniciativa si pretendes ganar cualquier batalla.

Ella lo sabía. Lo sabía por su padre, aunque nunca había dominado la técnica. Estar en posesión de un arma —incluso la imitación de un arma, como el florete— la ponía nerviosa. Ella no estaba hecha para la lucha. Estaba hecha para la observación.

Pero eso tendría que cambiar.

Avanzó con rapidez hacia él, ordenando a su mente trabajar de forma instintiva, de manera que su cuerpo se moviese como ella sabía que era capaz de hacer. Para lo que había sido entrenado. Simplemente tenía que superar su miedo.

Se abalanzó sobre Darius y golpeó la hoz de este con la suya por donde pudo, tratando de no fijarse en las partes dentadas del arma. Ya no importaban. Lo que importaba era el conjunto.

Y arrancarlo de la mano de Darius.

No resultó tan fácil. Estuvo esquivándolo un par de minutos, se dobló hacia atrás en uno de sus lances durante el cual la hoz de Darius se acercó tanto a su abdomen que le rasgó limpiamente la blusa. Finalmente, se echó sobre ella en series de pasos rápidos y movimientos relámpago, que no la dejaban ni pensar. No la dejaban centrarse en el ataque. Todo cuanto podía hacer para reaccionar era bloquear sus golpes con su arma, cuando fuese posible, el filo liso de su hoz mordiendo la de ella, hasta que se acercó lo bastante como para deslizar la afilada hoja de su arma sobre el antebrazo de Helen. Ella notó cómo el escozor le llegaba al hombro, aunque no se atrevió a mirar. Darius retrocedió un par de pasos, su cuerpo de pronto quieto, su hoz se replegó con un suave tintineo. No había ni remordimiento ni preocupación en su gesto.

Griffin avanzó hasta su hermano, lo agarró por la pechera de la camisa y lo empujó contra las paredes lujosamente tapizadas de la sala de baile.

—Te dije que no tenía que demostrar nada. Pero tú sí ¿verdad, hermano? Tenías que demostrar que eres más fuerte que una mujer sin entrenar. Una que ni siquiera llega a la edad de la Iluminación. —Helen percibió la respiración acelerada y pesada de Griffin. Vio rabia incontrolada en su rostro.

Darius sonrió maliciosamente.

—Lo cierto es que solo quería comprobar si tiene lo que hay que tener para ser de los nuestros. Demostrar que yo era más fuerte no ha sido más que un extra.

Griffin separó a su hermano de la pared antes de empujarlo de nuevo, lo bastante fuerte como para hacer que a Darius le rechinaran los dientes.

—A ver si te buscas a alguien de tu tamaño y experiencia para luchar.

Darius rio.

—Relájate, hermano. Era necesario ver si ella derramaría sangre por nosotros, lo mismo que nosotros por ella. Y ya ves. —Sus ojos se tornaron hacia Helen, a pesar de tener el cuerpo prisionero entre las manos de Griffin—. Lo haré.

Griffin no apartó la vista del rostro de su hermano.

—Como no te andes con mucho, mucho cuidado, vas a ser tú el que sangre.

Darius no respondió. El silencio entre ellos era tan siniestro que hizo reaccionar a

Helen. Se encaminó hacia los hermanos.

—Griffin, déjalo. Darius tiene razón. Tenía que comprobarlo. Los dos teníais que hacerlo. —Sacudió la cabeza y bajó la vista a la sangre que resbalaba por su brazo—. Ya lo habéis hecho. Y yo también.

Griffin siguió su mirada hacia los riachuelos de sangre que goteaban sobre el suelo. Soltó a su hermano y se acercó a Helen mientras Darius se alisaba las arrugas de su camisa. Cuando levantó la vista para toparse con los ojos de Helen, sonrió.

—No está mal —dijo—. Aún conservas tu hoz.

Helen miró su mano, que colgaba a un lado, y se sorprendió al darse cuenta de que tenía razón. Seguía conservando la hoz, a pesar de la lesión que había sufrido.

Levantando la vista para mirar a Darius, de repente sintió la necesidad de darle las gracias. Por primera vez, desde que la hicieran desaparecer en las paredes de su habitación, pensaba que tal vez, solo tal vez, era capaz de hacer lo que debía hacer.

Pero no le salían las palabras, y permitió a Griffin que la cogiera con cuidado del codo. Él la condujo fuera de la sala. Estaban un paso más cerca de lo que fuera que les deparara la noche.

## VEINTIDÓS

—**E**state quieta. Puede que duela un poco.

Griffin se arrodilló ante ella en el suelo de su habitación. La había instalado en la silla del tocador y había salido para regresar con un cuenco de agua caliente y lo que parecían vendas.

La cogió de la mano, y se la giró para dejar a la vista la suave piel de la cara interna del antebrazo. Ella notó un cosquilleo al tacto de sus cálidos dedos. Intentaba convencerse de que era por la herida y el susto, pero cuando sus miradas se encontraron, decidió que no se mentiría a sí misma.

Ya no.

Hasta con el brazo ensangrentado, no podía negar la sensación que recorría su cuerpo, que partía del estómago hasta llegar a sus mejillas, haciendo que le ardiera la cara. Jamás había estado tan cerca de un hombre y con tanta intimidad como con Griffin en aquellos últimos días. Y sin embargo reconocía esa sensación de deseo, como si hubiese formado parte de ella desde siempre y hubiese estado al acecho esperando a que Griffin la tocara.

Él inclinó su cabeza sobre el brazo, y retiró despacio las tiras de tela que le había atado para detener la hemorragia. Sus dedos tocaban su piel con dulzura, calmaban su dolor, incluso cuando tuvo que arrancar una tira de tela que se le había quedado adherida. Cuando por fin el brazo estuvo desnudo, lo acercó al cuenco.

—¿Puedes echarte un poco hacia delante? —preguntó.

Ella lo hizo y él bajó la mano que tenía libre para sacar del recipiente un trapo empapado.

—Creo que así dolerá menos que si lo frotamos. —Sosteniendo el trapo sobre la herida del brazo, lo estrujó, y el agua se derramó sobre el corte.

Ella dio un pequeño respingo.

—¿Duele? —preguntó, mirándola.

Helen sacudió la cabeza.

—La verdad es que no. Es que pensaba que iba a doler.

Él asintió, repitiendo la acción hasta que el brazo quedó limpio. La herida seguía sangrando, pero mucho menos que antes. Lo apoyó sobre su rodilla, mientras desenrollaba las vendas limpias.

—No quiero mancharte los pantalones, protestó ella.

—Bobadas. —Él sacudió la cabeza—. Se pueden limpiar. Y ya casi hemos terminado.

Levantando su brazo con la mayor de las delicadezas, comenzó a envolverlo con el vendaje. Ella trató de no estremecerse cuando depositó la primera capa de tejido sobre el corte. Se dio cuenta del cuidado que estaba teniendo, de su deseo de no hacerle ningún daño, y se quedó tranquilamente sentada mientras él se lo vendaba, hasta que no se vio ya ni rastro de sangre.

Tras poner los vendajes sobrantes a un lado, él levantó la cabeza para mirarla.

—Ya está. Creo que con eso bastará —dijo—. ¿Qué tal lo notas?

Ella se observó el brazo.

—Bien, creo. Bueno, tan bien como cabría esperar.

Griffin se puso en pie y levantó la palangana. Su semblante era serio, con un gesto tan hermético que ella no tenía ni idea de lo que estaba pensando. Depositó la palangana encima del lavamanos pegado a la pared, y se enjuagó las manos.

La visión de su fuerte espalda y sus anchos hombros encorvados sobre el aguamanil provocó en ella una inesperada oleada de ternura. Tenía sangre en la manga de la camisa, y de repente parecía cansado y también necesitado de cuidados.

Ella se puso en pie y cruzó la habitación sin una idea clara acerca de sus intenciones. Cuando estuvo a dos pasos de distancia de su espalda, él se quedó muy quieto, como si la hubiese oído acercarse y temiera espantarla. Por un momento la indecisión la paralizó. Ahora había una frontera entre ambos. Casi podía notar sus vibraciones en el aire. Una vez la cruzara, ya nada volvería a ser lo mismo.

Dio un paso adelante y posó con cuidado una mano sobre su espalda.

—Gracias. —Vaciló antes de continuar—. Yo... siento todas las molestias.

Él se volvió despacio hasta que se encaró con ella, su cuerpo a tan solo unas pulgadas de distancia.

—Tú no eres ninguna molestia, Helen —lo dijo con tono grave y en voz baja.

Los ojos de ella se fijaron en su pecho. No se había dado cuenta antes de que no solo tenía sangre en la manga, sino también en la pechera de la camisa. Cerca de su clavícula pudo ver un triángulo de piel tersa. También ahí distinguió una mancha de sangre.

Ni siquiera se lo pensó cuando levantó la mano.

—Te he manchado —dijo, mientras sus dedos rozaban la tela de su camisa.

Él bajó la vista hacia su mano, y a Helen le pareció escuchar cómo aspiraba aire mientras ella le desabrochaba los botones.

Él le cubrió las manos con las suyas para detenerla.

—No hace falta.

Ella se soltó y continuó con la tarea de desabrochar su camisa.

—No seas tonto. Tú has hecho de enfermero conmigo. Deja que te ayude yo ahora, Griffin. Es lo menos que puedo hacer.

No le dijo que no quería detenerse, que le gustaba el tacto de su pecho bajo su mano y no habría podido parar aunque lo intentase.

Él asintió, sin decir nada más mientras ella terminaba con el último botón.

—Date la vuelta —le dijo con dulzura.

Él se giró hacia la palangana y le dio la espalda, y ella hizo deslizarse el lino desde sus hombros. Poco a poco fue quedando al descubierto su musculosa espalda, haciéndose lentamente visible el tatuaje que había visto en su habitación.

La imagen era impresionante. Se trataba del mismo símbolo que había aparecido en la extraña pantalla de Galizur, aunque este estaba minuciosamente trabajado en azules marinos, verdes y violetas. Sus dedos se movieron involuntariamente sobre él. El cuerpo de Griffin se envaró al trazar ella los círculos sobre los tendones de su espalda.

—Es... es impresionante —murmuró—. Es la flor de la vida ¿no?

Él asintió sin decir nada.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienes? —preguntó ella, mientras sus dedos continuaban el viaje por su piel, deteniéndose en los lugares en los que los círculos parecían formar flores más pequeñas y abstractas. La imagen de la pantalla de Galizur era fría, científica. Pero, de algún modo, sobre la espalda de Griffin el símbolo se transformaba en algo sólido y hermoso. Su piel estaba caliente, mientras seguía el trazo del dibujo a lo largo de su columna, abriéndose paso con la punta de los dedos hacia el lugar en el que los círculos desaparecían bajo la cinturilla del pantalón.

Él carraspeó.

—Tras la muerte de nuestros padres. Darius y yo nos lo hicimos como recuerdo.

Sus dedos dejaron de moverse en la base de su columna, descansando aún sobre su piel.

—¿Cómo recuerdo de qué?

Al darse la vuelta, atrapó los dedos de ella en su mano como si le doliera que le tocara.

—De que aún estamos y estaremos siempre conectados con nuestros padres. Unos a otros. A los demás Guardianes y a las personas que habitamos este mundo.

—Es un recuerdo precioso. Y auténtico. —Extendió la mano para coger el paño húmedo y empezó a frotarle con suavidad la sangre que había salpicado su piel.

—¿Te importa? —preguntó él de pronto.

—¿Importarme qué?

—Ser uno de los Guardianes.

Ella reflexionó sobre la pregunta. Lo había perdido todo a causa de su cometido, desconocido hasta ahora, en la Alianza. Y aun así sus padres la habían entrenado para el papel, que obviamente deseaban que asumiera. Rechazarlo sería una deshonra para ellos, por no hablar de su relación afectiva con Griffin y Anna, e incluso, extrañamente, con Darius.

—No —dijo por fin—. No si ello significa que estoy conectada con mis padres. Y contigo.

Él se fijó en cómo lo miraba y de pronto ella se perdió en el océano verde y

dorado de sus ojos. Él sacudió la cabeza repentinamente, como enojado.

—¿Qué pasa?

—No debí haber dejado que Darius te desafiase. Sé lo mucho que significa para ti ir armada. Pensé que se limitaría a entablar una discusión inofensiva y que tendrías tu arma. No tenía ni idea de que iba a llegar tan lejos como ha hecho.

Ella le dedicó una pequeña sonrisa.

—Lo que dije en la sala de baile era cierto, Griffin. Tenías que saber que podíais contar conmigo, y mientras demostraba mi propia inexperiencia como luchadora, al menos he comprobado que no soy una cobarde.

Su rostro mostró sorpresa.

—¿Cobarde? ¿Por qué dices eso? ¿Por qué se te ha ocurrido siquiera?

Ella apartó la vista.

—Nunca he hecho frente a nada. Realmente, no.

—Hasta ahora nunca has tenido que hacerlo —dijo él.

*En realidad sí, pensó ella. He tenido tanto el motivo como la oportunidad cuando he estado a solas con Raum.*

—Sí, porque no he sido más que una niña mimada —dijo, en cambio, sus palabras estaban llenas de amargura.

—Has sufrido más que la mayoría. —Su tono de voz era amable—. Todos nosotros. A lo largo de la historia los Guardianes han vivido protegidos durante la infancia antes de asumir su lugar entre los otros y vivir en la oscuridad hasta pasar su cometido a la siguiente generación. Tú ni siquiera has llegado a la Iluminación, y fíjate en todo lo que has sufrido.

—Eso no cuenta —insistió ella, testaruda—. En realidad no. No hasta que no haga algo. Y hoy, ha sido la primera vez que he sentido que puede que esté preparada para hacerlo. Que puede que esté preparada para actuar en lugar de quedarme al margen mientras otros se sacrifican.

—Helen. —Algo en su voz la obligó a mirarlo directamente a los ojos—. Me gustaría que pudieras ver lo que yo veo.

—¿Y qué ves? —susurró ella.

Él le cogió el paño de la mano y lo dejó sobre el lavamanos, sin apartar los ojos de ella.

—A una mujer valiente, inteligente y sincera.

—¿Sí? —dijo con voz entrecortada.

—Sí. —Sus manos siguieron el trazo de sus delicados pómulos. Se encontraban tan cerca que ella podía sentir su tibio aliento sobre su rostro—. Y preciosa.

—Tú... ¿tú crees que soy hermosa? —A ella nunca antes se le había ocurrido pensar que fuera hermosa. Ni siquiera se lo había planteado jamás. Ahora notaba cómo la invadía una oleada de calor al saber lo que pensaba Griffin.



Sus ojos se oscurecieron cuando bajó la vista para mirarla.

—La criatura más hermosa que he visto jamás.

No se le ocurría nada que decir mientras la mano de él se deslizaba desde su rostro hasta la curva de su cuello, para luego acariciar los mechones de pelo que se le habían soltado durante su combate con Darius. La distancia entre ellos fue reduciéndose, llenándose con sus cuerpos mientras iban acercándose. Cuando él inclinó su rostro hacia el suyo, ella se echó hacia delante y se encontró con él a medio camino.

Al principio sus labios se tocaron suavemente. Ella no estaba segura de qué hacer. De lo que vendría a continuación. Pero no importaba. Incluso con aquello bastaba, y se quedó tan quieta como pudo, deseando que aquel instante no se acabase. Deseando su boca en la suya para siempre. Entonces estalló la pasión entre los dos, y de pronto sus labios se abrieron sobre los suyos y ella cedió a la calidez de su beso.

El suelo desapareció bajo sus pies y se precipitó a un oscuro abismo en el que solo se encontraba Griffin. Solo él y su boca y sus cuerpos modelados juntos. Olvidó toda noción de tiempo mientras su beso la transportaba a un lugar en el que no había muerte, ni luto, ni Raum. Hasta que los labios de Griffin no abandonaron los suyos no se dio cuenta de lo impudicamente pegada a él que había estado. Aunque esa constatación apenas era un murmullo frente al deseo que seguía zumbando por sus venas.

No se movieron. Sus dedos seguían enredados en su pelo, su respiración cada vez más acelerada y pesada mientras la miraba, sus ojos oscuros de deseo.

—Esto complicará las cosas —dijo.

—Sí —asintió ella—. A Darius no le va a gustar.

—Poco importa que le guste o no a Darius. —El tono de voz de Griffin se tornó un poco duro, y por un momento casi sonó como su hermano—. Él tiene lo que necesita. Siempre lo ha tenido. Ahora... —comenzó a decir.

—¿Sí? —lo animó ella.

—Yo te necesito —dijo él.

## VEINTITRÉS

Quedaron en la biblioteca para repasar los planos que les había dejado el joven recadero de Galizur.

—¿Estás bien? —preguntó Darius, mirando distraídamente su brazo.

—Como una rosa. —No le dijo que la herida le palpitaba cada vez que movía un músculo.

Él asintió a modo de respuesta y desvió la mirada hacia Griffin, quien estaba de pie al lado de ella. Un cambio imperceptible se produjo tras la expresión acorazada de Darius. Una mirada escrutadora, como si presintiese que algo había cambiado entre Helen y Griffin en las dos horas transcurridas desde las prácticas en el salón de baile.

Griffin mantenía los labios apretados en una fina línea. Ella solo había visto esa expresión en su rostro un par de veces, aunque ya sabía lo que significaba: estaba preparado para enfrentarse a su hermano, costara lo que costase.

Un instante después, Darius volvió su atención al largo rollo de papel que había encima del escritorio.

—Estos son los planos de la mansión de Victor Alsorta en las afueras de la ciudad. Tenemos que repasarlos hasta que conozcamos cada pulgada de los terrenos y todas las entradas y salidas de la casa. Ahí es donde entras tú, hermano.

Helen lo miró interrogante.

—Griffin es un experto en la interpretación de dibujos como este. Arquitectónicos, de ingeniería... —Se encogió de hombros—. Mi hermano es capaz de leerlos todos.

Griffin no dijo nada mientras Darius desenrollaba el papel y lo extendía sobre la superficie del escritorio. Usó extraños objetos para sostener las esquinas que se rizaban. Helen y Griffin se inclinaron sobre el plano para fijarse en las marcas obvias que señalaban la casa y sus terrenos.

—Lo primero que necesitamos es un camino de entrada y otro de salida. Aunque un par en reserva en ambos extremos no estaría de más. —Darius plantó la punta del dedo en una marca circular del papel. A simple vista, esa zona se encontraba a cierta distancia de los terrenos. Darius prosiguió—. Hay una entrada a un subterráneo justo dentro del jardín que conecta la casa con los túneles del alcantarillado de Londres. Si entramos por aquí...

—Perdona —lo interrumpió Helen—. ¿Has dicho túneles de alcantarillado?

Darius sonrió abiertamente.

—Eso he dicho, princesa.

Helen tomó aire.

—¿Por qué no podemos saltar?

—Porque según los planos de los caminos y terrenos de los alrededores, no hay farolas cerca de la casa. Y aunque las hubiera, no estoy seguro de que pudiéramos encontrar la manera de pasar de la valla.

—Estupendo —suspiró ella, tratando de no imaginarse las alcantarillas. Ahora mismo no le convenía pensar en ellas.

Darius asintió.

—Hay como cinco millas hasta esta salida. Si nos damos prisa y no tenemos ningún problema por el camino...

—¿Qué clase de problema podríamos encontrarnos? —A Helen no se le había ocurrido que pudieran encontrarse con algún problema antes de llegar a la finca de Victor.

Los ojos de Darius no ocultaban en absoluto su exasperación, cuando respondió.

—Espectros, demonios, ratas, ladrones. Cualquier cosa de ese tipo. Helen asintió, tratando de no dejarse arrastrar por el pánico.

—Vale.

Darius se la quedó mirando un momento antes de continuar, como si quisiera asegurarse de que no iba a interrumpirlo de nuevo.

—A menos que haya algún problema, deberíamos poder hacer el trayecto a pie en unas dos horas.

—¿Y luego qué? —preguntó Helen.

—Iremos aquí. —Griffin dio un golpecito sobre el círculo y comenzó a trazar una línea desde allí hasta la casa—. Luego seguiremos por este sendero. Estará a oscuras y será fácil de transitar sin que nos vean.

—¿Qué hay de los vigilantes? —preguntó Darius—. ¿Se señala en el plano dónde están apostados?

—Aquí, aquí y aquí. —Griffin señaló con el dedo tres equis sobre el mapa. Una en el jardín, otra en la entrada principal de la casa y otra en la parte trasera.

Darius entrecerró los ojos.

—Parece poca cosa para un hombre de la posición de Alsorta.

—Estos son solo los que nosotros conocemos —dijo Griffin—. Seguramente dentro habrá más.

—¿Y qué pasa con los vigilantes de la entrada al jardín? —preguntó Helen—. Parecen estar cerca de nuestro punto de entrada.

—No tan cerca como parece sobre el papel —dijo Griffin—. Pero sí. Tendremos que ir con cuidado y sin hacer ruido cuando salgamos del túnel hasta que consigamos orientarnos.

Helen se estaba formando las imágenes mentalmente. Podía ver los terrenos, el sendero flanqueado por árboles descrito en los planos extendidos por la mesa. Visualizó la imponente casa de piedra a lo lejos, a pesar de no tener ni idea del

aspecto que tendría. No importaba. Su mente solo necesitaba algunas referencias, para de ese modo poder calcular las opciones con que contaban.

—De acuerdo —dijo Helen—. Así que salimos de los túneles sin ser vistos. ¿Y después qué? ¿Nos plantamos en el sendero y entramos en la casa?

—Eso es —afirmó Griffin—. Aquí hay una zona que está a oscuras. —Señaló con el dedo dando golpecitos en la parte de los terrenos a la izquierda de la casa y Helen distinguió una gran parcela de líneas diagonales dibujadas cerca del edificio—. Hay árboles por casi todo el camino hasta la casa, y solo hay un pequeño punto de luz cerca de la fachada. Podemos usar la zona arbolada y eludir los terrenos más abiertos. Deberíamos ser capaces de encontrar la forma de entrar desde allí.

—¿Deberíamos? —Darius enarcó las cejas dirigiéndose a su hermano.

Griffin se encogió de hombros sonriendo.

—Es lo mejor que podemos hacer.

Darius bajó la vista, inspeccionando la parte central del plano.

—¿Cómo sabremos dónde está él una vez estemos dentro de la casa?

—No lo sabremos —se limitó a decir Griffin—. Podría estar en cualquier parte. Y como puedes ver, es un edificio bastante grande. Pero Galizur ha confirmado que está en casa. El resto depende de nosotros.

Se hizo el silencio en la habitación mientras contemplaban los planos extendidos frente a ellos.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Helen por fin.

—A las nueve en punto —dijo Darius—. Para entonces ya será completamente de noche y será más fácil entrar en los túneles sin que nos vean. Hasta ese momento, será mejor descansar y prepararse. Va a ser una noche muy larga.

Se despidió de Griffin con un casto beso ante la puerta de su habitación, y aunque no se entretuvieron igual que antes, Helen sintió cómo se derretía otra vez entre sus brazos. Esta vez, fue ella quien se apartó. Le iba a resultar demasiado fácil perderse en la sensación de su boca sobre la suya, de la presión de su cuerpo contra el suyo.

Y no era momento para distracciones.

Quedaron en encontrarse en el pasillo justo antes de las nueve en punto, y Helen cerró la puerta tras de sí muy decidida. Apenas llevaba recorrida la mitad de la habitación cuando oyó una voz desde las sombras en una esquina.

—Ha sido enternecedor.

—¡Oh, Dios mío! —El susto que se llevó fue descomunal.

—Espero que perdones mi entrada poco convencional. —Era una voz masculina con cierto tinte irónico—. Pensé que mi presencia no sería bienvenida en la puerta principal.

Ella miró fijamente a las sombras y descubrió finalmente una masa oscura sobre el sillón orejero.

—¿Raum?

Él se puso en pie y se encaminó hacia ella.

—El único e incomparable.

Helen retrocedió un paso, demasiados pensamientos rondando por su cabeza. Consideró solo de pasada la posibilidad de gritar o echar a correr en busca de ayuda. Para cuando llegaran Darius o Griffin, Raum ya se habría marchado. Y además, él la había ayudado, por así decirlo, a descubrir la identidad de Victor Alsorta. O al menos le había abierto los ojos para hacerlo.

—Tu «poco convencional» entrada no tiene excusa. —Se adentró en la habitación y se detuvo ante el pequeño sofá frente a la chimenea para quitarse las botas—. Se puede decir, sin lugar a dudas, que no eres bienvenido por ninguna puerta o ventana a la casa de los Channing.

—No me sorprende. —Él se detuvo al lado de su cama—. Me parece que ya no soy bienvenido en ninguna parte. Ni siquiera en los pocos sitios que me ofrecían consuelo.

Su sarcasmo estaba empapado de tristeza. Helen lo miró, tratando de ver más allá de su duro exterior.

—¿A qué te refieres?

Él soltó una risilla.

—Digamos solo que mi jefe no ha quedado muy contento con mi último trabajo.

—¿Alsorta?

Él hizo un ademán como desdeñando la cuestión.

—No importa. Ya estaba solo mucho tiempo antes de conocer a Alsorta. No me resulta extraño el aislamiento.

Sus palabras no eran una estratagema para despertar compasión. No había nada de victimismo en ellas. Más bien eran displicentes, y durante un fugaz instante comprendió lo que Raum se había jugado al dejarla con vida.

Tomó aire, dejando de lado la compasión que había amenazado con aflorar a la superficie, y preguntó:

—¿Qué haces aquí, Raum?

—Tengo entendido que has descubierto que Alsorta tiene que ver con el asesinato de tus padres.

La mención de la muerte de sus padres le hizo sentir de nuevo la pena de su pérdida. Tragó saliva para mitigarla.

—¿Cómo lo sabes?

Él se dirigió hacia el tocador, levantó un tarro de polvos faciales y lo sostuvo a la luz para inspeccionarlo como si se tratase de un objeto extraño.

—Me entero de muchas cosas.

Que él supiera de su descubrimiento le heló la sangre.

—¿Por Alsorta?

Raum se echó a reír, volviendo a dejar el tarro de polvos sobre el tocador.

—Alsorta solo sabe de lo que se puede comprar con dinero. Hay conocimientos que no se pueden obtener a cambio de ningún precio.

Ella trató de descifrar las crípticas palabras mientras Raum cogía su frasco de perfume y apretaba la perilla. Cerró los ojos.

—Huele igual que tú.

Ella se sonrojó y cruzó los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

—¿Cómo sabes a qué huelo?

Él abrió los ojos despacio, como remiso a despertar de un sueño agradable.

—Ni idea. Simplemente lo sé.

La afirmación se asentó entre ellos hasta que Helen reunió el coraje suficiente para volver a hablar.

—Deberías marcharte. Ya he dejado que te quedes demasiado, y sin causa justificada. Podría llamar ahora mismo a los Channing. Te mereces todo lo que te pase después de lo que les has hecho a nuestras familias.

Su expresión se volvió más sombría. Se giró hacia la ventana.

—Lo siento, Helen. Ya te lo dije; no sabía que eras tú. Ni siquiera sabía que fueras uno de ellos.

Ella se acercó a él y se detuvo a unos pocos pasos de distancia. Se deleitó con la rabia que despertaban en ella sus palabras. La rabia era mejor que nada, y ciertamente mejor que la pena que amenazaba con apoderarse de ella si pensaba demasiado detenidamente en todo lo que había perdido.

—El hecho de que digas tal cosa tan solo confirma lo despreciable que eres en realidad. —Prácticamente le escupió las palabras.

Él tardó unos segundos en responderle.

—¿Crees que soy despreciable?

—¿Cómo lo llamarías tú? Has asesinado a personas —familias, niños— en tu propio provecho.

Él tensó los hombros.

—No solo en mi provecho, y no de la forma que piensas. No es que me hayan pagado.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

—Te lo dije: necesitaba algo. —No se dio la vuelta para hablar—. Algo. Alsorta me lo prometió.

Y de pronto Helen se dio cuenta. Vio a Raum como un niño pequeño, entregándole a ella la llave en el jardín. Oyó a Galizur hablando desde el fondo de su laboratorio, mientras el orbe terrenal giraba laboriosa y lentamente.

*¿Has oído hablar del Guardián perdido?*

*Cuando llegó a oídos de los Dictata, los Baranova fueron expulsados de la Alianza. Andrei Baranova y su mujer se suicidaron poco tiempo después.*

Ella se acercó aún más a Raum, quien seguía de cara a la pared.

—Quieres acceder a los registros.

Raum se giró para mirarla a los ojos. Entonces ella percibió su angustia abiertamente.

—Alsorta me prometió que si encontraba la llave y se la llevaba, me permitiría entrar en los registros para cambiar el pasado.

—Quieres tener de vuelta a tus padres. —Ella misma se dio cuenta de su tono de asombro—. Pero eso es... eso es un disparate.

Él se sonrojó de rabia.

—Dicho por alguien que no se ha quedado huérfano a los dieciséis años.

Ella se abalanzó sobre él y se detuvo solo a unas pulgadas de distancia de su cuerpo.

—Dicho por alguien que acaba de quedarse huérfana hace unos días. Por tu culpa.

—Tú no lo entiendes.

—Sí —dijo ella—. Entiendo que has tratado de aliviar tu propio sufrimiento, a costa de lo que sea. Hasta del asesinato. Hasta llevando ese sufrimiento a los demás.

Ella observó el movimiento de su garganta, como si sus propias palabras le hicieran daño.

—No es tan sencillo.

—Lo es, Raum. —Lo miró directo a los ojos—. Lo es.

—¿Qué habrías hecho tú? —dijo él de pronto—. ¿Qué harías tú ahora? ¿Si hubiese alguna forma de traer de vuelta a tus padres, de corregir tus errores, no lo harías? ¿No mentirías por hacerlo? ¿No matarías por hacerlo?

Parecía estar leyendo en lo más profundo de su ser. Helen se dio la vuelta para apartarse, y se dirigió hacia la chimenea. Varias preguntas daban vueltas en su cabeza. No quería pensar en las respuestas. No quería imaginarse a sí misma en el lugar de Raum. Y sobre todo, no quería encontrar ninguna justificación para la compasión que había sentido por él.

—Me gustaría que te marchases ahora —le dijo en voz baja.

Al principio le pareció que se había marchado. Que se habría ido por la ventana, por el mismo camino por el que había venido, sin decir ni una palabra. Pero entonces notó el tacto de sus manos en sus hombros. No se estremeció. Como si el hecho de que él la tocase fuese lo más natural del mundo.

—Lo siento, Helen. Yo... —Ella escuchó cómo respiraba a sus espaldas, como si extrajese fuerzas del aire de la habitación—. Ahora tengo más de un motivo para desear volver atrás.

La confesión provocó en ella una oleada de remordimiento.

—¿Volveré a verte?

Él no contestó de inmediato. Ella se preguntó si no habría ido demasiado lejos. Si no habría sobrepasado los límites de su extraña relación más allá de lo que hasta Raum podía soportar. Pero entonces él habló con voz queda.

—Si me necesitas, ahí estaré.

Ella se dio la vuelta justo a tiempo para verlo sentado en el alféizar de la ventana, con las piernas colgando hacia fuera, como preparándose para saltar.

—Y, Helen... —Se volvió para mirarla.

Ella tragó saliva, para tranquilizarse.

—¿Sí?

—Tened cuidado con los perros.



## VEINTICUATRO

Acababan de dar las cinco en punto y la tarde estaba tan gris como siempre. Helen no sabía cuánta luz haría falta para saltar, aunque no parecía recomendable intentar hacerlo bajo la escasa luz de la lámpara de la mesa. Especialmente habiendo saltado solo una vez ella sola, y eso con ayuda de Griffin.

Tenía menos de cuatro horas para hacer lo que había decidido. A las nueve Griffin ya la estaría esperando en el pasillo, junto a la puerta de su dormitorio.

Esperaba que cuatro horas fueran suficientes.

Tenía que ir a ver a Galizur. Después de la marcha de Raum, había estado recordando todo cuanto Griffin le había explicado acerca de los saltos, y esperaba tener suerte.

Cuando por fin se encendieron las farolas, la noche ya empezaba a descender, esperando su turno para apoderarse de Londres. Helen aguardó a que las calles se despejaran antes de poner un pie en el alféizar de la ventana. No lo habría intentado de no haber visto antes cómo Raum lo usaba con el mismo propósito. Si él podía hacerlo, ella también.

No era casual que la ventana diese a la casa de al lado y no a la calle. Obviamente Raum había escogido el punto de entrada —y salida— por su discreta ubicación. Helen lo agradeció cuando pasó por encima del alféizar y sacó ambas piernas. Era demasiado tarde para cambiar de idea. Se quedó allí sentada un momento con las piernas colgando, tratando de calmar el inquieto galope de su corazón. Luego se agarró del marco con las dos manos y se atrevió a mirar abajo.

Al momento se dio cuenta del método de Raum. Una historiada moldura de piedra, de al menos seis pulgadas de grosor, parecía recorrer el edificio, justo por debajo del alféizar. Hizo memoria, imaginando la fachada de la casa como si estuviese delante de ella la primera noche de su llegada. La vio tan clara como si la tuviera delante en ese mismo momento. Y sí, encima de la puerta principal, había una marquesina de piedra o mármol artísticamente decorada.

Si se desplazaba a lo largo de la moldura de la fachada, podría sujetarse en la parte superior del saliente y descender hasta el punto desde el cual podría soltarse y aterrizar de pie.

O al menos eso esperaba.

Le ponía nerviosa intentar tal hazaña donde algún transeúnte pudiera levantar la vista y verla allí colgada, como un vulgar ladrón. Pero Raum lo había hecho, y ella haría lo mismo.

Deslizándose con cuidado fuera del alféizar, se movió despacio hasta que sus pies fueron a posarse sobre algo sólido. Por un terrorífico instante, se quedó colgada por los codos, doblada hacia atrás en un ángulo casi doloroso, mientras trataba de calcular lo sólido que era el lugar donde estaban sus pies. No tuvo tiempo de dudar, los brazos empezaron a temblarle y se soltó. Se mantuvo pegada a la fría piedra mientras se obligaba a respirar con calma. Cuanto antes llegara a la fachada delantera, antes podría volver a pisar suelo firme.

Se desplazó sobre la repisa con la espalda pegada al edificio, y se detuvo un minuto al llegar a la esquina. Allí la moldura era más ancha, una cornisa en forma de voluta insertada en la misma esquina del edificio. Tuvo ocasión de recuperar el aliento, y asomó la cabeza para mirar a la puerta principal y calcular la distancia. A Dios gracias, cada vez era menor.

Cuando por fin alcanzó la decorativa moldura que coronaba la imponente puerta, solo dedicó unos pocos segundos a trazar una estrategia. El suelo estaba a unos ocho pies por debajo. No tan cerca como había esperado, pero tendría que hacerlo.

Agarrándose a la parte superior de la moldura, fue bajando hasta quedar con el vientre pegado a un lado del saliente. Se deslizó más deprisa de lo que esperaba, y soltó un pequeño chillido al tratar inútilmente de ralentizar el descenso.

El impacto fue fuerte y estuvo a punto de rodar por las escaleras, pero tuvo tiempo de apoyar una mano contra la fachada de piedra para recuperar el equilibrio.

Todo había resultado más chapucero y escandaloso de lo que había planeado. Casi esperaba que Darius o Griffin abriesen la puerta para investigar el ruido. No vino nadie, y un momento después, se sacudió y bajó los escalones hasta la calle.

La luz que usaban normalmente para saltar estaba allí, pero pasó de largo, buscando una menos obvia. No tenía ni idea de cómo pasaban el tiempo los hermanos cuando no combatían con espectros o buscaban justicia, pero con tanto tiempo por delante hasta su cita, era muy posible que uno de ellos, o ambos, salieran de la casa, por no hablar de los viandantes que transitaban por la calle. Observando el ir y venir de la gente, comprendía por qué Darius y Griffin preferían saltar tan tarde. Era mucho menos frecuente ver gente a medianoche que a las cinco en punto de la tarde.

Continuó por la calle hasta llegar a un callejón. Se extendía, oscuro y misterioso, hasta la siguiente manzana. No vio allí ninguna luz, aunque sí se fijó en una farola al otro extremo. Gracias a las muchas veces que ella y su padre habían callejeado tras tomar el té y a su misteriosa capacidad para recordar cosas, era capaz de distinguir las calles que rodeaban la casa de los Channing con la misma claridad con que lo haría si estuviese mirando un plano. Veía dónde se cruzaban, terminaban y pasaban por delante de teatros y otros lugares de interés. Las veía todas y sabía con certeza que la calle al otro extremo del callejón estaba menos transitada que aquella en la que se situaba la casa de los Channing.

Aún era temprano, por supuesto. Era muy probable que hubiese viandantes, hasta en las más desiertas calles de Londres, pero era mejor que tratar de saltar donde

Darius o Griffin pudieran verla en caso de que decidiesen salir de la casa. Y sin luz en el callejón, las posibilidades de que apareciesen espectros eran escasas.

Se adentró en la negrura. Casi al instante, todo desapareció frente a ella. En el callejón, la oscuridad era total.

Dio un paso al frente, con la intención de que sus ojos se acostumbraran a la total ausencia de luz. Unos pasos más adelante, aunque seguía estando oscuro, ya era capaz de distinguir montones de basura desperdigados a lo largo de las paredes de los edificios. Bajo sus botas crujían la piedra y los desperdicios mientras iba adentrándose cada vez más en el callejón. El sonido de sus propios pasos subrayaba su aislamiento, su vulnerabilidad. Se obligó a continuar mientras escuchaba el susurro cercano de pequeñas criaturas y veía cómo sus cuerpos se arrastraban y se escabullían. Pensar que seguramente no serían más que ratas era un triste consuelo.

Se encontraba a mitad de camino, cuando se fijó en un débil destello amarillento que salía de detrás de unas cajas de madera.

Con movimientos vacilantes, trató de localizar la fuente de luz y la posibilidad de que hubiese otras. Se aproximó a las cajas dando pasos inseguros, suplicando para sus adentros que no hubiera nadie merodeando por la luz. Se detuvo al lado e intentó ver lo que había más allá de los cajones apilados.

Había una especie de lámpara empotrada en la pared, su llama lamía los bordes de una pantalla de cristal rota y ahumada. Pensada sin duda para iluminar la puerta que se abría en los ladrillos rojos del edificio, Helen no podía imaginarse quién frecuentaría un sitio al que había que acceder a través de un callejón tan lúgubre. Ni siquiera le servía para usarla para saltar. La luz era demasiado débil y la ubicación demasiado peligrosa, así que pasó de largo. Estuvo a punto de chillar cuando sus pies toparon con un hatillo de trapos mucho más grande que una rata. Al momento se oyeron un ininteligible susurro y un gemido: un vagabundo durmiendo la mona.

Continuó recorriendo el callejón, ansiosa por dejar atrás la luz. Aún se hallaba a cierta distancia de la farola de la calle a la cual se dirigía, cuando escuchó un extraño pero inconfundible murmullo en el aire.

Se quedó paralizada, el aliento retenido en sus pulmones mientras el miedo estremecía su cuerpo. El instinto le decía que echase a correr. A correr sin mirar atrás.

Pero no podía.

Tenía que saber y volvió la cabeza muy despacio, para mirar hacia la lámpara rota. Allí estaba el espectro, de pie bajo la endeble luz, su puño cerrado alrededor de algo que sin duda era una hoz. Pudo distinguir el destello plateado de sus dientes cuando se dirigía hacia ella, mientras sus pisadas reverberaban por el callejón de un modo distinto al que lo habían hecho las suyas.

Estaba desarmada. No tenía modo de defenderse. Aún no había recibido el arma prometida a raíz de su ejercicio de entrenamiento con Darius. Helen suponía que se la darían antes de ir a casa de Victor Alsorta. Lo cual no le servía de nada en ese preciso instante.

Sola y sin armas, solo le quedaba un recurso.

El simple hecho de apartar los ojos de su perseguidor le costó gran fuerza de voluntad, como si no mirarlo hiciese su presencia más inmediata, como si acelerase sus pasos. Pero lo hizo. Apartó los ojos de su rostro y echó a correr. Sus pisadas golpeaban el suelo mientras huía hacia la luz del fondo del callejón. Le supuso un esfuerzo no mirar atrás. No comprobar el avance de la cosa que estaba persiguiéndola.

Y sí estaba persiguiéndola. Podía oír sus pisadas mientras corría tras ella. Su única esperanza era alcanzar la luz antes que él para tener suficiente tiempo de desaparecer e ir a casa de Galizur.

¿La seguiría el espectro? ¿Podría hacerlo, dado que desconocía su destino?

Fueron preguntas fugaces, pasando de refilón por su mente como una hoja al viento. Poco importaban las respuestas.

Ya casi estaba al final del callejón. Podía ver la luz de la farola cada vez más clara con cada paso que daba. Tuvo un breve destello de esperanza, al pensar que lo lograría. Entonces su pie tropezó con algún desperdicio, Helen perdió el equilibrio y fue a parar sobre el pavimento con todo el peso de su cuerpo.

Se quedó allí tirada, desmadejada, medio dentro medio fuera del callejón mientras el espectro se acercaba cada vez más. La cabeza estaba a punto de estallarle, tanto por el impacto de la caída como por el miedo que le provocaba el rápido avance de su perseguidor, que estaba ya al final del callejón, contemplándola con una mezcla de placer y desprecio.

Temerosa de apartar los ojos de él tan siquiera un momento, inspeccionó cuanto pudo la zona que la rodeaba, buscando algo que pudiera darle alguna esperanza de escapar. Solo encontró una posibilidad. No era ni ingeniosa ni segura, pero no se le ocurría ningún motivo por el que no pudiera funcionar.

Griffin no había dicho que estar de pie fuese un requisito para saltar.

Inspiró hondo, recordando todo lo que le había explicado acerca de viajar a través de la luz. Luego fue gateando por el sucio suelo en dirección a la luz, hasta que estuvo lo bastante cerca como para lanzarse dentro.

El espectro seguía moviéndose cuando ella cerró los ojos e imaginó cómo su cuerpo y alma viajaban en pequeños fragmentos a través de la energía de la luz y aterrizaban bajo la farola enfrente de la casa de Galizur.

Durante una décima de segundo todo quedó en silencio, y se preguntó si ya estaría muerta.

## VEINTICINCO

—Sí que aprendes rápido, no es fácil trasladarse a esa velocidad en esas condiciones. —Anna, con mirada preocupada, le ofreció a Helen una taza de té—. ¿Seguro que te encuentras bien?

Helen asintió. Tenía arañazos en las rodillas y estaba casi segura de que el corazón le seguía palpitando más deprisa de lo que le convenía, pero por lo demás se encontraba bien.

Se quedó sorprendida al verse bajo la farola enfrente de la casa de Galizur, a pesar de que aquel era el destino que pretendía. Cuando se dio cuenta de que lo había logrado, subió corriendo las escaleras y golpeó la puerta sin la menor discreción. Anna le había abierto apenas unos instantes después, como si hubiese estado esperando a Helen todo el tiempo.

Ahora, en la comodidad del salón, con una taza de té a su lado, Helen levantó la vista para mirar a Anna.

—¿Cómo me has abierto la puerta tan deprisa? Apenas acababa de llamar.

Anna sonrió.

—Tenemos monitores en el laboratorio. Proyectan imágenes de todas las entradas del exterior.

—¿Hay otras entradas? —Ella y los Channing siempre habían entrado por la puerta principal.

Anna se limitó a sonreír, y tomó un sorbo de su té sin hablar.

Helen enarcó las cejas.

—Ya veo. No te está permitido contármelo.

Anna estiró los brazos y la tomó de las manos.

—Guardamos nuestros secretos para protegeros, Helen. Eso debes saberlo. —Apartó las manos y colocó su taza de nuevo sobre la bandeja—. Padre me acaba de decir que tú y los Channing vais esta noche a buscar a Victor Alsorta. Tienes que tener un motivo importante para venir aquí sola.

Helen asintió.

—Hemos estado revisando hoy los planos de la finca de Alsorta. Parecen bastante minuciosos, pero creo que puede que hayan pasado por alto alguna cosa.

Anna sacudió la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Perros —dijo Helen—. Creo que Victor tiene perros guardianes.

Anna se reclinó en su sillón, su rostro mostraba un gesto de concentración.

—Bueno, los planos se centran en la distribución de la casa y los terrenos, además de los vigilantes más obvios. Puede que hayamos olvidado incluir dónde están los perros. —Miró a Helen a los ojos—. ¿Cómo te has enterado de eso?

Helen se levantó y se encaminó a la chimenea como para calentarse las manos. En realidad solo quería escapar de la mirada escrutadora de Anna. Se quedó observando el fuego mientras hablaba.

—Prefiero no decirlo.

Se produjo una pausa. Anna parecía reflexionar.

—De acuerdo —dijo por fin—. Supongo que tampoco querrás hablarles a Darius y a Griffin de tu fuente, ¿verdad?

Helen se dio la vuelta.

—No, si se puede evitar.

Anna suspiró.

—Pues que así sea. ¿Qué podemos hacer por ti?

—¿Qué tal se te da el cuchillo?

Helen se volvió hacia Galizur tratando de no mostrar su alarma ante aquella pregunta. Lo habían encontrado en el laboratorio, estaba enredando con sus herramientas e inventos. No parecía sorprendido de ver a Helen. Y ella se estaba empezando a preguntar si no sabría más de lo que daba a entender.

—No me gustan —respondió ella—. Nunca me han gustado.

Galizur tenía el ceño fruncido como si ella estuviese hablando en otro idioma.

—¿Pero practicas esgrima?

—En realidad no. Es decir, padre estaba tratando de enseñarme, pero me temo que nunca he sido buena en los aspectos más... físicos de mi educación. Siempre nos entrenábamos con florete.

Él se frotó los ásperos pelos de la barbilla.

—¿Tiro con arco?

Ella inclinó la cabeza, recordando sus lecciones en los terrenos que rodeaban la casa de campo. Su padre le había contado todo acerca de Artemisa, diosa de la caza, y su arco y flechas dorados. Helen quedó de inmediato fascinada, al ver en la deidad todo lo que ella nunca sería.

—Moderadamente mejor. —Hizo una pausa—. Pero no me gustaría matar a un perro, aunque sea uno de los perros guardianes de Alsorta.

Galizur se echó a reír.

—¡No espero que los mates, mi querida niña! ¡Qué salvajada! No. —Sacudió la cabeza, se levantó de la silla y se dirigió hacia una de las mesas de trabajo pegadas a la pared—. Bueno, en el nombre de Dios ¿dónde habré metido yo...?

Mientras él buscaba, los pensamientos de Helen regresaron de nuevo con Anna. Tras llevar a Helen junto a su padre, los había dejado solos para irse al piso de arriba.

Helen no podía evitar preguntarse lo que su nueva amiga pensaría de sus encuentros con Raum. ¿La consideraría una traidora? En su devoción a Darius, y a todos los Guardianes, ¿pensaría que era desleal por conversar con el hombre que había ordenado su ejecución? ¿Y sería distinto si supiera que los motivos de Raum se basaban en la esperanza de salvar a sus padres? ¿De regresar en el tiempo para que pudiesen escoger un rumbo diferente?

Helen aún no estaba segura de que por eso fuese distinto. El vacío que sentía parte de ella, la parte que la pérdida de sus padres había dejado yerma, decía que no, que no importaba el motivo. Que el fin no justifica los medios.

Las palabras de Raum reverberaban en su cabeza: *¿Si hubiese alguna forma de traer de vuelta a tus padres, de corregir tus errores, no lo harías?*

En tal contexto el tema de los errores parecía lo de menos. Era un crimen que sus padres le hubiesen sido arrebatados de aquel modo. Un crimen que hubiesen sido asesinados a causa del cometido de Helen como Guardián. ¿Sería entonces un error traerlos de vuelta? ¿Usar los registros para restaurar lo que había sido destruido por equivocación?

Pensó en Griffin. En su expresión de angustia cuando había hablado de sus padres, asesinados en la calles, de cómo alguien había dejado en la palma de la mano de su madre muerta una fría llave metálica.

Y luego estaban los demás. Otras familias aniquiladas para que Alsorta pudiese tener acceso a los registros. Otros Guardianes destruidos por la codicia de un solo hombre.

¿Los traería Helen de vuelta a todos ellos? ¿Bastaría con restablecer lo que a ella le parecía justo o habría que corregir un interminable torrente de errores?

De nuevo vio las palabras de su padre escritas en una carta destinada a ser leída solo cuando él hubiese muerto.

*El tiempo —y todos los acontecimientos que en él se suceden— pasa, como debe pasar. No podemos imponerle nuestra voluntad.*

Su padre la creía honesta. La creía lo suficientemente fuerte como para resistir las exigencias del tiempo y el destino.

Lo cual significaba que la respuesta a la cuestión de Raum era evidente. Sus padres no querían que ella se aprovechara de los registros de aquel modo. Ni por ellos ni por nadie. Incluso angustiada como estaba, ella sabía que era así.

La voz de Galizur interrumpió sus pensamientos.

—¡Ah! Aquí están.

Volvió a cruzar la sala, sosteniendo una bolsa pequeña atada con un cordel. Se sentó junto a ella, colocó la bolsa encima de la mesa y comenzó a desatarla.

—Aún no han sido probados sobre el terreno. Desde luego, no como es debido. —Abrió los bordes de la bolsa, dejando a la vista lo que parecían cinco dardos minúsculos—. Aunque aquí en el laboratorio funcionan, y creo que pueden servir.

—¿Dardos?

Él extrajo uno de la bolsa, evitando tocar el extremo puntiagudo.

—No simples dardos. Dardos tranquilizantes, diseñados por mí. —Puso uno a la luz, para que Helen pudiera verlo mejor mientras él tocaba el extremo—. Oculto en esta parte, aquí, hay un pequeño motor que permite que el dardo se desplace por el aire con el poder y la fuerza de una flecha mucho mayor disparada por un arco convencional.

—No entiendo —dijo Helen—. ¿Cómo nos va a servir esto con los perros?

Él apartó la vista de la diminuta arma y la miró a los ojos como si le sorprendiese la pregunta.

—Vaya, pues lanzándoselos, claro. Mientras des en el blanco, tendrás al animal fuera de juego en menos de cinco segundos.

—Y no les dolerá —dijo ella en voz baja.

—Ni una pizca. —Señaló la punta afilada del dardo—. Los extremos van recubiertos de un somnífero. Llevan una capa protectora que se disuelve una vez se usa el dardo.

—¿Quiere decir que los dardos van a dormir a los perros?

La frente de Galizur se arrugó como si estuviese pensándose la respuesta.

—Es algo más que un sueño corriente, para asegurarnos, pero el impacto es pequeño y no debería dañar al animal a largo plazo. —Vaciló—. Además, hay algo importante que debes recordar.

—¿De qué se trata?

Él busco su mirada.

—No dejes ninguno de los dardos en la propiedad de Alsorta. Una vez hayan caído los perros, retira los dardos y vuelve a guardarlos en la bolsa. Ten cuidado de no tocar sus extremos una vez extraídos o experimentarás de primera mano los efectos de la sustancia que llevan.

—¿Qué efectos? —Estaba temerosa y fascinada a partes iguales.

Galizur sostuvo el dardo cerca de su rostro, estudiándolo con algo similar al orgullo.

—Oh, primero parálisis temporal. Luego un profundo sueño que dura aproximadamente una hora, dependiendo de tu peso corporal.

—¿Parálisis temporal? —La voz le salió quebrada.

Él bajó el dardo hasta la bolsa.

—¿Quieres capturar a Alsorta?

—Sí, claro que sí. —No tuvo que pensárselo siquiera.

Él asintió.

—Muy bien. En ese caso tendrás que evitar a los perros, si tu fuente está en lo cierto acerca de ellos.

Helen asintió algo renuente.

—¿Pero y si no doy en el blanco? Mi experiencia con todo aquello que requiera puntería es mínima. Y no poseo precisamente un talento demostrado para ello.



—No te preocupes. He construido el modelo con algo que creo que te ayudará. —  
Se puso en pie—. Ven. Te lo mostraré.

Ella lo siguió a una de las otras mesas de trabajo. El anciano depositó la bolsa y alcanzó un par de manoplas de paño que colgaban de un gancho. Luego giró una palanca de una pequeña caja metálica. Salieron llamas del interior y Helen retrocedió de un salto.

—¡Santo Dios! —dijo—. ¿Qué demonios es eso?

Él cogió un par de tenacillas de la mesa.

—A menudo mi trabajo requiere calentar metal y otros componentes —dijo, metiendo las tenacillas en el fuego—. Además, he descubierto que así se mantiene calentita la habitación.

Un momento más tarde las tenacillas salieron con un pedazo de metal de un encendido color anaranjado. Galizur lo depositó sobre la mesa encima de un trozo de tejido plateado. Helen esperaba que prendiese en llamas, pero no lo hizo. Galizur volvió a dejar las tenacillas y con sus manos enguantadas envolvió en el tejido la pieza de metal derretido.

Cogiéndola como si no fuese nada, cruzó la sala hasta una gran bolsa de muselina apoyada en la esquina. Helen miraba fascinada, mientras Galizur depositaba el diminuto hatillo de tela, que aún contenía el metal caliente, dentro de la bolsa. Se dio la vuelta y regresó de nuevo con Helen.

—No es más que una bolsa rellena de paja, pero con el metal caliente dentro, puedo enseñarte cómo funcionan los dardos. —Cogió uno de los dardos de la mesa, apuntó a un punto situado al menos a dos pies de distancia de la parte izquierda de la bolsa de muselina y arrojó el dardo.

Al instante Helen oyó un pequeño zumbido proveniente de dentro del dardo. Contempló impresionada cómo aceleraba y modificaba su dirección en el aire —presumiblemente debido al motor mencionado por Galizur— para golpear justo en la bolsa a un pie de la abertura donde Galizur había puesto el metal caliente.

Seguía mirándolo cuando Galizur habló.

—Ahí ¿Lo ves? Fácil.

—Pero usted... Como ha... Su puntería... —No parecía capaz de formular la pregunta.

Galizur se rio entre dientes.

—Ha sido terrible, desde luego.

Ella se volvió hacia él.

—¿Cómo funciona?

—Llevo años experimentando con componentes termodirigidos. Algo que pudiera atraer el calor, como una polilla a la llama. —Sonrió—. Parece que al final lo conseguí.

Ella se encaminó hacia la bolsa y colocó una mano cerca del punto en el que el dardo seguía enganchado de la muselina. Estaba caliente. Se volvió para mirar a

Galizur.

—¿Quiere decir que el dardo encuentra por sí mismo su objetivo?

—Si ese objetivo desprende calor, como todos los animales vivos, entonces sí. Con una salvedad. —Hizo una pausa—. Si estás demasiado cerca y tu puntería es aún peor que la mía, puede que al dardo no le dé tiempo de llegar al objetivo. Pero mientras apuntes a algo cercano y con la suficiente antelación como para que el dardo pueda hacer su trabajo, incluso alguien con relativa poca puntería debería ser capaz de dar en el blanco.

Ella salvó los pies de distancia que los separaban y le tendió una mano.

—¿Me deja?

Él sonrió, cogiendo otro dardo.

—Desde luego que sí.

Los siguientes treinta minutos los pasó practicando con la bolsa rellena de heno del rincón. Incluso con su insegura puntería, y un blanco que ya se estaba enfriando, el dardo siempre encontraba el blanco. Galizur la acompañó, retirando los dardos después de cada lanzamiento para que Helen pudiese usarlos de nuevo. Finalmente volvió a llevarse los cinco dardos a la mesa de trabajo y usó un delgado pincel para pintar las puntas con un mejunje acre que cogió de una cazuelita. Una vez que estuvieron secos, los colocó con cuidado dentro de la bolsa y se la entregó con mirada solemne.

—Gracias —dijo ella, sonriente—. Espero no tener que usarlos. Darle a un objeto inanimado en un rincón parece bastante más fácil que a una diana en movimiento.

—En efecto. —Él asintió antes de cruzar la sala para ir hasta una fila de archivadores metálicos cerrados con llave. Se sacó del bolsillo un llavero y se inclinó sobre uno de los cajones. Las llaves tintinearón contra el metal y ella tuvo que pararse a escuchar atentamente para entender lo que estaba diciendo—. Creo que hay otra cosa que deberías tener.

Helen caminó hacia él.

—¿Qué es?

Cuando se dio la vuelta, la palma de su mano estaba cerrada en torno a algo que no podía distinguir. La extendió hacia ella. Era un hatillo de tela. La muchacha lo miró.

—¿Es para mí?

Él asintió con la cabeza, y acercó más la mano para que ella pudiera alcanzar, con sus dedos vacilantes, el objeto envuelto en la tela.

Al levantarlo, se sorprendió del peso de la pieza oculta. Parecía pesada y voluminosa. Pesada como solo una cosa importante puede serlo. Despacio, fue abriendo el hatillo desde el centro. Cuando por fin el objeto quedó a la vista, supo de inmediato qué era.

—¡Oh! —No pudo evitar que se le escapase la exclamación—. ¡Es precioso!

—Era de tu abuela —dijo Galizur en voz baja—. Le pedí a los rastreadores que

buscasen entre los restos de tu casa algo que perteneciese a tus padres, pero no pudieron encontrar nada. Se me ocurrió que esta otra alternativa sería la mejor.

A pesar de estar cerrada, sabía que se trataba de una hoz. La vaina estaba hecha toda de ópalo y tenía un brillo iridiscente tan pronto rosado como verde, cuando inclinaba la mano.

—Es muy antigua, pero la he dejado en perfectas condiciones de uso. Si cierras la mano alrededor de ella, la hoja se encajará de inmediato mientras lleves tu colgante —dijo Galizur.

Ella se pasó el paño a la mano izquierda y cogió la hoz con la derecha. En cuanto la palma se cerró a su alrededor, la hoz se abrió y sus dos hojas amenazadoras lanzaron destellos. Al bajar la vista, el colgante emitía una suave luz azulada a la altura del cuello.

—Es preciosa. —El poder y la belleza del arma casi la dejaron sin voz—. ¿Está seguro de que es correcto que yo la tenga?

Galizur sonrió.

—Como última superviviente de la familia Cartwright, es más tuya que de nadie. Los lazos de sangre que te unen a ella harán que aún sea más poderosa estando en tus manos.

Levantó la vista para mirarlo.

—¿Cómo la cierro?

—Del mismo modo que la has abierto —lo dijo en un tono muy firme—. Deseando cerrarla.

Ella la miró, pidiéndole mentalmente que se cerrara. Lo hizo.

—Gracias, Galizur. —Le sonrió—. Esto significa mucho para mí.

Él asintió con expresión grave.

—Ten cuidado, Helen. No podemos permitirnos perderos a ninguno de vosotros —y añadió—: Odiaría que eso sucediera.

Ella se emocionó, pero no había ni tiempo ni palabras, así que no dijo nada. Simplemente se puso de puntillas, le besó en la mejilla y se dio la vuelta para marcharse.

## VEINTISÉIS

**A**bordó el regreso a casa de los Channing con inquietud. Haber saltado una vez no la convertía en una experta, y no le apetecía enfrentarse otra vez a un espectro. Hacía rato que el sol se había puesto, y aunque no estaba segura de la hora que era, sabía que debían de ser cerca de las nueve. No podía permitirse un retraso.

Sus miedos eran infundados. Se desplazó desde la farola de la casa de Galizur hasta otra a una manzana de distancia de los Channing sin incidentes, y apareció cerca de una joven pareja que caminaba por la calle. Ellos la miraron sorprendidos, y Helen inició la marcha continuando por la calle como si hubiese estado allí todo el rato. Sin duda pensarían que sencillamente no se habían fijado antes en ella.

Ya casi había llegado a la casa cuando se dio cuenta de su error. En su impaciencia por escapar sin ser advertida, no había planeado su regreso. Al aproximarse a la imponente fachada de piedra, levantó la vista hasta el punto desde el que se había dejado caer unas horas antes aquella tarde. Estaba demasiado alto para regresar trepando. De hecho, la idea de haber dado el salto desde aquella altura le hizo cuestionarse su cordura.

Se quedó un momento entre las sombras, considerando las opciones que tenía. No tenía llave, y llamar a la puerta no parecía posible. Abrirían Darius o Griffin, desde luego, pero entonces tendría que explicar por qué había ido a ver a Galizur.

Y si tenía que explicar por qué se había marchado, tendría que explicar cómo sabía lo de los perros.

Al contemplar todas las ventanas de la planta baja, se preguntó si alguna de ellas estaría abierta. Sabía que era poco probable, pero a falta de otras opciones, comenzó a dar vueltas alrededor de la casa, pasando revista a las ventanas en busca de una que le brindase la posibilidad de colarse dentro sin que nadie la viera.

Ya había recorrido la parte delantera sin éxito y estaba preparándose para investigar la parte de atrás, cuando advirtió una luz dorada que se colaba por la rendija del marco de la puerta de la cocina. Al subir las escaleras, se dio cuenta de que la puerta estaba ligeramente entreabierta. Bajó la vista, y vio el plato de leche que había en la entrada.

Empujó la puerta, aliviada al ver que no crujían las bisagras, y la cerró silenciosamente tras ella. Tras atravesar la cocina, enfiló por el pasillo hasta la luz que salía de la biblioteca y se reflejaba en el suelo.

Al principio pensó que la sala estaba vacía. Un fuego recién avivado chisporroteaba en la chimenea, pero por lo demás no había signos de vida. Entonces

escuchó un suave zumbido a sus espaldas y, al darse la vuelta para seguir el sonido, se encontró a Griffin dormido sobre el sofá con una bola de pelo blanco y negro encima del pecho.

Se sentó con cuidado a su lado, no pudo evitar la sonrisa que se formó en sus labios. Tras días contemplando el rostro de Griffin teñido de preocupación, sorprendía verlo relajado, con una expresión de absoluta calma mientras dormía con el gatito encima.

Extendió una mano para acariciar el espacio entre las orejas del animal.

—Así que eras tú el intruso —dijo en voz baja.

Griffin abrió los ojos al oír su voz. Por un instante, pillado entre las brumas del sueño, su rostro aún en paz. Luego, una arruga apareció entre sus cejas.

—¿Va todo bien? —preguntó—. ¿Qué pasa?

Helen sonrió, y se estiró en un impulso para retirarle de la frente un mechón de pelo extraviado.

—Nada. Son casi las nueve en punto. ¿Cuánto tiempo llevas durmiendo?

—No tengo ni idea. —Bostezó, notando al gatito sobre su pecho—. ¿Cómo ha...?

—Encontré la puerta trasera abierta. Alguien ha debido de olvidarse de echar el pestillo. ¿A que es listo este chiquitín, verdad? Se inclinó para dar un beso en la suave cabeza del gatito, y lo cogió para apartarlo del pecho de Griffin. Él la tomó de la mano y la detuvo.

—¿Y yo qué? —preguntó, clavando sus ardientes ojos en los de ella.

—¿Qué pasa contigo?

—¿No soy lo bastante listo para que me beses? —lo dijo con tono arisco.

Ella le dedicó una tímida sonrisa.

—Eres mucho más que listo, Griffin Channing.

Inclinándose, bajó su boca hasta la de él, sintió sus labios calientes y suaves en los suyos. El calor aumentó entre ellos y avanzó por su cuerpo hasta el momento en que el gato maulló suavemente en señal de protesta.

Una carcajada hizo retumbar el cuerpo de Griffin. Ella notó la vibración en el suyo propio.

—Vaya, vaya.

Las palabras, provenientes de la puerta, la sobresaltaron. Se incorporó rápidamente, y el gatito saltó al suelo y desapareció tras el sofá con ágil movimiento.

Darius entró en la sala dando grandes zancadas.

—He encontrado una hoz para ti, Helen. —Extendió una mano—. Es antigua, pero te servirá cuando la necesites.

El pánico aprisionó la garganta de Helen. No tenía pensado explicarle a Darius y a Griffin lo de la hoz de su abuela.

—¿Y bien? —Darius estaba ya impaciente—. Cógela.

—Yo... esto... no la necesito —dijo, buscando desesperadamente una explicación convincente para el arma que tenía en su posesión.

Darius inspiró hondo.

—Quieres una hoz o no la quieres. Decídette.

—Galizur me ha mandado una. —Sacó el arma tornasolada de su bolso—. Esta.

—¿Galizur? —Griffin sacudió la cabeza a su lado; había desaparecido de su rostro la pereza del sueño, como si nunca hubiese estado allí.

Helen asintió.

—Llegó con una nota donde decía que presentía que la podría necesitar. —La mentira resbaló sin problemas de su lengua. No podía pararse a cuestionarse su procedencia—. Era de mi abuela.

Los ojos de Darius se posaron sobre el arma.

—¿Puedo?

Ella se la entregó con cuidado, con el corazón en la garganta.

Él la contempló por fuera un instante antes de abrirla. Había asombro en sus ojos.

—¿Esto era de tu abuela?

—Según Galizur —dijo ella.

Darius alzó las cejas, silbando.

—Menuda mujer debía de ser tu abuela.

Helen bajó la vista hasta el arma.

—¿Y eso?

—No es una hoz corriente —dijo Griffin—. Es antigua. Mucho más que cualquiera de las que yo haya visto jamás.

—¿Tanto? —preguntó ella, encogiéndose de hombros.

—Está fabricada a la antigua usanza, por los clásicos. Será más poderosa que una nueva. Debe de llevar siglos en tu familia —dijo Darius, quien la miró a los ojos, devolviéndole la hoz con tanto cuidado como ella se la había dado a él—. Tienes suerte de tenerla.

Había un nuevo respeto en su tono de voz. A ella no le importó que surgiera por su asociación con el arma de su abuela. La consideración de Darius era importante viniera de donde viniera.

—Gracias —fue cuanto se le ocurrió decir.

Darius asintió. Su gesto se tornó adusto cuando centró su atención en ella y en Griffin.

—Espero que hayáis descansado bien los dos —dijo—. Ya es hora.

Entraron en los túneles a un par de manzanas de la casa. La calle estaba vacía cuando Griffin se agachó para levantar el gran disco de madera que cubría la entrada.

—Yo voy primero —dijo—. Helen, sígueme abajo y Darius será el último, para volver a colocar la tapa.

Se quedó sin voz para contestar, contemplando la oscuridad allá abajo.

—Helen. —La voz de Griffin le exigió su atención. Ella lo miró—. No pasará

nada. Cuando entres, yo estaré abajo.

Se limitó a asentir cuando él comenzó a descender. No se veía más allá de la boca de la alcantarilla, pero por el modo en que Griffin iba introduciéndose en la oscuridad, supuso que habría alguna clase de escalera montada en la pared de la galería. A los pocos minutos, una luz de color azul claro se filtraba desde las oscuras profundidades del túnel.

—Ya puedes bajar —dijo Griffin con voz suave.

Ella tragó saliva con dificultad, y dio un respingo cuando una mano se cerró alrededor de una de las suyas. Cuando se volvió, se quedó sorprendida al ver a Darius mirándola con una expresión que no era ni sarcástica ni de aburrimiento.

—No pasará nada. Hemos recorrido esos túneles muchas veces.

Helen asintió y él se acercó y la sujetó por ambas manos mientras ella bajaba un pie dentro del túnel. Se sentía sorprendentemente segura. Las manos de Darius eran como de hierro. A pesar de sus anteriores desavenencias, sabía que no la dejaría caer.

Iba palpando con la punta de su bota, y estaba empezando a desesperarse por no encontrar el primer peldaño, cuando su pie se topó con algo duro. Movié la pierna en esa dirección hasta que volvió a encontrar el objeto. Una vez que tuvo el primer pie firmemente aposentado, tomó aire, y colocó el otro al lado.

Darius la sostuvo de las manos mientras ella bajaba tres peldaños más. Por fin estuvo con la cara a la altura del pavimento. A menos que planeara tirar a Darius, tendría que soltarse.

—Te veo abajo, princesa. —Había en el tono del mayor de los Channing una calidez inusitada cuando le soltó las manos poco a poco, para darle tiempo de agarrarse al suelo mientras bajaba otro escalón.

El mundo de arriba desapareció de su vista. Se encontraba en el interior de un negro abismo. Hasta la luz azul de debajo había desaparecido, y mientras descendía, tenía la vista fija en las paredes del túnel. Los peldaños estaban resbaladizos. En dos ocasiones perdió pie y se vio obligada a agarrarse con fuerza a los peldaños que quedaban encima de ella. El corazón le palpitaba como loco mientras trataba de estabilizarse para continuar descendiendo.

Durante un rato parecía que el descenso no terminaría nunca. El tiempo no existía, únicamente una oscuridad inmensa. Casi estaba segura de que si volviera a subir hasta la calle, se encontraría con que la oscuridad habría invadido cada rincón del mundo que ella conocía.

Entonces, desde unos cuantos pies más abajo, le llegó la voz de Griffin.

—Ya casi has llegado, Helen. Puedo verte.

Concentrada en el esfuerzo de su descenso, no se había percatado de que la luz era visible de nuevo. El brillo reflejado en la pared de enfrente era blanco, e iluminaba el barro y las rocas que separaban los túneles de las calles de Londres. Bajó tres peldaños más.

—Ya te tengo. —La luz brincaba por las paredes cuando sintió las manos de

Griffin alrededor su cintura—. Estás a solo dos pasos del suelo.

Ella bajó los últimos peldaños, y casi se desmaya de alivio al notar el suelo bajo sus botas. Un olor húmedo y pútrido la asaltó y tuvo que reprimir una arcada.

—Es repugnante ¿verdad? —Griffin estaba a unas pulgadas de ella, su rostro extrañamente distorsionado por la luz de su colgante, que rebotaba sobre las paredes del túnel—. No te preocupes. Te acostumbrarás.

—Encantador. —Apenas consiguió hablar.

Griffin apuntó la luz hacia arriba y llamó a Darius.

—Ya está abajo, Darius. Venga, baja tú.

El descenso no pareció llevarle más que unos segundos. Helen se preguntó si el suyo habría sido tan laborioso y pesado como le había parecido o si solo era producto de su miedo. Cuando Darius, desde unos seis pies de altura, saltó al suelo con soltura, como mucho con una gota de sudor en la frente, esperó que se tratase de lo último.

—Gracias por la luz, hermano. —Pasó junto a ellos, con su colgante en la mano, iluminando su camino para adentrarse en la oscuridad de más allá.

Griffin le hizo señas con la cabeza.

—Ve delante. Yo iré detrás de ti.

A Helen no le apetecía ir sola, ni siquiera con Darius delante y Griffin detrás. Quería tener a alguien que respirara a su lado. Algo que le recordase que seguían estando vivos y no atrapados en una especie de purgatorio bajo el mundo real.

Y no es que el túnel fuese pequeño. De hecho, el techo se extendía muy por encima de sus cabezas, y las paredes a ambos lados se curvaban formando un gran arco.

Aunque por su forma de barril tuvo la impresión de estar viéndolo todo a través de los binoculares que su madre utilizaba en la ópera. Como si no hubiera laterales, tan solo la espalda de Darius, que parecía la cabeza de un alfiler.

Y luego estaba la basura. Alineada a ambos lados del túnel, en montones desparramados como asquerosas dunas de arena. Se mantuvo en el centro, respirando por la boca para evitar el olor, que cada vez era peor según iban adentrándose en el laberinto subterráneo. Apenas podía ver la luz del colgante de Darius, aunque el de Griffin iluminaba las paredes más próximas y le proporcionaba luz suficiente para ver lo que tenía justo delante de ella.

El suyo lo llevaba metido por dentro de la blusa. Era posible que tuviera que usar la hoz mientras estuvieran en los túneles, y quería tener ambas manos libres por si acaso. Al palpar con los dedos la cinta de cuero de su cintura, se alegró de haberse sabido excusar antes de salir de la casa. Se trataba de un burdo cinturón, pero la hoz pendía de él perfectamente segura, y al otro lado, escondida en el chaleco, llevaba la bolsa con los dardos de Galizur.

Helen estaba siguiendo a Darius tan de cerca, que ni se dio cuenta de que habían girado hasta que se pararon ante una bifurcación. Darius había escogido seguir de frente sin decir una palabra. Obviamente sabía adónde iban.



Mientras caminaban, su miedo fue apaciguándose, reemplazado por un morboso asombro. Cada curva y giro del túnel estaba señalado con marcas talladas en las paredes, un embrollado sistema de navegación de lo más misterioso para ella. Que esos túneles hubiesen estado siempre allí, mientras ella se paseaba por las calles de Londres, le parecía asombroso. Y a pesar de apestar a cosas que era mejor no nombrar, las paredes estaban construidas con ladrillos colocados con esmero, y el suelo alternaba entre losas y roca desnuda. Helen trató de imaginarse al contingente de hombres que bajaban a trabajar todos los días, y se ocupaban del subsuelo de Londres con tanta dedicación, aun sabiendo que su trabajo no sería visto por nadie.

—¿Verdad que es increíble? —Escuchó la voz suave de Griffin a sus espaldas.

Ella levantó la vista hacia el techo abovedado como un barril.

—Sí que lo es.

Continuaron abriéndose paso por los subterráneos sin ver un alma. A veces, Helen oía un rumor entre la basura pegada a lo largo de las paredes del pasadizo. Otras veces, Darius les hacía parar mientras escuchaba algo que solo él era capaz de percibir antes de indicarles que continuaran la marcha.

Helen casi se habituó a no saber lo que había tras cada curva. Qué había a cada lado de tantas bifurcaciones por las que pasaban. Se familiarizó con todo hasta el punto de apenas notar el olor, y la oscuridad se convirtió en una incómoda amiga.

Por fin Darius se paró en seco, e iluminó las paredes con la luz del colgante.

—¿Qué pasa? —preguntó Griffin al llegar a la altura de su hermano.

Darius apuntó con la luz hacia un agujero del techo.

—Hemos llegado.

## VEINTISIETE

**D**arius fue el primero en subir por la escalerilla, mientras Griffin y Helen aguardaban ansiosos abajo. Helen no sabía qué esperar. ¿Una incursión inmediata a su lugar de destino? ¿Los perros de los que la había advertido Raum?

No lo sabía, pero minutos después de que Darius desapareciera en la oscuridad por encima de sus cabezas, escucharon su voz:

—Todo despejado.

—Ve delante —dijo Griffin, echando una ojeada por el túnel con la luz de su colgante—. Yo vigilaré hasta que ya estés a salvo arriba.

Ella asintió y apoyó las manos en los peldaños de la escalera para impulsarse arriba. No fue ni la mitad de aterrador que su anterior bajada. Su vista ya se había acostumbrado a la oscuridad, y resultó bastante más fácil salir de los túneles que convencerse para bajar al subsuelo.

La luz del colgante de Griffin fue haciéndose más débil a medida que ella continuaba con la subida, y desapareció por completo justo cuando le llegaba la primera bocanada de aire fresco de arriba. Tan solo se trataba de un indicio de que ya estaba cerca del final. Siguió hacia arriba, la oscuridad era tan absoluta que ni veía sus manos sobre los peldaños que tenía delante. Precisamente cuando pensaba que el ascenso no parecía tener fin, le llegó la voz de Darius en forma de susurro desde arriba.

—Ya casi estás —dijo—. Cuando llegues te cogeré de las manos y te ayudaré a salir, pero por el amor de Dios, no hagas ruido. Todo parece desierto, pero no me ha dado tiempo a echar un vistazo por los alrededores.

Ella asintió, respirando pesadamente.

Al subir un paso más, tanteó con la mano en busca del siguiente peldaño y se dio cuenta de que no había ninguno. En lugar de eso, tocó algo frío y seco. Hojas, pensó.

—Dame las manos —le ordenó Darius.

Ella estiró la derecha y sintió alivio cuando los fuertes dedos del joven envolvieron los suyos. Apenas acababa de colocar la mano izquierda cuando Darius ya estaba tirando de ella para sacarla del túnel, como si pesase menos que un saco de plumas. Posó los pies en el suelo con un crujido de hojas secas.

La luna estaba casi llena. Darius se llevó un dedo a los labios, indicándole por gestos que se quedara callada. Luego se agachó y le susurró a Griffin que comenzase a subir. Helen tuvo ocasión de echar una ojeada alrededor, sorprendida de encontrar una zona tan boscosa. Había visto los árboles sobre el plano, por supuesto, pero no

esperaba que sus copas fuesen tan espesas. En el mejor de los casos, vendría bien la cubierta adicional.

En el peor, sería catastrófico.

Se estaba desatando la cinta del pelo cuando Griffin salió del túnel. Bajó la vista hasta la cinta que ella tenía en las manos, con mirada interrogante, y ella se inclinó para atarla en un árbol cercano. No era gran cosa, pero con un poco de suerte serviría para ayudarlos a localizar su ruta de escape si se veían obligados a salir huyendo a toda prisa de la fortaleza de Alsorta.

Griffin asintió a modo de aprobación. Ambos aguardaron mientras Darius se inclinaba para colocar la tapa de madera encima de la entrada del túnel. Cuando terminó, Griffin les hizo señas para que se acercasen. Formaron un pequeño círculo, sus rostros separados por tan solo unas pulgadas, mientras él les susurraba instrucciones.

—Tenemos que ir hacia el Norte, siguiendo la línea de los árboles. Una vez que la casa esté a la vista, debería ser más sencillo decidir por dónde entramos. Seguidme. —Se quedó mirando a Helen—. Y quédate cerca.

Ella asintió.

Los hermanos asumieron sus nuevas posiciones sin decir una sola palabra, Griffin delante y Darius y Helen detrás. Pese a todos sus esfuerzos, era difícil no hacer ruido mientras marchaban sobre las hojas muertas que cubrían el terreno. Crujían bajo sus pies por mucho cuidado con que pisaran, hasta el punto de que parecía imposible que nadie los oyera. Helen Bajó la mano hasta la bolsa de su cinturón, levantó la solapa superior y palpó los dardos con los dedos. Hasta ahora no había señales de los perros, aunque aún les quedaba un buen trecho por delante.

Se avistaban las luces de la casa entre los árboles cuando Griffin se detuvo bruscamente. Agarró a Helen de la mano y tiró de ella hasta ponerla detrás de un gran árbol, mientras Darius avanzaba paso a paso en silencio. Ella tenía la espalda pegada al tronco, el cuerpo de Griffin aplastado contra el suyo mientras sus ojos escudriñaban rápidamente las inmediaciones. Al principio, pensó que los hermanos se estaban volviendo paranoicos. Ella no oía nada, excepto el murmullo de las pocas hojas que quedaban en las ramas encima de sus cabezas. Pero entonces escuchó la voz de un hombre a lo lejos. Aguzando el oído, trató de entender lo que decía.

—La habrá traído la nueva. —A la voz le faltaba el aliento. Era evidente que quien estaba hablando estaba caminando o moviéndose de algún modo mientras hablaba.

—¡Puf! —resopló otro hombre—. La visita de una mujer a estas horas de la noche, aunque sea para entregar la cena, solo sería una distracción. Ya sabes cómo es Henry con las chicas del servicio. Al viejo podría darle un ataque.

Helen entornó los ojos mirando a Griffin. Este sonrió abiertamente, pues obviamente estaba escuchando la conversación lo mismo que ella. De pronto se dio cuenta de que tenía el cuerpo de él muy cerca del suyo, su pecho pegado a sus senos,

su rostro a unas pulgadas de distancia. Por un instante quedó prendada del hechizo de sus ojos, deseando estar en cualquier otra parte excepto allí. Deseando que los dos estuvieran completamente solos para poder estirarse y pegar sus labios contra los de él y sentir su boca abierta sobre la suya. Casi sintió alivio al ser apartada de sus pensamientos por la voz del primer hombre.

—Me trae bastante sin cuidado lo que haga Henry cuando le entreguen la cena —dijo—. Mientras eso no suponga que se me tenga que helar el trasero.

El compañero le respondió algo, pero ahora las voces estaban más lejos. Helen no podía entender lo que decían. Unos minutos más tarde, desaparecieron del todo. Aun así, Griffin siguió pegado a ella durante lo que parecía una eternidad.

Para cuando Darius apareció a la espalda de Griffin, Helen estaba ya asfixiada de calor.

—Odio interrumpir. —La voz de Darius destilaba sarcasmo—. Pero creo que deberíamos irnos.

Griffin se apartó, sus ojos buscaron los de ella con una sonrisa que indicaba claramente que no le preocupaba el retraso. Lo siguieron entre los árboles hasta que llegaron a un claro que los conducía hasta la casa. El césped se extendía desde la línea de árboles y rodeaba la imponente mansión. Tan grande como la mayoría de los edificios del centro de Londres, se asentaba sobre un pequeño montículo, y su fachada de ladrillo se alzaba bien alta hacia el cielo nocturno. En alguna de las ventanas parpadeaban luces, y Helen se preguntó de pronto si Victor Alsorta tendría familia. Si tendría una mujer que hacía labores de aguja junto al fuego e hijos que jugaban al ajedrez.

Apartó de sí ese pensamiento. Alsorta no se merecía la consideración de un hombre. Era un monstruo, y debía ser castigado.

Continuaron por el perímetro boscoso, la línea de árboles se curvaba poco a poco y se acercaba cada vez más a la casa hasta que estuvieron lo bastante próximos como para que Helen pudiera distinguir los detalles de las cornisas que rodeaban las ventanas. Griffin se paró.

Se volvió hacia ella y Darius.

—Esto es lo más cerca que vamos a llegar de la casa sin quedar al descubierto. Tenemos que encontrar la manera de entrar desde aquí si no queremos correr por el césped a la vista de cualquiera que se asome por una ventana.

Una puerta se abrió en un lateral y una joven mujer con uniforme de criada arrojó una olla de agua sobre el césped.

—¡Santo cielo! ¿Estás tonta? —le gritó una voz desde la puerta abierta.

Ella se dio la vuelta y bajó la cabeza.

—Lo siento, señora. Se supone que debía tirar el agua.

—Una mujer más mayor apareció en la puerta sosteniendo una olla humeante.

—Sí, sí, pero no *aquí*. No cerca de la casa. ¡Llévala a los árboles, por el amor de Dios! —Y entregando otra olla a la joven criada, gruñó, chasqueando la lengua—.

Siempre que mandan a alguien nuevo, tengo que empezar con todo de cero.

La puerta se cerró de golpe tras ella. Por un instante la criada se quedó parada, sosteniendo la olla y mirando hacia donde ellos se encontraban entre los árboles, hasta que Helen estuvo segura de que los había visto. Pero no dio la voz de alarma. No gritó que había intrusos. La criada se limitó a bajar los escalones y se quedó mirando hacia ellos, más allá del césped.

—¡Viene hacia aquí! —susurró Helen.

Los dos hombres miraron hacia la hierba, viendo cómo se acercaba la chica, con la olla de agua humeante aún entre las manos.

—Ya os veré dentro —dijo Darius con tono cansado—. Vosotros encontrad a Alsorta y no intentéis hacer nada hasta que yo haya llegado.

No les dio tiempo a protestar. Darius avanzó sobre el césped a la vista de la chica, caminando tranquilamente hacia ella como si simplemente estuviese por allí fuera dando un paseo.

—Parece que necesitas ayuda. —Su voz era como el sirope, rico y empalagoso. Helen se imaginó la sonrisita picarona en su rostro mientras se acercaba a la sirvienta.

—¿Quién yo? —Miró a su alrededor, como si hubiese alguien más a quien Darius estuviese hablando.

—Sí, tú —dijo Darius despacio—. Eres demasiado bonita para perder la noche con este trabajo tan pesado. Permíteme. —Tendió las manos para coger la olla.

Ella se echó hacia atrás, espantada.

—¡Oh, no! No podría.

—Seguro que puedes. —El tono de voz de Darius era firme, aunque sensual.

La muchacha sacudió la cabeza y se inclinó para susurrarle a Darius. Helen apenas entendió lo que decía.

—Estoy *a prueba*, sabe. De la agencia. No podré quedarme si me meto en líos.

—No te vas a meter en ningún lío. —Darius tendió las manos hacia la olla y se la quitó con autoridad. Parte del agua se derramó—. Puede que seas nueva, pero yo no. Llevo años trabajando para el viejo. Y créeme, les importa poco quién lo hace o cómo, mientras se haga.

La chica miraba nerviosa a su alrededor.

—Bueno... entonces, vale. Pero tendré que volver enseguida o se preguntarán a dónde he ido.

Darius asintió con autoridad.

—No les gusta arrojar la basura cerca de la casa. Te enseñaré el mejor sitio para hacerlo y estarás de vuelta en nada de tiempo. Además, así podremos conocernos un poco... —Lanzó el anzuelo para averiguar su nombre.

—Maude —dijo ella, con timidez.

—Maude. —Darius la condujo hacia los árboles de detrás de la casa—. Un nombre atractivo para una chica atractiva.

Helen no pudo contener un suspiro cuando la chica se rio tontamente.

Griffin se inclinó sobre ella y habló en voz baja.

—Las habitaciones de Alsorta están en la segunda planta. Tenemos que buscar cómo entrar antes de que la chica vuelva.

Helen se asomó con cuidado entre los árboles, considerando las alternativas que tenían. Pasaron por su mente como una baraja de cartas, hasta que se acordó de su madre, cuando la condujo por uno de los peores barrios de Londres un sombrío día de febrero. No tenían ningún recado ni ningún otro propósito para estar allí. Era una aventura, le había dicho previamente la señora Cartwright al salir de la casa vestidas con ropas prestadas de los criados.

—¿Pero por qué? ¿Para qué vamos a ir por los barrios? —preguntó Helen mientras su madre le abotonaba un abrigo demasiado pequeño.

—Porque sí, cariño. —En sus ojos brillaba un destello gris profundo y cambiante—. Se trata de un juego. Como los que juegas con tu padre. Será estupendo, ya verás.

Helen había pasado miedo. La gente olía mal y era ruidosa, y le daba empellones todo el mundo, y eso que iba bien cogida de la mano de su madre. Aquel juego no le gustaba tanto como los que jugaba con su padre.

Su madre se detuvo en la esquina de una calle y se agachó para hablarle en voz baja.

—Tienes que actuar como ellos, corazón. Si te asustas, notarán tu miedo, sabrán que no eres de aquí. Solo entonces se fijarán en ti.

Helen había echado un vistazo a los viandantes toscamente vestidos. Los niños con caras sucias y narices que moqueaban, muchos de ellos persiguiendo a desconocidos para pedir dinero.

—¿Pero cómo? ¿Cómo actúo como ellos?

—Haz lo que hacen ellos, Helen. Compórtate como ellos. —Su madre le había sonreído con complicidad—. Finjamos. Será como un juego o un cuento de hadas. Yo haré de viuda pobre, que busca trabajo para mantener a mi querida hija, que a veces tiene que pedir limosna en la calle. Ningún ciudadano rico de Londres se resiste a la niña, pues esta tiene carita de ángel y tristes ojos violeta. —Le dio unas palmaditas en la cabeza y Helen vio, tan solo por un segundo, cómo asomaba la tristeza en su expresión. Momentos después, cuando prosiguió, había desaparecido—. En realidad es un cuento romántico y trágico.

Más tarde, Helen supo que su madre había añadido esto último para que ella no tuviese miedo. Y había funcionado. A Helen siempre le habían gustado los cuentos de hadas y había bordado la mirada de corderito que, junto con la súplica de unas monedas, derretía los corazones más duros de los desconocidos. Cuando dejaron atrás los barrios marginales, Helen había conseguido reunir un considerable puñado de monedas.

—Bien hecho, Helen —le dijo su madre mientras volvían a casa—. Mezclarse y parecer uno más es la clave para pasar desapercibido. Es así de simple.

Y diciendo esto, depositó todo el dinero que había ganado Helen en una caja

fijada a la pared de una vieja iglesia.

—¿Y bien? —La voz de Griffin la devolvió al presente—. ¿Alguna idea?

Helen asintió despacio.

—Vamos a entrar. Por la cocina.

—¿La cocina? —Griffin sacudió la cabeza—. Pero hay gente trabajando allí dentro.

—Sí —afirmó Helen—. Pero nadie vigila la cocina. Tú actúa como si fueras de la casa y todo irá bien.

Ya casi se había abierto paso entre los árboles y se dirigía hacia la puerta lateral cuando él pronunció sus primeras palabras de protesta.

Corrió para alcanzarla.

—¿Estás loca? Nos van a pillar.

—No —dijo ella—. Es un lugar enorme, Griffin. Yo podría ser cualquiera de las criadas que contratan para servir a Alsorta, y tú uno de los vigilantes.

Subió los escalones como si lo hubiese hecho cientos de veces. Griffin se encontraba justo detrás cuando ella abrió la puerta.

## VEINTIOCHO

El aire estaba acre y húmedo. Los platos repiqueteaban mientras la gente pegaba gritos sin cesar por encima del jaleo. Tras analizar la zona desde la puerta, Helen encontró lo que estaba buscando en una fila de colgadores. Cogió un delantal de uno de ellos y una cofia de otro, y se puso ambas prendas en menos de diez segundos mientras se adentraba en la cocina.

La sangre fluía por sus venas al pasar ante dos mujeres viejas que lavaban platos y esquivar a una más joven que estaba fregando el suelo. Helen evitó el contacto visual con todas ellas, y levantó la voz hasta convertirla en un estridente tono mandón, mientras cruzaba apresuradamente la estancia.

—No me importa lo que le haya dicho Henry. —Las palabras iban dirigidas a Griffin, sin mirarlo realmente a la cara—. El señor Alsorta necesita que el carruaje esté brillante como una patena para primera hora de la mañana. Y quizás, si no se pasase usted tanto tiempo jugando a las cartas a la puerta de la casa, recordaría sus instrucciones.

—Yo... esto... lo siento, señorita —dijo Griffin—. Me... me encargaré de que alguien lo haga.

Helen continuó su marcha por la lóbrega cocina, dirigiéndose a una puerta al final de la estancia.

—Seguro que sí. Voy a darle un cubo y unas bayetas limpias y se marcha usted ahora mismo.

Se hallaba ante la puerta, a punto de soltar un suspiro de alivio, cuando una voz la detuvo.

—¿Y se puede saber quién eres tú?

Griffin se puso tenso a su lado, una mano sobre su hoz, mientras Helen se daba la vuelta para encontrarse con una mujer mayor que la estaba mirando con una viva mirada. Era la misma que le había echado a Maude un rapapolvo fuera de la cocina.

Helen recompuso su gesto en lo que esperaba que fuese una máscara de serenidad.

—Por supuesto, soy Helen.

—¿Helen? —La frente de la mujer mayor se arrugó despectiva—. ¿Y de dónde se supone que sales?

—¿Me mandó la agencia? —Helen la miró directamente a los ojos, reafirmando su voz—. Esta mañana temprano.

—¿La agencia?



Helen asintió.

—El señor Alsorta está bastante disgustado por el carruaje. Me han ordenado que les dé a los hombres lo necesario para lavarlo de inmediato.

La mujer se la quedó mirando con una expresión de asombro mientras el silencio se instalaba entre ellas. Helen ya estaba anotándose las salidas de la estancia cuando la mujer asintió con la cabeza.

—Pues entonces hazlo. No me gusta hacer esperar al señor.

Helen asintió, se dio la vuelta y salió con Griffin pegado a sus talones. Continuaron caminando incluso después de que la puerta se cerrara tras ellos. Helen mantuvo la cabeza erguida hasta que encontró un hueco entre las sombras. Entonces se metió dentro, se apoyó en la pared y casi se desmaya de alivio.

—No puedo creer lo que acabas de hacer. —Griffin apoyó su cabeza contra la pared al lado de ella, en su voz un tono de incredulidad—. Ha sido... —Empezó a reírse—. Ha sido lo más asombroso que he visto jamás.

—Eso no ha sido asombroso. Lo asombroso será salir de aquí con Alsorta. —Sonrió, susurrando—. Pero gracias.

A salvo de la cólera de la bruja de la cocina, Helen se asomó fuera del hueco y trató de orientarse. A lo lejos, un largo pasillo se extendía en dirección a la entrada, y aunque no podía estar segura del todo, sabía que no se encontraban en las dependencias de los sirvientes. Las alfombras y los muebles eran demasiado elegantes.

Un ruido al otro lado del pasillo les hizo dar un respingo y retrocedieron de nuevo entre las sombras.

Era la voz de la bruja, y Helen se extrañó de que le infundiese temor, aun cuando la mujer careciese de autoridad sobre ella.

—¿Dónde demonios estabas? ¿Te parece que al señor le gusta afeitarse con agua fría? ¡Ahora te vas a enterar! ¡Y con toda la razón!

—Lo siento —dijo una conocida vocecilla—. Ahora mismo subo, señora.

Maude se escabulló de la cocina con una palangana de agua, dejando que la puerta se cerrara sola tras ella, mientras iba en dirección contraria a la puerta principal.

—¿La escalera de servicio? —susurró Helen a Griffin.

Él asintió.

Esperaron a que los pasos apresurados de Maude se desvaneciesen antes de atreverse a seguirla. El pasillo estaba vacío y emprendieron la marcha hacia la parte trasera de la casa a toda prisa. Helen recurrió a lo que había memorizado del dibujo que habían usado para trazar su estrategia. Visualizó el largo pasillo central, en el que ahora se encontraban, las diversas habitaciones que había a derecha y a izquierda. Al fondo había un gran lavadero. Si lo recordaba bien —y Helen lo hacía casi siempre— ahí estaría la escalera de servicio.

—Por ahí —dijo—, girando a la izquierda al final del pasillo.

Griffin la siguió, bien porque confiaba de verdad en el instinto de Helen o bien porque a él no se le ocurría nada mejor. No podía estar segura, pero no importaba. El lavadero estaba al fondo del pasillo trasero, y tal como recordaba, había un tiro de escaleras estrecho y oscuro empotrado en la pared.

Griffin levantó la vista a la oscuridad.

—¿Preparada?

Ella asintió.

—Quédate cerca —le dijo él.

—¿Y qué pasa con Darius?

—Puede cuidar de sí mismo. Encontraremos a Alsorta y esperaremos a que Darius se reúna con nosotros. Tengo el presentimiento de que vamos a hacer falta todos para llevármolo.

Comenzó a subir por las escaleras sin decir nada más. Helen lo siguió, preguntándose cómo se las apañarían los criados para subir y bajar por unas escaleras tan pobremente iluminadas. A excepción de un aplique parpadeante a medio camino, no había una sola fuente de iluminación. Jamás había estado en la escalera de servicio de su propia casa, aunque de pronto se preguntaba si los sirvientes de su familia se habrían visto forzados a transitarla en tales condiciones. Sinceramente, esperaba que no.

Helen sintió alivio cuando llegaron a lo alto de las escaleras sin encontrarse con nadie del servicio. No habría habido modo de evitarlos, y pese a haber sido capaz de engañar a la vieja de la cocina, estaba dispuesta a apostar a que su presencia habría levantado sospechas entre los demás criados, quienes probablemente conocían los nombres de sus compañeros de trabajo.

Griffin se detuvo en lo alto de las escaleras, mirando en ambas direcciones antes de hacerle señas a ella para continuar adelante. Fueron a parar a otro vestíbulo, este tan lujosamente decorado, que toda la planta semejaba una crisálida. Las alfombras eran mullidas, los muebles decorativamente tallados y lustrosos. El efecto era de un aislamiento absoluto del resto del mundo. Casi era posible creer que la casa estaba situada en un universo aparte, completamente separado del ruido, la delincuencia y el humo negro de Londres.

Agachándose, Griffin palpó con sus dedos una mancha húmeda sobre la alfombra antes de hacerle señas a Helen para que lo siguiese hasta la parte trasera de la casa. La guio pasando rápidamente por delante de las puertas cerradas a lo largo del pasillo. Ella no le preguntó si sabía adónde se dirigían, pero cuando se detuvo ante una puerta entreabierta al final del corredor, bajó la vista y comprendió.

Allí donde terminaba la alfombra, el suelo de madera estaba cuajado de gotitas de agua. Al mirar atrás se fijó en las manchas más oscuras que iban hasta el final del pasillo y supo que la muchacha había venido por este camino con la palangana.

Griffin abrió los ojos al oír las voces que salían de la habitación. Ambos se arrimaron a la pared para escuchar. Se hallaban completamente expuestos. No había

ningún hueco donde esconderse. Ningún rincón a oscuras. Si salía alguien de la habitación, los vería. Por primera vez, desde que hubieron bajado al túnel, Helen se permitió imaginarse lo que harían si los pillaban antes de que Darius los encontrara. Seguramente habría ventanas por las que podrían huir, pero era poco probable que pudiesen escapar por la finca si Alsorta aún podía dar órdenes a sus hombres.

Griffin cruzó con cuidado al otro lado del marco de la puerta, para que ambos pudieran asomarse por la abertura. Helen se inclinó hacia ella, la cabeza de Griffin apenas a unas pulgadas de la suya mientras trataban de mirar adentro sin hacer ruido. Ella solo pudo ver una parte pequeña de la habitación. Un decorativo papel damasquinado, que cubría las paredes. Un armario y un aguamanil cerca de una ventana. Y una mano, sumergiéndose rítmicamente en la palangana, haciendo tintinear suavemente algo contra el metal.

—¿Qué me he perdido?

Helen se tapó la boca con una mano, para contener a duras penas el grito que amenazaba con escapar cuando oyó la voz al lado de su oreja.

Volviéndose hacia el rostro sonriente de Darius, bajó el brazo para indicarle silencio, y frunciendo el ceño sin atreverse a decir nada en voz alta, Griffin se llevó un dedo a los labios, al tiempo que le señalaba a su hermano la habitación.

—¿Sabemos cuántos hay dentro? —le susurró Darius a ella en el oído.

Helen sacudió la cabeza y se inclinó hacia él.

—Creo que solo una criada. Pero no podemos estar seguros.

Antes de que Helen pudiese protestar, Darius se echó hacia la puerta y le dio suavemente con la punta del pie. Para alivio de ella, la puerta se abrió unas cuantas pulgadas más sin hacer ningún ruido.

Se asomaron más, y consiguieron ver a un hombre sentado en una silla, de espaldas a la entrada. Era Alsorta. Helen estaba segura de ello, incluso desde su limitada posición estratégica. Tenía el pelo canoso como en las fotografías que Galizur les había mostrado, y la rígida línea de su espalda revelaba el poder que estaba acostumbrado a ejercer sobre los demás.

La criada estaba de pie con una toalla, mientras un caballero anciano blandía una cuchilla en silencio.

La pasó por un lado de la cara de Alsorta antes de sumergirla de nuevo en el agua, y llevarla a la parte trasera de la cabeza del hombre.

Tras pasar una brocha en círculos por la piel de Alsorta, el caballero le raspó la parte posterior del cuello con la cuchilla. Helen se inclinó un par de pulgadas más, preguntándose si se estaba imaginando la imagen que poco a poco el paso de la cuchilla iba dejando a la vista. Pero no. Había algo allí. O tal vez parte de algo. Esperó a que el barbero remojara de nuevo su herramienta, y la deslizara suavemente por el cuello del hombre, revelando otro fragmento de la imagen.

Helen la miró detenidamente, intentando desentrañar de qué se trataba. ¿Un... dragón? Pensó que era un dragón tatuado en la piel. O algo parecido. Parecía algo

rodeado de llamas.

Se estaba dando la vuelta para preguntar sobre ello a uno de los hermanos cuando se fijó en Darius, que retrocedía por el pasillo, aún de cara a la habitación, como si temiese darle la espalda.

Griffin la cogió de la mano y la apartó de la puerta mientras ella se resistía, preguntándose por qué demonios tendrían que marcharse cuando ni siquiera habían intentado nada.

Y entonces vio la mirada de Darius mientras retrocedía, y aquello bastó para que el corazón le palpitara en el pecho como un animal asustado.

No era ira. Ni sarcasmo o amargura u odio. Cualquiera de ellas habría sido bienvenida. Esta vez había algo nuevo en la expresión de Darius. Algo que jamás había visto antes.

Miedo.

## VEINTINUEVE

Helen sacudía la cabeza mientras Griffin tiraba de ella para alejarla de la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —susurró, demasiado confusa como para quedarse callada—. Alsorta está ahí mismo. Está ahí mismo, Griffin.

Se encontraban a veinte pies de la habitación y aún continuaban retrocediendo con sigilo, como si trataran de escapar de un perro rabioso.

—No lo entiendes —murmuró Griffin enérgicamente—. Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

—¿Pero qué pasa con Alsorta?

Él sacudió la cabeza.

—Hemos cometido un error. Esto no lo podemos hacer solos.

Sin embargo ella se había escondido en demasiadas ocasiones en el pasado. Se había puesto a salvo entre las paredes de su casa mientras esta —y sus padres— habían ardidado a su alrededor. Ya no podía seguir escondiéndose.

—El hombre responsable del asesinato de nuestros padres está ahí. —Tiró del brazo que él le sujetaba con la mano—. No pienso marcharme hasta que no me des una buena razón.

Griffin se inclinó hasta acercar su rostro al de Helen.

—Ese no es Alsorta.

Ella se giró para mirar hacia la puerta.

—¿Qué... qué quieres decir? Es él. Sí. Esta es su casa.

—Esta es la casa de Victor Alsorta y esa... cosa de ahí dentro se hace llamar Victor Alsorta, pero no es un hombre, Helen. Es otra cosa. Algo mucho peor y muchísimo más peligroso.

—¿Qué? —Levantó la vista para mirarlo a la cara, sin comprender—. ¿Qué es, Griffin?

A pesar de hablar en susurros, cuando contestó su tono era feroz.

—Ese símbolo que tiene en el cuello es la marca de Alastor, uno de los demonios más letales de la Legión y miembro de la Guardia Negra. No estamos equipados para luchar contra él —continuó—. Aquí no. Ni ahora.

—Griffin. —La voz de Darius sonó como una advertencia desde el fondo del pasillo.

El más joven de los Channing le hizo un gesto afirmativo a su hermano antes de volver con Helen.

—Tenemos que salir de aquí. Nos reorganizaremos y regresaremos, lo prometo,

pero ahora tenemos que marcharnos antes de que nos descubran.

La súplica en sus ojos le aseguraba que estaba diciendo la verdad. Además, en el poco tiempo que conocía a los hermanos, nunca los había visto echarse atrás. Que ahora estuvieran haciéndolo le decía bastante de lo que necesitaba saber.

—De acuerdo, pero volveremos —insistió Helen.

Él asintió, casi tirando de ella en dirección a Darius, ahora a medio camino de las escaleras. Aún estaba retrocediendo, con el ojo puesto en la puerta entreabierta del fondo del pasillo, cuando su bota fue a parar a una tabla del suelo que crujió. El sonido cortó el silencio y se quedaron paralizados, mirándose unos a otros con pánico antes de volver a mirar hacia la puerta.

Helen echó un vistazo a las escaleras. Se encontraban lo bastante cerca. Eran la mejor opción. Había una puerta que daba al exterior en el lavadero. Si bajaban las escaleras corriendo y lograban salir por la puerta sin que los pillasen, tendrían posibilidades de adentrarse entre los árboles y regresar a los túneles. Y tal vez, solo tal vez, el ruido había pasado inadvertido. Quizás no había sido tan fuerte como parecía en el silencio del pasillo.

Pero mientras lo estaba pensando, oyó un arrastrar de pies proveniente de la habitación.

Después, todo sucedió demasiado deprisa. El ruido de unos pasos autoritarios que se dirigían hacia la puerta entreabierta, la cual se abrió de par en par para dejar a la vista a Víctor Alsorta, sus ojos centelleantes como dos discos de plata. Y luego su voz, tan fría y suave como el hielo mientras daba órdenes a alguien a quien Helen no veía.

—¡Intrusos! Haced sonar la alarma.

En menos de diez segundos saltó la ensordecedora sirena para partir en dos la noche. Parecía venir de todas partes a la vez, hasta del interior de su propia cabeza, y deseó que todo parase y tapase los oídos hasta que quedara en silencio.

Pero no tuvo tal suerte. Griffin la agarró de la mano y tiró de ella. Corrieron hacia las escaleras, dieron la vuelta a la esquina en una carrera desenfrenada y bajaron los escalones de dos en dos o de tres en tres, con Darius a la cabeza.

—¡Por ahí! —Helen señaló hacia la puerta del lavadero.

Darius corrió el cerrojo. La puerta se abrió y Helen y Griffin pasaron corriendo detrás de él. Helen apenas se percató del frío aire nocturno. Estaba demasiado ocupada corriendo hacia la fila de árboles, arrastrada por Griffin, quien seguía teniéndola fuertemente agarrada de la mano.

El terreno, donde antes había habido escasas luces parpadeantes, ahora estaba completamente iluminando, de manera que no había una sola sombra. Ningún sitio donde ocultarse. Una actividad frenética surgió a su alrededor: voces de hombres que gritaban, ruido de pisadas apresuradas entre los árboles...

Y los perros.

Helen los oyó a lo lejos. Tocó los dardos con los dedos, aún en la bolsa oculta

bajo el chaleco, mientras seguía a Griffin para adentrarse en el bosque. Una vez que la casa quedó fuera de su vista, perdió del todo la orientación. Sumergida en una oscuridad casi total, solo le cabía esperar que Darius, que iba delante de ellos, supiese a dónde se dirigía. Todo cuanto ella podía hacer era seguir corriendo, tratando de esquivar las nudosas raíces de los árboles que sobresalían del suelo, medio cubiertas por las hojas caídas.

Los perros estaban más cerca. Ladraban furiosos, ahogando los ruidos de los hombres que se gritaban unos a otros entre la arboleda. Los gruñidos y ladridos, no venían de atrás, sino que parecían estar justo delante. No entendía cómo los animales los habían rodeado para cortarles el paso cuando salieran de la zona arbolada, pero ahora había que correr. Para evitar enfrentarse a ellos, tendrían que alcanzar la entrada a los túneles antes que los perros los encontrasen.

—¿Falta mucho? —se atrevió a gritar, jadeando.

—No mucho. —La voz de Griffin quedó sofocada por los ladridos, las hojas que pisaban y la propia respiración agitada de la muchacha. Corrieron hasta que Helen pensó que sus piernas ya no resistirían más. Hasta que los pulmones se le salían por la boca. Las ramas bajas no cesaban de golpearla, y le dejaban cortes que escocían en los brazos y en la cara. Pero todo eso daba igual. Porque los perros estaban cerca. Demasiado cerca. No iban a llegar a tiempo a los túneles. Los animales les interceptarían el paso en cualquier momento.

Darius se paró en seco justo cuando una enorme bestia salió de pronto volando de entre los árboles delante de ellos. Aterrizó con un destello de su pelaje de ébano, gruñó y chasqueó bruscamente las mandíbulas desde el otro lado del claro en el cual se habían detenido.

Darius extendió sus manos.

—Buen chico.

El perro gruñó de nuevo, sacudiendo la cabeza. Un momento después, dos perros más aparecieron brincando entre la fila de árboles. Se detuvieron cerca del primero, gruñendo intensamente y mostrando los dientes.

—Estupendo —dijo Griffin—. ¿Y ahora qué? Los hombres no pueden estar ya muy lejos allá atrás.

En efecto, Helen los oía, y vio cómo sus faroles se bamboleaban entre los árboles mientras se abrían paso hacia donde se encontraban los perros.

—Mirad a la izquierda —dijo Darius, sin apenas mover la boca.

Helen siguió la mirada de Griffin hacia los arbustos. Al principio no lo vio, pero entonces el viento agitó la seda azul marino. Su cinta. Era su cinta. Habían encontrado el camino de vuelta a los túneles, aunque fuese demasiado tarde para escapar por ellos.

—¿Dónde está la entrada? —dijo Griffin en voz baja.

Darius movió su pie, aunque muy despacio, atrás y adelante sobre el suelo.

Los gruñidos aumentaron y el que estaba en cabeza ladró a modo de advertencia.

—¡Darius! —dijo Griffin—. Deja de moverte.

—Tú mira abajo —dijo Darius, sin apartar la vista de los perros.

Helen y Griffin bajaron la mirada a donde descansaba el pie de Darius, no sobre las hojas muertas que cubrían el suelo, sino sobre la tapa de madera que daba a los túneles.

Griffin tomó aire.

—Tenemos que encontrar el modo de distraer a los perros.

Como respuesta, los animales incrementaron sus gruñidos, y empezaron a avanzar lentamente hacia donde ellos estaban.

—¿Eso es todo? —preguntó Darius.

Helen se maravilló de que fuera capaz de bromear en una situación así.

Un grito de uno de los hombres, esta vez mucho más cercano, hizo que Helen se decidiese. Llevó su mano despacio hasta la bolsa a la altura de su cintura, se puso a hablar con toda la calma que pudo, tratando de no tomar contacto visual con los perros que gruñían y chasqueaban los dientes.

—Yo me encargaré de los perros. Vosotros quitad la tapa de la entrada al túnel.

Sintió la mirada de Griffin sobre su rostro.

—No pienso dejarte con esas bestias, Helen.

Le asustó la determinación que había en su voz. Tenía que hacérselo comprender. Era importante que confiase en ella. Sus vidas dependían de ello.

—Escucha —dijo, sacando uno de los dardos del cinturón—. Tengo algo que se encargará de los perros, pero tienes que abrir la entrada al túnel para que yo pueda meterme en cuanto hayan caído.

—¿En cuanto hayan caído? —Hasta Darius estaba perplejo.

Los perros, babeaban enseñando los dientes, cada vez más cerca.

—No tenemos tiempo —dijo Helen—. Voy a contar hasta tres. Y será mejor que os mováis y despejéis la escalera para que pueda meterme en cuanto termine.

—Pero... —empezó a decir Griffin.

—Uno —dijo ella con calma—. Dos...

Helen sintió alivio al ver cómo se tensaba el cuerpo de Darius. Al menos él haría lo que les pedía.

—Tres...

Todo pareció ralentizarse mientras su presión sanguínea se aceleraba. Tuvo una extraña sensación de euforia cuando sacó el primer dardo de la bolsa. Para los perros era señal de que se había terminado la espera y comenzaron a avanzar sobre las hojas muertas mientras Helen apuntaba rápidamente hacia el que iba en cabeza.

Escuchó cómo cobraba vida el diminuto motor y vio una luz roja que se encendió durante el vuelo del dardo. Rápidamente cogió velocidad. Casi se sorprendió cuando fue a dar contra el musculoso pecho del perro, tal como Galizur le había dicho. Estaba a punto de soltar el segundo dardo cuando el primer perro cayó al suelo con un movimiento nervioso. A Helen no le dio tiempo a apuntar debidamente, pero no



importaba. El segundo dardo alcanzó su objetivo tal como lo había hecho el primero.

*Uno más*, pensó, sosteniendo el tercer dardo delante de ella, observando cómo el último perro salvaba las pocas yardas que los separaban.

Lo soltó, y esperó verlo zumbar hacia su diana, como los demás. Pero algo fue mal. El dardo emitió un ruido como una tos seca mientras volaba erráticamente durante unos pocos pies y luego se estrellaba contra el suelo.

El perro se hallaba peligrosamente cerca cuando sacó el cuarto dardo de la bolsa. Tan cerca que podía oler su aliento cálido y rancio. Se tomó un segundo de más para apuntar bien y luego lo soltó, moviéndose ya y rezando por que el perro cayese.

Lo hizo un segundo después. Helen avanzó deprisa y se inclinó sobre los perros paralizados.

—¡Helen! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué estás haciendo?

Ella levantó la vista hacia Griffin. No había seguido a Darius dentro del túnel. Estaba sentado en el borde de la entrada, con los pies colgados sobre el vacío. Tal como prometió, y a pesar de sus deseos, no la había dejado sola.

Ella extrajo los dardos de la piel de los perros y los volvió a guardar en la bolsa mientras se dirigía al túnel.

—¡Te dije que te marcharas! —le gritó.

—Y yo te dije que no pensaba dejarte aquí.

Helen percibió por su tono de voz que nunca se plantearía abandonarla, pero no quedaba tiempo para discutir. Eso vendría después. Ahora tenían casi encima a los hombres. Tanteó el borde del peldaño de arriba, puso un pie sobre él y comenzó a descender. Casi estaba a punto de desaparecer por completo cuando otro perro surgió de pronto entre los árboles. Se veían luces de faroles a su espalda. Contó los dardos que había lanzado.

El primer perro, el segundo perro, el dardo defectuoso. El tercer perro.

Cuatro dardos usados.

Metió la mano en la bolsa, cerró los dedos alrededor del último dardo. Antes de que el perro hubiese cruzado la mitad del terreno que los separaba, ya estaba fuera y volando por el aire. Y después, Helen bajó la escalera lo más deprisa que le permitían sus pies, tirando de las piernas de Griffin, hasta que él también comenzó su descenso.

Arrastró la tapa sobre la entrada y el mundo se sumió en la oscuridad.

## TREINTA

—Es un anagrama —dijo Helen en voz baja, asomándose a la calle por un resquicio de las cortinas del salón.

—¿El qué? —preguntó Darius a su espalda.

—Alsorta. —Se dio la vuelta para mirarlo, evitando los ojos de Griffin—. Es un anagrama de Alastor.

Lo había descubierto repentinamente, mientras regresaban a la casa.

Darius respiró hondo, se pasó la mano por la barba incipiente de su mandíbula, y de repente, dio un manotazo sobre la mesa de té. Una fuente de plata y una palmatoria de cristal tallado repiquetearon como respuesta a su arrebato.

—Tenía que haberlo comprobado. —Su voz estaba cargada de reproche hacia sí mismo.

—Seguramente no tenías forma de saberlo. —A la propia Helen le sorprendió mostrarse tan comprensiva. Sentir hacia Darius algo que no fuera enfado le resultaba nuevo—. Pensabas que era un hombre. Como todos.

Notó lo furioso que estaba en el silencio que siguió. Y entonces habló Griffin, e hizo la pregunta que ella había estado esperando, aunque hubiese preferido que no la hiciese.

—Hay una cosa que no entiendo, Helen. —Dio unos pasos lentos por la sala. Se le veía tenso—. ¿Cómo sabías lo de los perros?

Habían corrido por los túneles siguiendo a Darius y sin atreverse a pararse o mirar atrás. Helen estuvo alerta a cualquier sonido detrás de ellos que pudiera indicar que los hombres de Alsorta les estaban dando alcance. Pero los túneles eran laberínticos, incluso si aquellos hombres los habían perseguido hasta el subsuelo, era improbable que hubiesen tomado exactamente los mismos giros y ramales que ellos tres.

Además, por precaución, la salida que había elegido Darius para volver a la superficie estaba bastante alejada del hogar de los Channing. El resto del camino tuvieron que hacerlo a base de saltos, hasta que pudieron atrincherarse en el interior de la casa, con las hoces preparadas, y atisbando entre las cortinas.

Hasta ese momento, horas después, no habían bajado la guardia lo bastante como para hablar acerca de lo sucedido.

Helen estaba de pie junto a la ventana, contemplando cómo el sol salía sobre Londres. Había estado buscando una respuesta a la inevitable cuestión desde el momento en que llegaron a casa.

Ya no podía eludir la verdad.

—Me lo dijo Raum —dijo en voz baja.

—¿Qué ha dicho? —Era Darius, hablando desde el sofá en el que se había tumbado cuando estuvo seguro de que de momento estaban a salvo—. Me ha parecido entender que Raum se lo dijo.

—Eso ha dicho. —Griffin se encontraba más cerca, detrás de ella—. Dime que no es verdad, Helen. Dime que no has estado colaborando con el hombre que mató a nuestros padres.

—No he estado colaborando. Y él no los mató. —Sabía que no debía decir aquello, aunque no estaba preparada tampoco para el estrépito que se oyó a continuación.

Al oírlo, se apartó de un salto de la ventana. Griffin había dado un puñetazo contra la pared, y un gran cuadro se había estrellado contra el suelo.

—Eso... no... importa. —La cólera bullía bajo sus palabras—. Ya lo hemos discutido antes.

—Bueno, puede que a mí sí que me importe —dijo ella, con vehemencia—. Para ti es fácil. Tú no lo conocías de antes. Tú no tienes que reconciliar al niño que fue con el hombre que es ahora.

Griffin se quedó completamente inmóvil.

—¿Y qué hombre es, Helen? ¿Qué clase de hombre es ahora?

Ella inspiró hondo.

—No lo sé. Solo sé que me dio información que nos ha servido para defendernos. De no haberlo hecho, bien podríamos estar muertos. ¿No entiendes por qué resulta difícil tildarlo de enemigo, a pesar de todo lo ocurrido?

Darius permanecía inusualmente callado, pero Griffin sacudió la cabeza.

—No, no lo entiendo. Y hay otra cosa que tampoco entiendo.

Ella aguardó, preparándose para la siguiente pregunta. La siguiente acusación.

—¿Cuándo has tenido ocasión de quedar con él, Helen? ¿Cuándo y dónde ha podido darte tal información ese traidor?

Tuvo que tragar el nudo que se le había formado en la garganta. Sabía que finalmente aquello llegaría, pero no le había dado tiempo a preparar su respuesta de modo que no hiriese a Griffin.

—¿Y bien? —insistió él.

Ella tomó una profunda bocanada de aire.

—La primera vez que me encontré fue cuando fui a ver las ruinas de mi casa. El día que averiguamos que Alsorta era quien lo había contratado.

Esperaba que eso le bastara, pero, por supuesto, no fue así.

—¿La primera vez?

Ella asintió.

—Lo vi una segunda vez. Ayer. Él... —vaciló, tratando desesperadamente de pensar en un modo de decirlo que no sonase tan inapropiado. No se le ocurría nada—. Me encontró en mi habitación.

Él se la quedó mirando, atónito, antes de saber qué decir.

—¿En tu *habitación*? ¿Aquí? ¿En nuestra casa? ¿Estuviste allí, hablando con él como con cualquier caballero, en la casa que pertenecía a personas de cuyo asesinato es responsable? ¿Nada menos que en tu propia habitación?

Sonaba mucho peor dicho por él. Ella deseaba gritar, ¡*No! No es así. Él pretendía ayudar ¡Fue el único modo de encontrarme a solas, y tenía que estar yo sola porque sabía que vosotros no lo escucharíais!*

Pero no dijo nada. Era exactamente tal y como decía Griffin. Debería haber matado a Raum cuando tuvo ocasión —o al menos hacer sonar una alarma para que Darius o Griffin pudiesen hacerlo— y todos ellos lo sabían.

—Sí —dijo ella en voz baja.

Él asintió despacio.

—Ya veo.

Se dio la vuelta, y se restregó cansadamente la cara con una mano, pero ya era demasiado tarde para ocultarle a ella el dolor de su mirada. El dolor que ella le había provocado.

El silencio se instaló entre ellos hasta llegar a desear incluso que Darius dijese algo. No le importaba lo rudo o sarcástico o condescendiente que fuera. Simplemente quería que alguien llenase el espacio dejado por la brecha que ella acababa de abrir en su relación con Griffin.

—Esos asuntos podéis discutirlos en privado —dijo Darius, como si estuviese escuchando su deseo silencioso—. Ahora sabemos que Alsorta no es un hombre corriente en busca de poder. Faltan dos días para la cumbre. Si no lo destruimos antes, será demasiado tarde.

Helen reflexionó sobre lo que decía. Dio vueltas mentalmente a los jugadores y fichas del juego. Algo no tenía sentido, no cuadraba como debiera. Al principio no estaba segura de qué, pero al momento cayó en ello.

—¿Por qué iba a importarle la cumbre? —preguntó—. ¿Por qué iba a preocuparse Alsorta del Sindicato? Acceder a los registros le dará mucho más poder que controlar una organización mortal, aunque sea tan poderosa como el Sindicato.

Esperaba que contestase Griffin. Que le diera alguna señal de que no pretendía quedarse callado y enfadado para siempre.

Pero fue Darius quien habló.

—Solo puede tener acceso a los registros *si consigue* encontrar la llave. Y es una condición muy importante. Únicamente quedan tres Guardianes y aún no ha dado con ella.

—Y si no lo hace... —empezó a decir Helen.

—Pues necesitaría un plan alternativo —acabó Darius—. Escucha, no estamos hablando simplemente de un demonio. Alsorta es miembro de la Guardia Negra. Ellos reciben órdenes directas de Lucius, señor de la Legión. Y no solo están buscando afianzarse. —Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza—. No. Esta vez, la

jugada es para apoderarse del mundo de los mortales e intentan conseguirlo de una manera u otra. Si Alsorta no encuentra la llave, a la Legión siempre le quedará el Sindicato para hincar de rodillas a la humanidad.

—¡La gente no se lo consentiría! —exclamó Helen—. No cuando sepan lo que es. Se enfrentarán a él.

—Los mortales no tendrían ninguna posibilidad. —Fueron las primeras palabras que Griffin había pronunciado desde que ella revelara lo de Raum. Casi se estremeció al ver el dolor en su rostro—. No contra un ejército de espectros y una organización capaz de hacer que sus vidas dejen de funcionar en todos los aspectos.

—¿Pero no decías que los espectros eran demonios menores? ¿Que son fáciles de combatir?

—Son manejables cuando aparecen de dos en dos o de tres en tres —dijo Darius—. Pero la Guardia Negra controla la Legión, y pueden sumarse por hordas aquellos con el poder de Alsorta. Coges unos cuantos demonios embrutecidos y desalmados, multiplícalos por millones, todos controlados por uno de los seres más poderosos y sobrenaturales de la historia de todos los tiempos, y tendrás un ejército que derrotará a la humanidad en menos de veinticuatro horas.

Helen podía imaginárselo. Un mundo en el que los espectros demoníacos salían por todas partes de las luces. Todo controlado por Alastor y el más grande de los demonios de la Legión.

Sería el fin del mundo tal y como lo conocían.

—Así que, de todos modos no necesita los registros —dijo Helen con cautela.

—Le proporcionarían control sobre el pasado —dijo Darius—. Pero si Alastor no puede encontrar la llave, al parecer la Legión se conformará con el futuro.

Sus palabras resonaron por la sala como una sentencia de muerte. Por fin Darius rompió el silencio.

—Deberíamos descansar hoy e ir a ver a Galizur cuando oscurezca. Necesitaremos más información si vamos a luchar contra Alastor.

—Alguien debería quedarse de guardia. —Griffin habló sin darse la vuelta.

—Yo haré el primer turno —dijo Darius.

Helen esperó, deseando decir algo, cualquier cosa, que lo arreglase todo con Griffin. Aunque no tardó mucho en darse cuenta de que era un deseo imposible.

Estaba tumbada en la cama, su cuerpo exhausto, pero su mente demasiado atareada para dormir, cuando oyó que llamaban. Al cruzar la habitación en dirección a la puerta, se alegró de haberse dejado la ropa puesta. A pesar de que no era del todo apropiado ir descalza y con la blusa desabrochada, seguro que era mejor que estar en camisón.

La abrió, y se sintió tan sorprendida como preocupada al encontrarse allí a Griffin. Medio lo esperaba y medio temía su aparición. ¿Qué más quedaba por decir?

—Entra. —Abrió la puerta del todo.

Él entró en la habitación de mala gana, como si fuese el último lugar en el mundo en el que quisiera estar. Ella cerró tras él, y observó cómo se dirigía hacia la ventana. Su cuerpo quedó iluminado por la dorada luz del amanecer que se filtraba por los cristales.

—Lo siento —dijo ella por fin, incapaz de soportar su silencio.

Él sacudió la cabeza, en señal de rechazo a sus disculpas, y de pronto ella ya no lo sintió en absoluto. Estaba furiosa. Furiosa porque la culpasen de salvar sus vidas gracias a lo que había logrado sacarle a Raum. Furiosa porque los hermanos se preocupaban más de responsabilizar a Raum que de capturar a Alsorta o Alastor, o cualquiera que fuese su nombre real, que al fin y al cabo era quien había ordenado la ejecución de sus familias.

Atravesó deprisa la habitación y se detuvo a su lado.

—Siento que estés enfadado, Griffin. Y siento... —Tuvo que tragarse su emoción para conseguir abordar la siguiente parte—. Siento haberte hecho daño. Pero no me arrepiento de haber usado la información de Raum para escapar esta noche. —Él no se movió, ni siquiera se giró para apartarse de la ventana y mirarla. Ella prosiguió, deseaba liberarse de todas las palabras que se había estado guardando—. Sé que deseas ver muerto a Raum, que crees que es responsable de las muertes de nuestros padres. Pero no es tan simple, Griffin ¿es que no lo ves? Raum nos ha estado persiguiendo bajo las órdenes de Alsorta. Y si no hubiese contratado a Raum, habría contratado a cualquier otro. No estoy tratando de excusarlo...

—¿De verdad? —la interrumpió Griffin—. Porque a mí sí me lo parece.

—Sé que lo parece. —Suspiró—. Es que es tan difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Raum lo perdió todo, y a pesar de que digamos que los Baranova se lo buscaron por traicionar a la Alianza, Raum no tuvo nada que ver con eso.

—Podría haberse quedado —dijo Griffin, testarudo—. Lo estuvieron buscando. Podría haberse unido a ellos y seguir sirviendo como uno de los Guardianes.

—Puede que no lo supiera —dijo Helen—. Puede que no supiera que lo estaban buscando a él.

Griffin le dedicó una mirada enfurecida.

—¿No crees que podría haberse enterado? A mí me parece que se las apaña bastante bien.

Ella levantó las manos, enfadada de nuevo.

—No lo sé ¿vale? Puede que creyera que iban a encerrarlo o a matarlo o lo que sea que le haga la Alianza a los traidores que no consiguen matarse antes ellos mismos. Lo único que sé es que era joven y estaba solo. Había perdido a sus padres y todo lo que tenía. Y vino alguien y le prometió algo que podría traerlos a todos de vuelta.

Griffin entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

Alsorta le dijo a Raum que si supervisaba las ejecuciones y encontraba la llave, podría acceder a los registros para cambiar cualquier cosa que deseara.

Vio en el rostro de Griffin que estaba empezando a comprender, aunque no era tan ingenua como para creer que eso arreglaría algo.

—Quería volver y cambiar lo sucedido a sus padres —constató Griffin.

—No solo eso —dijo Helen—. Cambiar lo que habían hecho. Enmendarlo.

Dejó caer el silencio entre ellos, esperando que tal vez aquella información ablandase el corazón de Griffin. Su esperanza se esfumó cuando él sacudió la cabeza.

—No importa. Todos los días le pasan cosas terribles a gente que no se aprovecha de sus circunstancias para justificar la muerte de otros.

—Yo no estoy justificando lo que hizo. Simplemente digo que no era más que un peón de Alsorta...

—De Alastor —interrumpió él.

Helen hizo un ademán de impaciencia.

—Lo que sea. Raum era un peón, como lo hemos sido todos. Y si tiene información que pueda ayudarnos a llevar a Alastor ante la justicia...

Griffin se giró hacia ella con gesto de incredulidad.

—¿No estarás sugiriendo que trabajemos con él?

Ella se apresuró a explicar:

—Simplemente estoy diciendo que en esta situación el mayor de los malvados es Alastor. Raum ha colaborado con él. Conoce su terreno. Probablemente sabe cómo actuar. Raum se arrepiente de lo que ha hecho. Lo sé. Lo puedo ver en sus ojos. —Ahora ya no podía detener las palabras. Salían de su boca casi sin pensar—. Él nos ayudará. Sé que lo hará. Si le pedimos ayuda, podemos detener a Alastor y quizás Raum se someta al castigo que le impongan los Dictata.

Según estaba diciéndolo, sabía que aquello era una mentira. Raum no se sometería a nada ni a nadie, pero ella no tenía tiempo de analizar su propia disposición a mentir en su favor.

—Jamás trabajaré con él, Helen. —El tono de Griffin era duro—. Jamás. Por nada. Y si tú lo haces... —Sacudió la cabeza.

—¿Qué? —murmuró ella—. ¿Qué pasará si lo hago?

Él se volvió, tenía la mirada en llamas.

—¿Sientes algo por él? ¿Es eso?

Helen empezó a sacudir la cabeza. A negar la acusación. Pero Griffin se acercó. Tan cerca que ella retrocedió hasta la pared esforzándose por evitar la emoción que transmitían sus ojos.

—¿Ha llegado a estar así de cerca de ti? —Ahora tenía el cuerpo de Griffin contra el suyo. Pudo sentir su calor mientras él trazaba con un dedo la línea de su pómulos al tiempo que sus ojos prendían fuego en los de ella—. ¿Te ha tocado, Helen? ¿Aquí en tu cuarto, como he hecho yo?

Ella sacudió la cabeza, incapaz de encontrar palabras para responder.

—¿Te ruborizas cuando está cerca —continuó Griffin, inclinándose hasta que sus labios estuvieron a unas pulgadas de los suyos— igual que haces conmigo?

Ella no contestó. Ambos respiraban pesadamente, pese a que ninguno estaba moviendo un músculo. Pudo sentir la fuerza física de Griffin enroscada en su cuerpo, pero no era miedo lo que corría por sus venas. Era deseo. Únicamente usaría su fuerza para protegerla: con su vida, si fuera necesario. Por alguna razón, eso lo sabía.

—No, no es igual —consiguió decir por fin, dejando a un lado el recuerdo de Raum en su habitación, sus ojos fijos en ella hasta hacerla sentir que todos sus secretos quedaban al descubierto—. Estuvimos hablando de todo lo que había pasado. De sus remordimientos. Y de nuestros planes de ir tras Alastor. Me advirtió sobre los perros. Eso fue todo.

—Si eso es todo ¿entonces por qué hablas de él con tanto cariño? ¿Por qué tus ojos tienen esa luz extraña cuando pronuncias su nombre?

—Me... me preocupa lo que pueda pasarle. —Le sorprendían las palabras de Griffin. Le sorprendían porque eran verdad—. Sé que ha hecho cosas terribles. Sé que ha hecho daño a gente. Que nos ha hecho daño a nosotros. Pero...

—¿Pero?

Ella suspiró.

—Hubo un tiempo en que era un niño pequeño que jugaba en mi jardín. Que venía a mi casa a merendar y me regalaba llaves sin troquelar como muestra de amistad. Al igual que todos nosotros, él ha sufrido una pérdida, y la ha soportado solo. Y sigue estando solo. Simplemente me preocupo por él como lo haría por cualquier amigo, a pesar de lo que haya hecho. —Miró desafiante a Griffin, directamente a los ojos—. Si no lo entiendes, lo siento.

Él no respondió. No de inmediato. Se quedó mirándola, y asomaron a su rostro frustración y rabia y algo parecido a amor.

Finalmente sacudió la cabeza.

—Tú no lo entiendes.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no entiendo?

Un fogoso brillo se apoderó de sus ojos.

—Aquella noche, cuando apareciste ante nuestra puerta, yo me había resignado a pasar una vida corta al lado de mi hermano. Los asesinos vendrían a buscarnos a Darius y a mí lo mismo que habían ido a por nuestros padres en aquella oscura calle de Londres. Tal vez pudiésemos librarnos de ellos durante un tiempo, pero había muy pocas probabilidades de detener al asesino. No cuando habían aniquilado a tantos antes que a nosotros. Yo lo sabía. Lo aceptaba. Casi agradecía saber de mi muerte inminente. Y entonces... —Vaciló.

—¿Sí?

Suspiró, dulcificando su expresión al mirarla.

—Y entonces tú apareciste en camisón con nada más que una bolsa de viaje y una



mirada aterrorizada, y supe que ya nada sería lo mismo. A partir de entonces, supe que daría mi vida por protegerte, y estos últimos días resulta que deseo seguir vivo. No solo hoy y mañana. No solo el tiempo necesario para matar a quienes asesinaron a nuestros padres, sino el suficiente para tener un futuro. Contigo.

Sus ojos estaban llenos de angustia. Ella deseaba desterrarla. Traer de nuevo la paz a su rostro, como cuando dormía con el gatito ronroneando bajito sobre su pecho a la luz del fuego.

Estiró la mano para acariciarle la mejilla.

—Griffin.

—¿No lo entiendes, Helen? Ya no habría vida para mí si no estás tú en ella. —Le cubrió una mano con las suya, y se la llevó a los labios—. Necesito saber que eres mía. Que solo yo soy dueño de tu corazón.

Sus ojos brillaban llenos de amor. Era un amor que ella podía ver y sentir. Un amor tan cierto como el sol naciente. Raum pertenecía a otro mundo. A otra vida. El niño que ella había conocido se había ido para siempre. No se podía cambiar el pasado, aunque así lo creyera Raum.

—Soy tuya, Griffin. —Hablaba en voz baja y segura de cada palabra—. Solo tuya.

Y cuando él bajó su boca hacia la suya, ella relegó los ojos azules de Raum a los confines de su memoria, y se perdió por completo en el apasionado beso de Griffin.

## TREINTA Y UNO

—¡Ha ocurrido algo! ¡Despierte, señor Channing! ¡Ha ocurrido algo!

Helen se despertó de golpe, parpadeó para disipar el sueño y se preguntó si no estaría imaginándose al chico que estaba de pie al lado de su cama.

—¿Qué pasa? ¿Quién eres tú y qué haces en mi cuarto? —le preguntó ella.

Las ventanas estaban oscuras, a pesar de que las cortinas estaban descorridas. Ella y Griffin debían de llevar dormidos mucho rato. Aun así, eso no explicaba la presencia del muchacho ante su lecho.

Algo debía de haberle ocurrido a Darius.

El pánico estalló en su interior cuando Griffin se incorporó y llamó al golfillo por su nombre.

—¿Wills? ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha sucedido?

—Es el señor Galizur —dijo muy agitado y sin aliento el niño llamado Wills—. Lo atacaron en la calle.

Griffin se puso en pie disparado.

—¿Qué quieres decir? —inquirió—. ¿Dónde está mi hermano?

El chico tragó saliva. Helen lo miró a la cara y supo con certeza que el miedo que reflejaba no se debía a la pregunta de Griffin.

—Ya se ha marchado, señor. Me dijo que los despertara a usted y a la señorita. —Sus ojos fueron a parar a Helen—. Y dijo que debían venir los dos, señor. Enseguida.

Nada de lo que había sucedido hasta entonces asustó a Helen tanto como la visión de la puerta entreabierta del edificio de Galizur.

Ella y Griffin habían salido de la casa en menos de dos minutos después de haber sido despertados por Wills. Saltaron de inmediato hasta casa de Galizur, esta vez cogidos de la mano. Era indudable que, fuera lo que fuese lo sucedido, no se trataba de nada bueno. Helen se sentía con más fuerza gracias a sentir las manos de Griffin en las suyas mientras se colocaban debajo de la farola, y se deslizaban por la oscuridad en su viaje a través de la luz. Un instante después aparecían enfrente del edificio de Galizur.

Pasaron al interior del frío recibidor. Habían roto los apliques y bajo sus pies cruzieron los cristales quebrados mientras se dirigían con precaución hacia el fondo. Helen pensó en Anna, en la diligencia con que se ocupaba de los cerrojos que aseguraban el edificio, y esperaba fervientemente que se hallase a salvo.

Tras cruzar el umbral de la segunda puerta, anduvieron unos pocos pasos más antes de que Griffin se volviese hacia ella, con un dedo sobre los labios. Helen se detuvo, y dirigió sus oídos hacia el ruido que salía de alguna parte del edificio. Eran voces susurrantes. Bajo la apariencia de una simple conversación, a Helen le pareció escuchar un llanto, aunque no podía estar segura.

Un momento después, Griffin le indicó con señas que siguiera adelante. Ella lo siguió, su ansiedad iba en aumento cada vez que atravesaban una puerta.

Algo iba muy, muy mal.

Por fin llegaron a la última puerta. Estaba abierta, lo mismo que las demás, Griffin se detuvo, y le hizo gestos para que se arrimase a la pared. Entendió que sospechaba que podía tratarse de una trampa. Griffin quería evitar una posible emboscada y echó un vistazo al interior de la habitación antes de indicarle por señas que entrase.

Con la mano sobre su hoz, Helen inspiró hondo y rezó en silencio una plegaria por Galizur y Anna. Justo en ese momento se escuchó un grito dentro. Le siguió el sonido de la voz de Darius que hablaba en un tono que ella jamás le había oído emplear.

—Anna... Anna —estaba diciendo, con la voz empañada de impotencia—. ¿Qué puedo hacer? ¡Dime qué hacer!

Y entonces oyeron a Anna, que hablaba muy bajo pero que no parecía que se sintiera amenazada.

Griffin suspiró y se volvió para mirar a Helen.

—Creo que va todo bien. Vamos.

Ella lo siguió al interior de la sala, y pese a estar impaciente por saludar a su amiga y preguntarle qué había sucedido y qué iba mal, no estaba preparada para lo que se encontró.

—¿Anna? —fue cuanto se le ocurrió decir al contemplarla arrodillada junto al sofá, inclinada sobre cuerpo de su padre que yacía allí boca abajo.

Anna volvió su rostro surcado de lágrimas hacia Helen.

—¿Qué ha sucedido? —Helen se acercó por el otro lado del sofá—. ¿Se encuentra bien?

Aunque ella sabía que Galizur no estaba bien. Tenía el rostro ceniciento, en cierto modo como si estuviese dormido. Bajo su cabeza una mancha oscura se extendía como una enfermedad, impregnando la tela del sofá.

Anna sacudió la cabeza.

—Está... —La voz se le atragantaba. Le llevó un instante calmarse antes de continuar.

—Se ha ido.

—¿Qué quieres decir? —Helen era vagamente consciente de la histeria que empezaba a apoderarse de su voz—. ¿Qué quieres decir con que se ha ido?

A pesar de saberlo, lo preguntó.

Griffin la cogió de la mano.

—Helen —empezó a decir.

Anna se puso en pie y se alisó el vestido mientras se le acercaba. Cogió las manos de Helen entre las suyas, mirándola a los ojos.

—Regresaba a casa desde la tienda de la esquina, cuando lo atacaron. Él... —Se limpió las lágrimas de sus mejillas de porcelana—. Consiguió llegar hasta aquí, pero murió poco después.

—¿Qué? No. —Helen sacudió la cabeza, retrocediendo como si con negarlo bastase para que todo fuese falso—. No. No puede ser.

—¿Fueron ladrones? —Griffin tomó la palabra a su lado—. ¿Espectros?

—Me temo que no —dijo Anna, bajando la voz—. Fueron los hombres de Alsorta, de Alastor.

Griffin se mostró confuso.

—No lo entiendo. ¿Para qué iban a ir a por Galizur? Fue designado como intermediario por los Dictata. Goza de inmunidad.

—Alastor no se atiene a las reglas, hermano. —Darius hablaba con amargura, poniendo sus manos sobre los hombros de Anna—. Por si no te habías dado cuenta.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Griffin—. ¿Cómo puedes estar seguro de que ha sido Alastor?

Darius extendió una mano hacia ellos y la abrió. Dentro había uno de los dardos de Galizur.

El tiempo pareció alargarse hasta el infinito cuando Helen lo miró. Retrocedió tambaleante, apartando sus manos de Anna, y les volvió a todos la espalda cuando fue consciente de lo ocurrido. Durante un instante no pudo ni respirar.

Una mano amable se cerró sobre su hombro.

—No es culpa tuya. —Anna hablaba con suavidad—. Padre quería que tú los tuvieras. Era su obligación ocuparse de que permanezcáis vivos. Siempre ha estado dispuesto a sacrificar su vida por ello.

—Pero yo me lo dejé —susurró Helen, dándose la vuelta para mirar a Anna. Vio cómo los animales, gruñían y rechinaban los dientes mientras avanzaban despacio hacia ellos, como caían al suelo cuando los dardos alcanzaron sus dianas. Y luego el último perro, abatido demasiado cerca de la posición de Helen en la boca del túnel—. Recuperé los cuatro primeros, pero el último animal se nos venía encima cuando estábamos bajando al subterráneo. Los hombres iban pisándole los talones.

—Lo entiendo, Helen. —Anna la miró a los ojos—. Lo mismo que mi padre.

Helen le devolvió la mirada y vio que Anna era sincera.

Aunque eso no lo hacía más fácil.

—Lo siento, Anna. Lo siento muchísimo. —Quiso llorar, pero no pudo, por supuesto. Quiso implorar su perdón, pero habría sido egoísta pedirle algo en aquellos momentos. En cambio se inclinó hacia delante, y envolvió en un abrazo a su amiga. Un instante después, se apartó para ofrecerle lo único que tenía. Una promesa.

—Lo pagará, Anna. Haré que lo pague.

Y aunque a la sonrisa de Anna apenas le quedaba un resto de su antiguo fulgor, Helen se sorprendió de ver que sus ojos seguían siendo, como siempre, una balsa de serenidad.

—Si Alastor paga por algo —dijo Anna— que sea por la ejecución de los Guardianes del mundo. Vuestra seguridad era el propósito prioritario de mi padre.

Griffin se llevó una mano a la frente.

—Se trata de infracciones muy serias del tratado. Un salvoconducto abierto para una guerra entre la Legión y la Alianza.

—A menos que podamos detenerlo —dijo Darius—. Aquí y ahora.

Griffin se dio la vuelta y paseó por la habitación.

—Solo que ahora Alastor sabe que vamos tras él. Ahora ya no nos será fácil acceder a sus propiedades.

—Asaltaremos las malditas propiedades, si tenemos que hacerlo —bramó Darius.

Su voz hizo estremecer a Helen, aunque a pesar de su aseveración, ella sabía que aquello no era posible. La experiencia le decía que serían liquidados por los hombres de Alastor, por sus perros, por su propio poder, antes de poder alcanzar siquiera su sanctasanctórum.

—Puede que tengáis los instrumentos necesarios para combatir a Alastor, si encontráis el modo de entrar en sus propiedades —dijo Anna, sorbiéndose la nariz—. Es cierto que la mayor parte de los inventos de padre aún no habían sido probados ni estaban listos para ser usados, pero algunos estaban casi, casi, a punto.

Griffin asintió.

—Algo es algo, aunque me temo que conseguir entrar en la propiedad va a ser al menos tan difícil como luchar contra Alastor una vez estemos dentro.

—A menos... —Helen sabía que Griffin se enfadaría con lo que iba a decir, y más aún Darius. Aunque ¿qué otra cosa tenían? El más joven de los Channing giró los ojos para mirarla.

—¿A menos que qué?

Ella se tragó su miedo y se obligó a mirarlo de frente.

—A menos que consigamos ayuda de Raum.

Durante unos instantes fue tal el silencio en la habitación, que creyó haberse quedado sorda. Ni siquiera podía escuchar su propia respiración en el vacío dejado por sus palabras.

Por fin habló Darius, su voz grave y amenazadora.

—¿Cómo te atreves a mencionar a ese... ese *traidor* en presencia de Anna? ¿En nuestra presencia? Antes preferiría estar muerto...

—Si te limitases a escuchar, verías por qué tiene sentido. Por qué esto puede ayudar a Anna —lo interrumpió Helen, deseando hacerlo callar. Hacer que escuchase antes de emprender el camino de las negativas, del cual no había vuelta atrás. Siguió hablando a pesar de que Darius seguía clamando, y ni siquiera podía estar segura de

si escucharía algo de su diatriba por encima de la suya propia—. Raum ha trabajado para Alastor, pero eso también significa que conoce mucho más las propiedades de Alastor que nosotros. Seguramente se habrá reunido con él en esa misma casa. ¿Cómo si no podía haber sabido lo de los perros? Ahí tenemos la ayuda, Darius. Ahí mismo. Sé que Raum nos ayudará si se lo pido. Y si tú la rechazas... si la rechazas, será solo por testarudez y rabia, no por el deseo de proteger a Anna. Decidas lo que decidas, al menos en esto, sé honesto contigo mismo.

Se sorprendió de encontrarse a todos callados. En algún punto de su discurso, Darius había dejado de hablar, a pesar de que ella no se hacía ilusiones.

—Tiene razón, Darius. Y me parece que tú lo sabes. —Helen se quedó absolutamente impresionada de escuchar a Griffin acudir en su ayuda—. La cumbre es pasado mañana. Necesitaremos toda la ayuda que podamos para destruir a Alastor antes de que la Legión mueva ficha para tomar el control.

—¿Tú, Griffin? —Darius se volvió hacia su hermano—. ¿Lo vas a permitir? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—No es que yo lo apruebe o desaprobe, hermano. En esto somos iguales. Todos buscamos venganza por la muerte de nuestros padres. Por la muerte de Galizur. Todos queremos ver a Alastor de vuelta en el infierno al que pertenece. Pero somos compañeros. Tenemos que decidir juntos. Simplemente te estoy diciendo cómo lo veo yo.

—¿Raum se sometería a la censura de los Dictata, si le concedieran una amnistía por ayudarte? —preguntó Anna.

Helen pensó en el destello de los ojos de Raum. En su actitud altiva y el modo en que se mantenía alejado del mundo. Pensó en todo ello y dijo la verdad.

—No lo sé.

Anna asintió, mordisqueándose el labio inferior. Se giró hacia Darius y tomó su mano grande entre la suya, mucho más pequeña.

—Si Raum puede facilitarte el acceso a la propiedad de Alastor e información acerca de su poder, merece la pena considerarlo.

—De acuerdo con las normas de los Dictata, a la vista de lo que ha hecho deberíamos matar a Raum —dijo Darius, enfadado.

—Sí —asintió Anna—. Pero si después de todo está de acuerdo en comparecer ante ellos, suponiendo que sobreviva, yo creo que ellos estarían de acuerdo en que pedirle ayuda es el modo más sensato de actuar.

—¿Y tú estarías de acuerdo con eso, Anna? —Darius miró a Anna a los ojos. Helen apartó la vista, tratando de proporcionarles toda la intimidad que podía, dadas las circunstancias. Lo que estaba sucediendo entre ellos parecía demasiado íntimo, demasiado personal, para que Griffin y ella formasen parte de ello—. ¿No te dolería vernos trabajar con la persona que, en última instancia, es responsable de todo? ¿Incluso de la muerte de tu padre?

—Me parece que es más complicado que eso —dijo Anna—. Todos lo hemos

perdido todo, incluso Raum. Creo que mi padre querría que libraras al mundo, y a sus Guardianes, de cualquier amenaza de la Legión. Y no creo que te reprochara la ayuda de ese descarriado para hacerlo.

Helen sintió el mundo entero pendiente del hilo del silencio que siguió a continuación. El mundo en el cual vivían y el orbe que giraba lentamente debajo de ellos. Ambos luchando por una oportunidad.

Por fin Darius se volvió hacia ella:

—¿Cómo sabes que vendrá?

*Si me necesitas, ahí estaré.*

Helen no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que lo dejó escapar.

—Vendrá.

## TREINTA Y DOS

—No me gusta mucho la idea de que Raum entré en tu cuarto, a pesar de que ya haya estado aquí antes. O tal vez por eso.

La voz de Griffin le llegó desde una esquina de la habitación. Estaba sentado entre las sombras, sin intención de impedir una posible visita de Raum, pero poco dispuesto a dejar a Helen a solas con él.

Y a pesar de que el tono de voz de Griffin tenía cierto humor, probablemente como deferencia a ella, Helen no era capaz de esbozar siquiera una sonrisa. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Anna. Aun ahora, era imposible escapar a la desolación que había en los ojos de la muchacha cuando cubrió con una manta el rostro de su padre y mandó recado de su muerte a los Dictata.

—Lo siento —dijo Helen—. Por todo.

—Helen. —La voz de Griffin era una caricia bajo la suave luz del fuego—. No tienes nada de qué disculparte. Anna tenía razón. Galizur sabía los riesgos que corría. Nuestra tarea es arriesgada. Todo el que nos ayuda, comparte también el peligro que corremos. No es un secreto, ni para ellos ni para nosotros.

—Aun así —dijo ella en voz baja—. ¿Qué va a hacer Anna sin Galizur?

—Lo mismo que todos. —Su voz estaba teñida de una profunda tristeza—. Continuar con la tarea a la que entregaron su vida nuestros padres. ¿No es eso lo que ellos hubieran querido?

Helen pensó en sus padres. En los ojos sonrientes de su padre. En su paciencia para enseñarle esgrima, equitación y tiro con arco. En las suaves manos de su madre y las muchas palabras sabias repartidas en pequeños paquetes que Helen podía abrir siempre que lo necesitara.

Como si su madre supiera desde mucho antes que no estaría aquí para ofrecérselas en persona.

Helen pensó en ambos y supo que Griffin tenía razón. Ellos querrían verla luchar. Librar al mundo de Alastor y ocupar su lugar entre los Guardianes. Mantener el orbe —y el mundo que representaba— girando hasta que los Guardianes fueran sustituidos.

—Tienes razón, por supuesto. —Se dirigió hacia el rincón en sombras—. Es lo que ellos querrían. Y sé que Galizur también lo querría así.

—Y nosotros nos encargaremos de que así sea. —Hubo una pausa en la que el único sonido era el crepitar del fuego—. Deberías dormir mientras puedas. Yo estaré alerta por si él... por si Raum aparece.



Sus sentimientos por Griffin se hicieron más profundos al notar lo que le costaba pronunciar ese nombre. No le gustaba hablar de Raum. Le disgustaba mencionarlo o asumir la idea de que entraría en su casa. No quería a Raum en aquella habitación en mitad de la noche. Pero lo permitía por la misma razón que le permitía a Darius tomar el mando. Los amaba. Helen se daba cuenta de ello ahora. Griffin amaba a su hermano.

Y la amaba a ella.

No era un amor egoísta o lleno de orgullo o dominante o lleno de expectativas.

Era simplemente amor. Y supo ahora que sucediera lo que sucediera, ella también lo amaba. Lucharía por protegerlo y hasta moriría si fuese necesario.

—¿Griffin? —lo llamó desde el otro extremo de la habitación.

—¿Sí?

—Te has convertido en mi amigo, y te amo. —Era cierto y justo, lo cual le facilitaba decirlo en voz alta.

Ella notó su sorpresa por su honda inspiración.

—Y yo a ti, Helen. Creo que te he amado desde el momento en que pusiste el pie en mi puerta. —Hizo una pausa—. Pero ahora, debo insistir en que duermas. Cuando te despiertes mi amor seguirá estando aquí.

Ella sonrió, aunque nadie podía verla, y luego se maravilló de haber podido encontrar una sonrisa en una noche como aquella. Fue lo último que pensó antes de sumergirse en el sueño.

—¿Helen? ¡Despierta! Viene alguien.

No sabía cuánto tiempo había estado Griffin exclamando su nombre. Cuando aún no había recobrado del todo la consciencia, escuchó arañazos en la ventana, y el raspar de unas botas en el alféizar.

Se quedó quieta, esperando, hasta que sintió el ruido sordo de unas pisadas sobre la alfombra.

Entonces se incorporó.

—Sabía que vendrías.

No es lo que había planeado decir.

—Me he enterado de lo que ha pasado. —Raum caminó con cautela y se detuvo al lado de su cama—. Te dije que aquí estaría si me necesitabas.

De pronto se sintió como una traidora. Había permitido que Raum viniese sabiendo que se vería sorprendido por la presencia de Griffin. Eso la colocaba en una situación precaria, atrapada en la telaraña de sus lealtades divididas y su afecto por dos hombres que, a efectos prácticos, eran enemigos mortales.

Pero ya era demasiado tarde para preocuparse de ello. Raum estaba allí, apunto de sentarse en un lado de su cama en el momento en que oyó a Griffin que se ponía en pie.

—Me parece que ya estás bastante cerca ¿no?

Raum se quedó paralizado un instante antes de levantarse, retrocedió despacio hacia la ventana como un animal enjaulado mientras escudriñaba las sombras.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —Incluso entonces su tono de voz era tranquilo, como si estuviese hablando del clima. Era la voz de alguien que llevaba mucho tiempo cuidando de sí mismo y escapando de más líos de los que Helen pudiera imaginarse.

—Griffin Channing. Tú mataste a mis padres —lo dijo con calma y resignación.

Helen sacó las piernas de la cama mientras Raum se volvía a mirarla.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó—. ¿Me has tendido una trampa?

Ella sacudió la cabeza.

—No se trata de eso. Necesitamos tu ayuda.

—Aunque eso sea verdad, me cuesta creer que uno de los hijos de los Channing busque mi ayuda. Saben lo que he hecho.

—Sí, lo sabemos —dijo Griffin.

—En ese caso —Helen notó con sorpresa que, mientras estaba hablando, Raum tenía una mano puesta sobre la hoz que llevaba al cinto. Ella pensaba que estaban reservadas a los Guardianes—, imagino que te gustaría matarme. Enviar mi cuerpo a los infernales Dictata como prueba de que el ejecutor está muerto.

Griffin asintió despacio.

—No voy a negar que una parte de mí haría exactamente eso. Pero me temo que no es tan sencillo.

Helen intervino.

—Estabas en lo cierto con lo de los perros. Estaríamos muertos de no habérmelo dicho. Galizur me dio unos dardos tranquilizantes para hacerlos dormir, pero me dejé uno olvidado y ellos... —su voz se quebró y carraspeó antes de continuar—. Averiguaron de dónde provenía y asesinaron a Galizur.

Había pesar en los ojos de Raum.

—Lo siento. Era un buen hombre. Recuerdo lo amable que fue, cuando yo era joven.

—Ahora tenemos un problema —dijo Griffin.

Raum levantó las cejas.

—Pensaba que ya teníais problemas.

—De los cuales tú no eres el menor de ellos.

Helen percibía la cólera creciente en el tono de Griffin y sabía que estaba cerca de perder los estribos. Tomó la palabra, esperando desviar la explosión entre ambos hombres, que a todos les costaría un tiempo y una energía que no podían permitirse.

—Victor Alsorta no solo es miembro del Sindicato —explicó ella—. Es Alastor, un miembro de la Guardia Negra de la Legión, que busca el control de los registros en provecho propio. No los quiere para aumentar su riqueza y poder, como pensamos al principio, sino para cambiar el curso de la historia que siempre se ha regido por la

ley de los Dictata. —Miró a Raum a los ojos, bajando la voz—. Aunque imagino que todo esto ya lo sabías.

—Sí.

No tenía sentido preguntarle por qué no se lo había contado a ella.

—Creemos que los otros miembros del Sindicato están planeando algo para derrocar a la cúpula, lo cual aceleraría considerablemente los planes de la Legión. La Legión preferiría tener acceso a los registros, pero si no logran encontrar la llave a tiempo, tenemos razones para creer que Alastor se apoderará del mundo a la fuerza.

Raum cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Helen continuó mientras Griffin se mostraba amenazante.

—Ya no podemos entrar otra vez en la propiedad de Alastor. No como lo hicimos. Estará alerta. Y preparado para recibirnos.

—Estoy esperando —dijo Raum.

Al tomar Griffin la palabra ella se ahorró el tener que decir lo que no podía.

—Tú has estado trabajando para él. Obviamente conoces su sistema de seguridad y probablemente bastantes más cosas que nosotros aún no sabemos. Necesitamos tu ayuda para entrar y matarlo antes de que él pueda acabar con los que quedamos.

A Helen el silencio que siguió le resultó esperanzador.

Entonces, Raum se echó a reír.

—¿Esperas que me crea que queréis que os ayude? ¿Qué me dejaríais luchar a vuestro lado? ¿Después de lo que he hecho?

El tono de su voz era de incredulidad, aunque Helen también percibía odio hacia sí mismo.

—No eras nuestra primera opción, créeme —dijo Griffin—. Pero es que ya no nos queda otra.

Raum entrecerró los ojos, mirando con suspicacia a Griffin y a Helen.

—Eso no es todo, ¿verdad? Cuando esto acabe no vais a decirme «muchas gracias y que te vaya bien».

—No, no va a ser tan sencillo —confirmó Griffin.

—Entonces, ¿qué?

Helen intentaba encontrar las palabras adecuadas para apelar a Raum. Tenía la sensación de que Griffin no las escogería con el mismo cuidado.

—Nos ayudarías como una muestra de buena fe —dijo ella, por fin—. Cuando todo haya pasado, suponiendo que sobrevivamos, consentirás en presentarte ante los Dictata para que te juzguen. A cambio de tu ayuda, nosotros les suplicaremos que sean indulgentes contigo.

Él no se echó a reír ni tampoco se burló de la sugerencia.

—Así que debo creer que los Dictata simplemente me perdonarán por haber ejecutado a los Guardianes del mundo...

—Dijiste que no los habías matado —interrumpió Helen.

Él asintió.

—Sin embargo ¿esperas que me crea que los Dictata me van a dejar marchar, sabiendo que ordené el asesinato de los Guardianes?

—Tú no. Alastor —protestó Helen. Oyó el bufido despectivo de Griffin ante el razonamiento y reprimió la necesidad de discutir de nuevo acerca de ese punto.

Raum volvió los ojos hacia ella.

—Es cierto que Alastor ordenó hacerlo, Helen. Pero yo os di caza. Os encontré. Saqué vuestras casas en busca de la llave. Y luego ordené a mis propios asesinos a sueldo que os asesinaran a vosotros y a vuestras familias.

La pena que mostraban sus ojos revelaba lo que le costaba decir la verdad. Ella sabía que era una verdad que él se había repetido a sí mismo cientos de veces desde que se habían encontrado, a pesar de que era la primera vez que se lo decía en voz alta.

—Y sin embargo, si nos ayudas a arreglar las cosas, creo que los Dictata tendrán en consideración las... circunstancias atenuantes de la situación. —Helen se quedó sorprendida del tono conciliador de Griffin. Quizás no le había pasado desapercibido el arrepentimiento de Raum, después de todo—. No será una carta blanca, no. Pero puede ser un buen comienzo.

Raum caminó hacia la chimenea. Se volvió de espaldas, buscando en lo posible algo de intimidad, mientras seguía manteniendo contacto visual con la habitación en la que se encontraban todos. Helen reconoció la maniobra. A todos les habían enseñado a no fiarse de nadie. También a Raum.

Se restregó la mandíbula con una mano, su rostro pensativo. No había garantía alguna de que fueran a imponerse a Alastor, ni siquiera con ayuda de Raum, aunque sin ella podía decirse que estaban sentenciados.

Él se giró para mirarlos.

—Lo siento. No puedo hacerlo.

—¿Pero, por qué? —A Helen le costaba trabajo hablar con el nudo que se le estaba empezando a formar en la garganta a causa de la desesperación. Dio unos pasos hacia él, y posó una mano en su brazo—. ¿Es que no te das cuenta? Te necesitamos. Ahora tienes la ocasión de arreglar las cosas. De empezar de nuevo.

—Ya lo he hecho —dijo, cansado—. No me quedan energías para hacerlo una vez más, y lo cierto es que no estoy seguro de que me importe el resultado.

Ella se estremeció ante sus palabras.

—¿No te importa lo que nos suceda? ¿Lo que me suceda a mí? —Irguió la barbilla y prosiguió—. No te creo. Sé que sí te importa. Puedo verlo en tus ojos.

Sus palabras cayeron sobre él como un mazazo. Durante un instante, había tal vulnerabilidad, tal ternura en su mirada, que a ella le entraron ganas de llorar. Luego, todo desapareció con la misma rapidez con la que había aparecido. Algo se impuso a la emoción y de nuevo su gesto se tornó despreocupado.

—Te deseo lo mejor, Helen. Eso es cierto. —La rozó al pasar de largo junto a ella

de camino a la puerta—. Pero no puedo hacer nada para ayudar. Tengo mis propios problemas. Ahora mismo, todos los criminales de los bajos fondos de la ciudad me están buscando, mortales y de todo tipo. Todo lo que puedo hacer es mantenerme vivo.

—Debí suponer que mirarías primero por tu interés. Es lo que has hecho siempre. —Ella sabía que no estaba siendo justa al lanzar esas palabras mientras él se batía en retirada. Raum se había visto obligado a cuidar de sí mismo. No había tenido a nadie que lo hiciera. Pero Helen ya no fue capaz de parar y continuó exclamando, mientras él llegaba a la puerta—. Pues entonces, huye. Huye de la posibilidad de algo duradero y bueno. Después de todo, ese es tu fuerte.

Él se paró en seco, la mano puesta sobre el pomo de la puerta. Griffin se colocó al lado de ella como para protegerla de una explosión inminente. Aunque al final, Raum no dijo nada. Simplemente abrió la puerta y desapareció en el pasillo.

Se desvaneció como si nunca hubiese estado allí.

## TREINTA Y TRES

—¿Qué es todo esto? —exclamó Helen, levantando un artilugio de metal en forma de espiral, que luego añadió al montón de encima de la mesa de trabajo.

Se encontraban en el laboratorio de Galizur, rebuscando entre montones de papeles y cajas llenas de piezas metálicas. Después de discutir un rato, habían acordado ver si había algo que pudiera servirles para luchar. Aquella noche iban a ir a la finca de Alastor. Sabían que era una misión difícil, pero no les quedaba otra opción.

La cumbre se celebraba al día siguiente.

La negativa de Raum a ayudarlos aún escocía. Helen estaba tan segura. Pero al final, resultó que ella tampoco le importaba. La vería morir a manos de Alastor antes de arriesgar su propia vida para salvarla.

—Padre siempre estaba trabajando en nuevos artilugios —dijo Anna desde el otro lado de la sala—. Me temo que me va a llevar mucho tiempo ponerme al día.

A pesar de que Darius le había implorado que descansase, Anna insistió en que ya se afligiría más adelante. De momento lo que necesitaba era mantenerse activa. Contribuir a la causa que había costado la vida a su padre.

—Deberíamos coger los glaives nuevos. —Darius sostuvo una de las pequeñas varas a la luz. Al momento se desplegó la lanza que Helen recordaba haber visto en su segunda visita a Galizur. Darius continuó—. Sé que aparte del experimento con los melones aquí en el laboratorio, no han sido probados, pero a mí me parece que funcionan bien.

—Yo estoy totalmente a favor —dijo Griffin—. Glaives, hoces... ¿qué más?

—¿Qué tal unos dardos nuevos? —Anna se levantó de su silla frente a la mesa y le mostró algo a Helen.

—Pero... —Helen bajó la vista, sorprendida de ver un puñado de dardos metidos dentro de una pequeña bolsa de cuero. A sus ojos, al menos, parecían idénticos a los que había fabricado Galizur—. Pensaba que solo había cinco.

—Había cinco dardos *terminados* —aclaró Anna—. Pero había unos cuantos más que simplemente necesitaban unos ajustes. Ahora deberían funcionar bien. Te doy de más solo por si acaso.

Helen contó diez.

—Déjame uno de esos... —dijo Darius, alargando una mano hacia los dardos.

Anna le apartó el brazo y cerró la bolsa para entregársela a Helen.

—Helen ya ha hecho un buen trabajo con ellos antes.

Ella se quedó mirando la bolsa que le tendía Anna. No había hecho un buen trabajo. En absoluto. Pero ofreciéndoselos, su amiga le estaba demostrando su perdón.

—Gracias. —Tomó los dardos. Miró a Anna a los ojos y supo que la muchacha la entendía.

—Pues muy bien. —Darius echó una ojeada a su alrededor—. ¿Y qué hay del fuego? ¿No estaba trabajando tu padre en un arma que lanzaba fuego?

Anna sacudió la cabeza.

—No va a funcionar. No con Alastor. Es un demonio, una criatura de fuego. Y aunque puedas defenderte de él con la hoz y el glaive, no te servirán para destruirlo.

Griffin la miró atónito.

—¿Qué quieres decir? El glaive es el único medio para acabar con las criaturas de otros mundos.

—Espectros, sí —dijo Anna—. Incluso demonios menores. Pero no a Alastor. A un demonio con ese poder, como mucho puedes enviarlo de vuelta al lugar de donde vino. A través de los tiempos han conseguido expulsarlo de cuando en cuando, pero jamás han podido destruirlo.

—¿Estás diciendo que es invencible? —preguntó Helen, que no entendía, entonces, por qué se preocupaban en armarse.

Anna suspiró.

—No exactamente. Hay una forma...

—¿Cuál? —preguntó Darius.

—Esta.

Helen se quedó helada al oír que la respuesta no la había dado Anna, como esperaba, sino que procedía del túnel de entrada al laboratorio.

La voz de un hombre.

Raum.

Entró en la sala de trabajo dando grandes zancadas y sosteniendo algo largo y fino en su mano extendida.

Darius se abalanzó sobre él, pero Griffin lo detuvo a tiempo. Su brazos se tensaron debido al esfuerzo por retenerlo.

—Piensa, hermano —dijo—. Piensa antes de actuar.

Raum no pareció tomarse en serio la amenaza.

—No es precisamente la bienvenida que me imaginaba —dijo, adentrándose más en la sala—. Después de todo, he sido invitado.

Helen cruzó los brazos sobre su pecho.

—Me parece recordar que rechazaste la invitación.

—Sí. —Su mirada se cruzó con la de ella—. Pero he cambiado de opinión. Suponiendo que aún quieras mi ayuda.

La sala se sumió en el silencio, salvo por el ruido de la tensa respiración de Darius mientras trataba de recuperar el control de sí mismo. Un momento después,

Griffin soltó a su hermano y señaló con la cabeza en dirección al objeto que Raum llevaba en las manos.

—¿Qué es?

Raum seguía expectante, como si esperase que Darius se abalanzara de nuevo sobre él y estuviera preparándose para el ataque. Por fin agarró el objeto por un extremo y tiró de él.

Helen no pudo evitar contener la respiración cuando una espada, resplandeciente y ligeramente curvada, emergió de la vaina que Raum tenía en sus manos. Era tal la belleza del objeto, tanta su perfección, que a su alrededor todo parecía difuminarse.

—Eso es... —Anna se acercó a Raum, sin quitar los ojos de la hoja, hasta que Darius la agarró del brazo con una mano protectora.

Raum asintió.

—Sí.

Anna sacudió la cabeza.

—¿Pero cómo la has conseguido? ¿*Dónde* las has conseguido?

—La he tenido en mi poder desde que me di cuenta de que Victor Alsorta era Alastor —dijo—. Digamos que es una especie de póliza de seguros.

—Pero solo existen tres. —Anna levantó la vista para mirarlo, obviamente reacia a apartar sus ojos de la espada—. Solo tres en todo el mundo.

—Ejem... —interrumpió Griffin—. Puede que sea el momento adecuado para que nos digáis a los demás qué es exactamente. Me doy cuenta de que se trata de una espada, ¿pero qué la hace tan especial? ¿Cómo va a destruir a Alastor si nada lo hace?

—Es la espada de la Eternidad —dijo Anna, como si todos tuvieran que saber a qué se estaba refiriendo—. Una de ellas.

—¿Y qué es la... espada de la Eternidad? —Helen casi se sentía ridícula diciéndolo en voz alta.

Fue Raum quien contestó.

—Al principio, existía un punto de entrada a este mundo para todos los de vuestra, *nuestra*, especie. Un lugar por el que los ángeles que se unían a este mundo entraban y aquellos que lo dejaban salían. Cuando se formó la Alianza, se encendió allí un gran fuego. Muchos, muchos ángeles han pisado ese suelo desde entonces. Pensaron en santificarlo. Aquellos que fueron escogidos para fundar la Alianza se reunieron para forjar y ungir tres espadas que contuviesen todo su poder concentrado en sus hojas para toda la eternidad. Solo con una de esas espadas, forjadas en honor de los tres primeros Guardianes, puede ser destruido un miembro de la Guardia Negra.

—Y solo si se usa de forma correcta —añadió Anna.

—¿Hay una forma correcta de usar una espada? —preguntó Griffin—. Siempre pensé que se trataba de un artefacto sencillo.

—Esta no —dijo Raum.

—Un demonio mayor solo puede ser destruido por una de las espadas, y solo si se



le atraviesa con ella el corazón justo al amanecer. —Ana hacía que pareciese sencillo. Como si tal conjunto de circunstancias extraordinarias fuesen algo corriente.

—No lo dirás en serio —dijo Darius con tono de incredulidad.

—Está diciendo la verdad —dijo Raum—. Las costumbres antiguas estaban plagadas de rituales. Muchos términos del Tratado se basan en ellos. Este es uno. Una manera de garantizar que incluso la Legión tenga algo de paz en este mundo si se adhiere a los términos del Tratado. Las espadas fueron guardadas bajo llave por la Alianza para asegurar un cierto orden entre nosotros y ellos.

—¿Cómo la has conseguido? —preguntó Helen.

—Eso no importa. —Raum eludió la cuestión, y apartó sus ojos de ella—. Nos ayudará a destruir a Alastor.

—Si podemos entrar en la finca y en la casa —le recordó Helen—. Por no hablar de coordinarlo todo correctamente y acercarnos lo bastante a Alastor para poder usarla.

—Cierto. —Raum envainó la espada y se la enganchó al cinturón—. ¿Cómo lo hicisteis la última vez?

Griffin se dirigió a una de las mesas de trabajo y desenrolló el plano de la propiedad de Alastor. Resultaba extraño, estar agrupados alrededor y observar los pasillos que habían recorrido, el terreno que habían cubierto al huir, como un montón de líneas rectas y marcas dispersas.

—Llegamos a través de los túneles, aquí. —Griffin golpeó con el dedo la zona arbolada entre la casa y la verja principal.

—¿Y salisteis por el mismo sitio? —Raum seguía mirando el dibujo.

—Sí —confirmó Griffin.

Raum levantó la vista para mirarlo.

—Eso es mucho terreno para recorrer, especialmente con los perros siguiéndoos la pista. Me sorprende que lo consiguierais.

Al observar el dibujo, la distancia que habían salvado desde la casa hasta la entrada al túnel, Helen no pudo estar más de acuerdo, aunque no lo manifestó en voz alta.

—No es que tuviéramos mucho donde elegir —se burló Darius.

Raum lo ignoró.

—Hay otras dos rutas de acceso, aunque ninguna de ellas está exenta de riesgos.

—¿Cuáles son? —preguntó Helen.

Él posó la vista sobre el dibujo.

—Una está aquí, en la cerca. —Señaló una zona en la parte trasera de la casa, mientras continuaba—. La vigilancia no es constante. La valla está demasiado alejada de la casa. En el bosque. Los guardias suelen saltársela una de cada dos rondas, más o menos.

Darius lo interrumpió.

—Dudo que ahora se la salten. Probablemente estarán en alerta total.

—Tal vez. —Raum se encogió de hombros—. Aunque yo creo que sigue siendo una entrada potencial si observamos a los guardias un par de horas antes. El problema es salir por ahí. La verja es de hierro y está rematada con pinchos. Llevaría algo de tiempo escalarla.

—¿Entonces cómo vamos a pasar por encima para entrar? —preguntó Helen.

La respuesta de Raum fue sencilla.

—Haciendo un esfuerzo. Tendremos que ayudarnos unos a otros y la última persona que pase por encima tendrá que hacerlo sin ayuda. Aunque con tiempo suficiente se puede hacer, y probablemente dispondremos de bastante cuando entremos.

Ahora Helen lo entendió.

—Pero para salir puede que tengamos que hacerlo a la carrera.

—Exactamente —dijo Raum—. Lo cual me lleva a la segunda alternativa. —Señaló un lugar conocido sobre el plano.

—¿La cocina? —preguntó Griffin.

—Hay una entrada al túnel por ahí. En la despensa.

—Nuestros planos de los túneles no mostraban esa entrada. —Había suspicacia en el tono de Darius, como si Raum estuviese tratando de llevarlos intencionadamente por mal camino.

—Eso es porque este dibujo se basa en planos distribuidos por la ciudad cuando se construyeron originariamente los túneles —explicó Raum.

Griffin levantó la vista del dibujo.

—¿Existen planos distintos de los que conocemos?

—Planos no —dijo Raum—. Pero Alsorta tenía una entrada privada a los túneles construida directamente desde la casa.

—¿Por qué iba a querer entrar al alcantarillado? —preguntó Helen.

—Si fueses miembro de la Guardia Negra disfrazado de hombre de negocios ¿querrías que tus socios utilizaran la puerta principal?

Griffin asintió convencido.

—Así que usa el túnel secreto como punto de entrada y salida para miembros de la Legión.

—Exacto.

—Mira qué práctico —dijo Darius con sequedad—. ¿Entonces, por qué no usamos el túnel para entrar en la casa en lugar de la verja?

—¿Por la cocina? —Raum levantó las cejas—. Está claro que nunca has pasado mucho tiempo en ninguna.

—Lo que quiere decir Raum —intervino Helen, tratando de evitar una discusión, o peor aún, una auténtica pelea—, es que en las cocinas siempre hay mucho movimiento, tanto de día como de noche. Puede que los criados estén preparando pan para hornearlo por la mañana, o limpiando después de una larga velada.

—Es probable que nos vean si usamos la entrada de la cocina —dijo Raum—. Es

menos peligroso para salir, especialmente si conseguimos destruir a Alsorta.

—Lo cual significa que trepamos por la verja de atrás para entrar, y usamos los túneles para escapar cuando lo hayamos hecho —terminó Helen.

Raum asintió.

—Y hay algo más.

Ahora todos lo estaban mirando; se habían olvidado del dibujo.

—¿De qué se trata? —preguntó Griffin.

—Alsorta, Alastor, tiene un método de iluminación moderno. Las lámparas se encienden con un sistema que transporta el gas por toda la casa. Se encienden y se apagan del mismo modo, con un interruptor. Habrá que apagarlas cortando el suministro desde el sótano.

—¿Por qué? —preguntó Helen—. ¿Para qué perder el tiempo? Podemos apagarlas sobre la marcha, si hace falta.

—¿Y darle a Alastor la oportunidad de convocar a los espectros?

Helen estaba empezando a comprender lo que había ido deduciendo de todas las cosas que había averiguado en los últimos días.

—Vendrán a través de la luz —dijo ella por fin—. Si se lo permitimos, darán el salto y acudirán en ayuda de Alastor.

—Sí, confirmó Raum. —Y mientras nosotros tengamos la posibilidad de deshacernos de Alastor y sus esbirros mortales, no me gustaría exponerme a otros seres extraños viéndome las caras con el mismísimo demonio y un ejército de subordinados, por muy estúpidos que sean.

Griffin se enderezó, su tono duro como el acero.

—Entonces no le concederemos la oportunidad de reunirlos.

## TREINTA Y CUATRO

—¿Cuánto tiempo más? —Helen intentaba impedir el castañeteo de sus dientes mientras permanecían escondidos en el exterior de la verja trasera de la casa de Alastor.

Habían llegado hasta la propiedad usando los túneles del alcantarillado. Saliendo en esta ocasión a dos millas de distancia de la casa. Caminando deprisa alcanzaron los límites de la propiedad en menos media hora. No les había resultado difícil permanecer ocultos. Usaron el bosque para bordear los terrenos hasta alcanzar la parte de la verja escasamente iluminada que Raum les había mostrado sobre el plano. Habían pasado al menos tres horas desde su llegada y Helen empezaba a temer que, llegado el momento, iba a estar demasiado congelada como para escalar la verja.

—Si se atienen al horario que ha mantenido hasta ahora —dijo Griffin desde el árbol más allá del de ella—, deberían estar de vuelta en diez minutos.

—Y deberían saltarse esta parte de la verja en la siguiente ronda —dijo Darius desde las sombras—. Lo cual significa que nos pondremos en marcha en cuanto pasen, para disponer del máximo tiempo.

Raum, apoyado contra un árbol al otro lado, no dijo nada. Helen percibía su aislamiento en todos los movimientos de su cuerpo. En la distancia que había mantenido entre ellos durante el camino hasta la casa. En la posición de su mano, sobre la hoz que llevaba al cinto incluso cuando no había ningún vigilante a la vista. Como si esperase que en cualquier momento ellos se volviesen en su contra. Como si no pudiera confiar en nadie, incluso a pesar de se habían unido a él y se estaban preparando para entrar en la guarida de Alastor.

—Voy a echar un vistazo a la verja —susurró Griffin a su derecha—. A lo mejor soy capaz de pensar en una estrategia para pasar más fácilmente por encima si la veo más de cerca.

Darius se acercó a él agachado.

—Iré contigo.

—Quédate aquí, Helen. No te muevas ni hagas ruido. —Posó la mirada sobre Raum—. A menos que necesites ayuda, claro.

Ella suspiró, sin saber si disculparse con Raum o comprender la preocupación de Griffin.

—Estaré bien. Tú ten cuidado.

Griffin asintió. Un segundo después habían desaparecido entre un ligero rumor de hojas.

Helen se volvió hacia Raum.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—No hace falta que te disculpes. Si yo fuera Griffin, también querría protegerte de mí.

—Aun así... —dijo ella—. Nos estás ayudando. Eso debería contar para algo.

—Por la experiencia que tengo, nada cuenta para nada. —A pesar de las palabras, su tono de voz carecía de amargura. Arrastraba la misma resignación de siempre. Como si supiese demasiado acerca del mundo. Como si vislumbrara el futuro y supiese ya que no tenía sentido ir en contra de cómo eran las cosas.

—Aun así, tú estás aquí.

Ella vio cómo asentía en la oscuridad.

—Sí.

—¿Por qué? —susurró ella—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Él recogió una ramita del suelo, y le dio vueltas en sus manos mientras hablaba.

—Mi vida. O mi falta de vida.

—¿A qué te refieres?

—Ha estado bien, cuidar de mí mismo estos años atrás. Estar solo. —Por su tono, ella sabía que era una mentira, pero no podía herir su orgullo diciéndoselo. Lo escuchó callada mientras él proseguía—. Pero eso no es vida. La verdad es que no. Creo que va siendo hora de que me enfrente a los Dictata y ser libre de verdad. Estoy cansado de huir. —Hizo una pausa—. Y luego estás tú.

Esta última parte la sorprendió.

—¿Yo?

—Sí —dijo él, suspirando.

—¿Qué pasa conmigo?

Hubo una larga pausa antes de que él tomase de nuevo la palabra.

—Hacía ya mucho tiempo que nadie creía en mí, Helen. Hace mucho que ni yo creía ya en mí mismo. Aunque estos últimos días...

—¿Sí? —preguntó ella con suavidad.

Él empezó a levantar con aire distraído las hojas del suelo.

—He sentido tu confianza en mí, y aunque parezca poca cosa, he empezado a preguntarme si no será eso lo que realmente necesitamos. Una persona que nos conozca de verdad. Una persona que conozca la oscuridad que escondemos en nuestro interior y de todas formas crea en nosotros.

Ella pensó en lo que estaba diciendo, preguntándose si sería cierto.

—Y hay algo más —dijo él, bajando la voz.

—¿Qué es?

—No quiero que nadie te haga daño. —Se volvió hacia ella, buscando sus ojos en la oscuridad—. Es una locura ¿verdad? No nos vemos desde que éramos niños, y sin embargo siento un deseo enorme de protegerte.

A Helen, aquella confesión le cortó la respiración. ¿Qué podía decir? ¿Que desde que él la había encontrado en el edificio de la fábrica ella ya no estaba segura de nada? ¿Que permanentemente se cuestionaba sus lealtades a causa del lejano recuerdo de un niño de ojos azules que la miraba con afecto y le regalaba llaves sin troquelar en el jardín?

Él había sido sincero con ella. Ella también lo sería.

—Yo siento lo mismo contigo.

Él soltó una risita en voz baja en la oscuridad. Era tensa e insegura, como si no riera desde hacía mucho tiempo.

—Aunque aprecio el sentimiento, me parece que no necesito de tu protección. Te saco un pie de altura y peso unas cien libras más que tú.

A ella aquello le hizo sonreír, como si los uniese algo cálido y familiar. Como cuando uno se mete en su propia cama después de un largo viaje.

—Sí, pero hay otra clase de peligros —dijo ella.

—¿Cómo cuáles?

—Soledad. Culpa. Desesperación. —Sonrió—. Por nombrar unos pocos.

—¿Qué piensas hacer cuando todo esto haya pasado? —preguntó Raum.

—No lo sé. Supongo que aprenderé lo que necesito para desempeñar mis obligaciones como miembro de los Guardianes. Reconstruiré la casa en la que me criaron. —Su mirada se cruzó con la de él—. Plantaré un nuevo jardín.

No podía apartar su mirada de él. No cuando él le puso la mano sobre la mejilla. Ni cuando le acarició suavemente los labios con su pulgar. Tenía la piel callosa y áspera, y ella se deleitó con su contacto. En sus ojos se reflejaba todo el dolor de ella, y también todo su afecto.

—Ya viene el vigilante. —Raum bajó la mano de su rostro cuando apareció Griffin—. En cuanto pase nos ponemos en movimiento.

Helen asintió, su rostro ardiendo de vergüenza, y, siendo sincera consigo misma, de algo peligrosamente cercano al deseo.

Darius se colocó junto al tronco del árbol más allá de Griffin. Instantes después, Helen oyó las pisadas del vigilante que se acercaba por el otro lado de la verja. Por la luz dedujo su posición y observó cómo avanzaban las extrañas formas que su farol arrojaba entre los árboles. Fue una pasada rápida, tal como esperaban. Si Alastor había puesto en alerta a sus hombres, debían de estar centrados en otro lugar. Evidentemente, a nadie le preocupaban los límites de la arboleda de la parte trasera de la casa. Aquello indignó a Helen. Obviamente, Alastor los creía tan estúpidos como para usar dos veces el mismo punto de entrada y salida.

Se quedaron a la escucha mientras los pasos del guardián se desvanecían en la distancia y su luz desaparecía en la noche. Entonces los cuatro se incorporaron y se pusieron en movimiento.

—Creemos haber encontrado un sitio por el que pasar —dijo Griffin—. Vamos.

Ella siguió a los hermanos mientras notaba la presencia de Raum a su espalda.

Hacía esfuerzos por quitarse de la cabeza lo que había sucedido entre ellos mientras Griffin no estaba. Todo lo que importaba era el aquí y ahora, evitar que Alastor y la Legión se apoderaran del mundo.

Llegaron hasta la verja metálica. Helen miró arriba, intentando ver el final. No lo consiguió. Bien debido a su altura o bien a que los hierros se fundían en la oscuridad que los rodeaba, la verja parecía alzarse y alzarse, extendiéndose sin fin hacia el cielo nocturno.

Un primer espasmo de pánico se apoderó de ella, pero se olvidó de él en cuanto Griffin comenzó a desabrocharse la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

—Vamos a hacer una escala —explicó él—. Ataremos nuestras camisas y tú añadirás... lo que puedas, mientras sea decente...

—Espera un minuto —lo interrumpió, segura de no haberle entendido bien—. ¿Quieres que me desvista? ¿Aquí?

—Es la única manera —continuó Griffin, quitándose la camisa para dejar al descubierto sus musculosos hombros—. Si atamos la escala en la parte alta, dejando que cuelgue por el otro lado de la verja, la podemos usar para subir y bajar. Darius irá el primero, seguido de Raum. Después, yo te daré un empujón.

—¿Y luego qué? Estaba tratando de imaginárselo mentalmente y cuando comprendió lo que estaba sugiriendo, deseó sinceramente equivocarse.

Él la miró a los ojos.

—Tendrás que usar los nudos de la escala para colocar los pies y las manos, pero será más fácil que escalar la verja sin más. Los barrotes son de hierro liso. No hay nada donde agarrarse.

Solo de oírlo le entraron ganas de soltar una carcajada. Ella apenas era capaz de montar a caballo sin caerse. Escalar a media noche una verja de hierro rematada por puntas afiladas no prometía nada bueno.

Pero sabía que de nada serviría discutir. Lo importante era entrar.

Y si los hombres podían hacerlo, ella también, aunque requiriese trepar por la escala a medio vestir en medio de un bosque.

Se quitó la chaqueta y se la entregó a Griffin, que ya estaba atando su camisa a la de Darius. Unos segundos después, Raum le entregaba a ella su camisa para añadirla a la escala. Percibió el aroma de algo almizclado y cálido en la tela y vislumbró el momento en que él le había tocado los labios con su pulgar. Se apresuró a pasarle la camisa a Griffin antes de distraerse aún más.

Esperaba que con su chaqueta, colocada en medio de las dos camisas fuera suficiente. Pero cuando Griffin y Darius extendieron las ropas anudadas, se dio cuenta de que con ello no llegarían a ninguna parte.

Griffin se dirigió a ella.

—Lo siento, Helen. —Su mirada se posó sobre su pecho—. ¿Llevas algo puesto debajo de eso?

Las mejillas de ella se ruborizaron.

—Solo un corsé y blusa.

Él inspiró hondo, con gesto de disculpa.

—Me temo que vamos a necesitar tu blusa. Aun así no llegará tan abajo como me gustaría, pero cualquier cosa, por pequeña que sea, servirá de ayuda.

Ella asintió, consciente de que el tiempo se les escapaba. Dejando a un lado su pudor, empezó a desabrocharse la blusa, evitando las miradas de los hombres cuando se la quitó y se la pasó a Griffin.

No le llevó mucho terminar la escala. Una vez lo hizo, revisó de nuevo los nudos y se giró hacia Darius.

—¿Preparado?

Darius asintió.

Griffin lanzó uno de los extremos de la improvisada escala hacia lo alto de la verja. No funcionó, y lo intentó unas cuantas veces más antes de volverse hacia ellos, frustrado.

—Es demasiado ligera. No consigo hacer pasar el extremo por encima de la verja. Raum escogió una gran piedra del suelo y tendió una mano hacia la escala.

—Déjame.

Griffin vaciló un momento antes de entregársela.

Una vez que Raum la tuvo en sus manos, formó un bolsillo en uno de los extremos, colocó dentro la piedra e hizo un nudo para asegurarla en su sitio. Luego retrocedió y la lanzó. La piedra, arrastrando el resto de la escala, salió volando por encima de la verja. Helen observó cómo se desplegaban por el otro lado sus ropas anudadas.

—Bien hecho —dijo, Griffin, mirando a Raum.

Darius se acercó a la verja, y agarró ambos extremos de la escala para atarlos juntos. Dio unos pasos atrás tirando de ellos hasta que poco a poco el nudo fue subiendo hasta la parte alta de la verja. Le dio un último tirón bien fuerte, asegurándose de se había enganchado con seguridad allá arriba. Luego la soltó, dejando que colgase a cada lado de la verja de hierro un extremo de la escala.

Agarrando el extremo más cercano a él, miró a Griffin.

—Te veo al otro lado, hermano.

Empezó a trepar.

Lo hacía parecer fácil, pero Helen sabía que aquello era engañoso. Darius era fuerte. Se impulsaba él mismo con rapidez de nudo en nudo, usando sus pies para mantener el equilibrio sobre la escala que se balanceaba. Por fin oyeron el ruido de las botas sobre el metal y supieron que había llegado arriba. En menos de un minuto bajó hasta el suelo por el otro lado.

Darius les sonrió entre los barrotes de la verja.

—Pan comido.

Raum agarró la escala, y levantando la vista hacia lo alto, comenzó a trepar sin



decir una palabra. Estaba a la altura del segundo nudo cuando dejó de moverse. Segundos más tarde volvió a bajar al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Helen—. ¿Algo va mal?

Él titubeó un momento antes de echar mano a su cinturón.

—No puedo moverme con libertad con la espada balanceándose a mi lado.

Se volvió hacia la verja, posando sus ojos en Darius a través de los barrotes. Al momento pasó la espada a través de ellos con lógica reticencia, y regresó a la escala sin decir nada. Nadie abrió la boca mientras él subía hacia la oscuridad. Su ascenso resultó ser igual de natural que el de Darius, y en Helen se fue instalando el nerviosismo mientras él trepaba. Ella sería la siguiente, por mucho miedo que tuviera.

Raum saltó al suelo por el otro lado. Tenía la frente sudada, mientras le tendía la escala a Helen por fuera, a través de la verja.

—Puedes hacerlo —lo dijo mirándola a los ojos, y en ese momento Helen lo creyó.

Cogió la escala y la estudió como si fuese a ofrecerle alguna pista.

—Estira los brazos todo lo que puedas —le dijo Griffin en voz baja—. Agárrate de uno de los nudos e impúlsate hacia arriba hasta que notes otro bajo tus pies.

—¿Y luego qué? —preguntó ella, con voz temblorosa.

—Sigues haciendo lo mismo —se limitó a decir él—. Estiras, te impulsas, mueves los pies hasta el nudo siguiente. La escala se balanceará un poco, pero no puedes perder mucho tiempo en la misma posición. Si no se te cansarán los brazos. Intenta no dejar de moverte.

Ella asintió, y repitió:

—No dejar de moverme. Vale.

Griffin echó un vistazo a su alrededor, impaciente, y ella se dio cuenta de que estaba preocupado por el tiempo. Tiempo que ella estaba desperdiciando poniéndose nerviosa. Se acercó a la escala y levantó la cabeza en busca de uno de los nudos. Cuando lo encontró, titubeó, sabiendo que una vez hubiese empezado ya no habría vuelta atrás.

Realmente no la había. Alastor había ordenado el asesinato de sus padres. Si lo dejaban mañana llegar a la cumbre, usaría su poder para dominar el mundo, con o sin la llave, que de todos modos encontraría en cualquier momento. Era inevitable.

Solo quedaban tres de ellos. Tres Guardianes. Uno de ellos la tenía.

Una vez que Alastor lo averiguase, cambiaría el curso de la historia en su propio provecho. Helen podría dejar de existir. Peor aún, podía verse esclavizada por el mismo Alastor o por otro *ser* aún peor. Las posibilidades era terroríficas e infinitas.

Había llegado el momento. Había que hacerlo.

Se obligó a sí misma a aceptar la verdad y luego se impulsó y elevó su cuerpo a un pie del suelo, mientras sacudía los pies buscando la escala para agarrarse.

No era fácil. Ni la mitad de fácil de lo que Darius y Raum hacían que pareciese.

La escala giraba de un lado a otro, haciéndole casi imposible encontrar el nudo

con sus pies. Estaban empezando a cansársele ya los brazos cuando por fin encontró el siguiente. Recordó las instrucciones de Griffin y resistió a la necesidad de descansar.

Se obligó a continuar, aseguró sus pies y levantó la mano en busca del siguiente nudo por encima de su cabeza antes de mover los pies. Esta vez resultó más fácil. Encontró el nudo apenas unos segundos después de patear a ciegas en la oscuridad.

—¡Bien! —susurró Griffin desde abajo—. Ya lo has conseguido. Ahora sigue.

Lo hizo. El resto del mundo se desvaneció. Hasta su misión de destruir a Alastor fue relegada a un remoto rincón de su mente. Ahora solo existía la escala. La escala y la oscuridad y el cielo aterciopelado encima de ella. Estiraba y tiraba y movía los pies a pesar de que los brazos le ardían a causa del esfuerzo.

Entonces llegó. Al detenerse, se dio cuenta de que no había preguntado qué hacer una vez hubiese llegado arriba. Probablemente porque una parte de ella no creía que fuera capaz de llegar tan lejos.

Sin embargo ahí estaba, y sería una locura llamar abajo a Griffin. Era una verja. Puede que no fuese una atleta, pero sabía que solo había una manera de pasar por encima.

Eran los afilados remates lo que le daba miedo. Le preocupaba que se le enganchara la ropa, o peor aún quedar empalada. Aquel pensamiento, con todo lo morboso que era, le dio una idea.

El brazo derecho le temblaba mientras soltaba el izquierdo para alcanzar a través de los barrotes la otra parte de la escala. Cuando por fin la tuvo en sus manos, utilizó la tela para tapizar los pinchos de lo alto de la verja. Trabajó con rapidez, sabiendo que no iba a tener fuerzas eternamente. No quedó perfecto. Algunos aún asomaban cuando por fin terminó. Pero donde antes había una intimidatoria punta metálica, ahora tenía algo suave donde apoyarse. Suponía que la escala sería algo más corta para bajar, pero ahora no se podía preocupar de eso, colgada allí arriba tan alejada del suelo, desesperada por abrirse paso por encima de la verja para poder comenzar el descenso.

Puso su mano derecha sobre el extremo de los barrotes e hizo lo mismo con la izquierda, usando ambas para equilibrarse mientras subía los pies uno o dos nudos más. Luego, cuando tuvo los pies incómodamente cerca de sus manos, levantó una pierna por encima de la verja.

De inmediato notó la mordida del metal en su piel. Era algo pasajero. Después de aquello, todo fue necesariamente deprisa, y no podía pararse a examinar el tamaño de sus heridas. Su corsé se desgarró al arrastrar su vientre por encima de los barrotes cubiertos de tela. Alzó la otra pierna en el último minuto.

Lo único que podía hacer era no soltarse y caer, aunque se obligó a tomarse unos segundos para equilibrar su cuerpo antes de tantear los nudos de la escala con sus piernas. Bajar fue más fácil, aunque los brazos le temblaban por el esfuerzo. Al menos lo peor ya había pasado. Ocurriera lo que ocurriese ahora, a cada paso que

daba estaba cada vez más cerca del suelo.

Hasta que llegó al extremo de la escala.

—Se me ha acabado la escala —le susurró a quien la escuchase— he tenido que usarla para pasar por la parte de arriba.

—Está bien. —Desde abajo le llegaba la voz de Raum—. Puedo verte. No estás muy lejos del suelo. Suéltate y yo te recojo.

—¿Estás seguro? —Ahora la escala le resbalaba por las manos, manchadas de sudor o lo que ella temía que pudiera ser sangre.

—Seguro —dijo él—. No te dejaré caer. Te lo prometo.

Al oír aquellas palabras se soltó. Raum no la dejaría caer. A pesar de todo, él lo había dicho. Lo había prometido.

Y ella le creía.

Se soltó, y un momento después estaba en sus brazos.

## TREINTA Y CINCO

Él la sostuvo unos segundos más de lo necesario, y sus alientos se mezclaron en el frío aire de la noche. Finalmente la soltó y ella se alejó unos pasos con la mayor naturalidad que pudo.

—Gracias. —Parecía demasiado simple para un momento tan íntimo como aquel, pero era lo único apropiado que podía decir estando Darius tan cerca y Griffin apenas unos pies más allá al otro lado de la verja.

Griffin subió y pasó por encima con mucho menos teatro. Debía de haber desenrollado la tela de lo alto de la verja, porque un minuto después de haber empezado a subir por el otro lado, la escala cayó en toda su longitud delante de Helen. En segundos Griffin estaba junto a ellos.

—¿Qué pasa con la escala? —preguntó Helen cuando Griffin recobró el aliento.

—Tendremos que dejarla —dijo Darius—. No importa. Los vigilantes no volverán por aquí hasta dentro de un rato. Además, les va a resultar difícil ver la escala a través de los árboles.

Helen no estaba muy contenta con la idea de completar su misión con tan poca ropa encima, pero nada se podía hacer al respecto.

—¿Cuál es la mejor manera de entrar en la casa? —Por primera vez Darius miró directamente a Raum.

—Depende —dijo Raum.

—¿De qué?

—De si una criada se escapa de su cuarto para ir al encuentro de un pretendiente, o de si el viejo mayordomo se ha dejado una puerta abierta.

—¿Entonces entrar en la casa depende del azar? —preguntó Helen.

Raum levantó la vista para mirarla.

—Todo depende del azar, Helen.

Ella no tenía tiempo de descifrar lo que quería decir con eso.

—Aún nos queda un rato antes de que pase la siguiente ronda —dijo Griffin—. Si tenemos cuidado y nos quedamos cerca de los árboles, podríamos echar un vistazo a la casa sin que nos descubran.

Ya estaban todos en marcha cuando Helen se dio cuenta de que Raum no los seguía. Se dio la vuelta y lo vio plantado con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Qué ocurre? —susurró Helen.

Los hermanos habían dejado de andar. Raum extendió una mano en dirección a Darius.

—¿La espada?

Darius sostuvo la mirada de Raum, y durante un instante Helen se preguntó si se la devolvería.

Pero entonces dio unos pasos hacia Raum, se desató el arma y se la entregó sin mediar palabra.

Raum asintió, y se la ató al cinto mientras comenzaba a moverse hacia la casa.

—Adelante, pues.

Avanzaron entre los árboles, y aminoraron el paso cuando vieron las luces de la parte trasera de la casa. Raum señaló a la izquierda, y lo siguieron sin decir nada. Llegaron hasta un punto desde donde podían ver entera la parte posterior de la casa, y miraron hacia arriba para escrutar la fachada en busca de un sitio por donde entrar. Un momento después, Raum les hizo señas para que se acercaran. Señaló hacia el edificio.

—Ahí. En el segundo piso. —Todos se giraron para mirar mientras él susurraba. Había una ventana abierta en el segundo piso, por debajo de ella podía verse un enrejado que llegaba hasta el suelo, y tras los cristales la habitación estaba a oscuras.

—Podemos subir por el enrejado —dijo Raum.

—¿Cómo sabemos que la habitación estará vacía? —preguntó Helen.

—Por mi experiencia, diría que una ventana abierta encima de un enrejado en esta época del año tiene algo que ver con una cita nocturna —respondió él—. Aunque la verdadera respuesta a tu pregunta es que no lo sabemos.

—Estupendo. —No pudo evitar ser sarcástica. Aún tenía los brazos entumecidos debido a la escalada por encima de la verja, y se sentía demasiado expuesta sin su blusa. Pero ella había insistido en ir, y Darius y Griffin se lo habían permitido pese a pensar que era un error. No sería justo ahora buscar su compasión. De uno u otro modo subiría por el enrejado y se enfrentaría a lo que hubiese en esa habitación.

—Vamos. —Darius ya se dirigía hacia la casa cuando Raum lo sujetó por un brazo. Darius se quedó paralizado, y bajó la vista como si no pudiese creer que Raum se atreviera a tocarlo.

Raum apartó la mano.

—Una vez estemos dentro, yo iré al sótano para cortar el suministro de gas de las lámparas. Intentad no enfrentaros a Alastor hasta que no se hayan apagado.

—¿Y qué pasa contigo? —preguntó Helen—. ¿Cómo vamos a encontrarte?

Notó los ojos de Griffin encima de ella y se preguntaba si le dolería que ella se preocupara por la seguridad de Raum.

—Yo os encontraré —dijo Raum—. No os preocupéis por mí. Vosotros concentraos en la misión que tenemos entre manos.

Entonces comenzaron a moverse siguiendo los límites del bosque. Esperaron hasta llegar a la ventana abierta, sin querer apartarse del resguardo de los árboles antes de lo necesario. Luego, Raum les hizo señas para que siguieran adelante y cruzaron el césped a la carrera hasta el enrejado.

Al igual que en la verja, Darius fue el primero en subir, mientras el resto vigilaba. Al llegar arriba, desapareció un momento antes de reaparecer en la ventana, desde donde les hizo señas para que pasaran. Raum fue el siguiente, seguido de Helen. A pesar de la velocidad de ascenso de los hombres, ella lo hizo con precaución, sin querer tentar a su suerte. Pero después de unos pasos, estaba claro que el enrejado era macizo como un roble, y trepó el resto del trayecto a salvo de incidentes, maravillada de lo fácil que parecía después de la escala y la verja de hierro.

Asomada a la ventana, Helen montó guardia mientras Griffin comenzaba su ascenso. Apenas había avanzado un par de pies cuando vio luz de faroles en movimiento, muy cerca de la casa. La fuente de luz parecía bastante más alejada que su reflejo, y aunque no podía saber de dónde venía, había visto ya bastante durante las tres frías horas que estuvieron esperando hasta pasar por encima de la verja, para saber lo que eso significaba.

Se inclinó por encima del alféizar y susurró lo más alto que se atrevió:

—Date prisa, Griffin. Viene alguien.

Griffin apartó la vista del enrejado y siguió la mirada de Helen.

—Creo que es uno de los guardias —dijo ella.

Volviendo su atención al asunto que tenía entre manos, él trepó frenéticamente mientras Helen veía cómo el círculo de luz reflejado en el suelo iba creciendo y creciendo a cada segundo que pasaba. Griffin se encontraba apenas a cinco cuadrantes de distancia del alféizar, luego tres, luego dos. La pernera de un pantalón apareció abajo junto a la casa, la luz iluminaba un trozo de césped a los pies del hombre. Este se apartó del edificio y Helen reconoció a uno de los vigilantes que iban tras los perros cuando ellos desaparecieron en los túneles en la anterior incursión.

Ahora el hombre encabezaba la marcha, y se dirigía a la parte trasera de la propiedad. No miró en su dirección mientras Griffin se aupaba por encima del alféizar y Helen tiraba de sus brazos, como si eso sirviese de algo. Cayó dentro de la habitación, encima de ella, con un ruido sordo, y ella recitó en silencio una plegaria de agradecimiento porque los suelos estuviesen bien alfombrados.

En cuestión de segundos Griffin estaba en pie, le tendió una mano y la ayudó a levantarse del suelo.

—¿Estás bien? —susurró.

Ella asintió, mirando alrededor.

Se encontraban en un sencillo dormitorio. Había una cama pequeña pegada a la pared, un escritorio, un armario ropero y una mesilla de noche. Encima de la cama habían dejado una bata de muselina, y por un instante Helen se imaginó a la criada que probablemente ocupaba la habitación. Quizás se hubiese escapado esa noche para ir al encuentro de su amante. Helen se preguntaba si llevaría una vida sencilla. Si sentiría cariño por un hombre, solo uno, y si tendría una madre y un padre a los que visitaba en vacaciones.

Y entonces Helen vio cómo Raum se dirigía a la puerta.

—Recordad —les dijo al pasar junto a ellos—: no os enfrentéis a Alastor hasta que se hayan apagado todas las lámparas. De otro modo, tendréis que véros las con *más* de un demonio. Iré a buscaros en cuanto pueda.

—¿No te parece que te olvidas de algo? —exclamó Griffin tras Raum cuando este alcanzó la puerta.

Raum se giró en redondo.

—¿De qué?

—¿La espada? —Griffin levantó las cejas con gesto interrogante—. Nosotros somos los que vamos a buscar a Alastor. Creo que deberíamos llevarla.

—¿Y daros un motivo más para que os olvidéis de mí? —Raum sacudió la cabeza—. Creo que no. Os dije que os ayudaría a luchar contra Alastor y pretendo ser fiel a mi palabra. Además, falta mucho para que salga el sol.

—¿Pero cómo vamos a saber dónde está Alastor? —preguntó Helen.

—No tengo ni idea —dijo Raum, encogiéndose de hombros.

Se dio la vuelta y desapareció por el pasillo.

Tardaron unos minutos en ponerse en movimiento. Discutieron si dirigirse primero al piso de arriba o al de abajo, y al final acordaron seguir el pasillo e ir al piso superior. Después de todo, allí fue donde encontraron a Alastor la vez anterior.

Griffin se pegó contra la pared al lado de la puerta para escuchar. Después asomó la cabeza al pasillo para asegurarse de que estaba despejado antes de hacer señas a Griffin y a Helen para que saliesen. Lentamente avanzaron hacia el tiro de la escalera, pisando las alfombras con cuidado, no fuera que alguna de las tablas de la tarima del suelo crujiera.

Casi habían llegado a las escaleras cuando Darius los hizo detenerse levantando una mano abierta.

Con un gesto les indicó que escuchasen. Helen se quedó muy quieta, tratando de desconectar el sonido de su propia respiración y del tictac de un viejo reloj en algún lugar de la casa. Al principio no oía nada, pero después captó algo en el aire. Ladeó la cabeza, aguzando el oído.

La música le llegaba en forma de brisa, instrumentos de cuerda y viento, procedente del piso inferior.

Darius enarcó las cejas y señaló abajo con un gesto mudo. Griffin asintió y comenzaron a bajar las escaleras. Helen deseaba fervientemente que no hubiese ningún criado paseando de noche por los pasillos.

Llegaron abajo sin ver ni un alma. Darius puso un pie en el suelo, y se dirigió hacia un nicho de la pared. Se hallaban casi a resguardo entre las sombras cuando la voz de un hombre llegó hasta ellos desde una puerta abierta.

—Vengan, vengan —les dijo con voz grave y amigable—. No sean tímidos. Los estaba esperando.

Ellos se quedaron paralizados y alarmados, con los ojos abiertos de par en par.

—Sí, estoy hablando con ustedes, amigos —dijo la voz—. Reúnanse conmigo en

la biblioteca, por favor. ¿No habrán hecho todo este camino para pasar de largo, verdad?

No cabía duda de que el hombre invisible estaba hablándoles a ellos, aunque Helen no alcanzaba a comprender cómo podía saber de su presencia.

Pero no importaba. Oyó cómo Griffin tomaba aire y supo que los habían pillado. Apretó los labios cuando se encaminó hacia la puerta, arrastrando tras de sí a Helen en un gesto protector, mientras Darius se colocaba al lado de su hermano.

Un fuego crepitaba en la chimenea y el calor abofeteó de lleno a Helen en la cara mientras cruzaba el umbral de la habitación. Podría haberse tratado de cualquier biblioteca privada espléndidamente surtida. Las estanterías se alineaban en las paredes, y llegaban hasta el techo con toda su elegante magnificencia. Al captar la esencia de limón, a Helen no le cupo duda de que enceraban las maderas con regularidad, pues los estantes brillaban incluso al extenderse hasta las sombras.

—Ah. Aquí están. —Un hombre se levantó de un sillón cercano al fuego.

No. Un hombre no.

Un monstruo, se recordó Helen, fuera cual fuese su aspecto exterior.

—Me alegro de conocerles. —Se dirigió hacia ellos, tendiéndoles la mano para saludarlos.

Griffin y Darius ignoraron la mano que les ofrecía.

—Como quieran. —Aún sonriendo, Alastor encogió los hombros ante su evidente desdén. Dirigió su mirada a los hermanos—. Usted debe de ser Griffin Channing. Y supongo que el caballero de aspecto fiero que está a su lado es su hermano Darius. —Se inclinó para contemplarlos y clavó sus ojos en Helen como un hombre famélico que acaba de encontrar pan. Helen no comprendía el hambre de su mirada, pero no le gustaba—. Y esta debe de ser la hermosa Guardiana, Helen, de los Cartwright. Pese a todo, debo decirle que sentía bastante admiración por sus padres. Vivieron más tiempo que los demás, y también la mantuvieron viva a usted.

Helen se estremeció ante sus palabras. No quería pensar en esa *cosa* dando caza a sus padres. Urdiendo sus muertes. Ordenando el incendio que los había matado.

Les volvió la espalda y se encaminó hacia una bandeja con bebidas que estaba encima de un aparador pegado a la pared. Su falta de interés por su presencia allí preocupaba a Helen. Estaba demasiado confiado para alguien en desventaja de tres contra uno.

—¿Puedo ofrecerles alguna cosa? —preguntó, aún de espaldas mientras vertía algo dentro de un vaso—. ¿Licores? ¿Vino, tal vez? ¿O prefieren ese insípido brebaje británico llamado *té*?

Justo por encima del cuello de su camisa, Helen alcanzó a ver la marca. Era un dragón que surgía de un gran fuego, como la mítica ave Fénix.

Se adelantó para mirar, aunque seguía estando con Darius y Griffin, y sus ojos se deslizaron hasta las lámparas, las llamas lamiendo las pantallas de cristal. Vio en sus expresiones lo que ya sabía: tendrían que aguardar a que las lámparas se apagasen



antes de hacer su jugada. Además, Raum seguía teniendo la espada, y sin ella no podrían acabar con Alastor.

—¿No? ¿Nada? —Alastor se dio la vuelta para encararse con ellos de nuevo—. ¿Nada para refrescarse mientras esperan en vano a su traidor aliado?

A Helen se le cayó el alma a los pies y se quedó sin respiración. Alastor sabía lo de Raum.

—¿Qué ha hecho con él? —preguntó, tratando de no dejarse llevar por el pánico. Alastor habló con calma.

—Raum Baranova me interesa muy poco. Mis guardias lo tendrán bajo control bastante antes de que llegue al panel de control. —Se encaminó hacia el sillón junto al fuego—. Vengan. Siéntense. Tenemos mucho que discutir.

—No tenemos nada que discutir —gruñó Griffin.

Alastor se echó a reír. Con frialdad y sin sentimiento.

—Ahí se equivoca, mi joven Guardián.

—Todo esto no sirve de nada. —Las palabras salieron de la boca de Helen sin que ella pudiese evitarlas—. No sabemos dónde está.

Alastor volvió la mirada hacia ella. Sus ojos eran negros como los de un cuervo.

—Ah, pues en eso nos diferenciamos, señorita Cartwright. Yo sí.

—¿Entonces, por qué no la ha cogido? —preguntó Griffin—. Si sabe dónde está, podría haberla cogido cuando quisiera.

Helen sabía que Griffin estaba haciendo tiempo, con la esperanza de que Alastor se hubiese tirado un farol respecto a Raum y de que la luz de las lámparas se extinguiese.

Alastor asintió.

—Tiene razón. Pero ya ve, solo lo suponía, y dada la... urgencia de mi trayectoria vital, me parecía más prudente dejar que regresaran a mí, como sabía que harían tras el fracaso de anoche. —Tomó un sorbo de su bebida—. Por cierto, me enteré de lo de ese vejete, Galizur. Lástima.

Darius dio un paso adelante, su rostro tenso de rabia.

Griffin puso una mano sobre el brazo de su hermano.

—Aún no —susurró.

Alastor se echó a reír, poniéndose en pie y se dirigió al fuego.

—¡No sabe cómo admiro su pasión, Darius! Su ridícula esperanza y esa confianza aún más ridícula para afrontar una derrota segura. —Cogió un atizador del hogar y empujó los troncos chisporroteantes dentro de la chimenea mientras seguía hablando—. Esa es una auténtica seña de humanidad. A pesar de que detesto su debilidad, su sufrimiento, codicio su convicción. Su voluntad de sacrificio por eso que llaman bien supremo. Su fe absoluta en el bien y el mal. —Se volvió para mirarlos—. Al parecer la Alianza ha potenciado esas cualidades también en sus Guardianes. Qué triste para ustedes.

Griffin sacudió la cabeza.

—No necesitamos su lástima por ser como somos.

Alastor asintió. A Helen le maravillaba que pudiese tener ese aspecto tan humano. Que pudiese cruzar la biblioteca y depositar su bebida encima de la mesa, como si fuese un hombre cualquiera, de cualquier hogar londinense.

—Sea como sea, sí que da lástima desperdiciar tal fuerza, tal talento, en algo tan cercano a un mortal. —Se frotó las manos—. Pero ya es suficiente. Somos adversarios, lo mismo que siempre. Una noche discutiendo no va a cambiarlo ¿no? —Continuó sin esperar respuesta—. Ahora, si quieren entregarme a la chica, ya pueden marcharse.

Helen creyó haber entendido mal hasta que Griffin habló.

—¿Entregarle a la chica? —preguntó, claramente perplejo. Siguió la mirada de Alastor, posada de lleno sobre ella—. ¿Helen?

—Eso es. Si dejan a Helen Cartwright, pueden marcharse los dos y salir ilesos —lo dijo tal cual, como si fuese algo completamente lógico, en lugar de ser un absoluto disparate.

—Helen no va a quedarse con usted. —Griffin se acercó a ella, con el rostro tenso de rabia—. ¡Debe de estar loco!

Alastor captó el gesto de protección de Griffin. El rostro del demonio lo daba a entender.

—Ah. ¿Así que se trata de eso? Bueno, eso complica las cosas, aunque no demasiado.

—Yo... no lo entiendo —dijo Helen—. Yo no la tengo. Yo no tengo la llave.

—Eso déjeme a mí —dijo Alastor, con frialdad—. ¿Debo entender entonces, que se niega a acceder a mi demanda?

—Yo le diré lo que puede hacer con su demanda... —empezó a decir Darius.

—Darius —le advirtió Griffin.

Alastor suspiró.

—Pues muy bien.

Helen miró a su alrededor cuando el silencio se impuso en la habitación. Una inquietante calma se apoderó del rostro de Alastor, y aunque seguía teniendo los ojos abiertos, parecía no estar mirándolos. Helen se preguntaba si no deberían aprovechar ese extraño trance para hacer algo, pero entonces recordó.

Las lámparas seguían encendidas. Y no tenían la espada.

## TREINTA Y SEIS

Helen se preguntaba si Alastor habría dicho la verdad. Si sus hombres habrían apresado a Raum antes de que pudiera llegar al sótano y al panel de control con el que cortaría el suministro de gas de las luces.

Sacudió la cabeza para disipar el pensamiento. No podía permitirse el lujo de perder la esperanza. No ahora que se hallaban tan cerca de la venganza. De la victoria.

Y entonces las lámparas parpadearon. Helen sintió un tremendo alivio. Era Raum. Después de todo no le habían capturado. Estaba cortando el suministro de gas. Enseguida los encontraría. Tendrían la espada y una persona más para ayudarlos.

Pero las lámparas no se apagaron. Mientras parpadeaban, Helen vio sombras moviéndose en los haces de luces. Del suelo salía un extraño rumor, y bajo sus pies las tablas de madera comenzaron a agitarse. Lo peor de todo era el sonido que surgía de los labios de Alastor. Comenzó siendo muy agudo. Un grito de agonía y furia. Como si el cuerpo mortal no pudiese contener la angustia de tener como inquilino al demonio.

El grito fue en aumento a la par que los ojos de Alastor se tornaban negros. Alrededor de ellos aparecieron unos cercos rojos que brillaban como soles abrasadores. Separó los labios y el grito agudo se intensificó hasta convertirse en un rugido mientras de la boca del hombre llamado Alsorta surgía un torrente de luz azul.

Parecía estar creciendo. En altura y envergadura. Sus hombros se abrieron paso desgarrando la camisa, mientras Helen miraba, fascinada y horrorizada. La piel que antes estaba ligeramente apergaminada, en las primeras fases del envejecimiento de un mortal, ahora se convirtió en translúcida. Aparecieron venas por todas partes, serpenteando y cruzando de parte a parte el cuerpo del demonio, como si este requiriese sangre extra para alimentar el monstruoso cambio. Cuando Helen pensaba ya que la transformación estaba completa, oyó moverse algo detrás de él. Retrocediendo un paso, contempló las grandes alas —puntiagudas y reptilianas como las de un murciélago gigante— que aleteaban a su espalda.

En el demonio llamado Alastor no quedaba prácticamente nada reconocible del hombre que habían tenido delante apenas unos momentos antes. Este no era mortal. Ni hombre. Era una criatura de la oscuridad, cuya forma física tenían un solo propósito, destruir todo —y a todos— cuanto se interpusiera en su camino.

Que es justamente donde estaban Helen y los hermanos.

Las luces parpadearon de nuevo, y esta vez Helen supo, más con certeza que

esperanza, que se trataba de Raum. Las parpadeantes sombras de la iluminación le decían cuanto necesitaba saber, y no le sorprendió ver aparecer a los primeros tres espectros bajo el haz de uno de los apliques de la pared.

Darius y Griffin se reunieron de inmediato, y se colocaron espalda contra espalda para protegerse. Estaban sacando las hoces cuando Helen se dirigió hacia ellos, haciendo lo mismo. No sabía si les serviría de ayuda. Si conseguiría salir viva. Pero no podía dejar que los hermanos luchasen mientras ella se quedaba quieta y sin hacer nada. Prefería entregar su vida a ser de nuevo una cobarde.

Alastor bramó cuando los tres espectros se acercaron a Helen y a los Channing. Desde su posición ella no podía ver a los hermanos con claridad, pero sí sentir el movimiento de sus cuerpos y escuchar el tintineo de sus hoces, y los aullidos guturales de los espectros cuando eran golpeados. Se puso a esperar, hoz en mano, con la respiración acelerada y pesada, a que el tercero la atacase.

No lo hizo. Se fue directo a Darius, a pesar de que Helen estaba completamente desprotegida y blandiendo un arma bien a la vista. Una oleada de rabia se apoderó de ella. ¿Acaso la consideraban una amenaza tan insignificante, que ni siquiera reconocían su presencia?

Darius estaba empleando su hoz contra dos espectros mientras Griffin combatía contra el otro. Helen se agachó bajo los contendientes, y apartándose de la refriega se colocó tras el tercer espectro. Este alzó su arma contra Darius y Helen levantó la suya. Vaciló, al ser consciente de que haría daño, mutilaría o mataría al espectro con su hoz. Eso la hizo tomarse una mínima pausa. En toda su vida jamás había hecho daño a un ser vivo.

Pero este no era un ser vivo, se recordó, bajando su hoz por la espalda del espectro, usando el filo dentado del arma.

El espectro rugió y se giró para localizar al autor del ataque. Cuando vio a Helen, sus ojos ribeteados de rojo parpadearon y se apartó para atacar a Darius desde otro lado.

Ella seguía estando allí, mirando la hoz que tenía en la mano y tratando de imaginarse por qué los espectros no querían atacarla, cuando ambos hermanos desplegaron los glaives nuevos de Galizur. Se abrieron con suavidad, y cuando los hundieron en los cuerpos de los espectros, Helen se convenció de que no eran humanos.

Griffin estaba acuchillando al tercer espectro con su hoz mientras Darius recogía del suelo los glaives. Helen sabía que la hoz no destruiría del todo al demonio, pero eso era cuanto Griffin podía hacer estando los glaives en uso. Un instante después, el espectro se desvanecía en la oscuridad con un chillido, mientras Alastor rugía, conjurando a seis espectros más por las luces de la sala. Helen se colocó enfrente de los hermanos.

—Helen, no. —Griffin tiró de ella hacia atrás, ignorando que lo más probable era que a ella no la atacaran los espectros, a pesar de encontrarse apenas a cinco pies de

distancia delante de ellos. Helen ya sabía que la rodearían, evitándola a toda costa, aunque seguía sin saber por qué.

Los espectros se hallaban a solo unas pulgadas de su posición cuando volvieron a parpadear las luces. Helen se preparó para la aparición de más enemigos y se quedó atónita cuando la habitación quedó sumida en la oscuridad. Todo movimiento en la sala cesó durante una décima de segundo, el fuego la única fuente de luz mientras todos trataban de orientarse.

Raum estaba en camino. Después de todo no lo habían atrapado. Helen se atrevió a echar una ojeada a las ventanas con las cortinas echadas, mientras los espectros proseguían su avance. No sabía si se trataba de su imaginación, pero estaba casi segura de que en el cerco de la ventana brillaba una luz azul. Miró el reloj de sobremesa. Las cinco de la mañana. Casi a punto de amanecer. Todo cuanto tenían que hacer era resistir a los seis espectros de la sala hasta que Raum llegase con la espada.

Griffin y Darius se pusieron manos a la obra. Sus hoces se movían tan deprisa que Helen apenas conseguía verlos. Oía el tintineo de sus hojas metálicas mientras los hermanos se movían de un lado a otro, y cuando parecían encontrarse en peligro de quedar exhaustos, ella se les unía y acuchillaba las espaldas y hombros de los espectros. Eso no los destruía ni los enviaba de vuelta al lugar del que venían, pero los hacía aullar y chillar, y a veces la distracción concedía tiempo suficiente a Darius y a Griffin para despachar del todo a uno de los espectros antes de prestar atención a otro. Tal como sospechaba, ninguno de los espectros levantó un arma contra ella. Supuso que Alastor les había ordenado que la mantuviesen viva.

Darius y Griffin estaban luchando contra los tres que quedaban. Helen podía distinguir sus descomunales cuerpos en la penumbra de la habitación. Estaba acercándose para ayudar a Darius, quien estaba asestándole cuchilladas a un espectro que estaba en el suelo, mientras otro se le aproximaba por la espalda, cuando apareció Raum, su hoz abierta y llena de sangre en la mano.

Helen se imaginó lo que había tenido al otro extremo de ella.

Tras cerrar la hoz, se la colgó rápidamente del cinto. No llevaba glaive, pero recogió uno de los de Galizur, caído en el suelo durante la escaramuza de los hermanos con los espectros, y lo hundió en la espalda del demonio cogido por sorpresa. Este aulló de dolor mientras se rompía en un millón de añicos.

Los últimos dos monstruos fueron despachados con presteza. Parecían autómatas. Tenían armas y cuerpos musculosos, pero a eso se limitaban todas sus ventajas.

Cuando todos los espectros hubieron desaparecido, Darius, Griffin y Raum se volvieron hacia Alastor. Tenía el semblante congestionado, lleno de rabia. Incluyó la cabeza hacia atrás, soltando un aullido tan impresionante que los cristales de las ventanas vibraron en el interior de sus marcos.

Luego comenzó a acercarse a ellos, cayendo sus pisadas como losetas de granito sobre el suelo enmoquetado. El enlucido de las paredes se desprendió, y las pantallas

de las lámparas cayeron sobre el suelo formando una lluvia de cristales hechos añicos. Helen no sabía si quedaría alguno de los criados. Si sabían quién era su señor. Aunque según iba acercándose Alastor, deseó de todo corazón que hubiesen escapado de la mansión cuando se les presentó la ocasión.

—¿Y ahora qué? —preguntó Darius, a nadie en particular, mientras el demonio se les echaba encima.

—Mantenedlo ocupado con las hoces y los glaives —dijo Raum, casi sin aliento—. Ya casi ha amanecido.

Las alas de Alastor restallaron como un látigo a su espalda al abrirse. Helen no daba crédito a su envergadura. Alastor podría engullirlos fácilmente con ellas, si quisiera.

No tuvo ocasión de hacerlo. Griffin avanzó con un movimiento rápido y arrojó el glaive sobre el monstruo. La araña del techo se agitó mientras el glaive se enterraba en el musculoso abdomen del demonio, que lanzó un enorme chillido. Luego los hombres se le echaron encima, aprovechándose de ser más en número, a pesar de la mayor fuerza de Alastor. La bestia los atacó con las manos que se habían convertido en garras afiladas como cuchillas. Los levantaba y los arrojaba contra las paredes. Y una y otra vez, Darius, Griffin y Raum volvían a la carga, acuchillándolo con las hoces, perforándolo con los glaives, tratando de abatirlo.

Helen esperaba la ocasión para ayudar, pero no había espacio para ella en la refriega. En lugar de eso estuvo pendiente de las ventanas cerradas con cortinas, aguardando las señales de la salida del sol. Un par de minutos más tarde, la luz que se filtraba por los marcos era más intensa. Helen se dirigió a la ventana, abriendo de par en par las cortinas y gritando.

—¡Raum! Ya es hora.

Griffin estaba en el suelo, inmóvil y tan pálido que a Helen casi se le paró el corazón. Ya iba directa hacia él cuando Alastor levantó a Darius y a Raum por los aires y los lanzó de nuevo contra la pared más alejada antes de dirigirse a ella caminando pesadamente. Helen siguió hasta el cuerpo inerte de Griffin. Si iba a morir, lo haría con él.

Su pie tropezó con algo y dio un traspie. Cayó al suelo mientras Alastor avanzaba hacia ella con pasos que retumbaban. La muchacha se preguntó si no se les caería encima la casa antes de que él pudiera hacer con ella lo que tuviese planeado. Sería mejor final que el que le aguardaba en sus manos. Arrastrándose por el suelo, retrocedió hasta tropezar con una de las estanterías y ya no pudo seguir. Difícilmente se podía llamar sonrisa a la expresión del rostro de Alastor, pero eso parecía.

Al cernirse sobre ella, Helen pudo oler su hediondo aliento. Sentir el calor, con tanta intensidad que le sorprendía que la casa no hubiese estallado en llamas a su alrededor, desde su cuerpo retorcido.

—Tú —bramó—. Tú. Tú la tienes.

Ella sacudió la cabeza.

—No.

—Entrégamela o sufrirás la más dolorosa de las muertes y te la arrancaré a la fuerza —dijo con voz ronca, deformada y gutural.

Ella tragó saliva, tratando de pensar en la manera de entretenerlo. Preguntándose si Raum o alguno de los hermanos recobrarían el sentido. Se quedó callada, y paseó la vista por la sala, buscando cualquier cosa que pudiera darle una tregua.

Y entonces fue cuando la vio.

Centelleaba bajo el rosado resplandor del sol naciente, que ahora entraba a raudales a través de las cortinas de terciopelo abiertas.

La espada. Con eso había tropezado. Debió de habersele caído a Raum del cinto durante la batalla, y ahora estaba tirada a pocos pies de donde se encontraba ella, pegada a la estantería.

No había maniobra alguna, ni ninguna estrategia atrevida que pudiera poner la espada en sus manos. Tendría que lanzarse a por ella, contando con su menor tamaño y el elemento sorpresa, que le proporcionarían un par de minutos extra, tendría que alcanzar la espada antes que él.

Le llevó apenas unos segundos decidirse. No tenía otra alternativa.

Se lanzó al frente, gateando por el suelo, tratando de alcanzarla antes de llegar hasta ella. No le preocupaba exponer a Alastor a la luz del sol que estaba saliendo. Él quería lo que ella tenía, lo que él pensaba que ella tenía. Había visto esa necesidad en sus ojos.

La seguiría.

Sus dedos se cerraron en torno a la espada cuando las garras de Alastor se hundieron en su falda y la clavaron al suelo. Ella ocultó el arma bajo la tela de la prenda, mientras Alastor se movía hacia ella con un extraño e inhumano balanceo.

El sol estaba solo a dos pulgadas por encima de la cabeza de Helen. Solo dos pulgadas. La bestia se cernió sobre ella. Vio complacencia en sus ojos. Él la tenía a ella y lo sabía. Eliminaría hasta el último Guardián. Regiría por siempre el mundo con su poder, con legiones de demonios bajo su mando. Ella no necesitaba más motivación que aquella. Se revolvió sobre su vientre, y agarrando la espada, reptó hacia la luz.

En ese instante, mientras se escabullía con desesperación por el suelo, lo vio.

El tiempo pareció ralentizarse cuando el sol naciente incidió sobre el colgante, que ya no era un diseño abstracto colgado de su cuello. No era ya una simple filigrana, perfecta y hermosa, sino algo más.

Al bajar la vista para contemplar el arabesco metálico, vio el mismo diseño retorcido y serpenteante que había visto sobre la pantalla de Galizur. El mismo dibujo tatuado sobre la espalda de Griffin.

Alastor tenía razón. Ella tenía la llave.

Este se dirigió hacia ella, haciendo retumbar sus pasos, y manifestando su ira con un brutal aullido. Los cristales se partieron tras las cortinas. Helen los oyó llover

sobre el suelo mientras Alastor le daba la vuelta sobre su espalda, para alcanzar con sus garras el colgante que llevaba al cuello. Ella lo dejó que se acercara. Dejó que sus ojos se iluminaran al verlo tan cerca.

Entonces hundió la espada en su corazón, retorciéndola por si acaso, para asegurarse de no fallar. Observó cómo aullaba.

Las venas que cubrían su cuerpo parecieron retirarse bajo su piel, un gesto de sorpresa cruzó por su rostro al encogerse las alas a sus espaldas. Su boca se abrió, y de ella manó un chorro de luz azul junto con un espeluznante chillido momentos antes de reventar su cuerpo mortal, no como una ráfaga de carne y sangre, tal como ella esperaba, sino como una nube de cenizas.

Se fue gateando hasta Griffin mientras se derramaba sobre ella un torrente de lluvia negra.



## TREINTA Y SIETE

No le sorprendió que Anna estuviera esperándola a la puerta.

—Pasa —dijo la muchacha—. Te he visto por los monitores.

Helen entró en el recibidor y se alegró de ver que su amiga volvía a cerrar con llave las puertas.

—¿Cómo te encuentras? —La voz de Anna quedó camuflada por sus pisadas mientras se abrían paso por los pasillos, deteniéndose ante las numerosas puertas cerradas que encontraban en el camino.

—Bien —dijo Helen—. Un poco dolorida, aunque no tanto como Darius y Griffin.

Habían llegado a la última puerta. Anna la cerró con llave tras ellas, y se volvió a mirar a Helen.

—¿Y Raum?

Helen bajó la vista a sus pies.

—No lo he visto. No desde aquella noche.

Había permanecido sentada en la biblioteca de Alastor con la cabeza de Griffin en su regazo. En algún momento se quedó dormida. Despertó a causa del calor del sol sobre sus párpados. Darius y Griffin seguían estando inconscientes, aunque respiraban.

Raum había desaparecido.

Nadie acudió, nadie preguntó por el ruido o el desorden. Era como si todo el servicio de Alastor se hubiese convertido en ceniza al mismo tiempo que él.

Al rato, Griffin se removió. Cuando bajó la vista sus misteriosos ojos color avellana se movían. Darius despertó poco después y regresaron a la casa de los Channing donde ella se ocupó de sus heridas antes de desplomarse en su cama, aún vestida, al lado de Griffin.

—O sea que Raum no se enfrentará después de todo al juicio de los Dictata. —La voz de Anna era un murmullo exento de acusación.

—Supongo que no —dijo Helen.

Anna asintió, adentrándose en la habitación.

—No estás aquí para hablar de Raum ¿no es así?

—No.

—¿Entonces la encontraste? —preguntó Anna.

Helen asintió.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabías?

—Casi desde el principio. —Anna gesticulaba desde su asiento. Vertió agua de una tetera humeante a una delicada taza de té y se la entregó a Helen.

—Bueno, supongo que debería decir que estábamos bastante seguros de que Darius y Griffin *no* la tenían, así que solo quedabas tú por el proceso de eliminación.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —murmuró Helen, contemplando su taza como si el té del fondo contuviese la respuesta. Anna suspiró.

—Ser el Guardián de la llave es una carga. Pensamos que era mejor, más seguro, que no lo supieras, en caso de que te lo preguntaran. Los de la Legión tienen... métodos para extraer información. Ninguno de ellos agradable. Simplemente queríamos protegerte a ti y a la llave hasta ese momento mientras se pudiesen detener las ejecuciones.

Helen la miró a los ojos.

—¿Por qué yo?

Anna sonrió, encogiéndose de hombros.

—Supongo que los Dictata sabían que eras la persona más indicada para tenerla. La más digna.

Helen se rio con amargura. Se puso en pie y se paseó hasta la repisa de la chimenea.

—Estoy lejos de ser digna. Dejé que mis padres se abrasaran. Busqué el apoyo del hombre que ordenó que los mataran. Llegué incluso a verlo como a un amigo.

—¿Un amigo? —inquirió Anna.

Helen no pudo mirarla a los ojos. Amigo apenas era una palabra lo bastante fuerte como para describir sus sentimientos por Raum.

Anna se puso en pie, cruzó la sala y tocó a Helen en el brazo.

—Ven conmigo.

Helen estaba perpleja, pero Anna ya iba camino de la escalera, y ella la siguió hasta la ya familiar entrada al laboratorio del sótano. Atravesaron en silencio el túnel, immaculado en comparación con los túneles del alcantarillado de Londres. Cuando por fin llegaron al laboratorio, el orbe atrajo la mirada de Helen, y seguía sintiendo esa extraña conexión con él. No supo si se trataba de su imaginación, pero el orbe parecía girar ligeramente más deprisa que la semana pasada. Al levantar la vista para contemplarlo, pensó que era un mundo hermoso.

—Ya han empezado a nombrar nuevos Guardianes —dijo Anna, sonriente—. El orbe se fortalecerá día a día, lo mismo que el mundo al que representa. Pero no es eso lo que quiero enseñarte.

Helen la siguió hasta el orbe, mirando fijamente el diminuto punto de luz que constituía el único acceso a los registros.

—Inténtalo. —Anna hizo un gesto con la cabeza señalando la cerradura.

—¿Qué? ¿La llave?

Anna asintió.

—Pero... ¿eso no va contra las reglas? Pensé que yo solo debía encargarme de

guardarla.

—Y así es —dijo Anna—. Pero no creo que a nadie le importe que su guardiana le eche un rápido vistazo desde la puerta. Además, —añadió— yo he heredado la autoridad de mi padre, y estoy segura de que él habría hecho lo mismo.

Helen se quitó el colgante del cuello. Lo sostuvo frente a su cara contemplando de nuevo la filigrana en forma de volutas de su extremo. Parecía imposible que pudiese abrir nada. Que cupiese por ese agujerito luminoso.

Levantó la vista hacia Anna.

—¿Qué hago?

—Coloca el extremo en punta de la corona sobre el punto de luz del suelo —la instruyó Anna.

Helen se agachó, poniéndose en cuclillas mientras estudiaba la luz. Una luz de aspecto tan inocuo y ya podía sentir la energía, el poder, que manaba de ella, se elevaba y envolvía el orbe que giraba por encima de su cabeza.

Parte de ella no deseaba confirmar lo que ya sabía. Era el último vestigio de su negación. Una vez colocara el extremo del colgante dentro de la cerradura, se confirmaría su capacidad para abrir los registros. Ya no podría darle la espalda a su lugar dentro de la Alianza.

Aun así, se dio cuenta de que ya no quería dar marcha atrás. La Alianza y su papel dentro de ella habían terminado por importarle. Era un legado de sus padres, y de ese modo podría seguir conectada para siempre con ellos y con las personas que habían sido.

Y con Griffin, Anna, y sí, también con Darius.

Apenas acababa de insertar el extremo en el punto de luz cuando este se expandió, reverberando como la onda de una miniexplosión, antes de replegarse. El otro extremo del colgante empezó a calentarse dentro de su mano. Helen lo sujetó fuerte, pues no quería soltarlo y no estaba segura de lo que sucedería si lo hacía.

Y entonces sucedió una cosa extrañísima.

El extremo enroscado del colgante, que antes era una elaborada corona hueca, se aplastó al contacto con la luz, ambas se fusionaron y se extendieron sobre el suelo formando un familiar dibujo de círculos superpuestos, y en su diseño geométrico se dibujaron diminutas flores, hasta que ambos, tanto el colgante como el símbolo invocado desaparecieron en un destello de luz.

Helen seguía mirando fijamente, tratando aún de entender lo que le había pasado a su colgante, cuando una puerta de luz se abrió en el suelo ante ella.

—No te preocupes. —Anna hablaba con calma—. Recuperarás tu colgante cuando la puerta se cierre.

La luz que manaba de la puerta era impoluta y dorada. Brillaba igual que la luz del sol. No como en los días más calurosos, cuando Helen temía que la piel se le sonrosara, sino como esos días en los que se sentaba en el jardín, con la cabeza vuelta hacia él para recibir su calor.

Helen vio unas escaleras a través de la puerta que se adentraban en la luz.

—¿Los registros están ahí? —preguntó por fin.

—Sí. —Anna aspiró una profunda bocanada de aire—. Es una tremenda responsabilidad ser guardiana de la llave, Helen. En el pasado, el presente y el futuro.

—Eso es lo que no comprendo. ¿Por qué yo? —A pesar de su asombro al ver la entrada a los registros. Esa seguía siendo la cuestión que Helen era incapaz de quitarse de la cabeza.

Anna introdujo una mano en la luz. Un destello la hizo desaparecer convirtiéndola en un puntito diminuto, hasta que volvió a tener el mismo aspecto de antes. El colgante de Helen cayó dentro de la mano abierta de Anna.

—Helen. —Anna inclinó la cabeza y en sus labios se dibujó una ligera sonrisa—. ¿No lo ves? Los Dictata tienen acceso a los registros. Han visto el pasado. Y el presente. Y te han escogido a ti. —Apretó el colgante, la llave de todas las cosas, contra la palma de la mano de Helen—. Quizás ya sea hora de que confíes en su opinión.

## TREINTA Y OCHO

Helen no tenía intención de ir a parar a los restos quemados de su casa. Era de día. No podía saltar para volver a casa de los Channing, lo cual estaba bien así. Quería caminar. Pensar en todo lo que Anna le había dicho y en todo lo que había aprendido.

Estuvo vagando sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. Parecía que por fin los hermanos confiaban en que sabía cuidarse sola. A pesar de que Griffin aún se preocuparía si estaba fuera demasiado tiempo. Esperó a que pasara un carruaje para cruzar una calle, siguiendo el aroma a pan recién hecho. Momentos después, levantó la vista para contemplar la fachada en ruinas del hogar que había compartido con su madre y su padre.

Sonrió cuando chirrió la puerta de hierro del jardín. Ya no volvería a escuchar aquel chirrido. La próxima vez que volviese a ese lugar, lo haría para dar órdenes en la reconstrucción. No podía vivir para siempre con los Channing. A pesar de lo que hubiera sucedido entre ella y Griffin, no quería estar en deuda con nadie. Ni siquiera con él. Quería depender de sí misma. Tener una casa que fuera suya. Y sobre todo, quería poder contemplarla otra vez.

El salón. La biblioteca. El jardín donde merendaba en su día con un chico de ojos azules.

En eso estaba pensando cuando cruzó la puerta principal y se abrió paso por el vestíbulo. Entró en el salón en ruinas, y por un instante estaba tal como era. Padre con su periódico, refunfuñando acerca del estado de las cosas. Madre sentada al piano, tocando tan maravillosamente que a Helen se le saltaban las lágrimas. Giró sobre sí misma para abarcarlo todo. Recordarlo.

Se sorprendió al notarse las mejillas húmedas. Se llevó una mano a la cara y tocó las lágrimas. Por fin. Eran la prueba de que todo había sido real.

Y que tal vez, también ella lo era.

—Era un lugar precioso —dijo una voz desde la puerta—. Aún puedo verlo.

Ella se dio la vuelta, y se dio cuenta de que había estado esperando a Raum. Deseando que la encontrara allí.

Miró de nuevo toda la habitación, contemplándola por última vez antes de que se desvaneciese entre las cenizas que la rodeaban.

—Yo también lo veo.

Se quedaron en silencio. Raum avanzó cautelosamente hacia ella. Le tocó con suavidad el corte que se había hecho en la ceja, un recuerdo de su batalla contra Alastor.

—¿Te encuentras bien?

—¿Eso te importa? —preguntó ella con dulzura.

Él asintió.

—Me temo que sí. Mucho más de lo que me conviene.

—¿Entonces, por qué te marchaste?

Él inspiró hondo.

—Quería presentarme ante los Dictata con mis propias condiciones.

Aquello la dejó perpleja.

—¿Has... has visto a los Dictata?

Él asintió.

—Y qué... —Tenía miedo de preguntar. Miedo de saber lo que iban a hacerle.

Él se rio entre dientes.

—Bueno, es muy divertido. Resulta que después de todo no van a hacer nada. A menos que consideres trabajar como un esclavo un castigo. Y puede que lo sea.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Una sonrisa vacilante levantó las comisuras de su boca.

—Al parecer los Dictata quieren que en el futuro tenga más iniciativa. Cógelos antes de que te cojan, podríamos decir.

—Me temo que sigo sin entenderlo. —Helen se sintió como una tonta, pero era cierto.

—Están ampliando el actual cuerpo de asesinos para formar un grupo de élite de combate que estará preparado para actuar contra amenazas como la Guardia Negra antes de que alcancen proporciones demasiado graves. Eso les brindará a los Descendientes una oportunidad de ponerse a su servicio, si así lo desean, aunque yo creo que será lo más adecuado para aquellos de nosotros con menos... talentos convencionales.

Con la vista puesta en el futuro, Helen trató de imaginar ese nuevo mundo en el cual ella ocuparía su puesto de Guardiania y otros como ella se ocuparían de cazar demonios para mantenerse a salvo, ellos mismos y su mundo.

Sería una difícil tarea para todos los involucrados.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Y están de acuerdo en que tú formes parte de ese nuevo cuerpo?

Esta vez le resultó más fácil sonreír.

—Digamos que insisten. Creo que devolver la espada ha servido de mucho para demostrar mi lealtad.

Ella le sonrió, sabiendo que había más, y que no le gustaría lo más mínimo la parte que venía a continuación.

—¿Y ahora qué va a pasar?

Él apartó la mirada antes de volverla de nuevo hacia ella.

—Ahora me preparo para marcharme.

Ella asintió.

—¿Y a dónde vas?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que donde me necesiten. Aún siguen con el reclutamiento. Aunque la idea general es que vayamos donde surjan posibles amenazas y las investiguemos en secreto. Si resultan ser reales, estamos capacitados para destruir a cualquier miembro de la Legión antes de que pueda infligir un daño significativo a los Guardianes. —Titubeó, dulcificando el tono de voz—. A ti.

La miró con ojos ardientes, y ella se dio la vuelta. No podía permitirse perderse de nuevo en aquellos ojos.

—¿Cuándo te marchas?

—En cuanto reciba mis órdenes. Probablemente mañana.

Ella notó su mano sobre el hombro.

—Mírame, Helen.

Ella tragó saliva, tratando de disimular su emoción antes de volverse para mirarlo.

—Ven conmigo —dijo.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—¿Por él? —Había amargura en su voz y ella sabía que se refería a Griffin.

—Por muchas cosas —dijo ella—. Soy una de ellos. Una Guardian. Ahora me necesitan más que nunca.

—No tienes que renunciar a tu papel como Guardian. Viven por todo el mundo. —Él le puso las manos en los hombros—. Ven conmigo, Helen. Quédate conmigo. Yo puedo protegerte.

Tenía sus ojos ardientes clavados en los de ella, y entre ellos se movía una extraña e indefinible corriente.

Ella quiso negarlo. Apartar la idea sin más. Pero durante una décima de segundo lo vio todo. Se vio a sí misma en brazos de Raum, viajando con él por el mundo. Amándolo.

Él se inclinó sobre ella, su boca a unas pulgadas de la suya. Sus labios eran suaves y blandos. Podía imaginárselos sobre los suyos. Imaginar el calor que fluiría entre sus cuerpos mientras se besaban. Su boca estaba tan cerca de la suya que podía sentir la calidez de su aliento. Puso sus manos abiertas sobre el pecho de él.

—No.

Él se detuvo y se quedó suspendido cerca de su boca.

—No puedo, Raum. —Hizo una pausa—. No lo haré.

Él se apartó despacio y el espacio que los separaba se fue enfriando mientras él se alejaba de ella.

—¿Lo amas? —preguntó él con voz quebrada.

—Os amo a los dos. —Y en cuanto lo dijo supo que era cierto.

Él giró alrededor de ella, sus ojos llenos de angustia.

—¿Entonces, por qué no?

Ella salvó el espacio que los separaba, mirándolo a los ojos.

—No solo se trata de amor. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros, Raum. Demasiada tristeza. Demasiadas muertes.

Él asintió mientras ella decía las últimas palabras, como si ya lo supiera de antemano.

—Siempre he sentido... cariño por ti. —Le escocían los ojos por las lágrimas no derramadas. Estaba sorprendida de que después de tantos días de ser incapaz de derramarlas, ahora no pudiera contenerlas—. Pero las cosas que han pasado...

—Las cosas que he hecho —le corrigió él.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué más dan las palabras que usemos? Eso no se puede borrar.

Él asintió.

—Tienes razón. Desde luego que sí.

Recordando algo, ella abrió la bolsa que llevaba colgada de la muñeca. A los pocos segundos encontró lo que buscaba y se lo ofreció.

—Esto te pertenece.

Él cogió el objeto, con mirada interrogante. Cuando abrió su mano vio una llave sin troquelar. Sacudió la cabeza.

—¿De dónde has sacado esto?

—Se te cayó en la fábrica aquella primera noche. —Titubeó hasta que su curiosidad pudo más que ella—. ¿Por qué las dejabas? En las escenas de los crímenes.

Él tomó aire.

—No lo sé. Supongo que una parte de mí deseaba que los Dictata supieran que había sido yo. Que podía robarles a ellos, lo mismo que ellos me robaron a mí, aunque, desde luego, esa no es la manera ¿verdad? —Su tono de voz estaba lleno de amargura y vergüenza, mientras cerraba sus dedos en torno a la llave y dejaba caer la mano a un lado.

—Quizás me recuerdes a mí y todo lo que hemos compartido cuando la mires. Quizás recuerdes así a esta chica seria y de manos suaves que aún te quiere.

Se quedaron entre las ruinas de la casa mirándose a los ojos. No quedaba nada más por decir y Helen se preparó para el momento en que él se fuera. El momento en que él se despediría para siempre.

En lugar de eso dijo algo inesperado.

—Antes de marcharme, tengo que preguntarte una cosa.

Ella asintió.

—¿Me perdonas? ¿De verdad me perdonas por todo lo que te he arrebatado?

Ella se quedó pensándolo un momento. Siempre habían sido honestos el uno con el otro. Al menos ya era algo.

Mirándolo a los ojos, vio el cielo azul de su infancia, y su respuesta fue de lo más



clara.

—Sí. De verdad.

Él levantó su mano y la llevó a la mejilla de ella.

—¿Y qué hay de ti, Helen? ¿Alguna vez te perdonarás a ti misma?

Ella tragó saliva para contener la emoción que surgía de la garganta. ¿Cómo podía saber él que de todos los enemigos a los que se había enfrentado, aquel era el que más la había perseguido?

Intentó sonreír.

—Eso puede que sea más difícil.

—No debería serlo —dijo él, bajando la voz—. Perdónate a ti misma como me has perdonado a mí. Lo mismo que todos debiéramos perdonar nuestros propio errores. De otro modo, no creo que podamos ser libres.

Sus palabras la hicieron pensar.

¿Sería así de sencillo? ¿Podría bendecirse a sí misma con el perdón tal como había hecho con Raum? Desconocía la respuesta. Pero mientras se ponía de puntillas para besarlo en la mejilla, supo que lo intentaría. Trataría de recordar a la niña del jardín y a su amigo Raum. La inocencia y generosidad del uno con el otro al regalarse baratijas y simple amistad.

Lo recordaría todo y entregaría ese amor y aceptación a los que la rodeaban.

Y tal vez, solo tal vez, a sí misma.

Se encaminó hacia la salida y recorrió el sendero. Cerró tras ella la puerta chirriante. Reflexionó sobre lo que había dicho Raum en la oscuridad, fuera de la propiedad de Alastor y se preguntó si no tendría razón. Si tal vez todas las personas necesitaban simplemente a alguien que creyese en ellas.

No lo sabía. Pero mientras se alejaba de la casa y se encaminaba hacia su futuro, supo que tenía eso y más.

Dos hombres que conocían su parte oscura y aun así creían en ella, la amaban. Y aunque ella los quería a ambos, solo uno era su mejor amigo. Solo uno, que representaba todo el amor, honor y sacrificio al cual ella aspiraría.

Y la estaba esperando.

# AGRADECIMIENTOS

Lo mismo que para criar a un hijo, se necesita de muchas personas para sacar adelante un libro. Yo he sido muy, muy afortunada de contar con tantas a mi lado. Parece de justicia darles las gracias ahora que tengo ocasión.

En primer lugar, muchísimas gracias a mi editora Nancy Conescu, de Penguin/Dial. Hemos hecho juntas todo el viaje. Honestamente, no creo que hubiera podido hacerlo de otro modo. Consigues mejorarme como escritora con una especie de alquimia excepcional que combina la mano firme con la delicadeza. No sé cómo lo haces, pero he aprendido mucho de ti y he disfrutado cada minuto. No se puede pedir más.

Gracias también a mi agente, Steven Malk, con cuyo apoyo cuento siempre. Al lidiar con todos los asuntos que me vuelven loca y me estresan, haces posible que escriba mejor. Confío incondicionalmente en ti, Steve, y hay pocas personas en este mundo que hayan oído esas palabras salir de mi boca.

Gracias a Don Weisberg y al equipo de Penguin/Dial por acogerme y darnos refugio tanto a mí como a mi trabajo, no solo sois increíblemente astutos e innovadores, sino también la gente más encantadora y cariñosa que conozco.

A Lisa Mantchev, Jessica Verdey, C. Lee McKenzie, Jon Skovron, Stacey Jay, Sandra Mitchell, Carrie Ryan, Daisy Whitney y los Debutantes del 2009, que han compartido conmigo este viaje tanto en los buenos como en los malos momentos. Hemos recorrido un largo camino.

Mi especial agradecimiento a Tonya Hurley, Juliette Dominguez y MJ Rose, quienes han terminado siendo mis amigas y confidentes. En este mundo no hay que subestimar a nadie.

A mi madre, Claudia Baker, por darme una lección de amor incondicional.

Y a mi padre, Michael St. James, por enseñarme a aceptarme tal como soy.

A Morgan Doyle, a quien quiero como a una hija, y a todos los adolescentes que se comunican conmigo a través de Facebook, permitiéndome formar parte de sus vidas y escuchar sus conversaciones. Gracias a vosotros me siento tan unida a los adolescentes de todas partes. Y lo más importante: gracias a vosotros puedo escribir sobre ellos.

A tantos y tantos lectores que me envían *emails* y se dirigen a mi *online*, recordándome por qué hago lo que hago, por qué me gusta lo que hago y por qué es tan importante. Todos vosotros significáis mucho más para mí de lo que podáis imaginaros.

Finalmente, a Kenneth, Rebekah, Andrew y Carolina. Nada sería posible sin vosotros.



MICHELLE ZINK (Nueva York, 1969). Es una escritora estadounidense dedicada a la literatura juvenil, siempre con grandes dosis de fantasía, generada a través del uso de mitos y leyendas.

Es conocida por su trilogía de fantasía gótica *La profecía de las hermanas*. *La profecía de las hermanas* (2009) dio inicio a la serie, y fue elegido como uno de los *Booklist's* Top 10 de entre las novelas debut de 2009 y como uno de los mejores libros de la Biblioteca Pública de Chicago para jóvenes lectores.

Completan la trilogía: *El ángel del caos* (2010), y *El ritual de Avebury* (2011). En 2012 publicó *Tentación de ángeles*, también traducida al español.